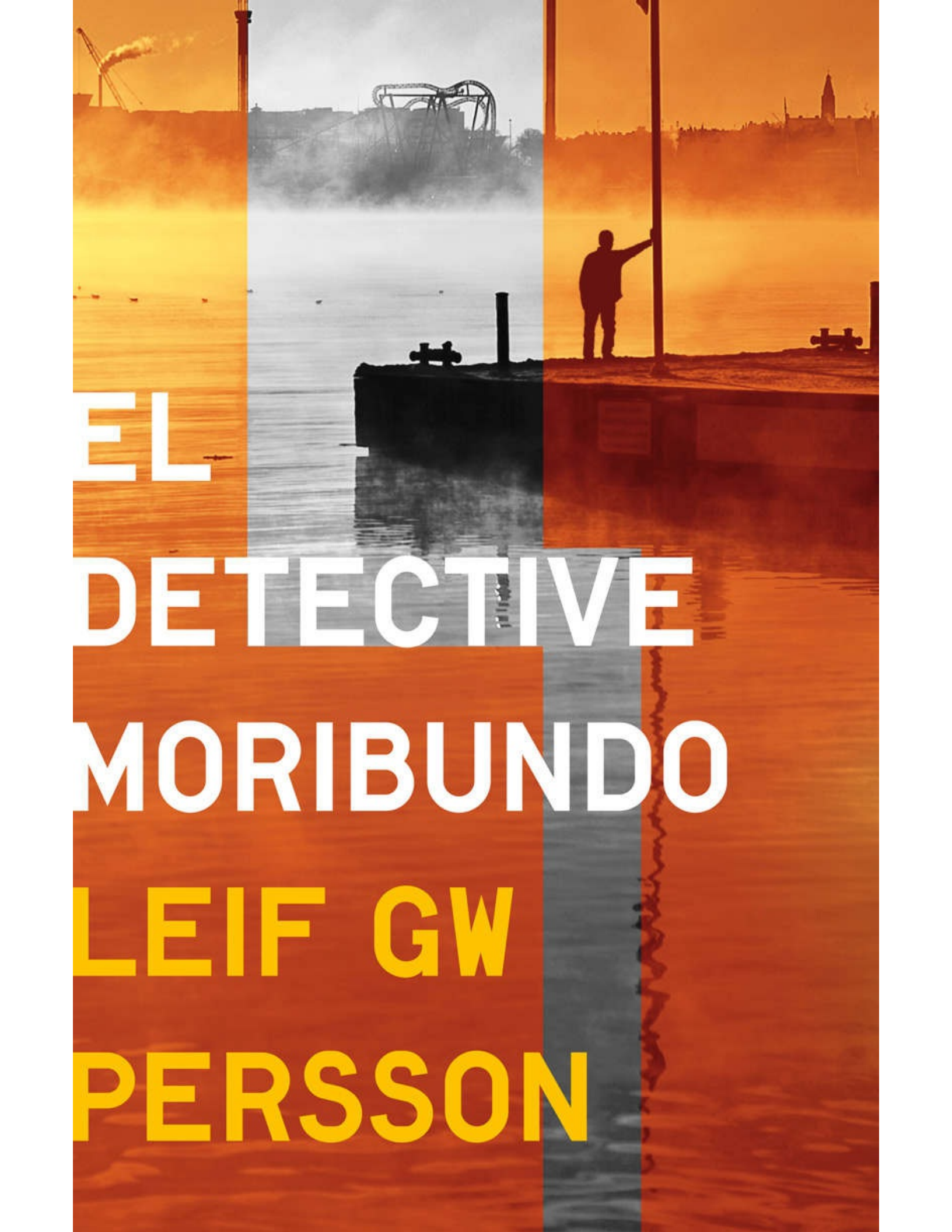




EL

DETECTIVE

MORIBUNDO

LEIF GW

PERSSON

LEIF GW PERSSON

El detective moribundo

Traducción de
Francisca Jiménez Pozuelo

Grijalbo

www.megustaleerebooks.com

I

Ojo por ojo...

Éxodo 21, 24

Tarde del lunes, 5 de julio de 2010

En Estocolmo, en Karlbergsvägen 66, está Günter's, el mejor puesto de salchichas de Suecia. Rodeado de sólidos edificios de piedra de varias plantas contruidos a comienzos del siglo pasado. Mampostería de ladrillos cuidadosamente colocados uno a uno en fachadas enlucidas con cal con miradores y ventanas antiguas con travesaño. Con amplias zonas de césped delante de los edificios y —en esta época del año— árboles frondosos que bordean la calle. Una vez dentro de las casas, tanto la entrada como las escaleras, el friso del techo, el estuco e incluso el revestimiento en varias partes son, por regla general, de mármol; los marcos y las puertas, de roble. Se trata de una zona que transmite sensación de riqueza y resulta acogedora a la vez.

Además, Günter's está bien ubicado dentro de los límites de la capital más hermosa del mundo. A solo unos cientos de metros al sur del castillo de Karlberg y del Hospital Universitario Karolinska, y en las inmediaciones de las dos salidas más importantes de la parte norte del centro de la ciudad.

En realidad, el ex jefe de la policía judicial central, Lars Martin Johansson, tendría que haber estado ese día en Roslagen, en su casa de veraneo, pero por la mañana tuvo que ir al centro a una reunión en el banco para concluir un negocio forestal que había hecho junto con su hermano mayor.

Cuando todo estaba ya resuelto surgieron, como de costumbre, otras tareas y asuntos de carácter más particular y variado que, por motivos prácticos, podía resolver ya que estaba en el centro. La lista de quehaceres había ido ampliándose y cuando llegó el momento de volver con su mujer a la calma del verano en Rådmansö eran casi las ocho de la tarde y Johansson tenía un hambre de lobo.

Solo unos cientos de metros antes de pasar Roslagstull para ir hacia el norte no pudo reprimirse las ganas. Antes muerto que seguir conduciendo una hora más con el

estómago rugiéndole de aquel modo. Era preferible hacer una escapada al mejor puesto de salchichas de Suecia y pedir una salchicha yugoslava bien aderezada con pepinillos de Åland, ensalada de col y mostaza de Dijon. ¿O tal vez una salchicha picante con aroma a pimienta recién molida, pimienta y cebolla? ¿O degustaría, haciendo honor a su origen norteno, una salchicha de alce ligeramente ahumada con puré de patatas casero de Günter's?

Ocupado con esas agradables reflexiones, aparcó a solo unos metros del puesto, justo detrás de uno de los furgones de la policía de Estocolmo y, como ellos, dejó el coche en medio de la acera antes de salir. Si bien no era del todo legal puesto que llevaba tres años jubilado, resultaba práctico y útil, sobre todo para evitar atascos. Tenía grabados algunos hábitos que había adquirido en los casi cincuenta años que trabajó de policía.

Era un día caluroso y soleado de principios de julio, y una tarde igual de calurosa, lejos de la temperatura ideal para comer salchichas, y probablemente esa fuera la explicación de que en la cola del puesto solo hubiera cuatro colegas relativamente jóvenes de la unidad de traslados de la policía de Estocolmo. Antiguos colegas, por cierto, pero a él lo reconocían en todas partes. Saludos, sonrisas, el oficial que lo saluda llevándose la mano derecha a la cabeza rapada, aunque tenía la gorra del uniforme metida por dentro del cinturón.

—¿Cómo va eso, muchachos? —preguntó Johansson, que finalmente se decidió en cuanto percibió los olores celestiales que le llegaban flotando. La salchicha de alce podía esperar hasta el otoño. Con todos los respetos por el olor a ahumados, por los sabores bien logrados y por la flema nortena, pero una tarde como esa requería ingredientes más contundentes. Aunque no demasiado, no tanto como los del sur de los Balcanes. Pimiento, cebolla, carne de cerdo picada y ligeramente salada estaría bien y, teniendo en cuenta el clima y su estado de ánimo, no podría ser mejor.

—Está la cosa tranquila, así que hemos pensado aprovechar la oportunidad antes de que se desate la tormenta —respondió el oficial—. El jefe puede pasar primero si lo desea. No tenemos prisa.

—Yo ya estoy jubilado —dijo Johansson con cierto énfasis—. Pero vosotros vais a trabajar. ¿Quién tiene fuerzas para vérselas con los malos con el estómago vacío?

—Estamos pensándolo aún. —El mando de la unidad de traslados saludó y sonrió—. Así que tranquilo.

—Está bien —convino Johansson volviéndose hacia la persona que estaba en la ventanilla—. Una especial con ensalada de col y mostaza francesa. Y también quiero algo frío para beber. Dame una botella de agua con gas. La de siempre, ya sabes.

Le señaló la botella al empleado de turno de Günter's. Un joven espabilado llamado Rudy, de origen austríaco igual que Günter ya que, a pesar de que este llevaba muerto cerca de una década, casi siempre contrataban personal procedente de su antigua patria: Sebastian, el mejor amigo de Günter, que se había hecho cargo ya antes de su muerte; Udo, que estuvo trabajando allí muchos años; Katja, que solo iba a veces. Alguien más cuyo nombre había olvidado, y el último por ahora, Rudy. Johansson los conocía a todos, ellos lo conocían a él desde hacía varios cientos de salchichas, y mientras Rudy le preparaba el pedido, él se dedicó a charlar con sus colegas más jóvenes. O sus antiguos colegas, para ser más exactos.

—Este año se cumplirán cuarenta y seis desde que empecé en seguridad ciudadana en Estocolmo —dijo Johansson. ¿O son cuarenta y siete?, pensó. Da lo mismo.

—Eso era cuando llevabais sable, ¿no? —comentó con una amplia sonrisa el que parecía el más joven de la patrulla.

—Ándate con cuidado, chico —dijo Johansson. Un muchacho simpático, pensó.

—Pero luego pasaste a investigación —terció el jefe del joven figura, que parecía conocer bien la historia de Johansson.

—Así que estás al tanto. Quince años —asintió.

—Con Jarnebring —intervino el otro.

—Exacto. Veo que tenéis controlados a los viejos piratas.

—Estuve trabajando allí. Jarnis, o Bosse, era mi jefe. El mejor que he tenido —añadió con firmeza.

—¿Te lo pongo en pan francés o lo quieres en bandeja, jefe? —lo interrumpió Rudy, mostrándole la salchicha que acababa de preparar.

—Como siempre —dijo Johansson—. Le quitas la miga a una baguette y pones la salchicha con ensalada de col y mostaza.

¿Será tan difícil de recordar?, pensó.

—¿Dónde estábamos? —preguntó dirigiéndose al colega que había tenido a su mejor amigo de jefe.

—Jarnebring, Bo Jarnebring.

—Eso es —dijo Johansson con más énfasis del necesario, casi como quien ha perdido

el hilo—. Jarnebring, sí. Está jubilado como yo, se fue a los sesenta y cinco, hace un año. Por lo demás, está de primera. Nos vemos con frecuencia y nos contamos viejos recuerdos medio inventados.

—Salúdalo de mi parte... Patrik Åkesson, pero dile que de parte de Patdos. Éramos dos Patrik en el grupo y yo llegué el último, así que Jarnis me rebautizó para evitar errores innecesarios, sobre todo a la hora de asignarnos destino.

—Propio de Jarnebring —dijo Johansson.

Luego se despidió, cogió el cambio, la salchicha y el agua mineral que había pedido. Y como no tenía nada más que decir, volvió a hacer un gesto de despedida.

—Cuidaos, muchachos —agregó—. Por lo que he visto, las cosas ya no son como en mis tiempos.

Todos le devolvieron el saludo con repentina seriedad, y el mando del grupo le demostró una vez más su respeto llevándose la mano a la cabeza rapada.

En mis tiempos te habrían echado si hubieras saludado sin la gorra, pensó Johansson mientras se acomodaba frente al volante con cierto esfuerzo, colocaba la bebida entre los dos asientos y se cambiaba la salchicha de la mano derecha a la izquierda.

En ese preciso momento notó como si alguien le hubiera clavado un punzón en la nuca. No era el preludio sordo de un dolor de cabeza común, sino un dolor agudo y penetrante que se le extendió enseguida por toda la parte posterior de la cabeza. Los ruidos de la calle, que se volvieron vagos, difíciles de percibir, hasta que se extinguieron. La oscuridad, que le cegó los ojos, primero el derecho, luego el izquierdo, como si alguien hubiera bajado una persiana que se hubiera quedado a medias. El brazo, que se le quedó como dormido, y los dedos rígidos y tiesos. La salchicha, que se le cayó entre los dos asientos.

Luego todo oscuridad, todo silencio.

*De la noche del lunes, 5 de julio,
al mediodía del miércoles, 7 de julio de 2010*

Lars Martin Johansson está inconsciente. Poco después de medianoche, en cuanto se estabiliza su estado, lo trasladan de cuidados intensivos a neurocirugía. No demasiado lejos, por si surgieran complicaciones y hubiera que operarlo.

En la mitología griega, Hipnos es el dios del sueño y hermano gemelo de Tánatos, que personifica la muerte no violenta. Ambos hijos de Nix, la diosa de la noche, pero ninguno de ellos es la deidad de Johansson, ni siquiera Nix, porque Johansson está inconsciente. Si bien es cierto que reacciona a la luz en un sentido meramente fisiológico cuando a alguno de los que pasan por allí con la bata blanca se le ocurre levantarle los párpados para examinarle los ojos con una linterna, pero como él no es consciente de ello le da igual.

Hipnos no es su dios porque no está dormido y no hay ningún sueño que lo atormente o que le alivie la angustia. Los sueños requieren la presencia de personas y acontecimientos y, a falta de ellos, podemos arreglárnoslas con animales irracionales o cosas inertes como una nasa verde, o incluso con una que tenga el color equivocado, o tal vez un trineo que tuvimos en la infancia, pero los sueños requieren sobre todo una conciencia con la que poder relacionarse y Johansson carece de ella.

Tánatos tampoco rige sobre él. Porque Johansson vive, respira y su corazón late por sí mismo. Bien es verdad que necesita medicamentos que estabilicen su ritmo cardíaco, disminuyan la presión sanguínea y fluidifiquen la sangre; que mitiguen el dolor, lo duerman y tranquilicen mediante todas esas agujas, vías, cables y tubos que le han puesto. Pero sea como sea está vivo, y si ahora se encuentra en el reino de Nix, en la oscuridad de la noche, a él no le importa, porque no es consciente de ello. Y mejor así, por cierto, ya que Nix no es una mujer nada agradable, ni siquiera en el sentido

mitológico. Entre otras cosas es, además, la diosa de la venganza, pero ¿qué persona decente puede guardarle rencor a Lars Martin Johansson?

Sin embargo, es probable que Hipnos sea el más cercano a él. En las imágenes de la Antigüedad se lo suele representar como a un joven con cápsulas de adormidera en la mano, lo que como mínimo demuestra que ya los antiguos griegos se dieron cuenta de algo que la medicina y el tráfico internacional de drogas tardarían un par de miles de años más en entender. Y si Johansson fuera consciente de lo que le introducen por las venas seguramente asentiría. Pero lo mismo da. Johansson está inconsciente. No está muerto, no está durmiendo y desde luego no está soñando, es impensable que pueda mover la cabeza y no importa demasiado que haya luz u oscuridad.

Tarde del miércoles, 7 de julio de 2010

Comienza como un dolor sordo en la parte posterior de la cabeza y una percepción de luz, sin saber cuándo ni por qué, pero de repente se despierta. Descubre que está tumbado en una cama y que debe de haber estado durmiendo sobre el brazo derecho porque se le ha entumecido. No se siente los dedos y tiene dificultades para mover la mano derecha. Hay una mujer con una bata blanca y cabello rubio muy corto sentada junto a la cama. Para confirmar aún más cuál es su función allí, lleva metido un estetoscopio en el amplio bolsillo de la bata, a la altura del pecho.

¿Qué coño es esto?, piensa Johansson.

—¿Qué es esto? —dice a la mujer de la bata blanca.

—Me llamo Ulrika Stenholm —contesta la mujer, ladeando la cabeza para mirarlo—. Soy jefa auxiliar de servicio aquí, en el hospital Karolinska, y estás en mi unidad. Quisiera empezar preguntándote si recuerdas tu nombre.

Ella sonríe y lo anima con un gesto amable, enderezando la cabeza como para suavizar su pregunta.

—¿Que cómo me llamo? —pregunta Johansson sin entender muy bien lo que está ocurriendo.

—Eso es. ¿Lo recuerdas?

—Johansson —contesta él—. Me llamo Johansson.

—¿Y qué más? —Insiste con el mismo gesto, otra sonrisa amable, vuelta a ladear la cabeza hacia el otro lado, pero rendirse, no se rinde.

—Johansson. Lars Martin Johansson —contesta—. Si quieres saber mi número de documento de identidad tengo el carnet de conducir en la cartera. Suelo llevarla en el bolsillo izquierdo del pantalón. ¿Qué ha ocurrido?

La mujer que tiene al lado de la cama esboza una sonrisa bastante más amplia esta vez.

—Estás en la unidad de neurología del Hospital Universitario Karolinska —contesta ella—. El lunes por la noche tuviste una trombosis cerebral y viniste a parar aquí. —Vuelve a cambiar la cabeza de posición. Pelo rubio y corto, cuello largo y delgado sin indicios de arrugas.

—¿Qué día es hoy? —pregunta Johansson mientras piensa por algún motivo que ella no puede tener más de cuarenta años, ni un día más.

—Hoy es miércoles. Son las cinco de la tarde y hace apenas dos días que te trajeron aquí.

—¿Dónde está Pia? —pregunta Johansson—. Es mi mujer. —De pronto recuerda que iba en el coche y siente una gran intranquilidad que no puede explicar.

—Pia está de camino. Está bien. He hablado con ella hace un cuarto de hora y le he dicho que estabas despabilándote, así que ya viene para acá. —La doctora Stenholm se limita ahora a asentir dos veces, como para confirmar una vez más lo que acaba de decir.

—Entonces ¿ella está bien? Recuerdo que yo iba conduciendo —añade. La preocupación cuya causa desconoce va disminuyendo.

—Ibas solo en el coche. Tu mujer estaba en la casa de campo y la llamamos en cuanto entraste en urgencias. A partir de ese momento ha estado contigo casi todo el tiempo. Y, como ya te he dicho, está bien.

—Cuéntame —dice Johansson—, ¿qué ocurre? Quiero decir, ¿qué ha ocurrido?

—Claro, si te encuentras en condiciones. —Otro gesto de asentimiento, serio e inquisitivo.

—Cuéntame. Estoy de primera. Nunca he estado mejor. Estoy como una perla engarzada en oro —añade por si acaso. ¿Qué coño está pasando en realidad?, piensa, porque de pronto se siente inexplicablemente eufórico—. Debo de haberme dormido sobre el brazo —comenta, aunque ya se imagina por qué ni siquiera puede levantarlo de la colcha.

—Ya llegaremos a eso —responde ella—. Lo veremos después. No debes preocuparte. Si nos limitamos a ayudarnos mutuamente, tú y yo, estoy segura de que arreglaremos lo de tu brazo.

*De la noche del lunes, 5 de julio,
al mediodía del miércoles, 7 de julio de 2010*

Fue el conductor de uno de los furgones policiales quien descubrió lo que le había pasado a Johansson. Cuando salió del vehículo para estirar las piernas vio que tenía la cabeza inmóvil apoyada en el volante y, al abrir la puerta del conductor para ver qué había ocurrido, Johansson, que estaba inconsciente, se desplomó de lado, y si el colega no lo hubiera sujetado con el brazo se habría caído de cabeza al asfalto.

Luego todo sucedió muy rápido. Les dijeron por la radio que la ambulancia tardaría como mínimo cinco minutos, lo que en la práctica solía significar el doble, y puesto que el mando del vehículo policial no tenía la menor intención de dejar que una de las leyendas más queridas del Cuerpo muriera por ese motivo y como quien dice en sus propios brazos, se limitó a levantarlo, meterlo en el furgón, dejarlo en el suelo, poner en marcha el motor, las luces y la sirena, y salir a toda velocidad hacia el hospital Karolinska. Un medio de transporte no del todo acorde con el reglamento, pero se trataba de un colega que se encontraba en una situación límite, así que podían meterse donde les cupieran todos los reglamentos e instrucciones.

Hasta las urgencias del hospital Karolinska apenas había un kilómetro en línea recta. Acercaron el vehículo todo lo que pudieron y dos minutos después lo detuvieron ante la puerta de ingresos. Teniendo en cuenta la vida que había vivido y que en ese momento amenazaba con abandonarlo, Johansson hizo una entrada lógica y grandiosa. Tumbado inconsciente en una camilla, rodeado de policías de la unidad de traslados y de personal hospitalario, entró directamente en cuidados intensivos, pasando por delante de los pacientes comunes que esperaban sentados o tumbados con molestias vagas en el pecho, brazos rotos, esguinces de rodilla, dolor de oídos, alergias y resfriados comunes.

Luego todo siguió el procedimiento habitual y cuatro horas más tarde, una vez

superado el momento de máxima gravedad y cuando el diagnóstico estaba ya prácticamente determinado, lo trasladaron a neurología.

—He hablado con el compañero que estaba de guardia el lunes por la noche —le dijo la doctora—. Él habló con uno de los policías que te trajeron aquí. He de decirte que se armó un gran revuelo. —Luego asiente y sonríe, esta vez sin ladear la cabeza.

—¿Revuelo?

—Según parece, un colega tuyo te reconoció y creyó que habías recibido un disparo en el estómago.

—¿Un disparo en el estómago?

—Llevabas la camisa manchada de ensalada de col y de mostaza. En grandes cantidades. Además, con tanto policía por allí, pues claro... Alguno creyó que te asomaban los intestinos —añadió ella, ya mucho más animada.

—Santo cielo —dijo Johansson. ¿De dónde se saca la gente esas cosas?, pensó.

—Según parece te desvaneciste junto al puesto de salchichas que hay en Karlbergsvägen, antes de que pudieras zamparte esa comida tan poco saludable que habías comprado. Ensalada de col, mostaza, pan blanco, tocino, salchichas de las grandes a la parrilla y no sé qué más.

¿De qué habla esta mujer?, pensó Johansson. Debe de ser el establecimiento de Günter's, se dijo. Se había detenido en Günter's, el mejor puesto de salchichas de Suecia. Estuvo hablando con unos colegas más jóvenes, ahora lo recordaba. Hasta ahí, se acordaba bien.

—Yo tenía un compañero de trabajo que murió mientras estaba haciendo cola en ese mismo establecimiento. Le dio un infarto. Vivía prácticamente a base de ese tipo de comida, a pesar de ser médico. —Cabeza ladeada, cara seria otra vez.

—Ensalada de col —dijo Johansson—. ¿Qué tiene de malo la ensalada de col? —La col es de lo más saludable, pensó.

—Yo pensaba más bien en la salchicha.

—Oye —dijo Johansson sintiendo de repente una rabia incomprensible, a la vez que un fuerte dolor de cabeza—. De no ser por esa salchicha con la que tanta lata me das, estaría muerto en estos momentos.

Ella se limitó a asentir y cambiar el ángulo de la cabeza. Ni una palabra.

—Si no llego a pararme a comprar la salchicha habría seguido conduciendo hacia el

campo y entonces todo se habría ido a la mierda. —Y en el peor de los casos, no solo para mí, pensó.

—Ya hablaremos de eso —respondió ella inclinándose y dándole unas palmaditas en el brazo, que no se le había dormido sino que simplemente había dejado de funcionar.

—¿Tienes un espejo? —preguntó Johansson.

Sin duda no era la primera vez que se lo pedían. La doctora metió la mano en el bolsillo de la bata blanca, sacó un espejo pequeño y se lo puso en la mano izquierda que él le tendía.

Tienes una pinta de pena, Lars Martin, pensó Johansson. Parecía que se le hubiera descolgado toda la cara, tenía la boca torcida y debajo de los ojos se veían varios puntos de color negro azulado, no mayores que la cabeza de un alfiler, como moratones.

—Manchas de estrangulamiento —dijo Johansson.

—Petequias —precisó la doctora con una inclinación de cabeza—. Se ve que dejaste de respirar unos minutos, pero luego uno de tus colegas volvió a ponerte en marcha. Al parecer, antes de ser policía había trabajado como conductor de ambulancias. Tenía formación en emergencias médicas. Sí, estoy de acuerdo contigo —añadió—. Supongo que dentro de lo que cabe fue una suerte que todo ocurriera donde ocurrió.

—Tengo una pinta de pena —dijo Johansson. Pero estoy vivo, pensó. A diferencia de todas las demás personas a las que había visto con esas manchas debajo de los ojos.

—Creo que ha llegado tu mujer —dijo ella—. Será mejor que os deje solos para que habléis con tranquilidad. Volveré antes de la hora de dormir.

—¿Sabes una cosa?

Ella negó con un gesto.

—Pareces una ardilla —dijo Johansson sin saber por qué.

—¿Una ardilla?

—Ya hablaremos luego —respondió Johansson.

Tarde del miércoles, 7 de julio de 2010

Pia, su mujer, fue directamente hacia la cama. Se dirigió a él sonriendo, pero la expresión de la boca no coincidía con la de los ojos, y cuando fue a sentarse en la silla que había al lado de la cama le dio un golpe y la tiró sin querer, así que simplemente la apartó a un lado con el pie, se inclinó y lo abrazó fuerte apretándole la cabeza contra el pecho. Lo meció como si fuera un niño pequeño.

—Lars, Lars —susurró—, ¿qué se te ha ocurrido hacer ahora?

—No es nada —dijo Johansson—. No sé qué mierda me ha pasado en la cabeza.

En ese mismo instante se le hizo un nudo en la garganta y se echó a llorar. A pesar de que no lloraba nunca. Desde que era niño. Desde el funeral de su madre unos años atrás y el de su padre, un par de años antes, pero entonces lloraron todos. Hasta el hermano mayor de Johansson se secó las lágrimas escondiendo la cara entre las manos. Aparte de eso, Johansson no había llorado nunca. Hasta ahora y, además, sin saber por qué. Estás vivo, pensó, ¿a qué coño viene tanto lloriqueo?

Después respiró profundamente. Le acarició la espalda con la mano sana, la rodeó con el brazo y la estrechó fuerte.

—¿Me das un pañuelo? —pidió Johansson. Qué coño estará pasando en realidad, pensó.

Luego volvió a ser el mismo, se sonó la nariz a conciencia varias veces e impidió que ella le secara las lágrimas enjugándoselas él mismo con el dorso de la mano. Intentó sonreír con la boca torcida y flácida. De repente, le desapareció el dolor de cabeza.

—Pia, Pia, Pia querida —dijo Johansson—. Ya estoy bien. Estoy como una perla engarzada en oro, como un pez en el agua, dentro de nada estaré andando tan ricamente.

Solo entonces ella volvió a sonreírle, con la boca y con los ojos esta vez, inclinándose hacia delante en la silla.

—¿Sabes qué? —dijo Johansson—. Si me echo un poco hacia este lado podrías

tumbarte junto a mí en la cama.

Pia negó con un gesto, le apretó la mano sana y acarició la que parecía dormida sin estarlo.

Luego se marchó. Él necesitaba más que nunca estar solo. Antes hizo que le prometiera que iría a la casa de ambos en el centro y que hablaría con todos los que estaban preocupados por él sin motivo. Que dormiría bien y que no volvería hasta el día siguiente por la tarde.

—Cuando dejen de molestarme todos los de la bata blanca, entonces podremos hablar en paz —aclaró Johansson.

—Te lo prometo —dijo Pia. Luego se inclinó y le pasó la mano por la nuca, aunque era él quien solía hacer aquel gesto, lo besó, se despidió y se marchó.

Estás vivo, pensó Lars Martin Johansson, y aunque volvía a dolerle la cabeza se sintió contento, de repente, sin comprender el motivo, a pesar del dolor.

Luego se durmió. Se le alivió el dolor; alguien le tocó el brazo, una mujer que no podía tener ni un día más de treinta años. Le señaló la bandeja de comida que le había dejado al lado de la cama. Una mujer que le sonreía, y que tenía ojos oscuros y boca generosa.

—Puedo ayudarte si quieres —dijo ella.

—No hay ningún problema —respondió Johansson—. Me las arreglo bien. Solo dame una cuchara.

Volvió media hora más tarde. Entretanto, Johansson probó el pescado cocido, dos cucharadas; la salsa blanca, media cucharada; la crema de ruibarbo, tres cucharadas, y se bebió un vaso de agua.

Al llegar ella fingió que dormía, aparentemente con éxito, ya que estaba pensando en Günter's, el mejor puesto de salchichas de Suecia, y recordando los aromas celestiales que solían salir a su encuentro varios metros antes de que llegara al mostrador.

Luego, otra mujer joven de bata blanca le vació el orinal, mientras él se prometía que la próxima vez iría al baño. Como cualquier otra persona normal y aunque tuviera que ir saltando sobre el brazo sano.

Y después lo visitó su ardilla de cabecera.

—Una pregunta directa —dijo Johansson—. ¿Qué edad tienes? —Más que nada lo

hizo para protegerse de cualquier intento por parte de ella de hablar sobre su dieta y su estado físico, lamentable en general.

—Tengo cuarenta y cuatro —contestó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Ulrika Stenholm —dijo Johansson—, te prometo que es verdad, nadie creería que tienes más de cuarenta, ni un día más. Lo de la ardilla te lo contaré otro día.

Luego volvió a dormirse.

Al principio fue un sueño inquieto y la cabeza empezó a dolerle otra vez, pero luego Hipnos debió de intervenir en el juego —un vago recuerdo de que alguien se había movido cerca de la cama y había estado manipulando alguno de los tubos que salían del gotero, sobre la cabeza—, ya que el dolor desapareció y empezó a soñar.

Sueños lujuriosos. Sueños que atenuaban algo más que un dolor de cabeza común. Soñó con todas las ardillas a las que había disparado cuando era pequeño y vivía con sus padres, Elna y Evert, en la granja familiar en el norte de Ångermanland. Todo empezó porque su tío abuelo Gustaf, sentado con ellos en el banco de la cocina, se puso a quejarse de su reumatismo y dijo que lo único que podía aliviarlo era un chaleco de piel de ardilla como los de antes, cosido con la piel vuelta.

—Yo puedo encargarme de eso si tú quieres, tío —dijo Lars Martin Johansson, que estaba sentado en el taburete junto al cajón de la leña y cuya estatura era un tercio de la de los otros que estaban allí.

—Muy amable por tu parte, Lars Martin —dijo su tío—. Puedes usar mi escopeta de perdigones y así no tendrás que utilizar la pistola de aire comprimido que te regaló tu padre la Navidad pasada.

—Pues sí —confirmó Evert, el padre—. El muchacho es un demonio disparando, así que irá bien. Dale la escopeta y él se encargará de tu chaleco.

Así fue como empezó lo de las ardillas, con la invitación de su tío abuelo y la aprobación de su padre, en la realidad como en el sueño, y habrían de transcurrir sesenta años antes de que conociera a Ulrika Stenholm, doctora en medicina y profesora de neurología, que despertó los recuerdos de su infancia. Cuarenta y cuatro años cumplidos, aunque no aparentaba ni un día más de cuarenta.

*De la noche del miércoles, 7 de julio,
al jueves, 8 de julio de 2010*

Johansson sueña con todas las ardillas que mató. Con el chaleco de piel de las ardillas que cazó para el tío Gustaf en poco más de un año. Si bien es cierto que tuvo que hacer algunos apaños con las pieles de verano e invierno, pero Elna, su madre, a quien le tocó hacer de peletera, le dijo que no importaba, que mientras se pusiera la piel de invierno contra la espalda dolorida iría bien, según ella.

Durante el primer año mató más de cincuenta, ya que su tío, como el resto de los hombres de su familia, era de complexión fuerte tanto en la parte del tórax como en la espalda. El tiroteo en sí duraba menos de un minuto.

Ojos pequeños, negros y brillantes, cabezas que se ladeaban y movían mientras corrían entre los pinos, subiendo y bajando por las ramas. De repente se quedaban inmóviles en un claro entre el ramaje, ya fuera con la cabeza hacia arriba o hacia abajo, orientando y girando el cuello y mirándolo todo y a todos, incluso a él. Ojos curiosos, atentos, vigilantes, diminutos y negros como granos de pimienta, y cuando las tenía a tiro y estaba a punto de disparar se quedaban casi siempre totalmente inmóviles, con la cabeza inclinada. Luego apretaba el gatillo. Apenas se había oído la detonación aguda de la escopeta y adiós ardilla.

Algunas veces su presa se quedaba atrapada en alguna rama durante la caída. De niño solía meter por debajo una vara de álamo o de abedul que llevaba a mano. Cuando creció y desarrolló unos brazos casi tan fuertes como los de Evert, su hermano mayor, trepaba por las ramas y las cogía con la mano. Sin problemas. Y en invierno, cuando los pinos estaban congelados y resbaladizos, manchados de nieve y de hielo, lo solucionaba atándose al tronco por la cintura y ayudándose con una navaja que llevaba en la mano derecha para poder agarrarse mejor.

Un día simplemente dejó de cazarlas. Aquellas cabezas diminutas que se movían sin

cesar, los ojos negros que podían clavarse en los suyos incluso en el momento de apretar el gatillo. No parecían entender que era la muerte lo que miraban. Tenían tanta curiosidad por eso como por todo lo demás. Así que solo necesitaba unos minutos para apretar el gatillo y disparar a cientos de ellas. Pasó horas y horas sentado allí, simplemente observándolas.

Mucho después, en otra vida, encontró a Ulrika Stenholm. Neuróloga del hospital Karolinska, de pelo corto y rubio, sin arrugas en el cuello y sin la menor sombra de pelaje marrón ni de cola peluda. No se parecía en nada a una ardilla, a no ser por su forma de mover y ladear la cabeza cuando lo miraba.

Más o menos entonces se despertó. Trató de despegar el brazo de la colcha sin conseguirlo. Seguía dormido, aunque él estaba totalmente despierto. Tenía sed también, pero al intentar alcanzar el vaso de agua lo volcó y cuando trató de llamar a la enfermera de noche se le cayó el mando que debía accionar.

—¿Qué coño está pasando? —vociferó. Así, a gritos, y entonces entró la enfermera, le ofreció un vaso de agua, le dio unas palmaditas en el brazo derecho aunque seguía dormido, ajustó uno de los goteros y luego él volvió a dormirse. En esa ocasión no soñó.

Del jueves, 8 de julio, al martes, 13 de julio de 2010

El jueves fue al baño, aunque con la ayuda de un enfermero y de un bastón con taco de goma. Pero rechazó la silla de ruedas y el andador que le ofrecieron. Y orinó él solo, a pesar de llevar el gotero y el brazo derecho colgando, de la inestabilidad de su pierna derecha y del dolor de cabeza. Le produjo tal satisfacción que se le escapó un sollozo, aunque no llegó a soltar una lágrima.

—Deja de quejarte —se dice a sí mismo en voz alta—. ¿No ves que te estás recuperando, joder?

Sería raro que no fuera así, porque su estado es todo un desafío para los últimos avances de la medicina. Durante los días siguientes, la cama de Johansson circula por todos los departamentos imaginables, lo levantan y lo vuelven a acostar una y otra vez, lo equipan de nuevas agujas, vías, cables y tubos, le hacen más análisis de sangre, nuevas radiografías, lo tumban y sujetan a una camilla que avanza y retrocede con un silbido por un tubo cóncavo. Le hacen pruebas a todo lo largo y ancho del cuerpo. Además de enfocarle los ojos con una luz, lo estrujan, lo inclinan, lo doblan y le retuercen brazos y piernas, le dan golpes en las rodillas con un martillo de metal para, poco después, pasarle el mango del martillo por las plantas de los pies o pincharle con agujas diminutas en todos los sitios imaginables y prácticamente todo el tiempo. Así conoce a la fisioterapeuta, que le enseña los ejercicios iniciales más sencillos. Ella le asegura que muy pronto ambos, haciendo hincapié en la palabra «ambos», van a procurar que recupere la sensibilidad, la movilidad y la fuerza del brazo derecho, que la pierna derecha vuelva a tener la estabilidad que tenía, y que, por lo que a la cara se refiere, ya va recuperando su forma original más o menos por sí sola y como por arte de magia. Además le trae unos folletos para que los lea y una pequeña pelota roja para que ejercite

la mano derecha, y le dice que si no tiene nada que preguntarle no importa, porque van a volver a verse al día siguiente.

Ulrika Stenholm está de vacaciones. Solo unos días, así que tampoco debe preocuparse por eso. Mientras tanto lo cuidan otros colegas suyos. Un joven médico residente originario de Pakistán y una doctora de mediana edad, rubia teñida y exuberante, que llegó a Suecia hace veinte años y lleva la mayor parte de su vida ejerciendo de neurocirujana. Por lo demás, ninguno de ellos se parece lo más mínimo a una ardilla.

Pia, su mujer, lo visita todos los días. Preferiría quedarse en la habitación con él, pero Johansson se niega. Una vez al día es suficiente y si ocurriera algo que cambiara el orden de las cosas seguramente lo sabría enseguida. Johansson también procura evitar cualquier pregunta respecto a su estado de salud. Se siente cada día mejor. Pronto estará igual que siempre, y no hay más que hablar.

A propósito, ¿cómo se siente ella? Tiene que prometerle que va a cuidarse. Por cierto, ¿podría traerle su teléfono móvil, el ordenador portátil y el libro que estaba leyendo cuando ocurrió? Se le ha olvidado el título pero está sobre su mesilla de noche en la casa de campo. Pia hace lo que le dice. El libro, que, según el marcapáginas, lleva por la mitad, sigue ahí encima. Se da cuenta de que no tiene la menor idea de lo que ha leído ni tampoco ganas de empezar de nuevo, al menos por el momento; tal vez después, cuando vuelva a ser él.

El fin de semana llegan sus hijos, primero la hija y el yerno, luego el hijo y la nuera. Los nietos se han quedado en casa sin que haya tenido que pedirselo. En vez de ir le han enviado mensajes y regalos.

El mayor, que ha cumplido diecisiete años y acabará la secundaria en primavera, le ha escrito una larga carta en la que anima al «mejor abuelo del mundo» a evitar el estrés, tomarse las cosas con tranquilidad y relajarse, procurar «cool down» y «chill out», y para enfatizar lo escrito adjunta un libro de meditación y un CD pirateado de música tranquila de la emisora Lugna Favoriter.

Su hermana menor le ha hecho un dibujo en el que Johansson está tumbado en la cama rodeado de batas blancas y con un vendaje enorme en la cabeza. Pero aparentemente está contento, incluso saluda con la mano, y al final le escribe su deseo: «Que te mejores, abuelo».

Su primo, dos años menor que ella, le ha cantado por el móvil con su voz aguda de muchacho y, al parecer, aunque tras pensárselo un poco, ha compartido con él «la mitad» de sus golosinas del fin de semana, consistentes en plátanos de gominola y monigotes reseco toqueteados por los niños. Sus hermanos gemelos, dos años menores que él, se han unido al grupo por una vez y le han dibujado unos cefalópodos y algo que representa un sol.

Marido, padre y abuelo querido de todos, y lo que a él más le gustaría es que lo dejaran en paz para que ni ellos vieran su debilidad ni él tuviera que ver la preocupación en sus ojos.

Pia evita las visitas del resto de los parientes y seres queridos, como Jarnebring, que llama casi todo el tiempo; su hermano mayor, que llama mañana y tarde y además necesita hablar de negocios con él; los otros familiares, amigos, conocidos y antiguos compañeros de trabajo que al menos quieren tener información periódica acerca de su estado.

—No debe de ser fácil para ti, querida —dijo Johansson acariciando la mano de su mujer—. Aunque pronto pasará. He pensado pedirles que me manden a casa el lunes, después del fin de semana.

—Luego hablaremos de eso —contestó Pia con una leve sonrisa.

Como ya había oído esa respuesta antes, deduce que no será ese lunes.

A pesar de que está cada día mejor. La cantidad de tubos, cables, vías y agujas se ha reducido a la mitad y el dolor de cabeza llega con menos frecuencia cada vez. Toma todas las medicinas en forma de pastillas de distintos colores, cuidadosamente contadas y ordenadas en vasitos de plástico, que él mismo se lleva a la boca y luego traga con agua. El lunes, la enfermera que está a cargo del departamento le entrega una caja de medicación del servicio público de salud. Es importante que aprenda a administrarse los medicamentos y cuanto antes pueda entrar en la rutina, mejor.

Johansson se la enseña a su mujer esa misma tarde. Una caja pequeña de plástico rojo con siete compartimentos transparentes largos y estrechos. Veintiocho pequeños compartimentos en total para la mañana, mediodía, tarde y noche, todos los días de la semana. Dosificadores diminutos con un total de diez pastillas al día.

—Me encantaría recibir una medalla o una pensión, pero empezaremos por una buena caja del servicio de salud del distrito —comenta Johansson con esa sonrisa torcida que ya le sale con toda naturalidad.

—Sí —dice Pia—. Para que veas que has hecho lo correcto. —Luego vuelve a sonreír, esta vez con la boca y los ojos, y parece tan contenta como la primera vez que le sonrió. Menos mal que te he recuperado, se dice.

Mañana del miércoles, 14 de julio de 2010

El miércoles por la mañana fue a verlo Ulrika Stenholm, que en esa ocasión llevaba un cuaderno lleno de garabatos.

—Veo que traes el veredicto —comentó Johansson señalando el cuaderno.

—¿Te sientes con fuerzas para que te lo lea?

—Te escucho —dijo Johansson, y al decirlo, le ocurrió otra vez. De nuevo esa sensación súbita, intensa y totalmente inexplicable. Esta vez, de alegría.

La doctora Stenholm fue organizada y pedagógica a la vez. Johansson había sufrido una embolia en el hemisferio izquierdo que le había producido una «parálisis parcial del lado derecho», lo que, entre otras cosas, «le reducía la movilidad» del brazo derecho y producía disminución de sensibilidad, movilidad y fuerza en la pierna derecha. Dado que dejó de respirar durante algún minuto, esa función también debió de cesar un instante, pero no habían hallado ningún indicio de lesión.

—Dejar de respirar unos segundos no es infrecuente y puede suceder por varios motivos —explicó la doctora Ulrika Stenholm.

—Lo que no entiendo es que me haya ocurrido a mí —dijo Johansson—. Nunca he tenido problemas de mollera, ni siquiera he necesitado tomarme una aspirina. —Y la próstata funciona de maravilla, pensó, pero eso no tenía nada que ver, así que se lo calló.

—Ese tampoco es el problema —dijo la doctora Stenholm—. El problema es el corazón.

—El corazón —repitió Johansson. ¿Qué coño dice esta mujer?, pensó. A veces le faltaba el aliento cuando se esforzaba demasiado, o sentía una presión en el pecho, un poco de taquicardia incluso, o cierto mareo si se levantaba demasiado deprisa, pero no era nada del otro mundo. Solía arreglárselas con unas pocas inspiraciones profundas y una breve siesta después de comer.

—Lamentablemente, el corazón no está en las mejores condiciones —dijo ella cambiando la posición de la cabeza y asintiendo dos veces como para subrayar lo que acababa de decir.

—¿Así que el coágulo que tengo en el cerebro es solo una especie de puta propina? —inquirió Johansson.

—Sí, también podríamos llamarlo así —dijo ella sonriendo—. Te lo explicaré —añadió.

No está mal la lista, pensó Johansson en cuanto hubo terminado. Fibrilación auricular, arritmia, hipertrofia cardíaca y de la aorta, un corazón que late demasiado deprisa y de modo irregular y alguna otra cosa que ya se le ha olvidado, y todo debido a que ha comido demasiado, ha llevado una alimentación equivocada, ha hecho poco ejercicio, tiene sobrepeso, demasiado estrés, la presión arterial muy alta y unos niveles de colesterol deplorables.

—La mala de esta película es tu fibrilación auricular. Es la que provoca que las células sanguíneas puedan agruparse y formar coágulos —explicó la doctora con una expresión que no dejaba lugar a dudas. Además había otros males que le provocaban estragos en el pecho.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó Johansson. Él no tenía intención de rendirse, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de impuestos que había destinado a la asistencia sanitaria durante toda una larga y extenuante vida laboral, mientras que los hipócritas del otro lado le robaban con la ayuda de los ingenuos médicos.

—Prescribir un tratamiento que te baje la presión arterial, que te fluidifique la sangre y disminuya el nivel de colesterol, el mismo que ya estás siguiendo —dijo ella—. Sin embargo, lo que realmente cuenta a largo plazo solo puedes hacerlo tú.

—Bajar de peso, comer menos, no estresarme, hacer ejercicio —recitó Johansson. Para que no tenga que seguir aquí dándote la lata, y además despedirme del establecimiento de Günter's, pensó.

—Ya lo ves —dijo la doctora Stenholm sonriendo—, sabes perfectamente que debes empezar a cuidarte. Es así de sencillo.

—¿Podré tener árbol de Navidad? —preguntó Johansson que, aunque le resultaba increíble, hacía tiempo que no estaba tan contento.

—Hablo en serio —dijo Ulrika Stenholm con gesto grave—. Te morirás si no cambias

tu estilo de vida, y con ello me refiero a un cambio radical. Si dejas de tomar la medicación, o simplemente la descuidas, temo que puede ocurrir bastante pronto.

—Pero lo del coágulo del cerebro ha sido solo una propina, porque el corazón puede fallarme y fastidiarme de repente.

—Fue un aviso —respondió ella—. Y saliste bien parado. Tengo pacientes que han tenido avisos bastante más serios que tú. Además, el problema del corazón debes de tenerlo desde hace años. ¿No te lo ha dicho tu médico? —preguntó ella en tono intimidatorio.

—Me hago chequeos médicos con regularidad. Anualmente. Y me ausculta el corazón y esas cosas —aseguró—. Pero la verdad es que suele estar satisfecho conmigo. Nunca dice nada.

—¿No te ha dicho nunca nada?

—No —dijo Johansson—. Solo que tenía que tomarme las cosas con más tranquilidad. Pero nunca habló de medicinas ni cosas así.

—Me parece un médico muy raro.

—En absoluto —replicó Johansson—. Es un viejo compañero de caza. Vamos a cazar alces en la zona donde vivía en mi infancia. Es del pueblo de al lado. Su padre era veterinario en Kramfors. Estudió medicina en Umeå. Suele examinarme cuando nos vemos en septiembre para cazar.

—Disculpa que resulte repetitiva, pero ¿no te ha dicho nunca nada del corazón?

—La verdad es que no —dijo Johansson, que empezaba a cansarse en serio de esa charla interminable—. La última vez que nos vimos incluso elogió mi buena salud. Me envidiaba. Dijo que debo de ser una persona afortunada.

—¿Elogios? ¿Elogios de qué?

Ya es suficiente, pensó Johansson decidiendo poner fin a esa conversación carente por completo de sentido.

—De mi pene y mi próstata —respondió Johansson—. ¿Quieres saber lo que me dijo? Pues dijo literalmente que si los tuviera como yo, sería un hombre feliz. Además es urólogo, así que sabe bien de qué habla. Debe de haber visto bastantes pollas en su vida —añadió, pensando que ella se había buscado que le respondiera de ese modo.

La doctora Stenholm se conformó con sacudir compasivamente la corta melena rubia. Parecía que también estaba de mal humor.

—Por cierto, ¿quieres preguntarme algo? —agregó él con semblante inocente.

—¿Que si quiero preguntarte algo? ¿Como qué? —contestó ella, que seguía de mal humor.

—Lo de la ardilla —aclaró Johansson—. Si quieres oírlo. —Su repentino estallido de ira se había calmado ya.

Después le habló de todas las ardillas que había cazado cuando era niño. De cómo movían la cabeza. De las muchas horas que se había pasado sentado mirándolas. Pero que, en todo lo demás, ella no se parecía lo más mínimo a una ardilla, sobre todo si el observador carecía de los conocimientos especiales que él tenía sobre el tema.

—Será que tengo alguna especie de tic —dijo Ulrika Stenholm.

Luego asintió con la cabeza para confirmar lo que acababa de decir y, un poco más contenta, sonrió. Sin ladear la cabeza.

—Hablando de una cuestión totalmente distinta... —prosiguió—. No se trata de ti, sino de tu trabajo. De tu antiguo puesto de trabajo —aclaró—. He pensado aprovechar y decírtelo ahora que te tengo delante. Es una pregunta que quiero hacerte.

Johansson asintió.

—¿Te sientes con fuerzas? Es una historia bastante larga.

—Te escucho —dijo Johansson.

Así empezó todo para Lars Martin Johansson, porque para los demás implicados había empezado mucho tiempo antes.

Mañana del miércoles, 14 de julio de 2010

Una larga historia. Después de la extensa introducción surgieron varias preguntas. Sin embargo, lo que ella quería preguntarle era bastante sencillo: ¿recordaba el asesinato de Yasmine Ermegan, de tan solo nueve años, a la que violaron y estrangularon?

Pero antes la introducción, que para el gusto de Johansson fue demasiado larga y complicada.

Ulrika Stenholm tenía una hermana llamada Anna, que era tres años mayor que ella y ejercía como fiscal, y para quien Lars Martin Johansson era su gran ídolo profesional. Ella le contó innumerables historias de Johansson a su hermana menor.

—Trabajó contigo un par de años en la época en que eras jefe de los servicios secretos. Aseguraba que eres capaz de ver a la vuelta de la esquina. Sin tener que agacharte y mirar a escondidas.

—Hombre, si no, no tiene gracia —dijo Johansson, mientras se preguntaba por quién lo habría tomado. No recordaba a su hermana en absoluto y en cuanto a lo de jefe, era jefe de operaciones, no de los que se pasaban el día entre papeles.

—Nuestro padre era el pastor Åke Stenholm. Fue pastor en la parroquia de Bromma —aclaró—. En realidad, todo este asunto tiene que ver con él. Murió el invierno pasado, justo antes de Navidad. Era mayor, tenía ochenta y cinco años cuando murió de cáncer. Entonces ya estaba jubilado, obviamente. Se jubiló en 1989, a los sesenta y cinco años.

¿Qué tengo yo que ver con eso?, pensó Johansson a la vez que sentía una creciente irritación.

—Creo que estoy mezclándolo todo —dijo Ulrika Stenholm moviendo la cabeza con nerviosismo—. Trataré de ir al grano. Mucho después de jubilarse, solo un par de días antes de morir, mi padre me contó que había un asunto que lo había torturado durante muchos años. Al parecer, una de sus feligresas le dijo en confesión que sabía quién había

asesinado a una niña llamada Yasmine Ermegan. Tenía nueve años cuando ocurrió y pertenecía también a la parroquia de Bromma. Pero la mujer que se lo confesó le pidió que no lo dijera, y al tratarse de un secreto de confesión tuvo que cumplirlo. Como seguramente sabrás, el clero debe guardar secreto absoluto de confesión. Es incondicional y sin excepciones, a diferencia del mío y de mis colegas. Pero a él lo atormentaba mucho porque no encontraron al culpable.

Una historia extraordinariamente confusa, pensó Johansson, y el hecho de que empezara a dolerle la cabeza no mejoraba las cosas.

—Lo que yo me pregunto es, o sea, a donde yo quería...

—Dame papel y un bolígrafo —la interrumpió Johansson chasqueando con impaciencia los dedos de la mano izquierda, a la vez que se preguntaba qué coño tendría él que ver con eso—. Espera, mejor lo escribes tú. Toma nota en una hoja en blanco. ¿Cómo has dicho que se llamaba la víctima? La de nueve años, la que pertenecía a la parroquia de tu padre.

—Yasmine Ermegan.

—Anótalo —dijo Johansson—. Escribe esto. Víctima, dos puntos. Yasmine Ermegan, nueve años, domiciliada en la comunidad de Bromma.

Ulrika Stenholm asentía y escribía. Cuando acababa de escribir, levantaba la vista y volvía a asentir.

—¿Cuándo sucedió? —No creo que haya sido recientemente, pensó.

—Fue en junio de 1985, salió publicado en los periódicos hace solo unas semanas en un amplio reportaje, ya que hace veinticinco años que ocurrió.

—Espera un momento —dijo Johansson—. ¿Qué día? ¿Qué día de junio de 1985? —añadió para asegurarse. Hacía años que no hablaba con una informante tan confusa, pensó, y aquel dolor de cabeza tan tremendo no le ayudaba mucho, ni tampoco el hecho de que fuera a la vez jubilado y paciente, y que ella esperase que se lo tomara con toda tranquilidad. Y, por Dios bendito, ¿a santo de qué andaba siempre soltando tacos como un soldado de guardia, no solo cuando pensaba en voz alta o estaba a solas, y que además estuviera enfadado con todo el mundo en general, excepto con Pia?

—Desapareció la tarde del 14 de junio de 1985, era el viernes anterior a la fiesta del solsticio de verano. La encontraron asesinada una semana después, violada y estrangulada, la víspera del solsticio. Hallaron el cadáver ese día, el 21 de junio de 1985.

Al parecer, el asesino la enterró en el bosque a las afueras de Sigtuna. La metió en una de esas horribles bolsas de plástico negro.

—Espera un momento —la interrumpió Johansson—. ¿Qué día es hoy? —De repente se le había quedado la mente totalmente en blanco.

—Miércoles —respondió Ulrika Stenholm—. Hoy es miércoles.

—No, me refiero a la fecha —dijo Johansson mientras se preguntaba qué demonios le pasaba en la cabeza.

—Hoy es 14 de julio. Miércoles 14 de julio de 2010.

—Entonces ¿cuánto tiempo hace que la encontraron?

—Veinticinco años y tres semanas, un poco más tal vez. Veinticinco años y veintitrés días si no fallan mis cálculos.

—En tal caso ha prescrito —dijo Johansson encogiéndose de hombros. De repente le funcionó incluso el hombro derecho—. Por eso no puedo hacer nada al respecto. Ni siquiera puedo hablar con el que investigó el asunto; además, él me haría el mismo caso que si oyera llover.

—El gobierno derogó esa norma la primavera pasada, ahora no hay plazo de prescripción para los asesinatos. El de Olof Palme, por ejemplo, no va a prescribir nunca.

—Escucha —dijo Johansson en tono tajante—. La prescripción de asesinatos y otros delitos penados con cadena perpetua se derogó a partir del 1 de julio. La norma se aprobó la primavera pasada, pero entró en vigor el 1 de julio. Por ello los delitos de asesinato que habían prescrito antes del 1 de julio no están contemplados en la modificación de la ley. Están cerrados y archivados. Si no me crees, puedes hablar con tu hermana mayor la fiscal —concluyó mientras pensaba que, además de aburrida, le parecía torpe.

—Sí, pero entonces... ¿el caso de Palme?

—Dado que a Palme lo asesinaron en febrero de 1986, el 1 de julio pasado el delito no había prescrito aún, y por ello la enmienda no le afecta. No va a prescribir nunca. A Yasmine, en cambio, la asesinaron en junio de 1985 y por tanto el delito había prescrito ya cuando la enmienda fue aprobada. Esa es la diferencia —dijo Johansson.

—Pero eso es terrible —dijo Ulrika Stenholm—. Imagínate que se encontrara al asesino. Imagínate que alguno de tus colegas encontrara al asesino de Yasmine, que lo encontrarais hoy mismo. Tendríais que dejarlo ir. No podríais hacer nada en absoluto.

—Ni rozarlo siquiera —corroboró Johansson asintiendo desde la cama—. Ni rozarlo

—repitió por si acaso, ya que, al parecer, las leyes no eran precisamente el punto fuerte de la doctora.

—Pero es realmente terrible —repitió Ulrika Stenholm—. A pesar de todas esas pruebas de ADN y todos los medios de los que disponéis hoy en día.

—Por supuesto que es terrible —dijo Johansson, que de repente se sentía de un incomprensible buen humor.

—La verdad es que es espantoso —afirmó Ulrika Stenholm.

—Sí, ¿y sabes lo que es aún peor? —preguntó Johansson.

—No —contestó ella sacudiendo su corta melena rubia.

—Que yo no tuviera ese coágulo cerebral hace medio año. Fue un error por mi parte. Entonces habríamos tenido tiempo de solucionar este problema con tranquilidad, tú y yo. Es decir, antes de que prescribiera. Y también fue un error que tú no hablaras con alguno de mis compañeros a su debido tiempo, o que no lo hiciera tu padre el pastor. O que el que asesinó a Yasmine no hubiera tenido la amabilidad de esperar unas semanas para quitarle la vida a la pobre niña.

—Lo lamento —dijo Ulrika Stenholm con gesto afligido—. Sé que no debería preocuparte...

—Olvídate de eso ahora —dijo Johansson—. ¿Cómo se llamaba la informante, la mujer que habló con tu padre, la que sabía quién había asesinado a Yasmine...?

—No lo sé. Nunca lo dijo. No podía decirlo porque era secreto de confesión.

¿Qué coño está diciendo esta mujer?, pensó Johansson.

—¿Cuándo se lo contó a tu padre? —siguió preguntando—. Me refiero a la informante.

—Me pareció entender que habían transcurrido pocos años desde el asesinato de Yasmine. No pudo haber sido después del verano de 1989, porque entonces mi padre ya se había jubilado. Por lo que me dijo, intuí que debía de tratarse de una mujer mayor que formaba parte de su parroquia. También que se lo contó cuando estaba gravemente enferma y fue a confesarse con él.

—Pero ¿no tienes la menor idea del nombre de esa mujer?

—No, ni idea.

—Entonces ¿cómo sabes que decía la verdad? Podía tratarse simplemente de una loca. O que quisiera hacerse la interesante. No es raro que ocurra.

—En cualquier caso, mi padre la creyó. Mi padre era una persona muy inteligente y

reflexiva, además había oído muchas cosas y no era fácil de engañar.

—¿Te contó tu padre si le había dicho quién lo hizo?

—No, eso no me lo dijo.

—¿Y esa mujer ni siquiera se lo dijo a su marido o a su hijo, a algún familiar, vecino, compañero de trabajo o a algún conocido suyo? ¿No hay ningún indicio de ello?

—No, pero estoy bastante segura de que a mi padre sí se lo dijo.

—¿Cómo podía saber ella quién lo hizo?

—No lo sé. Solo sé que mi padre la creyó y que eso lo atormentó mucho en sus últimos días.

—De acuerdo —dijo Johansson—. Cuéntame todo lo que te dijo tu padre. —Vamos a empezar desde el principio, pensó, de lo que es para ti el principio.

Åke Stenholm, ex vicario de la parroquia de Bromma, murió de cáncer a los ochenta y cinco años de edad, a principios de diciembre del año anterior. Su hija estuvo con él casi constantemente en sus últimos días. Su mujer, la madre de Ulrika, había muerto diez años atrás, y el padre tenía mala relación con su hija mayor. Hacía años que no se hablaban. Ulrika era su única relación cercana, además de una hija muy querida.

Los últimos días de su vida los pasó casi por completo durmiendo, debido a una fuerte medicación para aliviarle el dolor. Sin embargo, dos días antes de morir estuvo plenamente consciente unas horas y entonces fue cuando se lo contó.

—Comenzó diciéndome que ese día no había tomado sus pastillas por ese motivo, que quería estar lúcido para poder hablar conmigo.

—¿Ah, sí? —dijo Johansson—. ¿Eso fue todo?

—Sí —asintió Ulrika Stenholm—. Comprendo que te parezca poco para empezar a indagar, incluso aunque el delito no hubiera prescrito.

—No digas tonterías —dijo Johansson—. Debes saber una cosa, Ulrika: lo que cuenta para investigar un asesinato es el interés que pongas en el caso. No hay que quejarse de lo difícil que es ni de que se sabe poco y bobadas por el estilo. Ningún policía de verdad hace esas chorradas. Lo que cuenta es el interés que pongas en el caso.

—Sí, aunque en realidad...

—No me contradigas —interrumpió Johansson—. En vez de eso, vamos a hacer un resumen de lo que sabemos. Ve tomando nota.

Ella asintió, preparada ya con bolígrafo y cuaderno.

—En diciembre pasado, justo antes de morir, tu padre te contó lo que le había dicho una de sus feligresas hacía más de veinte años, pocos años después del asesinato de Yasmine, bajo secreto de confesión y cuando ella misma estaba gravemente enferma. ¿Lo he entendido bien? —preguntó Johansson, pensando qué sentido tendría la expresión «bajo secreto de confesión».

—Sí —confirmó Ulrika Stenholm.

—¿Nada más que recuerdes?

—No —dijo Ulrika.

—Vaya —dijo Johansson—. Entonces lo que realmente cuenta es lo que hay. Debes tenerlo claro.

—Lo entiendo —dijo Ulrika Stenholm—. Pero hubo algo que me llamó la atención en cuanto te vi aquí la primera mañana, el día posterior a tu ingreso.

—Te escucho —la animó Johansson.

—Me di cuenta de que esta historia no solo atormentaba a mi padre, también me ha afectado a mí, sobre todo recientemente, al haberse publicado tanto de ella en los periódicos. Y de repente apareces tú aquí...

—¿Y bien?

—Mi padre era una persona de profundas creencias religiosas.

—No es de extrañar, teniendo en cuenta que era pastor —dijo Johansson.

—Yo también soy un poco así, aunque debo reconocer que no del todo. ¿Sabes qué hubiera dicho mi padre?

—No —dijo Johansson. ¿Cómo iba a saberlo?, pensó.

—Lo decía siempre que ocurrían cosas raras, coincidencias extrañas o algo por el estilo, que no pueden explicarse. Podía tratarse tanto de cosas buenas como malas.

—Te escucho —dijo Johansson.

—Mi padre solía decir que los caminos del Señor son inescrutables —dijo Ulrika Stenholm.

—Tendrás que disculparme —dijo Johansson—, pero para mí eso suena a pura blasfemia.

De repente volvió a ocurrir. El dolor de cabeza desapareció súbitamente.

—¿A qué te refieres?

—Que el Señor te haya enviado a un ex oficial de policía, inconsciente por un coágulo en la cabeza, para ayudarte a solucionar un asesinato ocurrido hace veinticinco años y

que, además, ha prescrito, ya que por desgracia sucedió un par de semanas antes de que pudiera acogerse a la nueva ley.

Pensándolo bien, es lo único estimulante de este asunto, se dijo Johansson.

La doctora en medicina y profesora de neurología Ulrika Stenholm, de cuarenta y cuatro años a pesar de que no aparentaba ni un día más de cuarenta, no movió la cabeza lo más mínimo.

—Los caminos del Señor son inescrutables —repitió ella.

—Mi problema es que ya no puedo ver a la vuelta de la esquina —dijo Johansson—. Debes saber que apenas veo y que no me acuerdo de ciertas cosas. El otro día tardé una hora en acordarme del nombre de mi nuera. En solo un segundo puedo enfadarme, sentirme triste o feliz, de forma totalmente descontrolada y sin saber el motivo. Digo cosas raras y unas palabrotas tremendas. En realidad no recuerdo el asesinato del que hablas, el de la pequeña Yasmine. Honestamente, no tengo ni idea, no me acuerdo.

—Eso se debe a lo que te ha ocurrido —dijo Ulrika Stenholm—. Debes saber que les pasa a todos los que han sufrido un episodio como el tuyo. ¿Y sabes otra cosa?

Johansson sacudió la cabeza.

—Tratándose de ti, estoy bastante segura de que se te pasará.

—¿Lo del brazo también? —Es mejor aprovechar la ocasión, pensó.

—Lo del brazo también —contestó la doctora Stenholm.

Después, ella se levantó, volvió a asentir y le dio unos golpecitos en el brazo sano.

—Cuídate —le dijo—. Nos veremos mañana.

No cayó en la cuenta hasta que ella no hubo salido de la habitación. La primera de toda la serie de obviedades profesionales que quien fuera le había borrado de la cabeza.

—Mierda. ¡Ven aquí! —gritó Johansson.

—¿Sí? —preguntó ella cuando volvió junto a la cama.

—Tu padre debió de dejar al morir un montón de papeles y anotaciones —dijo Johansson. A los pastores de antes les encantaba acumular papeles, pensó.

—Varias cajas —confirmó Ulrika Stenholm.

—Mira a ver si puedes encontrar algo —dijo Johansson. No pienso buscar por ti, pensó.

Luego, la doctora salió, y apenas le había dado tiempo a cruzar la puerta cuando él ya se había dormido. El hombre que una vez fue capaz de ver a la vuelta de la esquina, pensó Johansson justo antes de que Hipnos lo agarrara del brazo y lo introdujera en la oscuridad, tentándolo con la cápsula de adormidera que sostenía en su mano pálida y delgada.

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

En sus mejores momentos, Lars Martin Johansson era conocido entre sus compañeros de trabajo como «el hombre que era capaz de ver a la vuelta de la esquina» y también como un diccionario ambulante en lo referente a delitos violentos graves. En el instante en que sus colegas necesitaban ubicar algún caso antiguo en el tiempo y en el espacio, solían empezar preguntándole a Johansson. Por lo general, el que preguntaba se ahorra tiempo delante del ordenador, y Johansson, contento de que le consultaran, contribuía de buena gana con respuestas detalladas y minuciosas. Además, tenía una memoria tremenda para los números, y con frecuencia recordaba incluso el número de registro del caso que buscaba su agobiado colega.

Le había ocurrido algo en la cabeza. No le importaba demasiado el hecho de olvidar de repente el nombre de la mujer de su único hijo, que además recordó al cabo de un rato. Pero no acordarse del asesinato de Yasmine, que según los informes tenía nueve años cuando la violaron y la estrangularon, era mucho más grave. El hecho de que hubiese ocurrido veinticinco años atrás solo empeoraba las cosas. Solía recordar mejor los asesinatos de aquella época que los sucedidos con posterioridad, y sabía hasta el mínimo detalle de los más llamativos.

Pensar en ello le producía preocupación y casi angustia, no por haber olvidado el asesinato de Yasmine, sino por lo que imaginaba que le habría ocurrido en la cabeza.

Primero pensó llamar a la enfermera. Pedirle otra pastilla. Una de esas que le hacían sentirse ausente, que aumentaban la distancia de aquello que lo atormentaba, que hacían que le diera igual. Como si las cosas, fueran las que fuesen, no tuvieran que ver con él.

Pero esta vez no.

—Anímate —se dijo Johansson en voz alta. Métete a fondo y busca, pensó. Tal vez todo fuera tan simple como que su pequeña ardilla había interpretado mal las cosas y por

eso él no podía recordar el asesinato de Yasmine. Tuvo una idea, una decisión repentina que desencadenó poco después un tremendo desastre.

Problemas, problemas, problemas. El simple hecho de coger el portátil de la mesilla de noche, ponerlo delante de él encima de la cama, levantar la tapa, encenderlo, todo con la mano izquierda y la derecha siempre por ahí, en medio. Y luego, cuando ya lo tiene y casi lo ha conseguido, descubrir que no recuerda el código de acceso. El mismo código con el que no tuvo ningún problema aquella mañana, antes de que esa desgraciada doctora suya entrara en la habitación y le complicara la existencia. No poder usar su propio ordenador, como si no bastara y sobrara con lo ya que tiene.

En todo caso, agotó los intentos permitidos. Notó el sudor que se abría camino por la frente, el dolor de cabeza, la presión en el pecho, todo empeoraba cada vez que se le negaba el acceso a su propio ordenador. Mierda, mierda, mierda, pensó Johansson, y lo que lo alteraba no era que hubiera cambiado su modo de expresarse. Entonces llamó a Pia. Estaba en una reunión pero respondió enseguida al ver que era él, sin tratar de ocultar la preocupación que transmitía su tono de voz.

—¿Ha ocurrido algo, Lars? —preguntó Pia.

—He olvidado mi contraseña —dijo Johansson.

—¿Qué contraseña?

—La del puto ordenador —aclaró Johansson.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó Pia.

—La contraseña —repitió Johansson. Joder, Pia, pensó, y era la primera vez que dedicaba un pensamiento desagradable a Pia desde que la conoció hacía más de veinte años.

—La tengo anotada en casa —dijo Pia—. Te la llevaré esta tarde. No me la sé de memoria.

—Pero, joder, Pia —gritó Johansson—. ¿Tan difícil es recordar la contraseña de mierda de un puto ordenador? —preguntó enfadándose en solo un segundo y de modo irracional con la persona a la que amaba por encima de todos y de todo.

—Lars, nunca me habías gritado antes, lo sabes, Lars. Ambos sabemos la razón, pero te ruego que no vuelvas a gritarme.

Notó que se le hacía un nudo en la garganta. También en solo un segundo.

—Perdóname —dijo Johansson—. Perdóname, cariño.

Luego colgó, pero no con la suficiente rapidez, porque las lágrimas ya le resbalaban

por las mejillas.

Se secó la cara con la sábana y le importó un bledo que se le cayera el portátil al suelo. Podía seguir ahí hasta que llegara alguien y se lo diera. Luego respiró profundamente tres veces, cogió el móvil y llamó a su mejor amigo, lo que le resultó bastante fácil porque lo guardaba como número abreviado y, por una vez, Johansson se las arregló bien con la mano izquierda y el pulgar.

—Al habla Jarnebring —contestó Jarnebring después del segundo tono.

—Hola, Bo —saludó Johansson—. Soy yo.

—Vaya, no sabes la alegría que me das —dijo Jarnebring—. ¿Cómo te encuentras? Suenas muy animado.

—Quisiera pedirte un favor —dijo Johansson—. Ya que tienes las llaves de mi casa, ¿podrías pasarte por allí y buscar la contraseña de mi portátil? La tengo anotada en mi lugar secreto, ya sabes.

—Claro que sí —accedió Jarnebring—. Nos veremos dentro de una hora.

—Por cierto, me siento muy bien —dijo Johansson—. Como una perla engarzada en oro.

—Sí, suenas muy bien —constató Jarnebring—. Nada de balbuceos ni cosas por el estilo.

—Nunca me he sentido mejor —afirmó Johansson.

De pronto acababa de ocurrírsele una idea. Sumamente agradable comparada con casi todo lo que pensaba últimamente. Además era una idea nada descabellada, un premio. No un coágulo cerebral común causado por un corazón que no funciona bien.

—Oye, una cosa más. Ya que vas a ir a mi casa, tráeme también una botella de aguardiente, y si puedes pásate de camino por Günter's, ya lo conoces, y cómprame una bratwurst grande con ensalada de col y mostaza. Pasa de la bebida. Ya tengo aquí.

—Sí, parece algo hambriento —dijo Jarnebring—. Supongo que en esos sitios la comida será infumable.

—¿Podrás encargarte de ello?

—Por supuesto —dijo Jarnebring—. Salchicha y contraseña, aguardiente y ensalada de col. ¡Hasta dentro de una hora!

Mi mejor amigo, pensó Johansson. No quería llorar. En vez de hacerlo, se colocó bien en

la cama y consiguió incluso cruzar las manos por encima del vientre de un modo más o menos aceptable. No sentía dolor de cabeza ni rabia ni preocupación. Paz, pensó Johansson. Por fin alguien irradia paz sobre un cazador vagabundo como yo.

Así iban las cosas para Johansson y así habían vuelto a empezar para su mejor amigo Bo Jarnebring. Después de aquella primera vez, hacía veinticinco años.

II

Ojo por ojo, diente por diente...

Éxodo 21, 24

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

Jarnebring tenía el aspecto de siempre. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Johansson, cerciorándose primero con la vista y abordándola luego como si fuera a registrar el cuchitril de un drogadicto común. No saludó ni sonrió hasta que llegó a la cama y se sentó a su lado.

—Tienes un aspecto de pena, Lars —dijo Jarnebring—. Aunque mucho mejor del que esperaba —añadió rápidamente al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Algo no está bien, pensó Johansson. Echaba en falta algo que no podía caber en la bolsa diminuta que Jarnebring había dejado a un lado de su cama. Además, Jarnebring olía a loción para después del afeitado. Solamente a eso. No parecía que viniera de Günter's.

—¿Dónde coño está mi salchicha? —espetó Johansson en tono acusador.

—Escucha, Lars —dijo Jarnebring inclinándose hacia él, rodeándole los hombros con su enorme brazo y abrazándolo con fuerza—. Eres mi mejor amigo y estoy la mar de contento de que estés vivo, quiero que lo sepas.

—Lo mismo digo —repuso Johansson—. Pero ¿dónde coño está la salchicha?

¿Y el aguardiente?, pensó.

—Aquí tienes. —Jarnebring vació sobre la cama el contenido de la bolsa marrón—. Manzanas, peras, naranjas, plátanos, incluso te he comprado chocolate del bueno, del que solo lleva cacao.

—No hay ninguna salchicha —dijo Johansson.

—No, ni tampoco aguardiente —confirmó Jarnebring—. Si quieres suicidarte puedes hacerlo por tu cuenta. No pienso ayudarte. Pero lo que sí te he traído es la contraseña del ordenador, como me pediste. Y en cuanto te levantes y salgas de este sitio te llevaré personalmente a mi gimnasio para que puedas ponerte un poco en condiciones.

—Muchas gracias por la ayuda, de verdad. Con amigos así no se necesitan enemigos.

—Deja de lloriquear —dijo Jarnebring—. No eres la única víctima. Para Pia no resulta demasiado divertido, que lo sepas. Ni tampoco para mí. Cuando te trajeron aquí el pasado lunes por la noche llamó alguien de *Aftonbladet* para decir que te habían disparado en el estómago y estabas en cuidados intensivos. En ese momento yo estaba en el jardín muy tranquilito con mi mujer, mi hermana y mi cuñado tomándome una cerveza bien fría, disfrutando de la vida de jubilado, cuando de pronto llama ese chiflado diciendo que te han disparado y lo lía todo. Imagínate lo que hice.

—¿Qué hiciste?

—Lo mandé a la mierda —dijo Jarnebring—. Luego llamé por teléfono al «Agujero» para preguntar si ellos sabían algo. Allí tienen trabajando a otro atontado, colega además, ¿quién coño ha podido reclutar a alguien como él y ponerlo en una central de emergencias?, y dice que lo único que sabe es que los muchachos de la unidad de traslados han dicho por radio que te han llevado a las urgencias del Karolinska, porque al parecer corría tanta prisa que no bastaba con una ambulancia normal. No veas cómo me preocupé. De repente me puse a llamar a todos lados, pero los médicos se negaban a hablar conmigo y el teléfono de Pia estaba ocupado todo el tiempo, así que claro que me preocupé.

—No debe de haberte resultado nada fácil —dijo Johansson.

—No —admitió Jarnebring—. No fue fácil, pero justo cuando iba a montarme en el coche, después de haberme tomado tres o cuatro cervezas, para ir al Karolinska y despedirme de ti, llamó uno de mis antiguos muchachos y me contó lo ocurrido. Precisamente era uno de los que te llevaron y con el que aún sigo en contacto.

—Patdos —dijo Johansson—. Patrik Åkesson. —De repente se acordó.

—Ya lo ves —dijo Jarnebring—. Todavía no estás loco del todo. Pero no fueron los disparos en el estómago, sino lo que llevas haciendo habitualmente los últimos veinte años. Te estás matando con la comida, te atiborras con montones de salchichas, mostaza, salsas y otras porquerías.

—No, de eso nada —replicó Johansson—. Atiborrarme...

—No me interrumpas —dijo Jarnebring—. Solo iba a decirte que no pienso traerte salchichas. Pero puedes pedirme cualquier cosa que se te ocurra. No faltaba más.

—En tal caso tengo una cuestión con la que tal vez puedas ayudarme.

—Te escucho —dijo Jarnebring.

—¿Te acuerdas de un asesinato que ocurrió hace veinticinco años, en el verano de

1985? —dijo Johansson—. ¿De una niña de nueve años llamada Yasmine Erdogan, a la que violaron, estrangularon y enterraron en las afueras de Sigtuna?

Jarnebring lo miró con cara de asombro.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber.

—Olvídate de eso ahora —dijo Johansson—. Hablaremos de eso después —agregó intentando arreglarlo—. ¿Recuerdas el asunto?

—Sí —dijo Jarnebring asintiendo con la cabeza.

—Cuéntame —dijo Johansson.

—Se llamaba Yasmine Ermegan. No Erdogan. Ermegan. Para resumir la historia: era iraní. Ella y sus padres vinieron cuando la niña tenía solo unos años. Desapareció del apartamento de su madre en Solna la tarde del viernes 14 de junio de 1985. La encontraron una semana después, el viernes 21 de junio, precisamente la víspera del solsticio. No la habían estrangulado, la habían asfixiado. Muy probablemente con una almohada según el forense, ya que encontró plumas y restos de tela blanca en la garganta. El cuerpo lo habían metido dentro de cuatro bolsas negras de plástico cerradas con cinta adhesiva común. El autor del crimen la tiró a una de las bahías del lago Mälaren, un par de kilómetros al norte del castillo de Skokloster. Así que no la enterró, sino que la arrojó al lago. Pudo haber ido hasta allí en coche. El asesino solo tuvo que cargar con ella unos diez metros, lo que cualquiera podría haber hecho ya que no pesaba más de treinta kilos.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Johansson. ¿Cómo podrá saberlo si yo no recuerdo nada?, pensó.

—Era mi caso —contestó Jarnebring—. Así que no es tan raro. Lo sé todo acerca de la muerte de la pequeña Yasmine. Solo hay una cosa que no sé.

—¿Cuál? —preguntó Johansson, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Quién fue el que acabó con la pobre chica —dijo Jarnebring—. Me gustaría intercambiar unas palabras con ese hijo de puta.

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

—Ahora cuéntame —dijo Jarnebring mientras daba un gran mordisco a una de las manzanas que acababa de traerle a Johansson—. ¿Por qué ese interés por un asesinato ocurrido hace veinticinco años? ¿Es que piensas volver al servicio?

—No, en realidad no. Alguien que trabaja aquí me ha preguntado acerca de algo que había leído en la prensa, y en ese momento me he dado cuenta de que yo no tenía ni idea de lo que me decía. No fue una sensación muy agradable, ya que suelo recordar ese tipo de cosas.

—No me extraña —dijo Jarnebring sonriendo burlón—. En aquella época trabajabas en la Dirección Nacional de la Policía y estabas siempre allí sentado, enterrado entre todos los archivos, sin ver ni oír nada.

—Ya —dijo Johansson.

—Está bien —convino Jarnebring encogiendo sus anchos hombros—. La verdad es que no soy médico, pero tal vez tenga algo que ver con lo que te acaba de ocurrir. ¿Acaso no te lo has preguntado? Esos coágulos en la cabeza pueden estropear muchas cosas. Me acuerdo de mi padre, que de repente dejó de reconocer a la familia. Pasó el resto de sus días lloriqueando o riéndose de todo y de todos. Se podría decir que nunca volvió a ser el mismo.

—Lo mío no es tan grave —explicó Johansson—. Ciertas zonas del cerebro parecen estar totalmente en blanco —aclaró—. Pero eso debería haberlo recordado. Seguramente salieron muchos artículos sobre ello en los periódicos cuando sucedió. El asesinato de Helene Nilsson por ejemplo, ocurrido en 1989, lo recuerdo con todo detalle.

—No —dijo Jarnebring sacudiendo firmemente la cabeza—. No fue en absoluto como lo de Helene. La prensa debió de publicar cientos de cosas más sobre el caso de Helene que sobre el de Yasmine. La semana posterior a la desaparición de Yasmine no salió ni una sola línea en los periódicos ni tampoco se dijo nada por televisión ni por la radio.

—¿Por qué motivo? —quiso saber Johansson—. El hecho de que una niña de nueve años desapareciera de su casa un viernes por la noche tuvo que provocar un impacto enorme.

—A grandes rasgos no ocurrió nada —dijo Jarnebring—. Los padres se habían separado hacía unos años. Yasmine pasaba una semana en Äppelviken con su padre y su nueva pareja y la siguiente en Solna con su madre. La madre vivía sola, por cierto. Esa semana tendría que haber estado con su madre, pero a las pocas horas de llegar empezaron a discutir y la chica cogió sus cosas y se largó. Luego, la madre fue poniéndose poco a poco en contacto con los amigos que la niña tenía en Solna, y hasta ella misma creyó que Yasmine se había ido a la casa de su padre. También llamó allí, como es natural, pero no contestaba nadie. El oficial de guardia de Solna envió un coche patrulla a la casa del padre. Ella se negó a ir porque le tenía terror a su ex marido, pero la casa donde vivía el padre estaba vacía y cerrada a cal y canto. Era extraño, ya que sus compañeros de trabajo, con los que los agentes hablaron también, afirmaron que ese fin de semana tenía que trabajar. Era médico y estaba haciendo un experimento raro que implicaba que tuviera que ir y venir de casa al trabajo para hacer un seguimiento a un montón de animales de laboratorio que había sacrificado. Pero el viernes por la noche se marchó, sin más. Convenció a un compañero de trabajo para que lo sustituyera. Pero nos llevó unas semanas averiguarlo. Por cierto, que el padre trabajaba aquí.

—¿Aquí? ¿En neurología?

—No, me refiero al Karolinska, al instituto Karolinska. Trabajaba como profesor en algún departamento de investigación.

—Entonces ¿fue así como ocurrieron las cosas? —dijo Johansson.

—Exactamente —respondió Jarnebring—. Así pues, la mayoría de la gente creyó que, cuando la niña llegó a la casa de su padre, él se enfadó y se marchó de allí con ella. Estaban en pleno proceso de divorcio, peleándose por la custodia de Yasmine, que era hija única, y por todo lo demás, claro. Tanto la policía como la madre de Yasmine creímos que eso era lo que había ocurrido.

Típico. Un ejemplo típico de por qué un caso va mal desde el principio, pensó Johansson. Todo parecía lógico, bien encaminado, pero estaban en un error.

—Sin embargo, cuando la encontraron, la víspera del solsticio, las cosas dieron un giro. Fue entonces cuando yo entré en el caso. El sábado por la mañana me pidieron a mí y al resto de mi grupo que ayudáramos a nuestros colegas de Solna. Desafortunadamente

eso también se fue a la mierda, pero no por mi culpa sino por ese mentecato que era el jefe de la investigación.

—Creía que el caso lo habías llevado tú.

—Yo era ayudante —aclaró Jarnebring—. La investigación la dirigió otro colega.

—¿Quién? —preguntó Johansson.

—No va a gustarte saberlo —dijo Jarnebring con una amplia sonrisa.

—Claro que sí —insistió Johansson.

—Evert Bäckström —dijo Jarnebring ampliando aún más la sonrisa.

—Cielo santo —exclamó Johansson, asombrado. Cielo santo, pensó.

Tarde del miércoles 14, de julio de 2010

—Dame otro vaso de agua —dijo Johansson señalando con la cabeza la jarra que había sobre su mesilla de noche.

—Tienes la cara completamente roja —comentó Jarnebring—. Tal vez hubiera sido mejor que te trajera una botella de aguardiente, como dijiste.

Jarnebring llenó un vaso de agua y lo puso con cuidado en la mano extendida de Johansson, que se bebió el agua a grandes tragos. En ese momento se sintió muy tranquilo, sin necesidad de haber tomado ni una pastilla.

—Es demasiado tarde —dijo Johansson secándose unas gotas de agua del labio superior—. Me refiero al aguardiente.

»Gracias —dijo cuando Jarnebring cogió el vaso vacío y volvió a ponerlo en la mesilla.

—Tal vez podrías hacer de semáforo, Lars —espetó Jarnebring—. Se te deja en un paso de peatones, se te dice algo inapropiado y enseguida te pones rojo como la luz de un semáforo.

—¿Cómo diablos puede ocurrírsele a alguien pasársele siquiera por la cabeza la idea de poner a Evert Bäckström como jefe de investigación en un caso como ese? —dijo Johansson con vehemencia, a la vez que con una gran necesidad de disminuir su presión interna.

—Creo que fue un error de Ebbe —señaló Jarnebring, al que no pareció disgustarle decirlo.

—¿Error de Ebbe? ¿Quién es Ebbe?

—Ebbe Carlsson. Ese editor bajito y chiflado que solía meter la nariz en todo lo que hacíamos los verdaderos policías. Y todo lo hacía desde la embajada de Alemania Occidental donde trabajaba como jefe de información del ministro de Justicia hasta el asesinato de Olof Palme veinte años después. Para entonces, el pequeño Ebbe se había

convertido en director de la editorial Bonnier; no sé qué tendrían ellos que ver con la investigación de un asesinato, o mejor dicho, qué tendría que ver ese tarugo que teníamos por entonces de jefe de policía y que se asignó él mismo el cargo de jefe de investigación del asesinato de nuestro querido primer ministro, sin tener la menor idea de cómo llevar a cabo una investigación y contando solo con la ayuda de su amiguito Ebbe.

—Explicate —dijo Johansson.

—¿Quieres que te dé la versión larga o la abreviada?

—Prefiero la larga —dijo Johansson, que hacía años que no estaba tan espabilado.

—Ebbe era maricón, como tal vez recuerdes —comenzó diciendo Jarnebring.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto? —preguntó Johansson.

—En aquella ocasión sí lo tenía —respondió Jarnebring con una sonrisa forzada.

—¿De qué modo?

—Medio año antes de que asesinaran a Yasmine, el editor había estado en un club de esos donde conoció a un joven vestido con traje de marinero, al que invitó a ir a su casa para hacer eso que se suele hacer con la gente que has conocido en uno de esos bares. Independientemente de que fueran o no gays —añadió Jarnebring significativamente.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Johansson.

—El joven que iba vestido de Pato Donald le robó. Hizo que cogiera una buena cogorza y se llevó tanto la billetera del editor como otros objetos diversos, entre ellos un vestido antiguo que el editor había adquirido en una subasta y que en su momento perteneció a Rita Hayworth. Ya sabes, la actriz americana, y parece que valía una fortuna.

—Continúa —pidió Johansson.

—El editor presentó la denuncia y tuvo la gran suerte de que Bäckström se encargara de la investigación. Bäckström tomó nota del asunto y le dijo al editor que esas cosas iban a seguir ocurriéndole mientras no se serenase e intentara comportarse como una persona normal.

Es como para echarse a llorar, pensó Johansson.

—Ebbe se cabreó muchísimo, lógicamente. Cualquiera habría reaccionado del mismo modo en su caso. Lo habían maltratado y asaltado, así que llamó a su mejor amigo y le contó lo del pequeño Bäckström y su gran actuación, diciéndole que Bäckström le había llamado maricón, acróbata anal y otros epítetos similares.

—Y el jefe de policía se puso hecho una furia —aseveró Johansson.

—Por decirlo suavemente —dijo Jarnebring—. Parece ser que se puso hecho un basilisco y amenazó con matar de una paliza al pequeño Evert si no se comportaba como una persona. Luego expulsaron a Bäckström de la unidad de investigación de delitos violentos en Estocolmo y como castigo lo pusieron al mando del centro de guardia de la judicial en Solna. Estaba allí la tarde que desapareció Yasmine, y como era verano y época de vacaciones y apenas había otros colegas en funciones, tuvo que hacerse cargo también de la investigación una semana después.

—¿Qué ocurrió luego? Me refiero a Yasmine —dijo Johansson reparando enseguida en lo obvio de la pregunta, pues ya sabía la respuesta.

—Vayamos al fondo —dijo Jarnebring—. Directamente al fondo del asunto, aunque haciendo honor a la verdad la culpa no fue solo de Bäckström.

—Cuenta —lo animó Johansson.

—¿Estás seguro? —preguntó Jarnebring mirando el reloj—. ¿No iba a venir Pia?

—Dentro de tres horas —dijo Johansson—. Tenemos tiempo de sobra. Cuéntame.

El inspector de la policía judicial Evert Bäckström ya se imaginó desde el principio cómo sucedieron las cosas. Yasmine se peleó con su madre y se marchó a la casa de su padre. Él se la llevó fuera de la ciudad para poner fin de modo sencillo a un pleito engorroso por obtener la custodia. Cuando encontraron a Yasmine asesinada una semana después, solo hubo que cambiar levemente el curso de las cosas. El padre no solo había secuestrado a su hija, sino que también la había violado y asesinado por las razones habituales en gente como él.

—Otro crimen de honor de los que llevan a cabo los musulmanes, árabes y otros por el estilo. Evert sabía más que nadie de esas cosas. —Jarnebring asintió con gesto melancólico.

—Pero ¿y la violación? ¿Cómo pudo justificarla? La pobre chica había sido violada. —Johansson, asombrado, sacudió la cabeza.

—Eso no era problema. Según Bäckström, la gente como el padre de Yasmine se tiraba a ovejas y cabras cuando no podía hacerlo con sus propios hijos. Luego todo empeoró gracias a la madre de Yasmine. Como te he dicho, los padres estaban en trámites de divorcio cuando sucedió todo eso y entonces la madre aprovechó la ocasión para denunciarlo por maltrato reiterado. Aunque, dicho sea de paso, retiró las denuncias

inmediatamente, pero la verdad es que creo que él le había propinado alguna que otra paliza. —Jarnebring asintió pensativo.

»Apenas un par de meses antes de que ocurriera lo de Yasmine, la madre presentó otra denuncia en la que afirmaba incluso que él había abusado sexualmente de la hija de ambos. En fin, que hubo una buena movida. Los dos querían tener la custodia de la niña, pero a la espera de la sentencia judicial lo habían resuelto de tal modo que Yasmine vivía una semana con uno y otra semana con otro. Además, iba a un colegio que estaba en Estocolmo. Era uno de esos colegios privados de lujo al que ya asistía cuando los padres aún vivían juntos.

—¿Era cierto que el padre había abusado de su hija? —preguntó Johansson.

—No —dijo Jarnebring—. Estoy completamente seguro de ello. Enseguida llegaremos a eso —continuó—. Sin embargo, estoy convencido de que maltrataba a su mujer. Fue hacia el final de su convivencia, y creo además que sucedía con bastante frecuencia.

—Qué historia más truculenta —dijo Johansson suspirando.

—Y todavía va a serlo más —advirtió Jarnebring.

—Te escucho —lo animó Johansson.

—Cuando se encontró a Yasmine, el padre seguía desaparecido y para entonces llevaba ausente toda una semana. A la mañana siguiente, el sábado, en las noticias de la radio y de la televisión dicen que se ha encontrado a Yasmine. Y en cuestión de un par de horas aparece él en la comisaría de policía de Solna. Completamente enloquecido.

—¿Y qué tal fueron las cosas?

—Como una mierda. Todo fue como una mierda. Al finalizar el primer interrogatorio que mantuvo con Bäckström, el padre intentó romperle los brazos y las piernas al pequeño Evert. El padre era un hombre alto y fuerte, más o menos como yo —dijo Jarnebring—. Pero Bäckström no era tonto en ese aspecto. Tenía un montón de colegas cerca de él, así que el padre de Yasmine recibió lo suyo antes de que lo metieran en chirona.

»La fiscalía, que en ese momento estaba completamente de acuerdo con Bäckström, decidió arrestarlo inmediatamente. También lo estaban la mayor parte de los colegas, que lo sepas. Hasta yo estaba equivocado con el padre en aquellos momentos. Lamentablemente, la historia que contó sobre lo que hizo la semana que estuvo perdido no era verdad.

—¿Qué contó?

—Que la pasó a solas en una cabaña en el archipiélago, filosofando sobre la vida. Dijo que un colega le había dejado la cabaña, y eso sí que era verdad, pero mentía en todo lo demás por los motivos habituales.

—Una aventura. Estaba con otra mujer —aseveró Johansson.

—Claro que lo estaba —asintió Jarnebring—. Pero tuvieron que pasar varios días antes de que lo admitiera. El asunto era algo complicado, por decirlo así.

—¿En qué sentido? —preguntó Johansson.

—Tenía una nueva pareja, como ya te he dicho —dijo Jarnebring—. También médico, de su misma edad. La verdad es que esta historia está llena de médicos. Vivía con ella en una casa a las afueras de Äppelviken, que por cierto era propiedad de ella, la había heredado de sus padres. Llevaban juntos desde un año antes de que él se fuera de la casa de la madre de Yasmine. La doctora estaba pasando dos semanas de vacaciones en España, donde vivían sus padres, así que él aprovechó la oportunidad. Se buscó otra más joven, que trabajaba en el mismo laboratorio que él, alquiló la cabaña en el archipiélago a un compañero de trabajo y allí se dedicó a lo habitual, a darle al asunto mañana, tarde y noche. La chica que se ligó tenía la mitad de años que él y para ella también se trataba de una aventura. Su novio estaba haciendo el servicio militar.

—¿La mitad de años dices? Pero ¿no era el padre el que había matado a su hija?

—Para nada —dijo Jarnebring—. Él no había matado a Yasmine. Era un mujeriego, eso está claro, y también le gustaban las broncas, pero no era un pederasta. En ese aspecto era igual que tú y que yo, Lars. Tenía treinta y cuatro años cuando su hija fue asesinada, había nacido en 1955, si no recuerdo mal. La chica que se llevó al archipiélago tenía solo diecinueve años, es cierto, pero no era ninguna niña sino una mujer joven, rubia y atractiva. Ni tú ni yo le habríamos dicho que no si ella nos lo hubiera pedido.

—¿Cuándo te diste cuenta de lo que pasaba? —preguntó Johansson. Cuéntamelo desde tu perspectiva, pensó.

—En cuanto lo vi —dijo Jarnebring—. Lo metieron en chirona y estaba que se subía por las paredes. Después de unos días fui a verlo para hablar con él. Enseguida me di cuenta de que no había sido él. Estaba enloquecido de dolor y de pena por lo que le había ocurrido a su hija.

—¿Estabas totalmente seguro?

—Era el tipo equivocado, como he dicho. No coincidía nada. Al menos pude hacerlo entrar en razón. Hasta el punto de decirme que estaba con una persona que podía servirle de coartada y que era una mujer que conoció a través del trabajo. Pero no quiso darme el nombre. Entonces le puse las cosas claras y le dije que la investigación no llegaría a ninguna parte porque él no entraba en razones. Que no salíamos del atolladero porque no podíamos descartarlo a él. Y que si era tan inocente como decía debería pensárselo. Entonces, por fin, conseguí el nombre de la mujer. Mantuve con ella una conversación en condiciones. Por supuesto, era tal como él dijo. Entonces empezaron a aparecer datos que reforzaban su coartada. Gente que habló por teléfono con él, que lo vio con la chica en la casa que alquilaron, en fin, lo habitual.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Tuve una charla con el fiscal y con Bäckström. A esas alturas, el fiscal había empezado a dudar; además tenía que dictar orden de prisión preventiva y no había demasiadas cosas en concreto contra el padre. Bäckström seguía con lo mismo. Cualquier persona razonable entendía perfectamente que lo había hecho el padre y que los testigos que aparecieron de repente solo mintieron para protegerlo. Pero, claro, yo no era una persona «razonable».

»El mismo día en que el padre iba a ser acusado formalmente, recibimos el informe del laboratorio. Se había analizado el esperma encontrado en el cuerpo y la ropa de Yasmine. El grupo sanguíneo del autor del delito no coincidía con el del padre. En aquella época no existía la prueba de ADN, pero lo del grupo sanguíneo era suficiente.

—¿Así que el fiscal agachó la cabeza y el padre quedó en libertad? —dijo Johansson.

—Exactamente —dijo Jarnebring—. Veo que vas siguiéndome. El único que no se rendía era Bäckström. Si el padre no la había violado, alguno de sus amigos tuvo que pasárselo bien con ella. El resultado de todo este lío fue que, cuando pusimos algo de orden en el trabajo de investigación, ella llevaba ya más de quince días muerta. Sin tener en cuenta que habían empezado las vacaciones y que no había personal al que pudiéramos recurrir. Quedábamos una tercera parte de los que solíamos estar, o de los que deberíamos estar, de los que se necesitaba para poder organizar la investigación. Sin tener en cuenta a ese loco gordo y bajito que iba a dirigir y distribuir el trabajo.

—¿Bäckström seguía obstinado en su idea?

—Por supuesto —dijo Jarnebring—. Contaba a quien quería escucharlo que a esas alturas sabía que había al menos dos autores implicados: el padre y un compañero suyo

desconocido. También hubo un gran número de periodistas que compraron esa historia. Y algún que otro editor responsable que no lo hizo. Lo cual fue una razón más para que no se hablara mucho en los medios de comunicación acerca del asesinato de Yasmine. El hecho de que la familia fuera inmigrante, las denuncias que había presentado la madre contra el padre, los crímenes por honor, la violencia de género, el debate sobre el incesto y los inmigrantes y un montón de cosas más hizo que, de repente, todo se convirtiera en un tema de lo más sensible.

—Me lo imagino —dijo Johansson—. Toda esa porquería que no tiene que ver con el caso, que solo enturbia las cosas.

—A mí no tienes que decírmelo —repuso Jarnebring—. Pero decírselo a Bäckström era una pérdida de tiempo. Estaba sordo como una tapia de ese oído.

—¿Qué pasó luego? —dijo Johansson.

—Todo se complicó y se convirtió en un enredo de cojones —dijo Jarnebring suspirando y sacudiendo la cabeza—. La investigación del asesinato de la pequeña Yasmine es una historia truculenta. Una historia realmente truculenta.

Johansson se limitó a asentir y guardar silencio mientras Jarnebring, preocupado, le echaba un vistazo de vez en cuando para asegurarse de que no se hubiera dormido. O, peor aún, de que no tuviera otro coágulo cerebral. No lo tenía, parecía estar reflexionando. Era como si estuviera en las profundidades de sí mismo, meditando.

—Dame la versión larga —dijo de repente—. Quiero oír más sobre el período inicial. Quiero saber más sobre esa niña y su familia. Tenemos tiempo aún —añadió mirando el reloj que había sobre la puerta de la habitación.

—¿Estás seguro de poder resistirlo? —preguntó Jarnebring. Empiezo a reconocerte, pensó. Aunque tengas un aspecto de pena y la cara medio colgando.

—Nunca me he sentido mejor —afirmó Johansson. Aunque en realidad me siento como un puto puré de manzana, pensó.

—Está bien —dijo Jarnebring—. Pero tienes que darme papel y bolígrafo y cinco minutos para que ordene las ideas.

—Habla con la enfermera —dijo Johansson—. Mientras tanto me comeré uno de tus plátanos. —Al menos tiene la misma forma que la fenomenal bratwurst polaca de Günter's, pensó. En lo demás no se parecían en nada, lamentablemente.

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

—¿Duermes? —preguntó Jarnebring.

—No —dijo Johansson cambiando de postura en la cama—. Solo estaba echando una pequeña siesta.

—Bueno —dijo Jarnebring—, entonces empecemos. Creo que vamos a comenzar con el tiempo que hacía el día que ella desapareció.

—Te escucho —dijo Johansson.

—Día de pleno verano en Suecia, cielo despejado, prácticamente sin viento. Entre veinte y treinta grados de temperatura. Toda la semana había hecho el mismo tiempo y yo, como es natural, estaba trabajando y volviéndome loco con aquel calor, la mierda de siempre.

—Al menos la pobre Yasmine tuvo suerte con el tiempo —afirmó Johansson. Porque en el lugar donde suele estar el corazón solo nota de repente un agujero negro. Y lo de echarse a llorar queda descartado porque, además, hay un odio igual de repentino, tan intenso que descarta el amor, el dolor y el mínimo atisbo de decencia y humanidad.

Jarnebring lo miró. Le resultaba difícil ocultar su asombro.

—¿Cómo te encuentras, Lars? —dijo—. ¿No prefieres que esperemos con esto?

—No, de ningún modo —replicó Johansson—. Estoy escuchando —repitió—. Cuéntame qué ocurrió el día que desapareció. Has dicho que era un viernes.

—Fue el viernes 14 de junio de 1985 —afirmó Jarnebring.

—Viernes 14 de junio de 1985 —repitió Johansson. Un día de pleno verano sueco, y el odio que siente no sirve de nada. Recuerda que ya no eres capaz de ver a la vuelta de la esquina, piensa.

Viernes, 14 de junio de 1985

Hace veinticinco años, la última vez que Josef Ermegan, que tenía treinta y cuatro años por entonces, habló con su hija Yasmine, de nueve, le mintió.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando la dejó en la puerta de la casa de Hannebergsgatan en Solna, donde vivía su madre. La besó en las mejillas y en la frente, hizo que le prometiera que no iba a pelearse con su madre y él, a su vez, le prometió que la llamaría en cuanto tuviera tiempo, pero que podía tardar unos días debido a que tenía mucho que hacer en el trabajo. Luego él se marchó al archipiélago, a una casa que alquiló a un compañero de trabajo, con una mujer joven con la que había iniciado una relación. Era otra mujer, no la que compartía con él casa y cama desde hacía un par de años y a la que Yasmine a veces llamaba «mamá» cuando estaba cansada y se iba a dormir, o cuando simplemente se le olvidaba.

Cuando se lo cuenta a Jarnebring, algo más de una semana después, está detenido en la comisaría de policía de Solna, como sospechoso de haber matado a su hija, y llora con la desesperación de un niño abandonado. Jarnebring no sabe qué hacer. Le da unas palmadas en el hombro diciéndole que le cree. Josef le coge la mano y la aprieta con fuerza entre las suyas, luego se la lleva a su propia cara y se pega con fuerza. Jarnebring se siente «avergonzado de cojones, para ser sincero», aunque ya se ha acostumbrado a casi todo en lo que se refiere al lenguaje corporal. Suelta la mano con todo el cuidado que puede, se inclina sobre la mesa y agarra a Josef Ermegan por los hombros, apretándolo fuerte para que le preste atención. Josef gimotea, se lamenta y gruñe como un animal herido, restregándose los ojos con los puños y poniendo la cabeza encima de la mesa. Jarnebring le da unas palmadas en la espalda diciéndole que debe sobreponerse y ayudarlo a encontrar al hombre que ha asesinado a su hija. Josef se endereza y retira las manos de su rostro.

—Te lo prometo —dice Josef Ermegan—. Prometo endurecerme y sacar lo peor de

mí. Juro que voy a ayudarte. Lo juro por la memoria de mi hija.

Si Yasmine hubiera logrado mantener lo que prometió a su padre, nunca hubiera ocurrido lo que ocurrió. En cambio, ella y su madre Maryam, de treinta y dos años, se pusieron a discutir incluso antes de sentarse y empezar a cenar. Yasmine sacó una lata de Coca-Cola de su mochila, se sentó y comenzó a leer una revista que llevaba. La madre se puso a reñirle diciéndole que no debía beber Coca-Cola, que era mala para los dientes y que ella, como dentista, lo sabía mejor que su padre. Al quitarle la lata a su hija le manchó la blusa y entonces empezaron a gritarse. Yasmine cogió la mochila en la que llevaba sus cosas, fue al cuarto de baño y echó el pestillo.

Su madre decidió hacer caso omiso de ella, como si no pasara nada. Cuando tuvo lista la cena y la mesa preparada, llamó a la puerta del cuarto de baño para decirle que iban a cenar. Yasmine salió. Se había cambiado la blusa blanca por una camiseta rosa y se había puesto unos vaqueros azul claro, se sentó a la mesa y empezó a comer en silencio y malhumorada. La madre ignoró eso también. Luego sonó el teléfono y la madre fue al salón a contestar. Era un compañero de trabajo. Maryam le dijo que ella y su hija estaban cenando, prometió llamarlo más tarde y en el mismo instante en que finalizaba la llamada telefónica oyó el portazo de la puerta de la casa. Fue poco antes de las siete de la tarde del 14 de junio de 1985. Si no se hubiera peleado con su hija nunca hubiera ocurrido lo que ocurrió después.

Primero entró corriendo en el cuarto de baño, sin que pudiera explicar por qué cuando se lo preguntaron después. En el suelo, delante del lavamanos, estaba el llavero de Yasmine. Una correa de cuero trenzada a mano que ella solía llevar alrededor del cuello con una llave del apartamento de su madre y otra de la casa en la que vivía su padre. Al parecer, se la quitó al cambiarse la blusa blanca manchada por la camiseta rosa y olvidó ponérsela de nuevo cuando su madre la llamó para cenar.

Después, Maryam salió al balcón rápidamente para llamarla. Pero la calle estaba vacía. Solo se veía pasar a algunos adultos que la miraban asombrados mientras ella estaba de pie en el balcón llamando a gritos a Yasmine.

Entonces se puso los zapatos, bajó las escaleras rápidamente y en el momento en que iba a salir a la calle se encontró con un vecino policía que vivía en el mismo bloque. Era bastante mayor que ella, pero por la forma en que solía mirarla cuando se encontraban

deducía que a él le gustaba lo que veía, que tal vez incluso fuera de su agrado y se planteara algo con ella. A pesar de que era sueco, rubio, policía y mucho mayor que ella, que además era exiliada de Irán y le habían concedido recientemente la ciudadanía sueca.

—¡Vaya! Estas cosas no suceden muy a menudo —dijo el inspector de policía Peter Sundman sonriendo ampliamente a la mujer que corría directamente hacia sus brazos.

—Disculpa, Peter —dijo Maryam en cuanto vio quién era—. Se trata de Yasmine, mi hija. Se ha ido de casa.

—Pero no hace mucho de eso —dijo Peter Sundman—. Hace un par de minutos la he visto ir en dirección al metro. Tenía todo el aspecto de haber discutido con su madre. La saludé, pero ella apenas me vio. Si quieres mi opinión, pienso que iba a casa de su padre para decirle lo mal que se había portado su madre con ella y obtener su apoyo.

Él conocía el estado de las cosas entre Maryam y su ex marido. Se lo había dicho ella y lo había oído en el trabajo. Una mujer joven y bonita, que parecía culta e inteligente, así que, si quería algo nuevo y mejor, él estaba dispuesto a aprovechar su oportunidad.

—Salió corriendo y se dejó las llaves —explicó Maryam.

—Si su padre está en casa, estoy seguro de que la dejará entrar —dijo Peter Sundman dándole unas palmaditas en el brazo para consolarla—. Aunque solo sea para poder echarte una bronca.

—¿Y si está en el trabajo? —dijo Maryam.

—Entonces lo llamará por teléfono, aunque supongo que en tal caso te llamaría antes a ti para decirte que se ha arrepentido y pedirte disculpas por haberse portado mal. Por cierto, ¿qué tal si tomamos un café?

—En mi casa —dijo Maryam—. Así podré contestar si me llama por teléfono; quiero decir... cuando llame.

Y si no se hubiera marchado sin las llaves nunca habría ocurrido lo que ocurrió después.

Pero no llamó. Después de un par de horas y varias tazas de café, ella y Peter se pusieron a llamar por teléfono. Peter llamó en primer lugar al ex marido, ya que ella se negó a hacerlo, luego a su trabajo. Maryam llamó después a algunos compañeros de trabajo del padre y a las casas de los mejores amigos de Yasmine. Pero o bien no contestaban al teléfono o los que lo hacían no tenían nada que contar. No sabían dónde estaba Josef. Si

no estaba en su casa estaría en el trabajo. Tal vez había salido a cenar algo, aunque era tarde. Seguramente estaba en el trayecto de ida o vuelta de su casa al laboratorio, como ocurre a menudo al trabajar con animales de laboratorio que hay que vigilar continuamente.

Y si ella no le hubiera reñido, si su ex marido no le hubiera dado esa lata de Coca-Cola, a pesar de que ya sabía que Yasmine no debía beber esas cosas, si no se hubiera marchado sin las llaves... Si no, si no, si no...

Durante los meses siguientes, ella y su ex marido encontrarían cientos de explicaciones de que lo que de hecho ocurrió no debería haber sucedido. Si no por otro motivo... para atormentarse a sí mismos y mutuamente.

Poco antes de medianoche, Peter Sundman llamó al colega que lo relevó a las siete de la tarde en el turno de guardia de la comisaría de Solna. El oficial transfirió la llamada al colega de la judicial que estaba de guardia esa noche, y cuando el inspector de policía Peter Sundman oyó quién respondía se quedó helado.

—Al habla Bäckström —dijo Bäckström—. ¿De qué se trata?

Sábado, 15 de junio de 1985

Bäckström y Sundman se pusieron a discutir enseguida. Bäckström tenía cosas mucho más importantes que hacer que encargarse de «una mocosa que había reñido con su madre y se había ido a la casa de su padre». Hasta alguien como Sundman debería entenderlo. Sundman colgó el teléfono y volvió a llamar al oficial de guardia. Le hizo que enviara una patrulla al chalet donde vivía el padre. Era poco después de medianoche, pero la casa estaba cerrada y las luces apagadas, no había ningún coche en el estacionamiento y el buzón estaba vacío. Luego dieron unas vueltas por los alrededores en el vehículo, pero toda la zona se hallaba a oscuras y en silencio y daba la impresión de estar deshabitada.

De regreso a la comisaría de Solna, el coche patrulla se detuvo en el instituto Karolinska, que era donde trabajaba el padre. Por las ventanas se veían algunas luces encendidas, pero cuando llamaron al timbre de la puerta nadie contestó por el intercomunicador. Tampoco vieron a nadie que se pareciese mínimamente siquiera a Yasmine mientras, por si acaso, daban unas vueltas con el coche por la zona hospitalaria.

Por la mañana, antes de acabar el turno, habían repetido el procedimiento, aunque en orden inverso, con los mismos resultados que la vez anterior. No obtuvieron respuesta por el intercomunicador del lugar de trabajo del padre, la casa donde vivía seguía igual, el estacionamiento vacío, lo mismo que el buzón, no habían dejado el periódico a pesar de que el repartidor volvía de esa zona. Cuando hablaron con él, consultó su lista y dijo que habían cancelado la entrega del periódico por catorce días a partir del lunes de esa misma semana, sin hacer ningún otro comentario que pudiera resultar de interés.

—La mayoría de los que viven aquí ya se han ido a sus lugares de veraneo —explicó.

Mientras sus colegas más jóvenes hacían sus pesquisas, el oficial de guardia llamó por teléfono a la casa del padre y al trabajo. Según él mismo dijo, había llamado al menos

tres veces durante la noche y con un par de horas de intervalo, sin obtener respuesta. Tampoco sabía bien qué estuvo haciendo Bäckström pues, cuando el oficial de guardia lo llamó por teléfono sobre las tres de la madrugada, tampoco él le respondió. Todo eso fue lo que el policía le contó a Jarnebring cuando hablaron de ello poco más de una semana después.

—Más que nada lo hice para putear un poco a ese gordinflón. El colega Sundman y yo estamos totalmente de acuerdo en lo referente a ese hombre. Si pudiera elegir preferiría tener hemorroides antes que a él como compañero.

El sábado por la mañana, Peter Sundman habló con su jefe, que había hablado con el jefe de Bäckström, quien a su vez se había encargado de que Bäckström notificara formalmente la desaparición de Yasmine Ermegan, de nueve años. Aunque en el fondo estaba totalmente de acuerdo con Bäckström: «Desaparición voluntaria sin sospecha de delito».

Estaban seguros de que ella y su padre aparecerían al cabo de pocos días y en perfecto estado de salud, y que luego arreciarían las peleas entre él y la madre de la niña. Del mismo modo que volverían a sucederse las denuncias y acusaciones recíprocas. Siempre ocurría lo mismo cuando desaparecían niños con esos antecedentes y con ese tipo de padres. La mayoría de los policías curtidos lo sabían bien.

Pero en esa ocasión no fue así.

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

—A grandes rasgos, durante la primera semana no ocurrió nada. Hasta que la encontraron, la víspera del solsticio, el 21 de junio por la tarde —explicó Jarnebring echando un vistazo a sus papeles.

—Te escucho —dijo Johansson.

—Lo de siempre —dijo Jarnebring—. El dueño de un perro saca a mear al chucho por la tarde. ¿Cuántas personas muertas se habrán encontrado así a lo largo de los años?

—Desde luego —convino Johansson—. Nunca es un error tener un perro. Tener perro está bien.

Jarnebring lo miró de soslayo, pensando que a Lars Martin debía de haberle ocurrido algo. ¿Y qué podía hacer él al respecto? Más de lo que hacía, indudablemente.

—En fin —dijo Jarnebring—. El hombre tenía alquilada una cabaña de veraneo cerca del castillo de Skokloster, y mientras va caminando a lo largo del lago, el perro echa a correr de repente y se mete entre las cañas, y entonces se pone a ladrar como loco. A la pobre chica la habían envuelto en esas bolsas negras de plástico, pero el chucho estaba rasgándolas, así que el amo pudo ver el contenido. Al verlo, el hombre salió disparado, como es natural. Amarró al perro y telefoneó al 90000, el número que por entonces correspondía a emergencias, diciendo que había encontrado un cadáver envuelto en bolsas de plástico. Por cierto, se trataba de un caniche —especificó Jarnebring—. Me refiero al perro. Recuerdo que se llamaba Viejo Bosse. ¿Cómo coño se le puede poner un nombre así a un perro?

—¿No te llamas tú Bo? —dijo Johansson.

—Llevas razón —admitió Jarnebring sonriendo—. Ahora empiezo a reconocerte, Lars. Me alivia notar que no estás hundido del todo.

—Yacía entre las cañas —dijo Johansson—. Pero ¿no estaba enterrada?

—No —dijo Jarnebring—. Él la arrastró unos metros hacia la zona más tupida, y

luego la empujó o la pisoteó hasta hundirla en el barro. El fondo estaba encenagado. Si el perro no la hubiera encontrado podría haberse quedado allí durante mucho tiempo.

—¿Dónde fue la niña? —preguntó Johansson—. Después de marcharse de la casa de su madre, quiero decir.

—Ya llegaremos a eso —dijo Jarnebring mientras pasaba el dedo índice por la hoja abarrotada de notas.

Tarde del viernes, 14 de junio de 1985

Yasmine se escapó de la casa de su madre el viernes por la tarde poco antes de las siete. Una vez en la puerta, lo más probable es que fuera hacia la derecha y luego continuara andando o corriendo los escasos cincuenta metros que separaban el edificio de Hannebergsgatan de la primera intersección, en Skytteholmsvägen. Allí volvió a girar a la derecha y bajó andando los otros cien metros escasos que hay hasta la parada de metro. El primer testigo, el inspector de policía Peter Sundman, la vio veinte metros antes de que ella desapareciera en el metro.

Se cruzaron a unos diez metros y él saludó a Yasmine pero ella aparentemente no lo vio, continuó con paso seguro hacia la entrada del metro y atravesó las puertas giratorias hasta quedar fuera de su alcance visual. Iba muy erguida, con la cabeza alta, la sudadera anudada alrededor de la cintura y su pequeña mochila en la mano, en una actitud que transmitía enfado y prisa a la vez.

Sundman supuso que había vuelto a pelearse con su madre y durante unos instantes consideró si acercarse o no a hablar con ella. Pero no lo hizo, limitándose a sacudir la cabeza y sonreír para sus adentros, y solo unos minutos después, cuando ella ya había atravesado las puertas del metro, la madre, llena de preocupación, se dio de bruces con él.

Pensó mucho en ello durante los meses y años posteriores. Si al menos hubiera intentado hablar con ella..., se decía; y solo se consolaba pensando que él había sido, con diferencia, mejor testigo que la mayoría de los que aparecen en estos casos, y que había hecho todo lo posible para ayudar a sus colegas a encontrar al autor del delito.

La policía, es decir, Bo Jarnebring y sus cinco colegas del grupo de investigación de Estocolmo, encontraron a otros cuatro testigos que habían visto a Yasmine. Ninguno de

ellos era en absoluto un mal testigo. Al menos tres de ellos eran bastante mejores de lo habitual. Hasta eso era un consuelo de tontos, teniendo en cuenta lo que ocurrió después.

El testigo número dos era el revisor de metro de Solna Centrum. Era de origen iraní, igual que Yasmine. La había visto varias veces cuando pasaba el torniquete. Se había fijado en su aspecto y en una ocasión llegó a preguntarle si era iraní, en realidad le habló en farsi, pero Yasmine no respondió, solo sacudió la cabeza, continuó y desapareció en el metro.

Jarnebring lo había verificado a fondo, como es natural, igual que el testimonio del colega Sundman, y la coartada del revisor era incluso mejor que la del policía. Había permanecido sentado en su garita hasta el cierre de la estación y varias personas podían dar testimonio de ello, además de todas las huellas electrónicas y otras que siempre dejaba con solo hacer su trabajo.

Yasmine fue en metro desde Solna Centrum hasta Fridhemsplan, luego cambió de línea y continuó hasta Alvik. Allí subió al tranvía que iba a Nockeby, donde coincidió con los testigos número tres y cuatro.

El testigo número tres era el conductor del tranvía de Alvik a Nockeby. Yasmine llegó corriendo en el preciso momento en que él iba a cerrar las puertas y se disponía a arrancar. El conductor era un inmigrante turco que había llegado a Suecia en los sesenta y llevaba casi diez años conduciendo el mismo tranvía. Debía de conocer bien a Yasmine, ya que hacía un par de años que ella tomaba ese tren de ida y vuelta a la escuela. En el interior del vagón iba también la testigo número cuatro. Una jubilada de setenta y cinco años que vivía en la misma zona que Yasmine y que también la reconoció.

El conductor le dijo: «Has tenido suerte, has llegado justo a tiempo», y Yasmine le dio las gracias por esperarla. La jubilada la saludó y le dijo: «Hola, pequeña, espero que estés bien», y Yasmine le sonrió, le hizo una leve reverencia para devolverle el saludo, y le contestó: «Estoy muy bien, gracias». Ninguno de los dos testigos notó nada que pudiera indicar otra cosa.

Yasmine viajó hasta la parada siguiente, como de costumbre. Tardó poco más de un minuto. Se despidió con amabilidad y se apeó. Fue andando hacia su casa, a menos de quinientos metros de distancia.

A mitad de camino la vio el quinto y último testigo, que vivía en un chalet de la calle Äppelviksgatan, a solo unos cientos de metros de la casa ubicada en Majblommestigen donde Yasmine vivía con su padre y la nueva pareja de este. El testigo iba al campo a ver a su mujer e hijos y a «disfrutar por fin del día de fiesta». El hombre vio a la niña cuando acababa de sacar el coche de su aparcamiento y ella iba andando en dirección a su casa, que estaba a poco más de cien metros. Él la conocía también, debido a que su hijo menor y Yasmine iban a la misma escuela.

Se alejó con el coche en la otra dirección. Estaba estresado y llevaba un par de horas de retraso. Su mujer ya lo había llamado para echarle la bronca. A partir de entonces miraba el reloj casi continuamente. Cuando vio a Yasmine eran «en torno a las ocho menos cuarto». Lo miró también porque ella iba sola y ese verano se habían producido un par de robos en la zona. Teniendo en cuenta lo sucedido después, no pasó ni un solo día que no se «maldijera» a sí mismo por no haberla seguido con el coche para «asegurarse de que al menos había llegado a casa sin problemas».

Así que Yasmine salió de la vivienda de su madre poco antes de las siete de la tarde, entró en la estación de metro de Solna Centrum unos minutos más tarde, tomó con toda seguridad el tren que iba a Fridhemsplan a las 7.10, hizo transbordo en Fridhemsplan a las 7.35, y se apeó en Alvik seis minutos después. Subió al tranvía que iba hacia Nockeby, que salió a su hora, a las 7.45. Se bajó en la siguiente estación solo unos pocos minutos después. Continuó a pie y, a poco más de cien metros de su casa, fue avistada por la última persona que la vio con vida. Eran «en torno a las ocho menos cuarto».

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

—Pudimos seguir su rastro prácticamente desde que salió hasta que llegó —resumió Jarnebring en tono ufano—. Excepto ese pequeño tramo final de Majblommestigen, la calle donde vivía, que recuerdo era una calle corta y perpendicular a Äppelviksgatan. La verdad es que los muchachos y yo estábamos bastante satisfechos de nuestro trabajo.

—Espera, espera un momento —objetó Johansson—. ¿Qué clase de pájaro era ese último testigo que has mencionado?

—Una persona interesante —dijo Jarnebring sonriendo—. Me alegra oír que vuelves a ser el mismo, Lars, que no has perdido tu fino olfato profesional.

—El último testigo —repitió Johansson—. Sigo escuchando.

El último testigo tenía cuarenta y dos años. Llevaba quince casado. Él y su mujer, que era profesora, tenían tres hijos de diecisiete, quince y diez años. Él trabajaba como tasador de siniestros en una compañía de seguros. La casa en que vivían la compraron él y su mujer hacía diez años. No tenía deudas ni antecedentes penales, ni siquiera una multa por exceso de velocidad.

—¿Y? —dijo Johansson mirando suspicaz a su mejor amigo.

—Su principal pasatiempo era la natación —explicó Jarnebring—. De joven había pertenecido a la élite sueca y cuando dejó esa actividad se hizo entrenador juvenil oficial. Tenía bastantes funciones a su cargo, tanto en la federación como en el club al que pertenecía. Trabajaba mucho buscando patrocinadores.

—Entrenador juvenil —dijo Johansson—. ¿Entrenador de qué?

—Sí —dijo Jarnebring—. Más o menos a partir de aquí es cuando empieza a ponerse interesante la cosa. En este caso era entrenador de niñas de unos siete a diez años en el club. Más o menos de la edad de Yasmine.

—Ya puedo imaginármelo —comentó Johansson—. ¿Dónde habré oído eso antes?

—Yo también me lo imaginé —dijo Jarnebring—. Especialmente después de hablar con su mujer, que afirmó no recordar qué hora era cuando llegó él a la casa de campo que tienen en las afueras de Trosa y a la que normalmente se tarda una hora en llegar. El caso es que ella se había dormido sobre las nueve de la noche. Le dolía mucho la cabeza, según ella, por lo que se tomó dos pastillas, se metió en la cama y se durmió. Sus hijos ya se habían ido a casas de amigos donde iban a pasar la noche. No se despertó hasta la mañana siguiente y entonces su marido estaba allí, durmiendo en la cama a su lado. Pero si quieres saber mi opinión, creo que ella, además de analgésicos, debió de tomarse otras cosas.

—¿Como qué?

—Según sus vecinos, parece que le gustaba bastante empinar el codo. Yo me inclino a pensar lo mismo que ellos. La conocí personalmente. Mantuve otro interrogatorio con ella cuando las dudas empezaron a acumularse. La pobre mujer era algo más que afición lo que tenía al alcohol, por decirlo así.

—Él no tenía coartada —observó Johansson.

—No, no la tenía —dijo Jarnebring—. Pero lo que sí tuvo fue una suerte increíble.

—Cuenta.

—A las ocho y veinte lo detienen en la autopista por exceso de velocidad diez kilómetros al sur de Södertälje, poco más de una hora después de que saliera de su casa de Äppelviken.

—Creía que habías dicho que estaba limpio.

—Y lo estaba. Los colegas que lo detuvieron no presentaron ninguna denuncia. También hablé con ellos.

—¿Por qué no lo hicieron?

—Según parece, uno de ellos era también antiguo nadador —dijo Jarnebring riendo ahogadamente. Tuvo que esperar un momento para que volviera a salirle la voz.

—Podía haber metido a la chica en el maletero —dijo Johansson—. Me refiero a Yasmine. Tal vez no sea demasiado creíble pero, por lo que dijo la mujer, él podría haber estado fuera toda la noche.

—Es un tío con mucha potra —replicó Jarnebring—. Era increíble lo bien dadas que le venían, que lo sepas. Cuando apareció por la casa de campo media hora después, su vecino más cercano se había salido con el coche de la carretera. La casa del hombre

estaba a cien kilómetros al sur de Estocolmo, así que el recorrido concuerda con el tiempo.

—Es increíble —dijo Johansson—, salirse de la carretera en medio del campo, una tarde de viernes normal y corriente.

—Ya lo creo, aunque afirmó que estaba sobrio —dijo Jarnebring sonriendo burlón—. También hablamos con él, por cierto.

»Resumiendo —prosiguió Jarnebring—. Primero ayuda al vecino a sacar el coche de la cuneta. Luego va a ver a su mujer, que está durmiendo sola en la casa. Entonces vuelve a la casa del vecino al que había ayudado a salir de la cuneta y se pasa media noche allí bebiendo con otra media docena de correligionarios, vecinos también, antes de volver tambaleándose a casa a dormir. Yo me creí su coartada. ¿Qué habrías hecho tú?

—Lo mismo —admitió Johansson—. ¿Qué pasó después? Me refiero a la investigación.

—Hicimos lo habitual. Indagar en el entorno de Yasmine y de su ambiente familiar, investigarlo todo. A otras familias, amigos, conocidos, vecinos, compañeros de clase, hermanos mayores de amigos. Hacer la ronda por el vecindario, hablar con los que vivían allí, incluidos repartidores de periódicos, carteros, comerciantes y otra gente del barrio. Controlar los desplazamientos en taxi desde y hacia la zona en la que desapareció. Investigar a todos los maníacos sexuales habituales y los demás crímenes que podían estar relacionados con el de Yasmine. Pedir consejo a la mayoría de los grandes detectives. Con mis muchachos y un par de colegas mujeres, hicimos todo lo que había que hacer en ese sentido. Siempre siguiendo las reglas. Y en el fondo no llegamos a nada. No logramos dar con la escena del crimen, pero teniendo en cuenta el estado en que se encontraban ella y su ropa, todo indicaba que debió de ocurrir en un sitio cerrado. Éramos muy pocos en la investigación. Llegamos demasiado tarde. No había ninguna escena del crimen y en esos casos todo suele irse a la mierda. Tampoco había ningún agresor.

—¿Llevaba la ropa puesta?

—No —dijo Jarnebring sacudiendo la cabeza—. El cuerpo estaba desnudo por completo. No llevaba ropa, ni joyas, nada. Las habían tirado a las cañas también, a unos doscientos metros del cuerpo. Uno de nuestros agentes de la unidad canina fue quien encontró las cosas al día siguiente, o sea, el sábado 22 de junio, cuando se rastreó la zona alrededor del lugar donde habían hallado el cadáver. Su ropa, zapatos, mochila, reloj, los

anillos que llevaba, que si no recuerdo mal eran dos, los habían metido en un par de bolsas de plástico iguales a las que utilizaron para meter el cadáver. Según nuestros técnicos, procedían incluso del mismo rollo, uno de esos rollos comunes de diez bolsas que pueden comprarse en cualquier tienda o supermercado. Por si te interesa, las bolsas que contenían la ropa estaban cerradas con un simple nudo, de los que todos sabemos hacer.

—Del mismo rollo... —dijo Johansson—. ¿Cómo lo supisteis?

—Lo dedujo uno de los colegas del grupo técnico. Un tipo listo y muy perspicaz. El cuerpo de Yasmine y su ropa estaban dentro de seis bolsas en total. Las cuatro primeras y las dos últimas del rollo. Faltaban las cuatro intermedias, que debieron de usarse para otra cosa cuando se limpió todo. No se sabe qué, ya que no se encontraron nunca.

—La sábana ensangrentada y el resto de las cosas habituales —dijo Johansson asintiendo—. ¿Y Bäckström? ¿Qué hacía entretanto?

—Lo de siempre —dijo Jarnebring—. Cuando no se escaqueaba, se dedicaba a hablar del padre de Yasmine. No podía dejar ese tema.

—Me pregunto cómo pudo llegar a ser policía alguien como Bäckström —comentó Johansson, que parecía que de repente tenía la cabeza en otro sitio.

—Su padre fue policía —dijo Jarnebring sonriendo burlón— Y, según parece, era todavía peor que su hijo. Su tío también lo fue, incluso tiene un primo policía, uno de los veteranos de la unidad motorizada, un mentecato genuino que preside el sindicato de policía por razones de seguridad. Así que no resulta tan sorprendente estando rodeado de ese tipo de personas en el Cuerpo. Lo mejor de Bäckström es que haya tenido al menos la delicadeza de no haber tenido un montón de hijos que fueran policías como él.

—Así que se escaqueó de la investigación —dijo Johansson.

—Todo fue mal desde el principio —admitió Jarnebring—. Cuando llegamos era demasiado tarde, como ya he dicho. No encontramos nada de valor. Ningún hilo del que tirar ni que mereciera la pena desenredar. Aun así, seguimos insistiendo durante el otoño hasta que alguno de nuestros jefes dejó la investigación en punto muerto. Fue justo después de Año Nuevo, por cierto. A mí me apartaron del caso ya antes de Navidad. El asesinato del primer ministro ocurrió un par de meses después y entonces todo se vino abajo. Los que estaban en investigación y en delitos violentos se pusieron con lo de Palme.

—Lo sé —dijo Johansson inclinando la cabeza. Lo sé mejor que la mayoría, incluso

mejor que tú, amigo mío, pensó.

—Ya me lo imagino —dijo Jarnebring sonriendo.

—Seguramente quedaron muchas dudas por resolver en la investigación —observó Johansson.

—Según recuerdo, la mayor parte eran sospechas sin mucho fundamento —dijo Jarnebring—. La que mejor recuerdo es la de un coche que se supone vieron aquella noche en las proximidades de la casa donde vivía la niña. Era un Golf rojo último modelo. En buen estado, desde luego no era el coche de un caco. Ya me entiendes, el clásico soplo del coche que hay en casi todas las investigaciones de homicidio —dijo sonriendo a medias.

—Cuenta —dijo Johansson.

—Tampoco logramos aclarar eso —dijo Jarnebring.

—Cuenta —repitió Johansson—. Cuéntamelo de todos modos.

Tarde del miércoles, 14 de julio de 2010

Según un testigo de edad avanzada que residía en la zona, había un Volkswagen Golf rojo aparcado en Majblommestigen, donde vivía Yasmine, solo unas casas más abajo en la misma calle, justo antes de la intersección con Äppelviksgatan.

La tarde que desapareció Yasmine había salido a pasear a su perro, como tantos otros testigos similares anteriores, y reparó en el coche «en algún momento entre las nueve y las diez de la noche».

Luego todo se hizo según el procedimiento rutinario. En primer lugar se comprobó que el coche no pertenecía a nadie que viviera en esa calle, en las adyacentes o en las proximidades. No era así, por lo cual la pista resultó enseguida más interesante. Todos los que tenían un Golf y residían en la zona o estaban relacionados con ella pudieron ser descartados, a pesar de que se localizaron varios coches de ese modelo, incluso dos que coincidían en el color.

En el siguiente paso se revisaron todos los Golf de color rojo que había registrados en la zona de Estocolmo a nombre de propietarios privados, empresas, compañías de leasing y de alquiler de vehículos, y se encontraron cientos de ellos, aunque se limitaron a los últimos años de ese modelo de coche.

Mientras todo eso ocurría, el testigo, como tantos otros testigos similares antes que él, había empezado a cambiar de opinión de modo considerable. Empezó por no estar seguro del día, luego del modelo de coche, porque «él no era ningún experto en coches», y finalmente incluso del color.

En tal situación, Jarnebring y sus colegas tenían ya una caja llena de certificados del registro automovilístico que estaban a la espera de que alguno de ellos tuviera tiempo para revisar los papeles que había allí. Sin embargo, debido al exceso de trabajo, ocurrió lo habitual. Empezaron por investigar a los propietarios registrados que vivían en la zona comprendida entre Solna y Bromma que pudieran haber visto a Yasmine en el trayecto

de la casa de su madre a la de su padre, así como a los que constaban en los registros policiales por delitos anteriores, especialmente por delitos similares al que había sufrido Yasmine.

No se encontró nada de interés, lo poco que encontraron carecía de valor y el trabajo fue interrumpiéndose poco a poco hasta quedar estancado.

—Me arrepiento de no haber metido el puto coche en la investigación de Palme seis meses después —dijo Jarnebring—. Así no habríamos dejado ni una coma.

No estés tan seguro, pensó Johansson, que conocía las cosas mucho mejor que él, pero no dijo nada debido a que en ese mismo momento lo asaltó de pronto una idea. Algo obvio en relación con el caso.

—Tenemos que investigar sobre el terreno —dijo Johansson—. Tengo que ver la casa donde vivía ella, comprobar su itinerario, verlo con nuestros propios ojos, ya sabes a qué me refiero.

—Sobre el terreno... —repitió Jarnebring. Ya empieza otra vez, pensó con tristeza.

—Eso mismo.

—Con la bata blanca y las zapatillas del hospital —apostilló Jarnebring señalando con la cabeza hacia Johansson, que estaba tumbado en la cama.

—Ya... —dijo Johansson—. Así no puedo ir. De modo que cuando vengas mañana sería conveniente que me trajeras algo para vestirme. No tiene que ser nada especial. Basta con unos pantalones cómodos, ropa interior y una camisa. Y también un par de zapatos. Tengo que llevar zapatos.

—Como tú digas —dijo Jarnebring, intentando sonar más positivo de lo que se sentía.

—Ya era hora, joder —espetó Johansson—. Parece que no se ha hecho nada respecto a este asunto desde hace veinte años.

—Ya, bueno —dijo Jarnebring—. Aunque sí se ha hecho algo. En la primavera del 89, cuando asesinaron a Helene Nilsson en Escania, volvió a abrirse la investigación. Se hizo para ver si podía haber alguna relación entre el asesinato de Helene y el de Yasmine. No hubo ningún indicio de ello, los grupos sanguíneos de los autores eran distintos, y cuando se obtuvo el ADN del asesino de Yasmine quedó absolutamente claro que se trataba de dos personas diferentes. Entonces volvió a suspenderse todo.

—¿Y a partir de ese momento no se ha hecho nada más?

—La rutina de seguimiento habitual y la comparación con casos nuevos ocurridos en los últimos años. El invierno pasado, cuando faltaba medio año para que expirara el

plazo de prescripción, la idea era que el grupo de casos sin resolver de la policía judicial de Estocolmo hiciera un último intento, pero por la misma fecha dispararon en la cabeza a ese fiscal de Huddinge, con lo cual tuvieron que dedicarse a otros menesteres.

—Casos sin resolver... —dijo Johansson refunfuñando—. Nunca hay que revolver en esa basura, ¿no? Las investigaciones de asesinato deben hacerse cuando el cuerpo está aún caliente.

—Creo que tienes mucha razón —aseveró Jarnebring—. Mucha razón —agregó muy convencido.

—¿Qué andáis conspirando? —dijo Pia Johansson apareciendo de repente por la puerta de la habitación de Johansson.

Noche del miércoles, 14 de julio de 2010

Jarnebring abrazó a Pia, a pesar de que ella estaba ya al lado de la cama acariciando suavemente la mejilla de su marido. Luego carraspeó y se metió los papeles en el bolsillo.

—Va siendo hora de pensar en marcharme —dijo Jarnebring.

—Sí, claro —dijo Johansson—. Cuídate, Bo, mañana nos veremos. Y no olvides lo que has prometido.

—¿Qué ha prometido esta vez? —quiso saber Pia mirando a Jarnebring con curiosidad.

—Ni salchichas ni aguardiente —dijo Jarnebring—. Solo mirarlas de paso. Está empezando a ser el de siempre, así que hay muchos motivos para que lo vigile.

Luego inclinó la cabeza, dio unas palmaditas a su amigo en el hombro y se alejó. Se detuvo en la puerta y se despidió otra vez.

—Bo no es del todo él mismo —dijo Johansson cuando se cerró la puerta—. Creo que esto es demasiado duro para él —explicó. ¿Por qué digo estas cosas?, pensó. Ella misma podrá ver con sus propios ojos que Jarnebring no es el de costumbre.

Pia se sentó a su lado en la cama, inclinada hacia delante y acariciándole cuidadosamente con los dedos la frente y las mejillas.

—¿Cómo estás? —preguntó Pia.

—Estoy bien —dijo Johansson asintiendo a la vez con la cabeza—. Estoy cansado, y algo deprimido también, pero me siento mejor que nunca.

—He hablado con la enfermera de planta. Dice que comes mal. Tienes que comer, ¿entiendes? —dijo ella con gesto serio.

—Y lo hago —afirmó Johansson—. Yogur, frutas y verduras y fibra y un montón de

cosas de esas. Me he comido dos plátanos y una manzana. Bo me ha traído una bolsa llena.

—Ninguna salchicha.

—No —dijo Johansson sacudiendo la cabeza—. Ya no me apetecen esas cosas.

—¿De qué habéis hablado Bo y tú? Me han dicho que ha estado aquí toda la tarde.

—De viejos recuerdos —dijo Johansson—. Viejos recuerdos que yo he olvidado. Del trabajo y cosas por el estilo. Nada referente a nosotros —añadió. ¿Por qué habré dicho eso?, pensó después.

—¿Estás seguro de que no quieres nada de comer?

—No, está bien.

—¿Quieres dormir?

—Solo si tú quieres dormir conmigo —respondió Johansson.

—Si me dejas sitio y prometes no roncar —dijo Pia.

—Lo prometo —dijo Johansson.

Luego él se apartó un poco y se puso de costado. Ella se tumbó a su lado, él le pasó el brazo sano por encima y la abrazó con cuidado. Después se quedó profundamente dormido y esa noche no soñó nada, aunque debería haber soñado con Yasmine.

Mañana del jueves, 15 de julio de 2010

Una vida que cada día que pasaba se volvía más rutinaria y ordenada. Primero había ido a orinar al servicio, ayudándose solo del bastón con el taco de goma, que ni siquiera podía sujetar con la mano correcta, y con una preocupada auxiliar de enfermería a su espalda.

Luego se tomó la medicación y se comió un saludable desayuno. También debió de dormir un poco, porque al levantar la vista vio que Ulrika Stenholm estaba sentada al lado de la cama y le sonreía con la cabeza ladeada. ¿Qué se esperaba?

—Cada día estás más espabilado —dijo ella.

—¿La has encontrado?

—¿A quién te refieres?

—A la que facilitó la información —aclaró Johansson—. Prometiste que mirarías en los papeles de tu padre.

—Lo sé —admitió ella—. No, no la he encontrado, aunque he empezado a buscar, pero guardó un montón de cosas. Habrá con toda seguridad unas veinte cajas de cartón y bolsas llenas de viejos papeles. Hay de todo, recortes de periódico, notas, proyectos, borradores de muchos de sus sermones, viejos calendarios, cartas, muchas cartas y tarjetas postales.

—¿Están guardados por orden cronológico? —preguntó Johansson.

—La verdad es que no lo había pensado hasta ahora. Aparentemente lo guardaba todo, por decirlo así, pero sin ningún tipo de orden. Está todo mezclado. Pero sí que hay una especie de orden cronológico. De hecho lo pensé ayer, cuando estuve leyendo un montón de cartas de las que guardó. Parecía que todas eran del mismo año, las que estaban fechadas, claro.

—¿Cuándo dijiste que se jubiló?

—En el verano de 1989. ¿Por qué lo preguntas?

—Trata de seleccionar los papeles de los dos últimos años que trabajó, desde el verano del 89 hasta el verano del 87 —dijo Johansson—. Comienza por 1989 y retrocede a partir de ahí.

—Fue en 1985 —interrumpió Ulrika Stenholm—. Fue asesinada el verano de ese año. ¿No crees que debería empezar por ahí?

—Haz lo que te digo —espetó Johansson. Parece que a esta mujer le gusta imponer su criterio, pensó él.

—Se me ha despertado la curiosidad —dijo Ulrika Stenholm—. ¿Por qué quieres que empiece por el final?

—Esas cosas suelen tardar en salir a la luz. —Tienes poco de policía, pensó.

Luego estuvo con la fisioterapeuta y estableció dos nuevos récords personales. Primero en apretar su pequeña pelota roja con la mano derecha y después en doblar el brazo derecho, que logró mantener en alto casi hasta la mitad mientras ella estaba de pie a su lado animándolo.

—Hasta el hombro, Lars. Tú puedes. Vamos, otra vez, inténtalo de nuevo.

—Tendrá que ser mañana —dijo Johansson. Mañana será otro día, pensó.

Al menos estaba estimulado. Aunque no lograra alcanzar su propio hombro se sentía tan animado que se atrevió incluso con el bistec a la Lindström que le sirvieron en el almuerzo, aunque sin salsa ni patatas. Había que poner límites.

Además, los tiempos parecían estar sincronizados, porque no bien acababa la enfermera de retirarle la bandeja Jarnebring se presentó en la habitación con tres carpetas gruesas bajo el brazo. Pero sin pantalones, sin camisa y sin zapatos siquiera.

Tarde del jueves, 15 de julio de 2010

Jarnebring se sentó junto a la cama y le dejó al lado las carpetas.

—¿Qué coño es eso? —dijo Johansson señalando las carpetas. ¿Dónde coño están mis pantalones?, pensó.

—¿Recuerdas a Kjelle Hermansson, Herman? ¿Lo recuerdas? —preguntó Jarnebring mirándolo—. Ese joven colega que trabajaba en el grupo de delitos violentos cuando nosotros estábamos en investigación.

—Basta de cháchara —espetó Johansson—. Claro que recuerdo a Herman. —¿Qué coño tendrá que ver él con mis pantalones?, pensó.

—Buen chico —dijo Jarnebring—. Eres un buen policía. Trabaja en la judicial provincial desde hace unos años. Es el jefe del grupo que trabaja con casos sin resolver.

—Ah, bueno —dijo Johansson. Todavía sin ver el mínimo rastro de la ropa prometida.

—Cuando vi lo interesado que estabas pensé en tener una charla con Herman —aclaró Jarnebring—. Parece que toda la investigación sobre Yasmine seguía en su despacho. Actualmente ha prescrito, como sabrás. No pudo adscribirse a la nueva ley por solo un par de semanas. Así que hablé con él, que por cierto te envía saludos, y le pedí que sacara esas cosas típicas que suelen gustarte ver.

—¿Cosas típicas?

—La denuncia inicial, la inspección de la escena del crimen, todas las pruebas técnicas, el informe de la autopsia, las declaraciones de la madre y del padre y de todos los que la vieron, una recopilación de todo lo averiguado, ya sabes, lo típico.

—Lo sé muy bien —dijo Johansson.

—Pues aquí lo tienes —dijo Jarnebring abriendo la primera carpeta—. Además he quitado todas las grapas para que te resulte más fácil pasar las hojas y he puesto papel en blanco cada dos hojas por si quieres anotar algo. Será más fácil así, teniendo en cuenta

ese brazo. Primero hay un índice de contenidos, luego la denuncia, luego todo lo demás, exactamente tal y como quieres tenerlo habitualmente.

—Te lo agradezco mucho, Bo —dijo Johansson—. Eres muy amable —añadió, y en ese mismo momento se echó a llorar otra vez.

Afortunadamente tenía a su alcance un pañuelo de papel con el que se sonó ruidosamente la nariz varias veces hasta que pasó lo peor.

—¿Cómo te encuentras, Lars? —preguntó Jarnebring con gesto preocupado.

—Estoy tranquilo —dijo Johansson—. Es la medicación —mintió—. Hace que de pronto te pongas a moquear sin parar.

—¿Seguro que es eso? —insistió Jarnebring.

—Sí —contestó Johansson—. Por cierto, ¿qué cojones ha pasado con mi ropa? ¿No prometiste que me ibas a sacar para que pudiera echar un vistazo al sitio donde vivía ella y poder rastrear el trayecto entre las casas de la madre y el padre? También quería echarle una ojeada al lugar donde la encontraron, en Skokloster.

—Hablé con Pia —dijo Jarnebring—. Y con la enfermera de planta. A ninguna de las dos le pareció que fuera una buena idea.

—Pero, joder, Bo —espetó Johansson—. ¿Qué tiene que ver eso con este asunto? ¿No soy lo suficientemente mayor, joder? ¿Acaso estoy retenido aquí a la fuerza? Pues ya va siendo hora de que tú y Pia y todos los demás empecéis a tratarme como a un ciudadano de pleno derecho.

—Por el momento te trato como a un paciente común —dijo Jarnebring—. Siempre que no sigas diciendo tonterías, claro, porque entonces te trataré como a un paciente mental común y muy pesado, y eso no podrías arreglarlo ni aunque te funcionara el puño derecho.

Johansson no dijo nada ni tampoco sintió nada especial. Echarse a llorar era algo que, definitivamente, no pensaba hacer.

—¿Por dónde quieres empezar? —dijo Jarnebring.

—Cuéntame cómo murió —pidió Johansson.

—Lo tienes todo en esta carpeta —dijo Jarnebring cogiendo una de ellas—. Es decir, si quieres leerlo tú mismo. Aquí está todo lo referente a esa parte. El informe de la autopsia, el examen forense, los análisis del laboratorio, el informe del lugar de los hechos, de su ropa, todo.

Johansson sacudió la cabeza. No se atrevía a hojear un montón de papeles, y en cuanto

intentaba leer algo empezaba a dolerle la cabeza.

—Es mejor que me lo cuentes tú —dijo Johansson—. Empieza diciéndome cómo murió. Una pregunta: ¿quién le hizo la autopsia?

—Sjöberg —respondió Jarnebring—. El viejo profesor. Sjöberg, esa vieja leyenda. El que podía hacer dos autopsias a la vez y diseccionar los cuerpos mientras daba una conferencia a alguien como tú y yo.

—Creía que por entonces ya estaba retirado.

—Y lo estaba —dijo Jarnebring—. Pero ese verano hubo una movida indescriptible en el departamento de medicina legal. ¿Te acuerdas del forense que resultó sospechoso de haber asesinado a aquella joven prostituta? Fue el verano antes de...

—Sí, lo recuerdo —interrumpió Johansson. No estaba más loco que cualquiera de los que están aquí, pensó.

—Él estaba suspendido. Un par de compañeros suyos se habían despedido y el sucesor de Sjöberg, aquel yugoslavo atolondrado que era tan miope que cuando llegaba por las mañanas solía saludar a las yucas que había en la entrada...

—Lo recuerdo bien —afirmó Johansson—. ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Nada —dijo Jarnebring sacudiendo la cabeza para enfatizar lo que decía—. Se había ido al extranjero para investigar, aunque no creo que fuera realmente ese el motivo, si quieres saber mi opinión. En fin, apenas quedaba un alma allí, así que Sjöberg se involucró para asegurarse de que al menos hubiera un poco de orden en su antiguo lugar de trabajo. Además, ponía especial interés en los casos de violación y asesinato de niñas, como seguramente recordarás.

—Recuerdo a Sjöberg —dijo Johansson—. No tenía pelos en la lengua, y cuando tenía razón no hacía falta policía, ni fiscalía ni tribunal de justicia. —Nadie mejor para aquel trabajo, pensó—. Te escucho —añadió recostándose en la cama.

Miércoles, 26 de junio de 1985

La autopsia de Yasmine Ermegan se llevó a cabo durante el sábado 22 y el domingo 23 de junio de 1985. El informe de la autopsia lo redactó y firmó el profesor emérito, doctor en medicina y médico colegiado Ragnar Sjöberg tres días después, el miércoles 26 de junio de 1985. Su nombre era perfectamente legible, la letra ordenada, armoniosamente redondeada, ligeramente inclinada hacia atrás. Una persona compleja.

Jarnebring y sus colegas recibieron previamente el informe preliminar el sábado 22 de junio por la tarde, y solo unos días después, el mismo día que envió el informe, Sjöberg llamó a Jarnebring para pedirle a él y a sus colegas de la unidad de investigación que asistieran a una conversación «confidencial y sincera». Siempre que no los acompañara Evert Bäckström.

—No quiero ni ver a ese pequeño idiota —aclaró Sjöberg—. El único consuelo que tengo al verlo es estar totalmente convencido de que va a acabar sus días aquí, en mi antiguo lugar de trabajo y, con toda seguridad, en un estado que ni yo mismo podré explicarme.

Después de dejarles muy claras sus piadosas expectativas, Jarnebring y sus compañeros mantuvieron una conversación larga y muy fructífera con la vieja leyenda.

Yasmine Ermegan pesaba «aproximadamente treinta y tres kilos» y medía «aproximadamente un metro treinta y tres centímetros» cuando murió, y el motivo de que Sjöberg no pudiera ser más preciso era que llevaba muerta cerca de una semana y que su cuerpo había pasado la mayor parte del tiempo envuelto en plástico negro, sumergido en el lodo entre las cañas del lago, a un par de kilómetros al noroeste del castillo de Skokloster en Uppland.

La habían asfixiado, muy probablemente con una almohada, ya que Sjöberg encontró plumón de ave en la garganta y un par de hilos de tela blanca entre los dientes.

—Mordió la almohada cuando él estaba asfixiándola, de ahí los restos de hilo —dijo Sjöberg—. Quiero destacarlo —subrayó—. El plumón no se metió ahí mientras ella yacía enredada entre las cañas. El perro rasgó el plástico en el que estaba metida, pero fue por la parte de los pies. Además, el plumón estaba tan dentro de la garganta que solo pudo ir a parar allí mientras respiraba.

Antes de asfixiarla, la violaron. Hubo penetración vaginal y las lesiones de los genitales eran las que se producían siempre que un hombre adulto abusaba de ese modo de una niña. En la vagina quedaron restos de secreciones sexuales del agresor, pero no se halló esperma. Sin embargo sí lo había en gran cantidad esparcido por el vientre, el pecho y el pelo de ella. Y en la camiseta rosa.

—La sacó antes de correrse y eyaculó en el vientre, el pecho y la cabeza —explicó Sjöberg a Jarnebring y sus colegas.

En cambio, el cuerpo de Yasmine no mostraba los signos que suelen producirse al oponer resistencia, y la explicación de ello la encontraron Sjöberg y sus colegas del instituto forense en la sangre y en ciertos órganos internos de la niña, donde localizaron un potente somnífero de efecto rápido en dosis tres veces superior a la recomendada para la edad y el peso de su cuerpo.

—En estas circunstancias, el único consuelo es que ella debía de estar inconsciente mientras abusó de ella —dijo Sjöberg.

—Sin embargo, ¿no mordió la almohada mientras la asfixiaba? —preguntó Jarnebring. Más vale preguntar, por seguridad, pensó.

—Eso pudo deberse a un reflejo que se produce cuando estás ahogándote —dijo Sjöberg—. O a algo peor aún: a que estuviera despertándose y, como ya llevaba un rato con ella, empezara a sentir dolor en la zona genital. O a ambas cosas —dijo suspirando.

»Por lo demás, la niña estaba en perfecto estado —continuó—. No había rastro de la más mínima fractura ni de antiguas inflamaciones y ese tipo de cosas que suelen encontrarse en casi todos los niños. La pequeña parecía estar en perfectas condiciones.

—¿Tienes idea de cómo ocurrió? —preguntó Jarnebring.

—¿Por qué crees que he pedido que vinierais? —dijo Sjöberg sonriendo—. He pensado facilitaros todas esas cosas con las que soléis dar la lata y que cualquier colega prudente de mi especialidad procura no anexar a la documentación.

—Te lo agradecemos especialmente —dijo Jarnebring.

—Sí —dijo Sjöberg encogiéndose de hombros—. Además, estoy jubilado y nadie

quiere discutir con alguien como yo. Creo que las cosas sucedieron de este modo...

Primero, el autor del delito la engañó para que tomara un somnífero de sabor amargo, que él debió de mezclar con alguna bebida dulce y fuerte.

—Según el contenido del estómago pudo ser Coca-Cola, zumo concentrado o algo similar —dijo Sjöberg—. Algo que simplemente disimulara el sabor del somnífero.

Después se quedó dormida durante diez minutos como mucho. El atacante la puso sobre una cama y la desnudó por completo, quitándole incluso el reloj y los anillos.

—Suelen hacerlo así, en ese orden —dijo Sjöberg—. La almohada sugiere que había una cama y esos tipos suelen procurar que las víctimas estén completamente desnudas. Antes de iniciar la agresión suelen quedarse mirándolas como si fueran un objeto, colocándolas y girándolas de un lado a otro, observándolas desde distintos ángulos. Pequeñas e indefensas, abandonadas, totalmente a merced de ellos. Suelen tomarse su tiempo.

Después la violó, llevando a cabo un «coito» vaginal completo con ella, retirando el miembro antes de eyacular y esparciendo el semen sobre el vientre, el pecho y la cabeza. Luego se limpió los genitales con la camiseta rosa.

—Supongo que era un hombre joven por la cantidad de semen y por el modo en que se dispersó. No se trataba de un viejo verde que anduviera haciendo de las suyas.

—¿Lo hizo varias veces? —preguntó uno de los colegas de Jarnebring.

—No lo creo —dijo Sjöberg—. Después de ese primer ataque, ella sangró abundantemente. Para muchos de ellos resulta una imagen difícil de superar, aunque para los verdaderos sádicos es todo lo contrario, pero en este caso creo que se trataba de un tipo de pederasta más sensible. Un hombre considerado, según la descripción que hizo uno de ellos de sí mismo mientras le hacía un reconocimiento físico.

Finalmente asfixió a Yasmine con una almohada al darse cuenta de que no tenía otra opción si quería librarse.

—Cuando se trata solo de violación, suelen encerrarlos al menos siete u ocho años —dijo Sjöberg—. Pero decidió no arriesgarse. Además, está el resto de las cosas que suelen incluir en sus cálculos. Las consecuencias sociales, por decirlo así. No parece que

fuera ningún loco, no la estranguló, no la degolló, no le puso la cabeza del revés a fuerza de golpes, aunque hubiera sido mucho más sencillo. Tampoco dejó el menor rastro de exceso de violencia sádica. Eligió la alternativa más humana al asfixiarla con una almohada. De ese modo evitó además tener que verla mientras lo hacía. Era un pederasta considerado, como ya he dicho, aceptado socialmente por su entorno, que seguramente no tenía ni la menor idea sobre su orientación sexual. En ese momento sintió que no había otra opción, que lo ocurrido no era en realidad su culpa, que simplemente sucedió así.

—En resumen, un cabrón repugnante —dijo Jarnebring. Voy a matar a ese hijo de puta, pensó. Una idea tan fuerte que podía sentirla incluso en los puños.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —aseveró Sjöberg—. Si le rompieras las manos y las piernas cuando le echas el guante, te prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para demostrar que se lo hizo él mismo.

¿Qué dijo acerca del momento del ataque, del asesinato?

Según Sjöberg, todo lo dicho anteriormente se produjo poco después del momento de la desaparición. Probablemente la chica muriera la misma noche del 14 de junio. El contenido del estómago lo evidenciaba con claridad.

¿Y de cuándo arrojó el cadáver al pantano?

En ese aspecto no estaba tan seguro. Sjöberg se atrevió a suponer que la había tirado al pantano esa misma noche, probablemente hacia medianoche, cuando había oscurecido lo suficiente para no ser descubierto, para no tropezar y caer, o dar un traspié y correr el riesgo de resbalarse y lastimarse mientras se deshacía de ella. Con lo sensible que era...

Tarde del jueves, 15 de julio de 2010

—Sjöberg era un auténtico tipo duro —dijo Jarnebring—. Aunque a Bäckström no logró nunca abrirlo en canal. El viejo murió hace cerca de diez años. Tenía más de noventa y probablemente esperaba llegar a los cien. Intentó aguantar, pero no lo logró.

—El problema de los tipos como Bäckström es que no mueren nunca —observó Johansson—. Pero dejemos ese tema ahora. Prefiero que me hables de Yasmine. ¿Era una de esas niñas alegres y confiadas que hacía amistades con facilidad y que podría haberse ido con alguien que no conociera?

—Según los padres, no —dijo Jarnebring—. Tanto el padre como la madre hablaron de eso con ella en varias ocasiones, diciéndole que no tenía que irse con desconocidos y que debía evitar todo tipo de contacto con adultos que no conociera, ya fueran hombres o mujeres. Incluso con otros niños y jóvenes si no sabía quiénes eran ni si podía confiar en ellos. Además era lista y madura para su edad, bien educada, pero decidida y firme de carácter a la vez. Era también una niña muy bonita. He incluido unas fotos tuyas que podrás ver. Era morena, de ojos grandes y oscuros y pelo largo. Era también buena estudiante y sus compañeros la apreciaban, era una de esas niñas en las que seguramente reparaban muchos chicos de su misma edad. Cuidadosa en el modo de vestir sin llegar a la coquetería, como suele decirse.

—Según los padres, claro —comentó Johansson.

—Entiendo a lo que te refieres —dijo Jarnebring—. Pero lo aseguraron incluso sus profesores y el resto de las personas con las que hablamos y la conocían.

—Tal vez era normalmente así —observó Johansson—. Pero aquella tarde no fue una tarde normal. Primero huye de la casa de su madre. Al llegar a la de su padre ve que está cerrada con llave y que él se ha marchado sin decirle nada. Además, ha olvidado las llaves. Tampoco tiene teléfono. Por entonces no había teléfonos móviles. Creo que todo

ello deja abierta la posibilidad de que se le ocurrieran un montón de cosas que no habría hecho en situaciones normales.

—Yo pienso igual que tú —repuso Jarnebring—. Lo que no facilita las cosas precisamente.

—¿Cómo llegaron aquí? Me refiero a ella y a sus padres —dijo Johansson, a pesar de que ya estaba pensando en un momento y en unas circunstancias posteriores. Tal vez ella solo pretendía que le dejaran un teléfono para llamar a la casa de su madre, pensó. Llamó a la puerta de algún pederasta que le inspiraba confianza, de esos que aparentemente solo quieren ayudar. Tal vez él solo quería verla durmiendo desnuda en la cama mientras se lo hacía solo. Hasta que ese deseo repentino, que tampoco era culpa suya, se apoderó de él sin darle elección.

—Esas cuestiones políticas no son mi punto fuerte —dijo Jarnebring—, pero siempre podría...

—Perdona —lo interrumpió Johansson—. ¿Qué acabas de decir? ¿Algo de política? —Espabilate, pensó.

—Yasmine y sus padres llegaron aquí como refugiados políticos iraníes —dijo Jarnebring—. Fue en el invierno de 1979 y Yasmine acababa de cumplir tres años.

—Te sigo —dijo Johansson.

«Esas cuestiones políticas» no eran el punto fuerte de Jarnebring, pero habló con los padres de Yasmine y escuchó lo que tenían que decir sobre el tema, contrastando la información que constaba en los documentos expedidos por la Dirección General de Inmigración sobre su llegada a Suecia, con la del aeropuerto de Arlanda, inmediatamente después de que entraran en el país el 20 de enero de 1979 solicitando asilo político. Por una vez, ambas partes implicadas habían estado de acuerdo de modo conmovedor. El riesgo de que sufrieran «persecución política» en el Irán de los ayatolás se consideró «inminente» y «sumamente significativo». Ellos, igual que sus familias, formaban parte de la minoría cristiana, pertenecían a la antigua clase alta y habían sido partidarios del sha. Al padre, «Yusef», según constaba en su pasaporte iraní, a su mujer Maryam y a Yasmine, de tres años e hija de ambos, se les concedió el permiso de residencia inmediatamente.

Ambos tenían formación universitaria, el padre estudió medicina en la Universidad de Teherán y la madre se graduó como técnica sanitaria en la misma universidad. Además, tenían ya conexiones en el que sería su nuevo país de residencia. «Josef» Ermegan, que

cambió la ortografía de su nombre de pila en cuanto obtuvo el certificado de residencia permanente, contaba ya con unos cuantos parientes residentes en Suecia. Entre otros, un tío que era un prestigioso médico y trabajaba como profesor de química médica en el instituto Karolinska.

—Me parece que al padre le dieron la licencia para ejercer como médico pocos años después —explicó Jarnebring—. Solo tuvo que completar unos cursos. La madre de Yasmine se formó como asistente dental y terminó también los estudios algunos años después de llegar. La familia adquirió la nacionalidad sueca en febrero de 1985, solo cuatro meses antes de que su hija fuera asesinada. Entonces fue cuando solicitaron formalmente el divorcio. Llevaban algo más de un año separados, pero lo ocultaron. Supongo que no querían poner en peligro su solicitud de ciudadanía.

¿Qué tendrá que ver el divorcio con lo ocurrido?, pensó Johansson, pero se conformó con asentir y no dijo nada.

—¿Te acuerdas de las denuncias de maltrato que le interpuso la madre al padre? Te lo he mencionado antes.

—Sí —dijo Johansson.

—Eso también cuenta incluso después de haber obtenido la nacionalidad sueca.

—Sí, pero al padre le había ido bastante bien —dijo Johansson—, así que, ¿por qué echarlo a perder sin necesidad? Le prometió a ella la custodia de la hija y un poco más por manutención a cambio de que retirara las denuncias.

Ya empieza otra vez, pensó Jarnebring. Algo falla, se dijo.

—¿Qué ocurrió después? Me refiero a los padres. ¿Viven?

—Al menos no he oído lo contrario —dijo Jarnebring—. Aunque ambos han abandonado Suecia. El padre se marchó a Estados Unidos en 1990. Él solo, la relación con la nueva pareja con la que vivía cuando su hija fue asesinada se vino abajo con bastante rapidez. Parece que le va realmente bien allí y que se ha hecho más rico que el tío Gilito. Es propietario de una gran empresa farmacéutica. Es ciudadano norteamericano desde hace muchos años. Por cierto, que cambió su nombre antes de marcharse por el de Joseph Simon, Joseph con «ph», y Simon por su padre, que parece que se llamaba así. Como el de Simon y Garfunkel, ya sabes.

—¿Y la madre? —inquirió Johansson.

—Al parecer se volvió loca —dijo Jarnebring—. Se marchó a Irán a mediados de los

noventa. Además, también se convirtió en una de esas mahometanas con velo y todo lo demás.

—Querrás decir que se convirtió al islam —dijo Johansson.

—Sí —dijo Jarnebring—. Empezó a ir por ahí encorvada y metida en un burka o como se llame.

—Algo muy práctico —comentó Johansson.

—Sí —asintió Jarnebring—. Para una mujer que va a vivir en un sitio así resulta básicamente necesario.

Uno sobrevivió, pensó Johansson. El que se endureció y sacó lo peor de sí mismo, sobreviviendo con la ayuda de su odio. La otra al parecer no lo logró, o al menos tuvo que renunciar a la vida que había llevado antes, pensó.

—Estoy empezando a sentirme un poco cansado —dijo Johansson—. ¿No te lo tomas a mal si pido una pausa para echar un sueñecito?

—En absoluto —afirmó Jarnebring.

—Entonces nos vemos mañana —dijo Johansson.

—Desde luego —repuso Jarnebring—. Puedes estar seguro de ello, a la misma hora y en el mismo sitio.

Luego sucedió algo muy raro. Cuando Jarnebring se inclinó sobre la cama para darle unas palmadas amistosas en el hombro, en un típico gesto de fraternidad masculina, Johansson extendió la mano derecha. Sin pensarlo, la separó de la colcha donde solía estar en reposo y, simplemente, la extendió.

Jarnebring le agarró la mano con firmeza pero, a la vez, con cuidado, como si fuera la de un niño.

—Aprieta con fuerza, Lars —dijo Jarnebring—. Muéstrame la fuerza que sé que siempre has tenido en esos puños.

—Ya lo haré —dijo Johansson.

Ya lo haré, pensó.

—Oye, Jarnis —añadió Johansson cuando su mejor amigo estaba ya saliendo por la puerta de la habitación—. No olvides traerme los pantalones.

Luego se quedó dormido. De espaldas, con las manos cruzadas sobre el vientre, como solía hacer siempre antes de tener esa mierda en la cabeza que en realidad solo había recibido como una propina por estar mal del corazón.

Por la tarde, cuando Pia fue a visitarlo, estaba profundamente dormido.

Ella se sentó junto a la cama y permaneció dos horas allí, mirándolo solamente. Por una vez no roncaba. Dormía en total silencio sobre el lado sano, el izquierdo, sin moverse en absoluto.

Le acarició con cuidado la cara y el brazo derecho. Tampoco entonces se movió, ni se produjo el más mínimo cambio en su rostro. Ella sintió un fuerte e inexplicable desasosiego.

Duerme, pensó. Solo duerme, se repitió. Espero que no ocurra nada más, pensó.

Luego se marchó a casa.

Viernes, 16 de julio de 2010

Otro día más en la nueva vida de Lars Martin Johansson. Un día que inició con dos nuevos récords personales. En primer lugar, duplicó el tiempo que podía mantener apretada una pequeña pelota roja en la mano derecha. Poco después, y sin titubear, levantó el brazo dormido hasta tocarse con la mano el hombro derecho. Además, tenía el estímulo de sentir pinchazos y hormigueos en el brazo todo el tiempo.

—Estoy orgullosa de ti, Lars —dijo la fisioterapeuta—. Avanzas a paso de gigante.

—Bueno, no estoy seguro de que sean pasos de gigante —dijo Johansson, que en el fondo era también tímido y modesto—, pero al menos van en la buena dirección.

En cambio, a la doctora Ulrika Stenholm no le iban tan bien las cosas. Parecía cansada y, de hecho, lo estaba. Últimamente llevaba varios días de guardia y no había podido dormir más de cuatro horas seguidas.

No tuvo mucho tiempo para revisar todos los papeles de su padre, pero, aunque poco, algo hizo, y siguiendo las instrucciones de Johansson intentó ordenar las bolsas y cajas de cartón que contenían papeles de los años 1989, 1988 y 1987, y luego los puso en un montón aparte con la intención de dedicarse a ellos en serio durante el fin de semana.

—No importa —dijo Johansson—. No creo que esos papeles salgan corriendo —añadió.

—Gracias —dijo la doctora Stenholm—. Me agrada que alguien tenga paciencia conmigo.

Tampoco puede decirse que tengas madera de jurista, pensó Johansson. Y eso que ya te he dicho cómo están las cosas.

Luego almorzó, y no solo comió lo de costumbre, sino que lo reforzó con un plátano, media bolsa de picotas y una chocolatina que se comió a escondidas. En el momento en que estaba quitándose de la boca los últimos restos, apareció Jarnebring. Les llevaron a

la habitación el café y un termo lleno de leche caliente, y luego se pasaron la mitad de la tarde hablando de sus asuntos.

—¿Qué opinas de todo esto, Lars? —quiso saber Jarnebring—. Me refiero a la muerte de Yasmine.

—Empieza tú —dijo Johansson—. Te escucho, tú estabas allí.

—Todo fue mal desde el principio, Lars —afirmó Jarnebring—. Cada vez que pienso por qué resultó mal, suelo consolarme pensando que tal vez era uno de esos casos que habría ido mal de todos modos. Te confieso que todo este asunto me destroza por dentro.

—¿Qué quieres decir con que habría ido mal de todos modos?

—Que era demasiado complicado, simplemente eso —aclaró Jarnebring—. Cuando la chica volvía a casa de su madre, ya que iba allí sin duda y así lo he creído todo el tiempo, debió de encontrarse con uno de esos locos que andan detrás de los niños. Alguien a quien no había visto antes, un completo desconocido, un encuentro totalmente fortuito, pero como la niña estaba alterada consiguió engañarla para que lo acompañara. Uno de esos casos que nunca se aclaran debido a que son demasiado complicados, simplemente —repitió.

—Pero, joder, Bo —dijo Johansson suspirando—. Estoy empezando a preocuparme seriamente por ti.

Y yo estoy empezando a reconocerte, pensó Jarnebring.

—Cuéntame, Lars: ¿cómo sucedió? Siempre he sido un simple agente de policía. Nunca he sido capaz de ver a la vuelta de ninguna esquina. Cuéntame cómo sucedió —repitió.

—No lo sé —dijo Johansson. Por el momento, pensó—. Pero sí sé una cosa —añadió.

—¿Qué?

—Que cuando se trata de este tipo de crímenes, en diecinueve de cada veinte casos el autor es alguien muy cercano a la víctima. Ya sea por pertenecer a su entorno social o incluso a la misma familia, parientes, círculo de amigos, ya me entiendes. O bien por estar en el entorno geográfico de ella, que sean vecinos, que él viva en la misma zona y la vea ir y volver a diario de la escuela porque tal vez él trabaja en un supermercado al otro lado de la calle. O por ambas cosas, proximidad social y geográfica.

—Espera, Lars —dijo Jarnebring, levantando la mano para indicarle que se detuviera—. Pongamos por ejemplo a aquel tipo, Anders Eklund, el que se cargó a la pequeña

Engla, Engla Höglund, la niña que vivía en Dalarna. Pura casualidad. Seguramente no la había visto nunca antes en su vida.

—Ese es el vigésimo caso —apostilló Johansson—. Pero en esta ocasión no tienes que preocuparte por él. No en lo referente a Yasmine.

—¿Qué quieres decir?

—Eklund no utilizó somníferos ni almohada con funda blanca —aclaró Johansson—. Un idiota primitivo, y la forma en que lo hizo es acorde a alguien con tan pocas luces. El sheriff de Dalarna tardó menos de doce horas en encontrarlo. Así que puedes olvidarte definitivamente de gente como él cuando hablemos de Yasmine.

—¿Y Ulf Olsson, el que mató a Helene Nilsson?

—Un clásico, diecinueve de cada veinte —dijo Johansson—. Vivía en el mismo lugar que ella y había vivido allí toda su vida. Su familia conocía a la familia de ella, su hermana menor era la mejor amiga de la hermana mayor de Helene. Sabía muy bien quién era Helene. No fue mérito suyo que tardaran dieciséis años en encontrar a ese cabrón. Todo ese tiempo de libertad puede agradecérselo a los colegas de Escania, que complicaron un caso sencillo más allá de lo imaginable. Yo lo habría metido en chirona en un mes.

Te creo, pensó Jarnebring. Joder, incluso yo lo habría hecho, se dijo.

—¿Y John Ingvar Löfgren, el asesino de niñas? El de Estocolmo, a mediados de la década de los sesenta, ya sabes.

—Fue en 1963 —dijo Johansson—. Dos niñas, me parece que la primera víctima tenía seis años y la otra era menor aún, cuatro si no recuerdo mal. Las fechas de los delitos fueron el 12 de agosto, el de Aspudden, y el 2 de septiembre, el de Vitabergsparken, en la zona sur.

Ahora sí te reconozco, pensó Jarnebring.

—Pero apenas tenía trato con las víctimas —objetó Jarnebring. No voy a ceder tan fácilmente, pensó.

—Lo intentaba —dijo Johansson—. Löfgren tenía treinta y dos años, el nivel intelectual de un niño de ocho y el cuerpo y los impulsos de un hombre adulto. Recorría a diario los parques en busca de niñas de su edad con las que jugar. Las violaba o intentaba hacerlo, las mataba y huía. Comparado con él, hasta Anders Eklund parece normal. Olvídate de casos como los de Eklund y Löfgren. En lo que respecta a Yasmine

puedes olvidarte incluso del de Ulf Olsson, aunque estuviera muy por encima de la media en lo que respecta a cociente intelectual.

—¿También tengo que olvidarme de él? ¿Por qué?

—Demasiado extravagante, solitario, soberbio, en conflicto constante prácticamente con todo aquel con quien se cruzaba. Sancionado anteriormente por típicos delitos de chiflado. Olvídate de casos como el de Olsson.

—Entonces ¿cómo es el tipo que buscamos?

—Amable, atento, educado, sociable, suele relacionarse con hombres y mujeres de su edad. Ninguno de ellos tiene la menor idea de que solo le interesa tener relaciones sexuales con niñas. Lo único que puede decirse en su contra, tal vez, es que bebe demasiado —dijo Johansson sonriendo—. Pero ni se mete en líos por ello ni va hecho un desastre.

—No tienes ningún nombre para darme —dijo Jarnebring con una amplia sonrisa. Lars Martin vuelve a ser él, pensó.

—Tendrás que darme una semana —repuso Johansson—. No olvides que tengo no sé qué mierda en la cabeza. Se me han olvidado un montón de cosas. Siento continuamente que he olvidado cosas. Lo más triste es que no recuerdo qué, solo que hay algo que he olvidado.

—Ya —dijo Jarnebring—. Últimamente parecías completamente normal, mostrabas incluso muchos rasgos humanos, de verdad.

—Hay tres cosas que no he olvidado —prosiguió Johansson, que aparentemente no hizo caso al comentario de Jarnebring—. Cuando las olvide habrá llegado el final para mí.

—¿Cuáles son? —preguntó Jarnebring.

—Esto es lo que hay, no compliques las cosas innecesariamente y odia las casualidades.

—Las tres reglas de oro de Lars Martin Johansson para la investigación de un asesinato. Has dicho una semana. ¿Podrás darme un nombre entonces?

—Para lo que te va a servir... —dijo Johansson—. Ya no puedes hacer nada en este caso. —Ni tú ni yo, pensó.

—Para calmar mi curiosidad —dijo Jarnebring—. Tal vez para ir a casa de ese cabrón y mantener una conversación seria con él. En privado. Romperle los brazos y las piernas.

—Suenas de maravilla —convino Johansson—. Pero tendrás que darme una semana.

Todavía no soy del todo yo mismo.

Tarde del viernes, 16 de julio de 2010

Johansson pasó el resto de la tarde hojeando las carpetas que le había traído Jarnebring. Se quedó un rato mirando una foto de Yasmine. Era un típico retrato de medio perfil que probablemente le hicieron en la escuela, en el que sonreía mirando al fotógrafo con ojos brillantes. Una niña, pensó. Una niña feliz, y tan bonita como le había dicho Jarnebring. Entonces empezó a dolerle el pecho. Volvió a meter la foto en la carpeta y la intensidad del dolor disminuyó.

El informe de la autopsia solo lo miró por encima. Lo que ponía allí parecía confirmar lo que ya le había dicho su amigo. En cambio, Johansson sí leyó a fondo el informe sobre el lugar del hallazgo del cadáver y escudriñó las demás inspecciones de la Científica. Examinó con detenimiento todas las fotos que hicieron los técnicos. Le habría gustado tener a mano la pequeña lupa que llevaba siempre en el llavero. En un sitio como este deben de tener alguna lente de aumento, pensó Johansson, y pulsó el timbre.

—¿En qué puedo ayudarte? —Mujer joven de unos treinta años. Agradable a la vista, alegre y positiva. Evidentemente, alguien como ella debe de tener una lupa, pensó.

—¿No tendrás por casualidad una lupa para prestarme? —dijo Johansson.

—Claro que sí —respondió ella—. Puedo traerte la que tenemos en secretaría.

Después de violar y asesinar a Yasmine, su considerado asesino dedicó también mucho tiempo y esfuerzo a introducir el cuerpo cuidadosamente en bolsas.

Le metió dos bolsas por la cabeza, que también le cubrían el torso y le llegaban a la mitad de los muslos, y otras dos por los pies, que cubrían además piernas y cintura y le llegaban a la altura de los pezones. Lo hizo en ese orden, ya que las últimas bolsas quedaron por encima de las primeras.

Luego cerró el paquete con cinta adhesiva marrón de la que se utiliza para embalar, la de cinco centímetros. La apretó con fuerza, pasándola primero alrededor de los tobillos,

pies y piernas, juntándolas todo lo posible. Luego la pasó alrededor de las rodillas y muslos, justo por debajo de las caderas. Del mismo modo alrededor de la cintura, el pecho y los brazos, firmemente apretados a lo largo del cuerpo, y por último alrededor del cuello. Había entre cinco y seis vueltas de cinta adhesiva rodeando cada parte, a pesar de que casi hubiera bastado con una sola vuelta. El resultado, en cuanto a contenido y forma, era bastante parecido a una momia envuelta con vendas. Si no tenemos en cuenta el plástico negro y la cinta adhesiva, claro.

Ansiedad, pensó Johansson. No solo por lo que has hecho y la situación en que te encuentras. Una ansiedad que es anterior a esto, pensó. Has aprendido a controlarla. El control de la ansiedad se ha convertido en una parte esencial de tu persona.

No dejó huellas dactilares mientras lo hacía; en cambio, sí dejó rastros de sus dedos enfundados en guantes de goma. Quedaron trozos de goma roja adheridos a la parte interna de la cinta adhesiva.

Guantes de fregar, pensó Johansson. Guantes de fregar comunes. Y probablemente muy usados, ya que estaban agrietándose, aflojándose, y dejaron rastros. Si lo hiciste en tu casa, los guantes no debían de ser tuyos, pensó. Habrían sido de otro color. Además, no creo que seas del tipo de hombres que friegan los platos, y aún menos que utilices guantes para ello. Las mujeres son las que usan guantes para fregar, así que hay una mujer en tu entorno. ¿Alguien con quien vives? ¿Tu madre o tu hermana? U otra mujer que conoces tan bien que puedes quedarte solo en su casa tranquilamente, sin prisas.

Me pregunto si todavía estarás vivo, pensó Johansson. O si te habrá matado la ansiedad.

Creo que sigues vivo, pensó. Aceptas las cosas como son. Te aceptas a ti mismo y no sientes culpa. Al menos no hay ansiedad que no puedas controlar. Además, hay muchas más como Yasmine. Las ves constantemente. Ocupan tu mente constantemente.

Luego dejó las carpetas a un lado para poder almorzar. Bebió un vaso de agua y se comió la mitad de su porción de pasta integral con verduras al pesto. Más que nada por obligación y por no preocupar sin necesidad a los que eran responsables de su salud y pronta recuperación.

Después se quedó dormido y se despertó al notar que Pia, que estaba sentada en la silla

al lado de su cama, le pasaba el dedo índice por la mejilla hasta el mentón.

—¿Cómo estás? —dijo Pia—. Parece que se te ve más espabilado. Ayer dormiste todo el tiempo que estuve aquí. Dormías como un niño, ni siquiera roncaste lo más mínimo. Casi me preocupé.

—Estoy como una perla engarzada en oro —dijo Johansson—. Así que no te preocupes por mí. Mejor háblame un poco de cómo te ha ido a ti.

Del sábado, 17 de julio, al domingo, 18 de julio de 2010

El fin de semana, con todas sus visitas... Al igual que el anterior, sus nietos no quisieron ir. Y para tranquilizar a su hijo y a su hija, habló con ellos por teléfono.

—Volveré a casa pronto —adujo Johansson—. Es mucho mejor que nos veamos todos juntos en nuestra casa alrededor de una buena comida y relacionarnos como personas normales.

—Me parece una buena idea —dijo el hijo.

—Haremos lo que tú digas —dijo la hija—. Tu niña hace siempre lo que le dice papá —agregó con dulzura.

En cambio no pudo librarse de Evert, su hermano mayor. Llegó antes del almuerzo. Alto y robusto, erguido como un pino, a pesar de ser diez años mayor que el hijo más joven de la familia Johansson, Lars Martin.

Contento y satisfecho de sí mismo, como siempre, comentó la suerte que tuvieron de poder terminar ese negocio forestal antes de que a Lars Martin le saliera «ese rollo en la cabeza».

—Hemos tenido una suerte increíble —afirmó Evert Johansson, mostrando al sonreír unos dientes de negociante fuertes y amarillentos—. Los precios de la madera y de la pulpa están por las nubes y ya tengo un montón de gente detrás de mí interesándose por la parcela que compramos.

—¿Y qué les dices? —preguntó Johansson, que le escuchaba solo a medias porque había empezado a dolerle la cabeza.

—Demasiado pronto para venderla, demasiado pronto. Y luego les digo que se vayan al infierno —dijo Evert riendo satisfecho.

—¿Y nadie se lo toma a mal? —preguntó Johansson.

—Si lo hacen es su problema, no el tuyo ni el mío —gruñó Evert—. Otra cosa, por

cierto. He encontrado una propiedad industrial en las afueras de Örebro, fábrica y almacén. Parece muy buena. Realmente buena. ¿Tú qué opinas?

—Cuéntame —dijo Johansson, aunque había decidido dejar de escuchar por completo.

Más tarde llegó Jarnebring, en medio de una de las explicaciones del hermano, y solo tuvo que intercambiar una mirada con Evert para entender que cualquier intento normal de ver quién la tenía más larga sería en vano. Además, ¿cuántas veces se encontraba uno con un igual en la vida?

—Bo Jarnebring —dijo Evert Johansson—. Aquí tienes mi mano, Bo —añadió—. Quiero darte las gracias por cuidar a mi hermano menor. Antes lo hacía yo, pero desde que se vino a vivir a Estocolmo hace cincuenta años lo hago cada vez menos, por decirlo así.

Después se estrecharon las manos, ambas de un tamaño que pocos hombres podían igualar, apretándolas más de lo habitual y luego soltándolas para darse mutuamente, casi a la vez, una amistosa palmada en el hombro derecho.

—Si hay algo que pueda hacer por ti, Bo, no dudes en decírmelo —dijo Evert—. Voy a darte el número de mi teléfono móvil, así podrás darme también el tuyo.

Y siguieron hablando. No de delitos ni de bosques o propiedades, sino de coches, que era el punto donde coincidían los dos. Evert Johansson, que, además de todos los bosques y todas las tierras y propiedades de las que hablaba siempre, era propietario de dos de los mayores concesionarios de automóviles de Västernorrland. Bo Jarnebring, que no tenía dinero, pero era un apasionado de los coches y obviamente prefería los vehículos que no podía permitirse comprar.

—Entonces creo que tengo el coche adecuado para ti, Bo —dijo Evert—. Le diré a uno de mis vendedores que te llame el lunes para que podamos hacer negocios. Un precio así no vas a conseguirlo nunca en tu vida, te lo prometo.

Aprovecha la ocasión, Jarnis, pensó Johansson, pero no dijo nada.

Después llegó su mujer, Pia, que sonrió ampliamente a Evert y a Bo, le dio un abrazo a cada uno y a continuación les pidió que se fueran al infierno.

Aunque no lo dijera así, es lo que quería decir, pensó su marido Lars Martin Johansson.

—Lamento que tengáis que marcharos —dijo Pia—. Propongo que vayáis a algún sitio agradable a comer un auténtico almuerzo de esos que tanto os gustan a los hombres, que os echéis un pulso y cuidéis el uno del otro. Y que tú, Evert, pagues la cuenta, para que mientras tanto yo pueda hablar tranquilamente con mi marido.

—Conozco un buen restaurante un poco más arriba, en Regeringsgatan —dijo Jarnebring antes de que salieran por la puerta—. Comida casera sueca muy buena, tranquilo y silencioso, y está muy bien de precio. Los dueños son una pareja yugoslava —explicó—. Los conocí en la época en que trabajaba en investigación aquí en Estocolmo. Pero ahora ya están más calmaditos y son unos auténticos fenómenos cocinando.

—¿A qué esperamos? —dijo Evert—. Los hombres buenos como nosotros merecen buena comida.

—Ya los echas de menos —comentó Pia en cuanto cruzaron la puerta.

—En absoluto —replicó Johansson extendiendo los brazos hacia ella para abrazarla como siempre la abrazaba antes de ser distinto del que había sido.

Lunes, 19 de julio de 2010

Humano sin duda, pero sobre todo paciente y por lo tanto dependiente de rutinas concretas que otros determinaban. En primer lugar estuvo con la fisioterapeuta. El récord anterior de apretar una pelota de goma se había estabilizado. La mano derecha estaba como la última vez, ni mejor ni peor. Probablemente sentía más pinchazos aún. También le picaba. Pinchazos, hormigueo, incluso picazón.

—Has entrado en una fase de estabilidad —explicó su musculosa torturadora—. Es completamente normal y nadie en tu situación debe preocuparse por ello. Tu mejoría avanza como por etapas.

»Tu brazo volverá a ser el de antes, pero llevará un tiempo.

¿Por qué no me lo creo?, pensó, y de repente se sintió cansado y deprimido.

—¿Por qué no me lo creo? —dijo.

—No puedes pensar así —respondió ella—. Si lo haces tardaremos más. Esto va a arreglarse, tu brazo va a estar igual que estaba antes. Eso es lo que tienes que pensar.

Esa es la variante médica de esto es lo que hay, pensó.

—En la policía solemos decir que esto es lo que hay —comentó Johansson.

—Exactamente —dijo ella—. Exactamente.

No es tan sencillo cuando se trata de uno mismo, pensó.

Al volver a su habitación había recibido una llamada de Jarnebring para posponer la cita acordada. Su hija tenía una fuga de agua en la cocina de su apartamento y el manitas de su padre debía encargarse de la fontanería.

—Es imposible localizar a un puto fontanero —dijo Jarnebring—. Pero nos veremos en cuanto termine.

—Tú eres un hacha para esas cosas —dijo Johansson—. Así que no será para tanto.

Además, tengo que ocuparme de un montón de asuntos más, por lo que propongo que lo dejemos para mañana. Si tú puedes, quiero decir.

—Claro que puedo —afirmó Jarnebring—. ¿Por quién me has tomado? Y cuídate.

Luego apareció su doctora, Ulrika Stenholm. Tenía cargo de conciencia por lo de los papeles del padre que se había comprometido a revisar, pero tampoco lo había hecho ese fin de semana. Un montón de cosas se lo impidió.

—Debería haber tenido hijos antes. A mi edad y con mi trabajo no se pueden tener uno de cinco años y otro de tres.

—No será para tanto —dijo Johansson.

—Sí que lo es —replicó Ulrika Stenholm—. Pero esta tarde te prometo que voy a hacer algo al respecto. Dejaré a los niños con su padre. Y también traigo buenas noticias —añadió.

Van a ponerme un brazo nuevo, pensó Johansson. De esos que llevan un garfio. Pero no lo dijo, naturalmente.

Johansson podía dejar el hospital. Iría a revisiones médicas y controles frecuentes. Pero no iba a ser al día siguiente, sino el miércoles, ya que ella quería ver los resultados de las últimas pruebas antes de dejarlo marchar. Salvo que ocurriera algo imprevisto en el ínterin, obviamente.

—Que no va a ocurrir —dijo la doctora Stenholm con una sonrisa alegre y profesional a la vez—. Creo que te has portado muy bien. Dentro de una semana tienes una cita conmigo para revisión, el próximo lunes. Respecto a lo demás, tengo intención de hablarlo con Pia.

Pia, pensó Johansson. Entre vosotras sois Pia y Ulrika. Para él era todavía la doctora Stenholm, Ulrika Stenholm, o mi doctora, pensó.

—Tú eres el médico, así que debes de ser la que más sabe —aceptó Johansson—. Quiero irme a casa —dijo de repente.

—Lo entiendo perfectamente —afirmó Ulrika Stenholm sonriendo e inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado.

Después del almuerzo —otra comida igual que todas las demás, en la que poco importaba lo que le ponían delante—, hizo otro esfuerzo más para animarse.

—¿Se puede tomar una taza de café en este lugar? —gruñó a la auxiliar que le retiró la bandeja.

—¿Quieres otra lupa? —le sonrió contenta.

—Solo café —dijo Johansson—. Muy cargado.

Muy cargado, a ver si se me despeja la azotea, pensó, y alargó el brazo para alcanzar una de sus carpetas. Anímate, pensó. Esto es lo que hay, no se trata de ti.

Entre todos los papeles que había en las carpetas encontró un informe pericial del laboratorio de Linköping, que a su vez había dado lugar a otro informe de un catedrático de biología animal de la Universidad de Estocolmo.

Cuando el profesor Sjöberg retiró con mucho cuidado el plumón que había quedado adherido a la garganta de Yasmine y con la misma precisión extrajo los dos hilos blancos que la niña tenía entre los dientes, los metió en bolsas separadas, cumplimentó los impresos habituales y los envió con todo lo demás a la policía científica de Estocolmo.

Allí los revisó un técnico. Dos hilos blancos de tela y un plumón de poco más de dos centímetros de largo y uno de ancho. No pudo agregar nada más, ya que no tenía ni conocimientos ni el instrumental necesario. Cumplió su obligación a conciencia y con esmero, como empleado público que era, por lo que los introdujo en dos bolsas nuevas, cumplimentó algunos impresos más y lo envió todo al laboratorio de Linköping. Tenía dos preguntas: ¿de qué tipo de hilo se trataba en concreto? Y: ¿había algo más que añadir acerca del pequeño plumón?

El biólogo responsable del laboratorio no tuvo ningún problema respecto a la primera pregunta. Tenía los conocimientos y el instrumental necesario. Se trataba de dos hilos de la planta *Linum usitatissimum*, comúnmente conocida como lino.

Fibras de lino de primera clase, más concretamente del tipo de lino que se utiliza para fabricar tejidos. Lino de la mejor calidad, y, teniendo en cuenta lo que había ocurrido, la teoría de la funda de almohada que el colega del grupo técnico de Estocolmo describía en un par de líneas parecía sumamente probable. Más probable que el que pertenecieran a una sábana, un cobertor o un pañuelo tejido con la misma fibra.

Sin embargo, era muy poco probable que pudieran pertenecer a un mantel, un tapete o una servilleta de lino, por ejemplo. No solo por lo que había ocurrido, sino porque esas cosas solían fabricarse con hilo de diferente estructura y grosor.

Quedaba la cuestión del pequeño plumón, acerca del cual carecía de conocimientos suficientes. El biólogo era tan concienzudo y esmerado como su colega del grupo técnico, así que lo remitió a uno de sus antiguos profesores de la Universidad de Estocolmo con el que seguía en contacto, catedrático y ornitólogo eminente.

Le llegó la respuesta por fax el mismo día que había recibido el envío con el plumón y las preguntas del laboratorio. Se trataba de un plumón de pato, explicó el catedrático. Más concretamente de un ejemplar de la especie de patos buceadores, y en ese caso del plumón del pecho de un *Somateria mollissima*, un ánade común. No se trataba precisamente de una almohada de mala calidad, pensó el biólogo del laboratorio cuando reenvió la respuesta a la policía de Solna. Llena de plumas de ánade y con una funda de lino fino.

Pero ¿qué coño es esto?, pensó Lars Martin Johansson, el ex jefe de la policía judicial central, en cuanto acabó de leer. ¿Cómo pudieron pasarlo por alto? Deben de ser estúpidos, pensó con cierta vergüenza al tener que incluir en ello a su mejor amigo, el ex comisario Bo Jarnebring. Luego llenó una página de anotaciones. Un nuevo récord con la mano izquierda, pensó Johansson, y después se quedó dormido.

Martes, 20 de julio de 2010

Un día más que iniciaba con la fisioterapeuta, aunque en realidad comenzaba antes yendo al baño, duchándose, afeitándose y desayunando, pero esas cosas prefería ignorarlas. Su día real empezaba con la fisioterapeuta, y ese día, que era el penúltimo si la doctora Stenholm mantenía lo prometido y no surgía ningún imprevisto, se mantuvo por desgracia en el mismo nivel de motricidad que el anterior.

—Acepta las cosas como son —le aconsejó la fisioterapeuta sonriendo.

—Acepta las cosas como son —repitió Johansson.

Ha ocurrido algo, pensó Johansson en cuanto la doctora Stenholm se sentó en el sitio donde solía sentarse. Tenía incluso las mejillas algo sonrosadas.

—Has encontrado algo —dijo Johansson.

—Sí, llevabas razón —afirmó la doctora Stenholm—. Estaba en una caja de cartón junto a un montón de papeles del año 1985. No sé cómo podías saberlo —añadió tendiéndole una diminuta bolsa de papel.

—¿Puedo verlo? —dijo Johansson extendiendo la mano sana. Un pasador del pelo, pensó. Un pequeño pasador rojo con la cabeza de un mono Monkiki.

—Es un Monkiki —dijo Ulrika Stenholm.

—Ya lo sé —repuso Johansson sonriendo—. Tengo hijos y nietos. ¿Estaba en esta bolsa? —preguntó sosteniendo la pequeña bolsa de plástico.

—No —dijo la doctora Stenholm sacudiendo con decisión la corta melena rubia—. Lo he puesto yo ahí. Pensé que...

—Entiendo lo que pensaste —la interrumpió Johansson, anticipándose para evitar largas explicaciones sobre posibles huellas dactilares y ADN.

—El pasador estaba en este sobre blanco —explicó Ulrika Stenholm, dándole otra bolsa de plástico que contenía un sobre pequeño.

Color cáscara de huevo, pensó Johansson. De la mejor calidad y con el nombre del remitente impreso en el reverso. Margaretha Sagerlied, pudo leer. ¿Dónde he leído este nombre antes?, pensó dándole la vuelta al sobre. En el lugar donde suele estar el sello había una breve nota escrita con pluma estilográfica: «BSC/ÅS».

—«Bajo secreto de confesión», barra, y «ÅS», las iniciales de tu padre, Åke Stenholm.

—Sí —dijo la doctora Stenholm—. Empiezo a pensar que mi hermana no exageraba en absoluto con las cosas que decía de ti.

—Bueno —dijo Johansson—. No nos apresuremos. ¿No pudo haber pertenecido este pequeño pasador a ti o a tu hermana cuando erais pequeñas? —O que hubiera antes otra cosa en el sobre, pensó.

—No, ni ella ni yo hemos tenido un pasador como ese, además no es de nuestra época. Eso lo llevaban las niñas a finales de los setenta, incluso después. De hecho, los muñecos Monkiki siguen siendo famosos, como seguramente sabrás. Mis dos hijos tienen monos Monkiki de peluche. Yasmine tenía nueve años en 1985, cuando fue asesinada. Ella sí podía tener un pasador así.

Johansson se limitó a asentir. No quedó ningún cabello adherido al pasador, pensó mientras daba la vuelta a la bolsa en la que estaba.

—¿Has mirado si había algún cabello en este sobre? —dijo Johansson sosteniendo la otra bolsa. Él ya no podía abrirlo y mirarlo.

—No había ninguno —respondió Ulrika Stenholm—. Lo abrí con mucho cuidado. Vi lo que había escrito mi padre. Todas esas abreviaturas que tanto le gustaban las empezó a descifrar mi hermana mayor en cuanto supo leer. Ningún cabello. De hecho, yo también lo busqué. Soy doctora en medicina, así que sé algunas cosas. No había nada más. Solo el pasador.

Un asesino sensible, pensó Johansson. Fue capaz de quitarle el pasador del pelo con cuidado para que su víctima pudiera seguir durmiendo con su melena negra y larga extendida sobre la almohada.

—¿Qué sabes de Margaretha Sagerlied? —preguntó Johansson.

—Bastante —dijo la doctora Stenholm—. Incluso la vi en varias ocasiones. Después, al encontrar el sobre, la busqué en internet. Figura también en el libro ese, *Quién es quién*, ya sabes.

—Cuenta —dijo Johansson. Siempre el dichoso internet.

Margaretha Sagerlied nació el 12 de abril de 1914 y murió el 6 de mayo de 1989, a los setenta y cinco años. Fue cantante de ópera. No demasiado conocida, pero lo suficiente como para dejar huella en numerosos artículos periodísticos, reseñas e incluso libros de ópera y de cantantes del género operístico. Lo suficientemente conocida como para figurar en *Quién es quién* ya en la década de los cincuenta.

—Como te he dicho, la encontré en un ejemplar antiguo de *Quién es quién* —dijo la doctora Stenholm—. Mi padre debía de estar suscrito. En la librería de mi casa conservo los ejemplares correspondientes a diez años que me dejó él.

—¿Y qué ponía? —quiso saber Johansson.

—La verdad es que me sorprendió un poco —admitió la doctora Stenholm—. Sabía que era conocida, pero no que lo fuera tanto. Había casi tanta información de ella como de Birgit Nilsson. Puedo conseguirte una copia.

—Bueno —dijo Johansson, que lo sabía por propia experiencia—. La única explicación para ello es, sin duda, que para figurar en esa publicación eres tú mismo el que explica quién eres.

—Ahora lo entiendo —repuso Ulrika Stenholm—. La verdad es que parecía estar encantada consigo misma. Estuvo comiendo en casa de mis padres en varias ocasiones cuando mi hermana y yo éramos pequeñas. Solía cantar en la iglesia de Bromma en bautizos, bodas y entierros, y tenía siempre un montón de historias que contar. Que conocía al rey, al anterior, y que había cantado con Jussi, que conocía a Birgit Nilsson. Que había asistido a una cena en el palacio real y en casa del gobernador. Que había cantado en la ceremonia de entrega de los Nobel. Por cierto, ¿te he dicho que era muy guapa? Sin embargo, en mi opinión no era una gran cantante.

—Parece que no te gustaba mucho —comentó Johansson—. No era ninguna Birgit Nilsson. —Me resulta difícil imaginarme a alguien como ella inclinada sobre el fregadero utilizando un par de guantes agrietados de plástico rojo, pensó.

—No —dijo Ulrika Stenholm—. En realidad tengo bastante talento para la música, que lo sepas. En la iglesia de mi padre tocaba el piano y el órgano. Todavía lo hago, toco el piano varias horas a la semana. Para mí es una forma de relajarme.

—¿Tenía marido e hijos? —preguntó Johansson.

—No tenía hijos —respondió la doctora Stenholm sacudiendo la cabeza—. Tardó bastante en casarse. Según *Quién es quién* lo hizo en 1960 y entonces tenía ya cerca de

cincuenta años. Su marido era mucho mayor que ella, nació en 1895 y murió en 1980. Tengo un vago recuerdo de él también, ya que en alguna ocasión estuvo cenando en casa de mis padres con su mujer. Según *Quién es quién* se llamaba Johan Nilsson y era empresario. Me parece que trabajaba en la industria alimentaria y recuerdo que mi padre decía que era muy rico.

Un marido de ochenta y cinco años que había fallecido cinco años antes del asesinato de Yasmine, ningún hijo, ningún nieto. Al menos, conocidos. ¿Algún pariente más joven, quizá? ¿Alguien que solo admiraba a la conocida cantante de ópera y por esa razón podía moverse libremente en su entorno? ¿Alguien que formaba parte de su élite?, pensó Johansson. Con independencia de quiénes la formaran, le parecía una palabra preciosa.

—Tal vez debería preguntárselo a mi hermana —dijo Ulrika Stenholm—. Ella es tres años mayor que yo y probablemente se acuerde más de esa época.

—No —dijo Johansson sacudiendo la cabeza con determinación—. No lo hagas, por el momento quiero que esto quede entre tú y yo. No quiero que hables con nadie de ello. —Lo último que quisiera es tener a una fiscal curiosa detrás de mí, pensó.

—De acuerdo —aceptó la doctora Stenholm—. Entiendo lo que quieres decir.

—Continúa con los viejos papeles de tu padre, a ver si encuentras algo más.

—La verdad es que pensaba hacerlo —dijo Ulrika—. Mi ex se ha llevado a los niños al campo, así que tengo tiempo de sobra.

—Otra cosa —dijo Johansson—. ¿No sabes dónde vivía esa mujer? La tal Sagerlied —aclaró.

—Es probable que viviera en el barrio de la parroquia de mi padre, en Bromma.

—Bromma es grande —adujo Johansson.

—Ya lo sé —dijo Ulrika Stenholm—. Recuerdo vagamente que ella decía que iba a mudarse al centro para estar más cerca de todo, de la ópera, de los teatros, del mercado de Östermalm y de sus amigos. Que la casa donde vivía le resultaba demasiado grande desde que se había quedado sola. Eso debió de ser algún año después de enviudar. Conservo solo algunas imágenes, porque yo era muy pequeña por entonces. Sin embargo sé que mi padre se encargó de su entierro cuando murió, de eso estoy segura porque nos preguntó a mi hermana y a mí si queríamos acompañarlo. Así que podría conseguirse algo por esa vía. Puedo hablar con alguien de la oficina parroquial.

—Eso podría ser de ayuda —dijo Johansson—. ¿Puedo quedarme con el pasador y el

sobre?

—Por supuesto —afirmó la doctora Stenholm—. Tal vez te parezca infantil, pero creo que todo esto es muy emocionante. Terrible y emocionante a la vez.

—No —dijo Johansson—. No creo que seas infantil en absoluto. Entonces ¿asististeis tu hermana y tú al entierro?

—No —respondió Ulrika—. La verdad es que ninguna de las dos tenía tiempo. Lo decepcionamos un poco. Creo que no fue mucha gente. Casi nadie en realidad.

Ni siquiera un asesino de niñas sensible, pensó Johansson.

Tan pronto como la doctora se marchó, Johansson llamó a la policía de Estocolmo y pidió hablar directamente con el comisario Kjell Hermansson, jefe del grupo de casos sin resolver de la provincial, y dijo que si a él no le daba la gana de contestar pasaran la llamada a dirección.

—Soy Lars Martin Johansson —dijo Johansson. ¿Qué más podía decir?, pensó. ¿De la asociación de policías jubilados?, pensó, sintiéndose de repente con ganas de bromear.

—Lo he reconocido por la voz, jefe —comentó la telefonista—. Un momento, por favor.

—Al habla Hermansson —dijo este después de solo quince segundos y tres tonos.

—Soy Johansson.

—¿Cómo diablos estás, Johansson? —preguntó Hermansson—. Suenas estupendamente —añadió con cierto entusiasmo.

—Estoy mejor que nunca —mintió Johansson—. Pero necesitaría ayuda con una cosa. Necesitaría mirar las listas del caso Yasmine. Ya sabes, donde se detallan todas las personas, vehículos, sitios y horarios que figuran en la investigación.

—Empiezo a sentir mucha curiosidad —dijo Hermansson.

—Pues no lo hagas. Es demasiado pronto. ¿Puedes enviármelo por correo electrónico?

—No —dijo Hermansson—. No están en el ordenador. Tuvimos un problema informático hace unos años y se borró todo.

No es verdad, pensó Johansson.

—Pero debo de tener alguna copia en papel en nuestro archivo, así que puedo mandártela. Haré una copia adicional y te la enviaré por mensajería, si al jefe le viene bien.

—Me viene de maravilla —afirmó Johansson—. ¿Cuándo podré tenerla?

—Ya puedes contar con ella —respondió Hermansson—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que sea yo el primero en saber el nombre de ese cabrón —reveló Hermansson con un inesperado tono de amargura en la voz—. Es que me gustaría cargármelo, ¿sabes?

—No me extraña —observó Johansson.

—Mandaré a mi yerno —dijo Hermansson.

Media hora después, el inspector de policía Patrik Åkesson, Patdos, subió a la habitación de Johansson con un sobre marrón en la mano. Iba de paisano, a diferencia de la vez anterior.

—Lo siento, jefe —dijo Patdos—. Pero no hay salchicha de Günter's. He hablado con Jarnis, que me ha dado órdenes estrictas de Alfa Uno.

—¿Alfa Uno?

—La mujer del jefe —aclaró Patdos con una amplia sonrisa—. Los códigos que utilizamos en el trabajo. La esposa es Alfa Uno, el código para la mujer. Un modo de ahorrar tiempo y discusiones innecesarias.

—Parece una buena idea —dijo Johansson—. No sabía que estabas casado con la hija de Hermansson. ¿No trabajaba ella en violencia familiar en el centro?

—Así es —respondió Patdos sonriendo aún más—. Aunque por lo demás es una mujer totalmente normal. Digamos que este es un mundo pequeño.

—Muy pequeño —convino Johansson. Esta es mi familia, pensó. Sin tener en cuenta a capullos como Evert Bäckström.

Según el informe que se confeccionó el verano de 1985 con motivo del asesinato de Yasmine Ermegan, el martes 2 de julio de 1985 se le tomó declaración a Margaretha Sagerlied en la ronda de visitas domiciliarias que la policía efectuó en la zona. La compañera que le tomó declaración fue la ayudante de policía Carina Tell, y quien la describió como poco interesante para la investigación fue el inspector judicial Evert Bäckström.

Una mujer de setenta y un años, viuda desde hacía cinco, sin hijos ni contactos masculinos de interés en el entorno, se había marchado de viaje tres días antes de la denuncia de la desaparición de Yasmine. Había regresado a su domicilio el día antes de tomarle declaración. Margaretha Sagerlied carecía de antecedentes penales, tenía

pasaporte, pero ni coche ni permiso de conducir, todo según las indagaciones que hizo la policía a todos los que vivían en la zona.

La única y principal razón por la que hablaron con ella fue porque vivía en Majblommestigen 2, al final de la calle, en la intersección con Äppelviksgatan. Aproximadamente en el mismo sitio en que a un testigo de la investigación le pareció ver un Golf rojo de modelo reciente la noche de la desaparición de Yasmine.

La misma Yasmine que vivía más arriba, en la misma acera de la misma calle, en el número 10 de Majblommestigen, junto a su padre y su nueva pareja, a la que Yasmine a veces llamaba mamá cuando estaba cansada y se iba a dormir, o cuando simplemente se le olvidaba.

Es una coincidencia extraordinaria, pensó Lars Martin Johansson, ex jefe de la policía judicial central, que desde muy joven había aprendido a odiar las casualidades.

Martes, 20 de julio de 2010

A partir de ahora solo es una cuestión de tiempo, pensó Johansson, ya que aprendió a aceptar las cosas como vienen antes incluso de empezar a odiar las casualidades. Y antes de tener un coágulo en la cabeza, por supuesto, porque ahora era distinto del que había sido siempre.

Primero pensó en dormir una pequeña siesta, descansar sobre los laureles que acababa de ganar. Además, le habían dicho que se lo tomara con mucha, mucha tranquilidad. No había funcionado, por supuesto. La cabeza no me deja en paz, pensó Johansson después de haber hecho un par de intentos e incluso haberse dado la vuelta en la cama con cierta dificultad.

En vez de dormir pidió que le trajeran café y empezó a hojear una de las carpetas que le había traído su mejor amigo, y como Jarnebring había puesto todos los papeles en el orden exacto en que sabía que Johansson los quería, enseguida encontró el informe con la relación de la ropa que llevaba Yasmine y las demás pertenencias que tenía cuando desapareció.

Ningún pasador, pensó Johansson después de haber leído a fondo la relación, y sintió una oleada de tranquilidad en su cuerpo al descubrir que el informe estaba firmado por su amigo Bo Jarnebring, que por entonces era inspector judicial.

El pasador tampoco podría haber estado allí si se le había caído por el camino, pensó, y trató de apartar de su mente la imagen de la niña con su melena oscura suelta sobre la almohada blanca.

Después sacó el retrato de Yasmine, cuyos ojos oscuros brillaban mientras sonreía al fotógrafo mostrando una dentadura blanca y regular. A pesar de que solo tenía nueve años y de que la mitad de sus compañeros de clase seguramente llevarían corrector dental. Del mismo modo que Johansson no podía ver a la vuelta de la esquina, tampoco

podía ver más allá de los ojos y la boca de Yasmine, ni de su cuello esbelto, ni de cómo llevaba peinado el pelo largo y negro. Tampoco sirve de nada que le dé más vueltas a la foto, pensó, sintiendo el mismo entusiasmo inexplicable que cuando pensó en decirle a la telefonista que llamaba desde la asociación de policías jubilados.

Johansson dejó la foto sobre la colcha, se reconfortó con una taza de café, respiró profundamente tres veces y trató de recobrar el ánimo.

—Te estás volviendo loco, Lars —se dijo en voz alta. Así que ándate con cuidado y anímate, pensó. Y funcionó, ya que enseguida volvió a estar tranquilo y sereno. Cogió la foto y la miró de nuevo.

No es que sea ningún peluquero, pensó, pero en la foto parece que llevaba el pelo recogido en un moño o en una coleta, o como quiera que se llame, pensó. Con un pasador, una cinta para el pelo o tal vez una simple goma elástica de esas que solía utilizar su mujer para sujetarse esos rizos indomables cuando iba al gimnasio a ejercitarse o simplemente a mover el cuerpo.

Bo Jarnebring era un hombre muy minucioso. Con fama bien merecida de investigador legendario, y una de sus especialidades era establecer la descripción de sospechosos. Había adjuntado al informe una relación de los interrogatorios que llevó a cabo cuando estaba intentando averiguar cómo iba vestida Yasmine y qué llevaba consigo cuando desapareció. Tres interrogatorios a la madre, dos al padre, diez en total a los cinco testigos que la vieron en el trayecto desde la vivienda de la madre a la del padre. Además de otra decena de testigos que creían haberla visto, pero probablemente no fue así. Básicamente porque sus descripciones de la niña y de su vestimenta no coincidían con la que habían hecho los primeros siete testigos.

Nada acerca de un pequeño pasador de plástico rojo con un mono Monkiki. Lo más sencillo es llamar a Jarnebring, pensó Johansson, y más o menos al mismo tiempo el cansancio se apoderó de su cuerpo, vaciando su mente de todo pensamiento, fuerza y voluntad. Se quedó dormido sin apenas darle tiempo a dejar la carpeta a un lado, y cuando despertó por la mañana le costó mucho recordar lo que había ocurrido después.

Rechazó la cena y en su lugar mordisqueó obedientemente un sándwich de queso, bebió un par de vasos de agua y se comió una pera... ¿o era una manzana? Luego

probablemente fue al baño, se lavó y se cepilló los dientes. Habló con Pia de las cuestiones prácticas que había que arreglar antes de que regresara al espacioso dúplex que tenían en la zona sur de la ciudad. La cocina y su despacho en la planta baja, el dormitorio de ambos y el cuarto de baño en la de arriba, una escalera estrecha que él no iba a ser capaz de subir ni de bajar, al menos en el estado en que se encontraba en ese momento.

—Si quieres podemos poner una cama en tu despacho, donde hay sitio de sobra. O también puedes dormir en la habitación de invitados de abajo. Solo tienes que decidir lo que prefieres.

—Puedo dormir en el sofá —dijo Johansson, y en ese mismo instante volvió a sumirse en el sueño.

Durmió toda la noche y soñó con Yasmine, aunque no sintió angustia ni tampoco alegría, era más bien como una sensación de reflexión introspectiva, desconcertante para un sueño, y que puede que fuera tristeza. Esa tristeza que todavía no le había afectado, que no había tenido tiempo de alcanzarlo.

La misma Yasmine de la foto. Aunque sin sonrisa. Está ahí mirándolo. Seria, expectante, pero no asustada.

—Hola, pequeña —dice Johansson—. No debes asustarte —añade.

Ella no contesta, pero asiente con la cabeza de todos modos. Y no tiene miedo.

—He encontrado tu pasador —dice él ofreciéndoselo.

—Gracias —dice ella. Asombrada, pero esbozando una sonrisa—. Gracias, eres muy amable —agrega cogiendo el pasador de la mano que él mantiene extendida.

Mañana del miércoles, 21 de julio de 2010

Primero el retrete, luego la ducha y cepillarse los dientes. No se molestó en afeitarse. Un poco de barba siempre sienta bien a un hombre duro, pensó Johansson regresando a la habitación con paso vacilante.

Jodidos vagos, pensó cuando volvió a estar tumbado sobre la cama. Era la cuarta vez consecutiva que lo dejaban solo por completo en sus peligrosos paseos, a pesar de todos los impuestos que había ido pagándoles a lo largo de su vida sin exigir la más mínima retribución.

Luego el desayuno. La variante saludable a base de yogur, cereales y fruta. Tres vasos de agua mineral pero nada de café. No le apetecía tomar café esa mañana.

No se libró de la fisioterapeuta, a pesar de que en su interior ya sonaban campanas de libertad. Por desgracia seguía todavía en la misma situación, pese a haberse esforzado de verdad para que en el último instante no lo vieran en el estado real e imprevisible en el que se encontraba.

—Esto es lo que hay —dijo la fisioterapeuta dándole un gran abrazo.

—Esto es lo que hay —repitió Johansson inclinando la cabeza y sonriendo. Para ti es fácil decirlo, pensó. Soy libre, pensó. Se sentía libre también. Ligerero y con la mente clara. Sin angustia ni preocupación, ni siquiera la más mínima sensación de malestar.

Después vio a su doctora, hasta ese momento su informante personal más importante, que esa mañana precisamente tenía tal aspecto de cansancio que bien podía decirse que era una mujer de cuarenta y cuatro años.

—No sé qué me pasa —suspiró la doctora—. La primera vez en varios meses que

tengo un poco de paz y tranquilidad a mi alrededor, y no he podido pegar ojo en toda la noche pensando en los niños, soñando con ellos, llamando a su padre y despertándolo.

—No es nada raro —interrumpió Johansson—. Primero te pones a tocar el piano en mitad de la noche, y después empiezas a beber vino tinto y a escuchar a otros tocando música de piano. —Búscate un hombre de verdad, pensó.

—¿Sabes qué? —dijo Ulrika—. A veces me asustas, verdaderamente. ¿Seguro que no te escapabas por las noches para espiarme?

—No me provoques... —repuso Johansson—. Pero no. Un jubilado gordo con bata blanca y un gotero en la mano, de pie con la nariz aplastada contra tu ventana en medio de la noche... No. —Sacudió la cabeza—. Para nada. A un hombre así creo que hasta tú lo habrías descubierto.

—¿Sabes qué? —dijo ella sonriendo—. También eres muy gracioso cuando estás de ese humor. Alegra hablar contigo.

—Lo sé —admitió Johansson—. Por cierto, ¿qué me dices de esas cuestiones de tipo práctico?

Según Ulrika Stenholm, que había hablado con Pia esa misma mañana, todo estaba listo. Pia se había encargado de hacer todos los arreglos necesarios en la casa de ellos. Además había organizado lo referente a revisiones, controles, análisis y visitas diarias al fisioterapeuta.

—Uno de tus antiguos colegas va a venir a recogerte. Te traerá la ropa. Viene en su coche, pero si lo prefieres tienes derecho a taxi, como tal vez sepas.

—Es mi mejor amigo —dijo Johansson sintiendo que algo se movía en su interior al decirlo—. Nos conocemos desde que íbamos juntos a la academia de policía. Pronto hará cincuenta años. Por cierto, es uno de los que trabajaron en el caso de Yasmine. En aquella época yo estaba en la Dirección Nacional de la Policía.

—¿En el caso de Yasmine? —preguntó ella mirándolo con asombro—. Es fantástico. ¿Ha podido ayudarte en algo?

—Me ha traído documentos antiguos para que los revise —dijo Johansson señalando las carpetas que había en la mesa que estaba junto a la cama. ¿Me ha podido ayudar? Más o menos, pensó.

—Qué bien —se alegró Ulrika a la vez que metía la mano en el bolsillo de su bata

blanca y sacaba su teléfono móvil—. Vaya, ya es la hora —dijo sacudiendo la cabeza—. Tengo que irme.

—Cuídate —se despidió Johansson levantando el brazo izquierdo hacia ella. Vaya mierda de trabajo que tiene la pobre, pensó.

—Cuídate tú también —dijo ella dándole el segundo abrazo que recibía esa mañana—. Les he indicado que te ayuden a recoger tus cosas. Pero ahora tengo que irme.

Me pregunto qué es lo que les das. A pesar de que aún tienes la cara colgando como un helado derretido, están como locos por ti, pensó.

Cinco minutos después entraba Jarnebring en la habitación. Fue directamente hacia su cama y vació una bolsa de ropa.

—Vamos, muchacho, arriba —dijo Jarnebring—. No puedes quedarte aquí dejando pasar tu juventud.

»Calzoncillos, camiseta, camisa, calcetines, zapatos y pantalón, además de un cinturón de los más largos —añadió mientras señalaba con la mano—. Hace sol y veinte grados de calor, así que no se te va a congelar el culo.

—Ya era hora, joder —espetó Johansson levantándose con algo de esfuerzo.

—Deja de refunfuñar —ordenó Jarnebring—. ¿Quieres que te vista yo o es suficiente con que te tape para evitar que te vean todas esas guapas enfermeras?

—Siéntate en esa silla y cierra el pico, que yo me encargaré de lo demás —replicó Johansson.

Media hora después estaban en el aparcamiento junto al coche que hasta entonces había sido propiedad de Johansson.

—He pensado aprovechar y probar a conducirlo un poco mientras tu hermano arregla los papeles —dijo Jarnebring.

—Así que has comprado mi coche —dijo Johansson sin el menor asombro, ya que conocía a su hermano mayor igual de bien que a su mejor amigo, o incluso que a sí mismo.

—Yes —admitió Jarnebring—. Había un papel que tenías que firmar tú, pero me lo he traído para que lo veamos juntos cuando lleguemos a tu casa.

—Bueno, ¿y yo?

—¿Cómo que y yo? —preguntó Jarnebring encogiendo sus anchos hombros.

—¿Acaso se espera que vaya a pie en lo sucesivo?

—Tú vas a tener uno igual, pero con cambio automático. Y algo más que tu hermano les ha dicho que agreguen hasta que tengas el brazo en condiciones.

—De acuerdo —dijo Johansson. Nunca le había interesado conducir. Y menos en ese momento. Me pregunto qué habrá pagado Bo por el coche, pensó.

Tarde del miércoles, 21 de julio de 2010

—Ahhhhh —dijo Jarnebring con un suspiro placentero mientras el coche se deslizaba para salir del aparcamiento—. Doce cilindros, cuatrocientos cincuenta caballos —explicaba señalando con la cabeza el largo y negro capó.

—Si tú lo dices —repuso Johansson—. Va como un rayo si aceleras —añadió. Lo que no sirve de nada en un país donde la velocidad máxima permitida es de ciento veinte kilómetros por hora; además, la luz azul y las sirenas ya eran historia para unos jubilados como él y Jarnebring.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Jarnebring—. ¿Ir directamente a casa o que demos antes una vuelta para investigar sobre el terreno?

—Verlo en vivo y en directo —dijo Johansson. Ya es hora de verlo con mis propios ojos, pensó.

—Entonces empezaremos por la casa de su madre en el centro de Solna —propuso Jarnebring—. Estaremos allí dentro de dos minutos.

—Vamos mejor a Äppelviken —pidió Johansson—. Quiero ver la casa en la que vivía con el padre. Ya conozco Solna —explicó. Además no fue allí donde sucedió, pensó. No sabía por qué, todavía no, era solo una sensación lo bastante fuerte, suficiente para él. Como siempre que había tenido esa sensación. Antes, cuando era alguien distinto al que era ahora.

—De acuerdo —dijo Jarnebring. Estiró su largo brazo derecho y abrochó el cinturón de seguridad que Johansson había olvidado abrocharse, a pesar de que en el amplio panel de mandos ya pitaba y parpadeaba una luz roja.

—Gracias —dijo Johansson—. No tenemos prisa —agregó para tranquilizarlo.

Conducción serena y efectiva, sin prisas ni estrés. Salieron del Karolinska, giraron a la izquierda por el cementerio, en la primera rotonda a la izquierda por la carretera de

Solna, y en la primera salida a la derecha bajando por el carril a la autopista E4 hacia el sur. Luego otra vez a la derecha hacia Bromma y Äppelviken, y doce minutos más tarde Jarnebring se detuvo en el cruce de Äppelviksgatan con Majblommestigen.

—Por aquí cerca es donde el testigo creyó ver ese Golf rojo —explicó Jarnebring indicando la primera casa de la acera derecha—. Esta es Majblommestigen —agregó señalando con una mano grande el tramo de calle—. Una calle sin salida de algo más de cien metros que termina más arriba en una zona de giro. El padre, su nueva pareja y Yasmine vivían en la casa que está en lo más alto de la calle, en el número 10 de Majblommestigen, a la derecha de donde estamos ahora —apostilló volviendo a indicar con la mano.

—¿El coche estaba aparcado aquí abajo, donde estamos nosotros ahora, frente a la puerta del número 2 de Majblommestigen? —preguntó Johansson—. ¿En este cruce?

—Eso fue lo que declaró el testigo al principio. Luego, el muy cabrón empezó a liar las cosas y al final ya no sabía qué había visto o no. Ni nosotros tampoco.

Lo presionasteis demasiado, pensó Johansson. Se asustó al darse cuenta de lo que había dicho que había visto, y que de repente acudieran un montón de periodistas y empezaran a llamar a su puerta.

—No mejoró las cosas que un grupo de paparazzi de mierda fueran corriendo a su casa y jugaran a hacer interrogatorios policiales —comentó Jarnebring como si pudiera leer sus pensamientos.

—Me lo imagino —dijo Johansson, que ya estaba pensando en otra cosa.

Casas de madera del período de entreguerras, en color rojo, amarillo, blanco y azul, incluso rosa, aunque sin llegar a irritar al vecindario. Labor de ebanistería de la época, vestíbulos floridos, porches, terrazas y miradores. Labor de todo tipo de artesanos, albañiles, carpinteros, pintores y chapistas que sabían lo que hacían y se tomaban el tiempo necesario para hacerlo. Empalizadas, pulcros setos, jardines frondosos con macizos y árboles frutales y césped bien cuidado entremedias. Incluso algún que otro vecino pasando el rastrillo por el camino de grava que va de la verja que da a la calle hasta su puerta. Una zona bien cuidada, reformada, ampliada y renovada con respeto durante los años posteriores a la época en que se celebraba el momento de techar la casa. Clase media cuidadosa y acomodada a la que en los últimos años se habían unido vecinos bastante más ricos. Al mismo ritmo que aumentaba el precio de sus casas.

La casa en la que vivía Yasmine estaba en lo más alto de la calle. No era la más

grande pero tampoco la más pequeña de las que había allí. Roja con adornos en blanco, fachada recién pulida y con restos de pintura aún en el acceso al jardín, cubierto apenas por una lona.

—¿Sabes si vive aquí todavía? —preguntó Johansson—. Me refiero a la pareja que tenía el padre por entonces.

—No —dijo Jarnebring—. He oído que la vendió y se mudó al verano siguiente. El padre de Yasmine se marchó al cabo de solo unos meses. Me imagino que lo que ocurrió no fue bueno para ellos.

Una casa que había adquirido nuevos recuerdos, pensó Johansson. Recuerdos que hicieron que les fuera imposible quedarse a los que vivían allí.

—¿Quieres salir a echar un vistazo? —preguntó Jarnebring.

—No —dijo Johansson sacudiendo la cabeza.

—No es que yo sea experto en esos asesinos de niños, pero prometo comerme mi viejo casco de policía si fue aquí donde ocurrió —afirmó Jarnebring mientras daba la vuelta al coche girando el volante con precisión—. Esta zona no me parece en absoluto apropiada.

—¿Dónde ocurrió entonces? —preguntó Johansson.

—Si quieres saber mi opinión, estoy bastante seguro de que fue alguien que la recogió cuando volvía a casa de su madre. La pobre cría estaba cansada, además de alterada. Esta no es una zona donde se mate a niñas —repitió Jarnebring mientras se deslizaba lentamente calle abajo.

—¿Puedes detenerte aquí en la esquina?

—Por supuesto —dijo Jarnebring.

La casa frente a la que estaban era bastante más grande que las otras que había en la misma calle. Azul con tejado a dos aguas, la entrada tenía una estructura superpuesta apoyada en dos pilares blancos y una amplia escalera de piedra que conducía a la doble puerta de acceso. Una gran terraza acristalada que daba al jardín trasero. Nuevos propietarios desde hacía tiempo, tal vez varios propietarios, pues si había algo que Johansson sabía sin tener que mirar en el registro de la propiedad, era que la persona que vivía allí cuando sucedió aquello se mudó en cuanto se dio cuenta de lo que había ocurrido y de que había ocurrido en su casa.

Me pregunto cuándo se dio cuenta, pensó. Tal vez ya durante el otoño de ese mismo

año, y es bastante fácil de averiguar. Me pregunto dónde encontró ella el pasador de Yasmine, pensó. Después de veinticinco años no iba a resultar nada fácil averiguarlo.

—Si estás pensando comprarte una casa podría plantearme quedarme con tu apartamento, igual que te he comprado el coche —comentó Jarnebring.

—No —dijo Johansson—. Me gusta vivir en el sur de la ciudad.

—Lo que pasa es que estás obsesionado con todo esto —observó Jarnebring sonriendo.

—No —dijo Johansson—. Lo que pasa es que pensaba que tal vez querías ver la escena del crimen —añadió señalando la gran casa azul.

III

Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano...

Éxodo 21, 24

Tarde del miércoles, 21 de julio de 2010

Al principio, Jarnebring se limitó a señalar con la cabeza. Primero a la casa grande que había al otro lado de la calle, luego a Johansson.

—¿Por qué crees que fue ahí? —preguntó.

—La almohada. Sí, la almohada y la funda también —contestó Johansson, que parecía más que nada ensimismado—. Es lo primero que se me ocurrió.

—¿La almohada? ¿Y la funda?

—Sí, aunque hay más cosas. El pasador del pelo, ese Golf rojo, me da que estaba aparcado justamente ahí. Toda la parafernalia, por decirlo así.

—La almohada, la funda, el pasador, un Golf rojo. ¿Toda la parafernalia? —No sé si alegrarme o preocuparme, pensó Jarnebring.

—Sí, aunque hay más cosas, pero son más que nada sensaciones que tengo. Sobre la que vivía allí, por ejemplo.

¿La que vivía allí? ¿Ella? Ahora sí que estoy empezando a preocuparme en serio, pensó Jarnebring. ¿De dónde coño ha salido «ella»? , pensó.

—¿No podrías explicarte? —dijo.

—Luego hablaremos de eso —respondió Johansson—. Ahora quiero ir a casa.

Por fin en casa, pensó mientras atravesaba el umbral de su apartamento en Wollmar Yxkullsgatan. Teniendo que apoyarse en su mejor amigo, pero en gran parte por sus propios medios.

—Vayamos a mi despacho. Así podré recostarme en el sofá. Dame el bastón y yo me las arreglo.

—No tengo inconveniente —objetó Jarnebring—. Si quieres...

—Haz lo que te digo —interrumpió Johansson—. Tráeme un vaso de agua. Si quieres

algo de comer seguramente habrá un montón de cosas en el frigorífico. Pia suele encargarse de ello. A mí me basta con un vaso de agua.

Por fin en casa, pensó mientras se sentaba en el sofá con algo de esfuerzo y ponía los pies en el asiento como solía hacer. El mismo sofá, el mismo rincón del sofá, donde ha debido de pasar miles de horas a lo largo de los años mientras leía, veía la televisión, dormía una breve siesta o simplemente se dedicaba a pensar. Ahora había incluso una amplia cama en la misma habitación, que Pia le había comprado y había colocado contra la pared más corta, junto a un montón de artilugios eléctricos que estaba deseando probar.

Jarnebring cogió una silla y se sentó frente a él. Puso una botella grande de agua mineral, un plato con fruta y dos vasos encima de la mesa que había entre los dos.

—Entonces ¿no quieres un sándwich? —dijo Johansson señalando la bandeja con la cabeza.

—No tengo hambre. Lo que sí tengo es una curiosidad de narices.

—Cálmate —le pidió Johansson—. Ya mismo. Solo estoy pensando en cómo ordenar las cosas.

—Propongo que las ordenes de modo que hasta un simple agente de policía pueda entender de qué se trata.

—Por supuesto —dijo Johansson—. ¿Recuerdas ese plumón y esos dos hilos de tela blancos que encontró el forense en la faringe y entre los dientes de la pobre chica? Lo cual hace suponer que la asfixiaron con una almohada blanca.

—Yo también lo creo, todos lo creían. Hasta Bäckström, el gordito ese, supuso lo de la almohada.

—El problema es que no se trata de una almohada común, ni tampoco de una funda de almohada común. Estaba rellena de plumón y la funda debía de ser de lino.

—Espera —dijo Jarnebring levantando la mano derecha para asegurarse—. Mi mujer y yo tenemos un montón de almohadas de plumón en nuestra modesta casa adosada. Tenemos incluso almohadas de plumón en el campo, en la casa de veraneo, más modesta aún. Lo sabes bien, por cierto. Has estado allí. Tanto en el piso de la ciudad como en la casa de veraneo.

—Lo sé —afirmó Johansson—. Pero no hablo de almohadas de plumón comunes o de

una funda de almohada de algodón común.

—No, claro, hablas de...

—Si puedes cerrar la boca y no interrumpir continuamente te explicaré la diferencia entre una almohada de plumón común con una funda blanca de algodón ordinaria y la almohada que utilizó nuestro asesino cuando asfixió a Yasmine.

—Te escucho —dijo Jarnebring. Se echó hacia atrás y cruzó las manos sobre su vientre plano.

Todo era bastante simple, según Johansson. El relleno de casi todas las llamadas almohadas de plumón se componía sobre todo de plumas. Plumas y algo de plumón de ave de corral, generalmente patos y gansos que se criaban principalmente con esa finalidad. Los mayores productores de pluma y plumón para almohadas y edredones estaban en Asia y el país que más exportaba era China.

Las fundas de almohada común, a excepción de las más simples y baratas, son de algodón. Casi todas esas fundas son de algodón, no de lino.

—Lo que quieres decir es que esa almohada precisamente era una almohada jodidamente inusual —sintetizó Jarnebring con una sonrisa burlona.

—¿Tienes una idea de lo que costaría una almohada así hoy en día? Si pudieras acceder a ella, claro. ¿Una almohada rellena de plumón con una funda de lino de la mejor calidad?

—Ni la más mínima —dijo Jarnebring sacudiendo la cabeza.

—Veinte mil, treinta mil coronas, incluso más tal vez. Para conseguir un edredón similar, tendrías que disponer de unas cien mil. O sea, cien mil coronas. En caso de que pudieras encontrar siquiera ese tipo de almohadas y edredones hoy en día.

—Entiendo lo que dices —repuso Jarnebring—. ¿Quién coño iba a pagar cien mil coronas por una almohada y un edredón?

—Ningún asesino de niños común —respondió Johansson—. Ninguno del tipo de John Ingvar Löfgren, Anders Eklund o Ulf Olsson. Ninguno de ellos. Ni siquiera el asesino de Yasmine, ese pederasta considerado y sensible sobre el que divagaba el profesor Sjöberg.

—Ahora sí que no entiendo nada —admitió Jarnebring—. Tendrás que explicarte.

—La almohada no era suya —dijo Johansson.

Jarnebring reflexionó durante casi un minuto. Luego asintió mirando a Johansson, se puso derecho en la silla, se inclinó hacia delante y volvió a asentir.

—Te escucho.

—Margaretha Sagerlied —dijo Johansson—. ¿Te suena?

—No me suena de nada —dijo Jarnebring—. ¿Quién es?

—Figura en el informe. Viuda, setenta y un años de edad en el momento del crimen, ex cantante de ópera, una señora distinguida por así decirlo, murió en el 89. Su marido era veinte años mayor que ella y murió en 1980, dicho sea de paso, a los ochenta y cinco años, y, por lo que he oído, me parece que la señora en cuestión poseía un buen capital. La casa junto a la que nos detuvimos era la suya. Cuando Yasmine fue asesinada ella vivía en el número 2 de Majblommestigen. Cuando ocurrió estaba de viaje. Se marchó unos días antes de que sucediera y regresó algo más de una semana después. La descartaron bastante pronto, por cierto. Fue Bäckström el que lo hizo, por supuesto.

—Ahora entiendo, ahora sé de qué va esto —afirmó Jarnebring, que de repente parecía estar fascinado.

—Me alegro —dijo Johansson.

—Podemos olvidarnos del marido —observó Jarnebring—. Demasiado viejo. Y además, ya fallecido. ¿Qué hay de los hijos y los nietos?

—Problemas —dijo Johansson—. Parece que ni ella ni él tenían hijos.

—¿Ni siquiera alguno de tapadillo, como se decía antes?

—No —respondió Johansson—. No encuentro ninguno y estoy convencido de que no existían hijos extramatrimoniales, ni tampoco nietos. Ni por parte de él ni por la de ella. Debe de tratarse de alguien más joven, un contacto masculino que tenía ella. Alguien que se os escapó.

—Bueno —dijo Jarnebring—. No creo que haya que tener demasiado en cuenta a aquel testigo alelado que afirmó haber visto el Golf rojo. Lo retiró todo.

—Naturalmente —dijo Johansson encogiéndose de hombros. Vivimos en un país libre, pensó.

—Pero me quedo con lo de la almohada —prosiguió Jarnebring—. Vivían muchas personas ricas en esa zona. Algunos tenían hijos en edad apropiada. Entiendo tu punto de vista. Buenos padres, buenos hijos. Ahí puede habérsenos escapado alguno perfectamente.

—Olvídalos —espetó Johansson—. El Golf rojo estaba aparcado donde el testigo dijo

en un principio que estaba. La casa de la vieja es nuestra escena del crimen, Majblommestigen número 2. ¿Puedes acercarme esa bolsa de papel? —dijo señalándola—. La de mis cosas del hospital, la de las carpetas.

—Naturalmente —dijo Jarnebring—. Aunque no creo que encuentres en las carpetas algo que se nos escapara.

—No —dijo Johansson—. Pensaba enseñarte otra cosa que se os escapó. —Lo que se escapa no suele ir a parar a los archivos, pensó.

No sin ciertas dificultades encontró la bolsa de plástico con el pasador rojo. La sacó con la mano izquierda, que era la que le funcionaba, y se la entregó a Jarnebring.

—¿Reconoces esto? —preguntó Johansson.

Los ojos de Jarnebring cambiaron repentinamente de expresión. Escudriñadores, alertas, mientras sostenía la bolsa en la mano derecha.

—Sí —dijo—. Ahora sí sé de qué va esto, y ya puedes empezar a explicarte, joder.

Tarde del miércoles, 21 de julio de 2010

Johansson se limitó a negar con la cabeza.

—Luego hablaremos de ello —dijo.

—¿Qué hay de malo en hablar ahora? Ese pasador nos causó un montón de problemas. Muchísimos problemas.

—Luego hablaremos de ello —repitió Johansson—. ¿Por qué tuvisteis problemas con el pasador? Vosotros no encontrasteis ningún pasador.

—Ese fue precisamente el problema. Yasmine tenía el pelo largo y negro. Le llegaba un par de centímetros por debajo de los hombros, y solía llevarlo recogido con un pasador o una cinta del pelo. Tenía muchos de distintos modelos, por cierto. Cuando quería ir bien arreglada, su madre solía ayudarla a recogerse el pelo. He visto incluso una foto en la que lo llevaba recogido en uno de esos peinados estilo Farah Diba. Esa mujer que se casó con el sha de Persia, ya sabes.

¿Qué tendrá que ver ella con esto?, pensó Johansson. La que estaba casada con el sha de Persia, Reza Pahlevi, de eso se acordaba.

—Sí, te escucho —lo animó Johansson.

—El colega Sundman, ya sabes, el que era vecino de la madre, fue el que hizo el primer informe con la descripción. Lo hizo junto con la madre, la misma tarde que Yasmine desapareció. Según esa descripción, llevaba el pelo recogido con un pasador de plástico rojo, con la imagen de uno de esos monitos...

—Los Monkikis. Un Monkiki.

—Exacto —dijo Jarnebring levantando el informe con la lista de la ropa y demás pertenencias de Yasmine—. Sundman es un compañero muy competente, y cuando encontramos los restos, todo coincidía en general con el contenido de la lista. Como recordarás, el delincuente puso la ropa y demás pertenencias en un paquete aparte. Estaban en bolsas de plástico dobles a un par de cientos de metros del cuerpo.

—Lo recuerdo —dijo Johansson.

—Estaba todo —prosiguió Jarnebring—. Incluso los dos anillos y el reloj. La tarjeta de transporte público de Stockholms Lokaltrafik, todo. Todo excepto ese pasador que la madre y Sundman creían que llevaba puesto.

—¿Cómo iba vestida? —inquirió Johansson.

—Mocasines de cuero blanco, creo que se los llamaba zapatos indios. En aquella época los llevaban todas las niñas. Calcetines blancos, bragas blancas. Pantalón vaquero azul claro, camiseta rosa, que es la que se puso cuando se manchó en la casa de la madre, una mochila pequeña Adidas, también rosa y en el mismo tono que la camiseta. Llevaba la chaqueta anudada alrededor de la cintura. Azul, ligera, de la marca Fjällräven. Reloj, dos anillos, la tarjeta de SL. En la mochila llevaba pertenencias varias. Una revista, chicles, una bolsa con pastillas para la garganta, su monedero de cuero, que también era rosa. Recuerdo vagamente que su madre me dijo en un interrogatorio que el rojo y el rosa eran los colores favoritos de Yasmine.

—¿Coincidía todo?

—*Yes* —afirmó Jarnebring—. Coincidía todo excepto este pasador.

—¿Qué pensasteis entonces?

—Lo primero que pensamos fue que había olvidado ponérselo también, igual que la cadena con las llaves, al cambiarse la blusa blanca que se había manchado por la camiseta rosa. Todo lo demás estaba, así que ¿por qué iba a quedarse el asesino su pasador? Cuando desaparece algo en estos casos, suelen ser las bragas de la víctima. Así que la opinión general fue que había olvidado ponerse el pasador. Igual que había olvidado las llaves. Bäckström estaba completamente convencido de eso. No veía el problema. Así que la lista no se completó.

—Ya —dijo Johansson—. Pero ¿por qué no estaba el pasador en el cuarto de baño? Las llaves estaban allí.

—Exacto. Además, Sundman estaba convencido de que ella llevaba el pelo recogido cuando pasó a toda prisa por delante de él hacia el metro.

—Llevaba puesto un pasador —dijo Johansson—. Ese que tienes en la mano. —Y que ya le he devuelto a Yasmine, pensó.

—Comprendo lo que quieres decir —aseguró Jarnebring—. Incluso estoy dispuesto a creerte, lo cual me preocupa que no veas. No sé cómo habrás podido conseguirlo

veinticinco años después, porque no creo que lo hayas mantenido escondido todos estos años hasta que ese coágulo en el cerebro te removió la conciencia.

—Puedes estar totalmente tranquilo —dijo Johansson—. Lo conseguí ayer. —Creo que fue ayer, pensó.

—¿Ayer? ¿Quién te lo dio?

—Una informante anónima —respondió Johansson—. Puedes estar totalmente tranquilo. Mi informante no es tu asesino desconocido, así que no tienes que preocuparte por eso.

—¿Quién es?

—Por el momento es una informante anónima y, como mantengo hacia ellos la misma actitud que tú, ya puedes dejar de dar la lata con quién es. Por cierto, dame el pasador.

Jarnebring se encogió de hombros y le devolvió el pasador del pelo, con cierta reticencia.

—Disculpa, Lars —dijo—. Corrígeme si me equivoco. Tienes un coágulo en el cerebro. Vas a parar a una cama en el Karolinska y cuando llevas dos semanas allí aparece una informante y te entrega el pasador que llevaba una niña cuando fue asesinada hace veinticinco años.

—Más o menos así —dijo Johansson asintiendo. Ella me dio las gracias cuando se lo devolví, pensó.

—Si no lo tenías hasta ayer —planteó Jarnebring—, entenderás que me pregunte cómo puede ser que empezaras a hablar de este asunto hace ya una semana.

—No tiene nada de raro —dijo Johansson—. La informante necesitó tiempo para encontrarlo. Ni siquiera sabía lo que buscaba. —Bo no parece el mismo, pensó. Parece que haya perdido agudeza.

—No estoy de acuerdo contigo —replicó Jarnebring—. Esta es sin duda la historia más rara que me has contado y supongo que tendrás una buena explicación.

—La tengo —aseguró Johansson. La mejor que hay, pensó.

—¿Cuál es?

—La Divina Providencia.

Tarde del miércoles, 21 de julio de 2010

Antes de separarse hablaron de cuestiones prácticas. En primer lugar, Johansson firmó la transferencia del contrato de leasing de su Audi a su mejor amigo, aunque no se sintió nada cómodo haciéndolo.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Johansson—. Va a ocasionarte un gasto mensual importante.

—Quédate tranquilo —respondió Jarnebring—. Tu hermano me prometió que lo recuperaría.

—Una pregunta, por curiosidad —dijo Johansson—. ¿Cuánto te pidió por el coche?

—Doscientas —dijo Jarnebring.

—¡Vaya! —exclamó Johansson. No parece propio de mi hermano. Me pregunto si a él también se le habrá metido una mierda de esa en la cabeza, pensó.

—Le prometí que me encargaría de ciertos trabajillos como chófer, y que haría algunos recados sencillos para un viejo conocido suyo. ¿No tenemos a los jubilados para eso?

—No suena mal —admitió Johansson, que ya estaba pensando en otra cosa—. Tal vez así puedas ir a ver a Herman y decirle que me permita ver todo lo que hay sobre esa cantante de ópera que figura en tu antigua investigación.

—Margaretha Sagerlied —dijo Jarnebring.

—Exactamente —dijo Johansson—. Así se llamaba. Además de todo lo que consta sobre la ronda de visitas que hicisteis a las casas.

—Fue en junio y julio del 85. Incluso terminamos algunas cosas en agosto y posteriormente en otoño, cuando la gente volvió de sus vacaciones. Hay mucha documentación acumulada, pero yo me encargaré de eso, naturalmente.

—¿Se me olvida algo? —dijo Johansson.

—Ese Golf rojo que no se te va de la cabeza. Hay una caja llena de certificados del

registro de automóviles y un montón de datos que nos llamaron la atención, propietarios de Golf sancionados con anterioridad y que vivían en las proximidades.

—Eso también —asintió Johansson.

—Lo tendrás mañana —afirmó Jarnebring—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Sí, marcharte —dijo Johansson—. La verdad es que me gustaría dormir un poco.

—No sé si es conveniente —replicó Jarnebring—. Había pensado esperar hasta que volviera Pia. Si quieres puedo sentarme por aquí en algún sitio.

—Vale, vale —dijo Johansson sintiéndose cansado de repente. No puedo, pensó. Tengo que dormir. El dolor de cabeza ya empezaba a golpearle las sienes.

—Me sentaré en la cocina —dijo Jarnebring—. Dame una voz si es necesario.

—Acabo de pensar algo —saltó de pronto Johansson—. ¿Crees que puede resolverse un asesinato de hace veinticinco años cuando tienes que quedarte todo el tiempo tumbado en un sofá?

—Haremos alguna investigación de campo de vez en cuando —dijo Jarnebring sonriendo—. Puedes llevarte el sofá si quieres, no te preocupes por eso.

—No sé... —dijo Johansson. Aunque debería funcionar, pensó. El hermano mayor de Sherlock Holmes lo habría resuelto con toda seguridad, como quiera que se llamara.

Luego se quedó dormido.

Tarde del miércoles, 21 de julio de 2010

Los olores lo despertaron. El olor a la cena que ella le había preparado, luego su mano acariciándole suavemente las sienes y mejillas, haciendo que cediera su dolor de cabeza.

—¿Y Jarnebring? —quiso saber Johansson—. ¿Sigue aquí?

—Puedes quedarte tranquilo —dijo Pia—. Hace una hora le dije que se marchara. Te he preparado algo de cenar —añadió indicando con la cabeza una gran bandeja que había puesto en la mesa junto al sofá.

Por fin en casa, por fin comida en condiciones. Tal vez no fuera la comida que él hubiera elegido, pero de todos modos procedía de un lugar distinto y mejor que el que eligió el distrito para edificar las cocinas estatales de la zona. Ensalada caliente de verduras con arroz integral y salmón a la plancha en su punto, rosado en el centro. Tal vez demasiada ensalada para su gusto, pero llevaba espárragos y setas. Nada de cerveza ni vino, por supuesto, ni siquiera un chupito, pero le bastaba con su agua mineral fría. Además de un café de verdad, expreso doble con leche caliente.

Estás vivo, pensó Lars Martin Johansson, así que deja ya de compadecerte de ti mismo.

—Eres demasiado buena conmigo, Pia —dijo Johansson—. Si protagonizaras una novela de esas que transcurren en el momento actual, tus congéneres de las redacciones de cultura del país te harían pedazos por traición al feminismo.

—¿Y si fuera al revés? —dijo Pia—. Imagínate que la enferma fuera yo. —Ahora sí te reconozco, pensó.

—Probablemente sería igual de malo —afirmó Johansson.

—En la prosperidad y en la adversidad —dijo Pia levantando su vaso.

—*For better or for worse* —dijo Johansson.

—¿Te apetece que hablemos de detalles prácticos? —preguntó Pia en cuanto acabaron

de cenar.

Johansson se limitó a asentir con la cabeza. Sintió una repentina preocupación que no sabía de dónde procedía. Las cosas eran como eran. Lo que había ocurrido era irrevocable, pero aún podía hacerse algo por mejorar lo venidero.

Según le explicó la doctora Ulrika Stenholm a Pia Johansson, lo mejor para todos, especialmente para su marido, sería ingresarlo en algún centro especializado en tratamiento y rehabilitación de pacientes como él.

—Totalmente descartado —dijo Pia sacudiendo la cabeza—. No va a querer.

—¿No crees que podríamos hablar con él? Tal vez la estancia solo dure unos pocos meses.

—Ni siquiera voy a intentarlo —replicó Pia. ¿Qué disparate está diciendo esta mujer?, pensó.

—En tal caso habrá un montón de desplazamientos de ida y vuelta —dijo Ulrika Stenholm—. Y también requerirá cuidados. Tiene derecho al servicio de transporte, pero dudo que dispongan de la suficiente atención domiciliaria, especialmente ahora en verano con las vacaciones y todo lo demás.

—Dime sus horarios y a quién tiene que visitar y yo me encargaré de ello —aseguró Pia.

—También hay una serie de alternativas privadas —informó Ulrika Stenholm—. Pero me temo que así es como están las cosas. No te enfades conmigo, Pia, pero es todo lo que puedo ofrecer.

—Más que enfado me produce una gran indignación que tengas el descaro de sugerir que lo ingresemos en una residencia. Lo has tenido como paciente desde hace un par de semanas, pero parece que no te has dado cuenta de qué tipo de persona es.

—Lo siento —dijo Ulrika Stenholm—. Mi intención no era ponerte triste.

—No estoy triste en absoluto —aseguró Pia Johansson—. Dime sus horarios y a quién tiene que visitar y yo me encargaré de lo demás.

Cuando Pia habló del asunto con su marido no le dijo nada de la conversación que tuvo con la doctora.

—He hablado con tu doctora, Ulrika Stenholm. Me ha dicho que puedes seguir siendo

paciente suyo si lo deseas. Si no quieres puedo buscarte otro médico. En la clínica Sophiahemmet hay varios que son excelentes. En el banco solemos recurrir a ellos.

—¿Por qué? —preguntó Johansson asombrado—. ¿Qué tiene de malo la Stenholm?
—Además tenemos un asunto entre manos, pensó.

—En tal caso tienes cita con ella el lunes.

—Bien —dijo Johansson. Me pregunto qué habrán estado discutiendo, pensó.

—También necesitarás ayuda por el día —dijo Pia—. Ya lo he solucionado. En el banco tenemos una pequeña compañía sanitaria privada que utilizamos en situaciones similares a lo que te ha ocurrido a ti.

—Me alegro de oírlo —repuso Johansson—. Que cuidáis bien a vuestras cajeras, quiero decir.

—Así es —aseveró Pia—. ¿Sabes una cosa? —dijo inclinándose hacia delante, cogiéndole la mano y sonriendo.

—No —dijo Johansson—. ¿Qué?

—Empiezas a sonar como mi marido —admitió ella.

—Seré mucho mejor que él después de este tratamiento de cinco estrellas para banqueros —dijo Johansson.

—He hablado con la chica que va a ayudarte. Su nombre es Matilda, por cierto. Pero la llaman Tilda. Va a venir mañana a primera hora y pienso estar yo también.

—¿Ah, sí? —dijo Johansson—. ¿Y qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo —dijo Pia—. Tiene veintitrés años, es guapa, espabilada, alegre y positiva. Ha estudiado asistencia sanitaria en la escuela secundaria y tiene formación como asistente personal.

—Venga ya —insistió Johansson—. ¿Qué tiene de malo?

—Bueno, su aspecto es el de los jóvenes de hoy en día —admitió Pia.

—¿Qué aspecto tiene?

—Lleva algunos tatuajes en los brazos y cosas por el estilo —dijo Pia.

—¿Qué cosas?

—Aros en las orejas y eso.

—¡Joder! —protestó Johansson. ¿Por qué tendrán que pintarrajearse de ese modo los jóvenes de ahora?, pensó. En mi época solo llevaban tatuajes los matones y los marineros. Además de ese rey danés que no me acuerdo de cómo se llamaba.

—Pero en general se la ve una chica muy agradable...

Johansson parecía no escuchar.

—Si la pequeña Alicia apareciera con ese jodido aspecto de alfombra de Bruselas y pensara ponerse una barra de cortina en la cara, no se lo permitiría.

—Así son los jóvenes actualmente —dijo Pia tratando de desviar la conversación. Había compartido sauna con la nieta mayor de Johansson y era evidente que sabía más de ella que su abuelo—. Otra cosa, por cierto...

—¿Sí? —dijo Johansson.

—¿Qué andáis tramando tú y Bo? ¿Se trata de algún caso antiguo?

—Sí —reconoció Johansson—. Una antigua investigación de asesinato. Sin resolver. Una de esas que a algunos policías nos cuesta olvidar.

—Dios mío, qué emocionante —dijo Pia, y parecía que lo decía en serio—. ¿Puedes contarme de qué se trata? ¿Es alguno de tus casos antiguos?

—No —dijo Johansson—. Por supuesto que no. Mis casos antiguos suelen estar resueltos cuando los cierro.

—Perdóname —dijo Pia—. Estás cansado, querrás dormir.

—No —contestó Johansson—. Quiero probar mi cama nueva.

Después se quedó dormido. Hipnos reclamó a Johansson, sonriéndole amistosamente. Luego le puso la cápsula de adormidera verde en la mano sana, antes de agarrarlo por el brazo cuidadosamente e introducirlo en la oscuridad.

Jueves, 22 de julio de 2010

Por primera vez en mucho tiempo Johansson durmió sus habituales ocho horas, pero en vez de sentirse fresco y relajado estaba cansado y sin ganas de nada. Se despertó con dolor de cabeza y tuvo que añadir una pastilla más a las que tomaba continuamente.

Tienes un aspecto de pena, Lars, pensó al mirarse en el espejo del cuarto de baño. Sin afeitarse, agotado, hundido en el sentido literal de la palabra. Sin fuerzas siquiera para pensar en afeitarse.

Poco después de las ocho de la mañana apareció Jarnebring, con tres cajas grandes de cartón llenas de papeles que dejó en el suelo del despacho de Johansson.

—Saludos de Herman —dijo Jarnebring—. Te envía una solicitud que debes firmar. El caso está cerrado y ha prescrito, pero aún está sujeto a privacidad, así que necesitas una autorización para retirar los documentos.

—De acuerdo —aceptó Lars Martin—. ¿Tienes un bolígrafo? —La mano izquierda, pensó. Iba a resultarle difícil, a pesar de que había escrito su nombre tantas veces que incluso la otra mano debería poder hacerlo a estas alturas.

—Muy bien —dijo Jarnebring sonriendo al recuperar el papel firmado. Lars Martin Johansson, cuatro años, a juzgar por la letra—. Tengo que felicitarte también. Ahora te dedicas a los estudios de investigación en materias policiales.

—¿Investigación en materias policiales?

—Según Herman será más fácil así —aclaró Jarnebring—. Prácticamente cualquier persona puede obtener dicho permiso de investigador en el momento que quiera satisfacer su curiosidad. Ese profesor chiflado que estaba en la Dirección Nacional de la Policía, el que suele salir en el programa de televisión *Efterlyst* diciendo un montón de gilipolleces, apoyó tu solicitud en cuanto Herman cogió el teléfono y habló con él. La misma que tengo ahora en la mano. También mandó saludos para ti, o sea, nuestro

antiguo profesor. Dijo que no te preocuparas sin necesidad. Él tuvo coágulos y derrames cerebrales, ambas cosas. Además de varios infartos cardíacos.

—¿No se ha muerto aún? —se asombró Johansson. Debe de ser muy viejo, pensó.

—No, se mantiene todavía, aunque está ya en las últimas. Según Herman, incluso dijo que ya era hora de que alguien machacara a ese cabrón.

—¿A quién? —dijo Johansson—. ¿Machacar a quién?

—Al que asesinó a Yasmine —respondió Jarnebring. Ya está así de nuevo, pensó. Ausente por completo.

—Entonces... ¿eso dijo? —preguntó Johansson.

—Sí —afirmó Jarnebring—. Parece que eso fue lo que dijo exactamente, según el colega Hermansson. Por cierto, ahora tengo que marcharme. La dichosa fuga de agua en casa de mi hija, ya sabes. Voy a tener que quitar el suelo para que se seque bien antes de que salga moho.

—Los papeles —dijo Johansson señalando las tres cajas.

—Están todos revueltos. No te preocupes por ellos ahora. Los ordenaremos juntos cuando vuelva.

Más tarde apareció Matilda, su nueva cuidadora. La descripción de su mujer no se había ajustado demasiado a la realidad, ya que llevaba los brazos desnudos completamente pintados con algo parecido a serpientes negras enroscadas. Probablemente fuera también ese el motivo de que Pia, con mucho tacto, hubiera omitido todos los aros que llevaba en la cara, uno en la fosa nasal izquierda y dos atravesando el labio inferior, así como tres en el lóbulo de cada oreja.

Me pregunto cuánto tiempo pensaba ocultármelo mi querida mujer, se dijo Johansson. Aunque sí parece espabilada y alegre.

—Bien —dijo Pia—. Tendrás que tomar el relevo, Tilda. Tienes mi número por si acaso.

—Vete tranquila —dijo Matilda—. No hay problema —aseguró.

Igual que cuando los niños eran pequeños y nos íbamos de fiesta, pensó Johansson. No olvides nunca darle a la canguro el número de los padres.

Luego desayunó sentado en el sofá de su despacho. Yogur, cereales y fruta fresca, café y agua, nada que objetar por ese lado. Ni tampoco sobre el servicio. La joven se ofreció

incluso a anudarle la servilleta alrededor del cuello. Obviamente él se negó y lo hizo solo, a pesar de que se le cayó dos veces.

—Me gustaría saber si deseas algo especial —dijo su asistente personal, a su entera disposición, mirándolo con curiosidad.

—¿Algo especial? —¿Qué coño dice?, pensó Johansson. ¿Algo especial?

—Sí, ya me entiendes, paseos, alguna comida que te apetezca en especial. Si quieres que demos una vuelta con el coche. Ir al cine. Lo que sea —añadió asintiendo con la cabeza en tono casi desafiante.

—Me encanta estar en paz y tranquilidad —dijo Johansson—. Además, quiero estar solo.

—Me iré a leer a la cocina —aceptó Matilda—. No hay problema. Si hubiera alguna cosa me llamas.

Johansson se tumbó en el sofá mirando al techo. Ni siquiera tenía ganas de pensar en las cajas llenas de papeles.

A pesar de todo parece una buena chica, pensó Johansson. Y también es bonita. Así que ¿por qué narices se pone todas esas cosas?, pensó. ¿No tiene padres que se lo digan?

Luego se quedó dormido. Lo despertó un leve roce en el brazo.

—Vamos, ¡arriba! —ordenó Matilda—. Tenemos que estar en la fisioterapeuta dentro de dos horas.

—¿Dos horas? —dijo Johansson—. Necesito como mucho quince minutos para vestirme. —¿Cuánto tiempo se puede tardar en llegar en coche? No más de veinte minutos, pensó.

—Quiero arreglarte un poco antes de salir —replicó Matilda—. ¿Crees que podrás sentarte en ese sillón? —dijo indicando con la cabeza una butaca que había puesto a solo un metro del sofá donde él estaba.

—Sí —dijo Johansson. ¿Qué problema hay?, pensó. Un metro, ¿creerá que estoy totalmente paralítico?

Luego se levantó y se sentó simplemente en el sillón, arriba y abajo, directamente.

Matilda le puso una almohada detrás de la cabeza y le envolvió la cara con una toalla caliente. De repente desapareció el dolor de cabeza, como obedeciendo a un chasquido de sus largos dedos.

—Ahora quédate sentado aquí solo dos minutos, mientras voy a buscar la maquinilla

de afeitarse y un poco de espuma.

Después le afeitó la barba. Con cuidado y sin dejarle el más mínimo rastro de sangre, a pesar de las medicinas que tomaba. Le limpió los restos de espuma con otra toalla humedecida en agua caliente. Le dio unas suaves palmaditas en las reseca mejillas y en el mentón con una loción para después del afeitado que había sacado del armario del cuarto de baño. Sostuvo un espejo frente a él.

—Admite que hay cierta diferencia —dijo.

—Sí —dijo Johansson. Es lo más cerca que he estado del sexo últimamente, pensó, por culpa de esas jodidas medicinas para la presión arterial—. Gracias, Matilda —añadió.

—No hay problema —dijo ella—. Sé que la gente dice cosas raras cuando ha tenido una apoplejía. Así que por mí no hay problema. Pero mis amigos me llaman Tilda, por si quieres saberlo.

—Gracias, Tilda —dijo Johansson. ¿De qué coño habla?, pensó.

Tarde del jueves, 22 de julio de 2010

Jarnebring se presentó después del almuerzo, como había prometido. Matilda les sirvió café, agua y fruta. Cerró las puertas para que pudieran estar solos. Luego desapareció y se introdujo en el silencio que envolvía el espacioso apartamento.

—La chica es bonita —comentó Jarnebring en tono aprobatorio—. Y además despierta.

—Sí, ya lo creo. Pero ¿para qué sirven todos esos tatuajes y aros?

—Ahora todos los llevan —dijo Jarnebring encogiéndose de hombros—. Tanto jóvenes como adultos. Mi mujer, por ejemplo, lleva dos.

—No me había dado cuenta —repuso Johansson. ¿Qué me pasa?, pensó.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó Jarnebring señalando con la cabeza hacia las cajas. Menos mal que no te has dado cuenta, pensó.

—Dijiste que estaban todos revueltos —suspiró Johansson.

—Solo los primeros papeles —aclaró Jarnebring—. Pero aún lo tengo bajo control. Al menos puedo describirte de modo aceptable el contenido de las cajas.

—Empieza con la ronda a los vecinos —dijo Johansson. Ya no le dolía la cabeza. En cambio, tenía esa sensación rara de estar ausente que le venía últimamente. Como si la mente se le fuera a otra parte—. Empieza por la ronda —repitió. Espabílate. Estás recién afeitado, acabas de hacer los ejercicios, has mejorado el nivel y la fisioterapeuta te ha felicitado, estás con tu mejor amigo. ¿Qué más quieres? Y estás vivo, pensó.

En resumen: en la investigación del asesinato de Yasmine Ermegan, la ronda por el vecindario fue un desastre total. Se inició cuando había transcurrido ya más de una semana de su desaparición y, según Jarnebring, fue casi un milagro que él y sus colegas lograran encontrar al testigo que pudo ubicarla en la zona, incluso en la calle donde vivía con su padre.

Hizo buen tiempo toda la semana, y en las noticias no pronosticaban cambios para el fin de semana. Había acabado el curso, era época de vacaciones y a la clase media acomodada que vivía en la zona no le faltaban casas de veraneo ni invitaciones para ir a visitar a buenos amigos y conocidos. Según las indagaciones llevadas a cabo, menos de una quinta parte de los que residían allí estaba en su casa la noche del 14 de junio, fecha de la desaparición de Yasmine. Los únicos que quedaban eran personas mayores que se habían acostado ya o estaban dentro de sus casas debido al calor. Leían, escuchaban la radio, oían música, miraban la tele... y no vieron ni oyeron lo que ocurría al otro lado de las paredes de su morada, que era también su fortaleza.

—No es necesario que te lo diga, Lars —dijo Jarnebring—, pero desde el punto de vista de la ronda, la cría no pudo elegir un día peor para desaparecer. Viernes por la tarde, verano, colegios cerrados, vacaciones. Toda una pesadilla para un policía que tiene que ir llamando a las puertas.

—Entiendo lo que dices —convino Johansson asintiendo.

Me pregunto qué haría el asesino allí, pensó. Un viernes a última hora de una tarde de verano. Además, hacía buen tiempo. ¿Qué había ido a hacer allí? Probablemente ni siquiera vivía en la zona. ¿Por qué no estaba en la ciudad, dando vueltas con su Golf rojo y mirando a todas esas niñas que corrían por allí jugando con sus faldas cortas? Aunque en realidad era demasiado tarde para que estuvieran fuera.

—He conseguido encontrar nuestro informe con la relación de la ronda —anunció Jarnebring—. La lista de todos los que vivían allí cuando ocurrió, casi todos domicilios particulares, ninguna oficina, lo que es bueno. Aunque parece que los interrogatorios están totalmente desordenados.

—Con que tengamos la lista ya nos basta —dijo Johansson. Seguramente ese Bäckström habrá andado por ahí toqueteándolo todo con sus dedos grasientos, pensó.

—Con las pesquisas sobre el Golf la cosa está peor —prosiguió Jarnebring—. No encuentro el informe. No quedó ninguna copia escrita después de aquel lío que tuvieron con los ordenadores. Debía de haber una, pero parece que se ha extraviado. En el diario de vigilancia podemos encontrar los vehículos que se localizaron a través del registro de antecedentes penales; si no, lo tenemos crudo.

Seguramente fue a parar a la papelería de Bäckström, pensó Johansson.

—Bueno, pero esto es lo que hay —dijo Johansson—. Con hacer una lista nueva, bastará.

—Por supuesto —afirmó Jarnebring—. Sin ningún problema, aunque no lo tengo nada claro. —Te lo he dicho ya, pero te niegas a oír por ese oído, pensó.

—Margaretha Sagerlied —dijo Johansson—. ¿Has encontrado sus interrogatorios? —A veces me parece que el que tiene un trombo en la cabeza es él, pensó.

—*Yes* —dijo Jarnebring—. Dos, por cierto. El primero se hizo el martes 2 de julio, así que habían transcurrido dos semanas y media desde la muerte de Yasmine. La vieja estaba de viaje, como todos los demás, y algo más de un mes después se hizo otro complementario, el viernes 9 de agosto.

—Te escucho —lo animó Johansson.

—He logrado rescatar sus interrogatorios rebuscando entre los papeles —explicó Jarnebring—. Los he puesto en la misma carpeta de plástico que el informe. ¿Quieres leerlos?

Jarnebring le tendió una carpeta de plástico azul.

—Mejor cuéntamelo —dijo Johansson sacudiendo la cabeza. No tengo fuerzas, pensó.

—Carina Tell, la agente que le hizo los interrogatorios. Guapísima, seguramente unos veinte años más joven que yo. Recién salida de la academia. Nos la prestaron de seguridad ciudadana de Solna. Trabajaba en las patrullas. También era astuta. Y muy despierta, tendrías que ver qué melones...

—Vayamos al grano —interrumpió Johansson—. ¿Qué le dijo la vieja a la que interrogó? Esa Sagerlied.

—Estaba de viaje —dijo Jarnebring—. Se había marchado un par de días antes de que desapareciera Yasmine. Volvió un par de semanas después.

—¿Y dónde estuvo?

—En su casa de verano a las afueras de Vaxholm. En Rindö —informó Jarnebring—. Un viejo caserón que heredó de su marido, el comerciante mayorista. Allí pasó las vacaciones con una amiga que también era cantante de ópera.

—¿La interrogasteis a ella también?

—¿Por quién me tomas? —dijo Jarnebring—. Su relato coincidía hasta en las comas con el de la Sagerlied. Su amiga era aún más mayor, cerca de ochenta años si no recuerdo mal. Sin embargo, parece que en su época era muy conocida. Me refiero a la amiga.

—De acuerdo —dijo Johansson—. ¿Y qué dijo ella? Me refiero a Margaretha

Sagerlied. —Eso encaja, pensó. Tenía mucho sentido que fuera de vacaciones con alguien ocho años mayor que ella.

—Esencialmente cuatro cosas —dijo Jarnebring—. La primera, que no tenía nada que aportar sobre el asunto. Estaba de viaje cuando sucedió.

—¿La segunda?

—La segunda, que conocía a Yasmine. La pequeña Yasmine había estado varias veces en su casa. Dulce y agradable y bien educada, según Sagerlied. Incluso tocaron el piano y cantaron juntas. Como es natural, estaba preocupada y triste a la vez por lo ocurrido. Además, dijo estar segura al cien por cien de que no pudo ocurrir donde vivía ella. No pudo ser en Äppelviken, en Bromma, porque allí solo vivían personas decentes y educadas, eso dijo.

—¿Y la tercera? —inquirió Johansson. No pudo ocurrir donde ella vivía, pensó. Debía de resultarle totalmente impensable.

—Contactos masculinos —dijo Jarnebring.

—Sí, ¿qué hay de eso?

—No tenía ninguno —reveló Jarnebring—. Ni hijos, ni nietos, ni nada de nada. Ni ella ni su marido. No tenía ningún contacto con gente más joven que ella, ni hombres ni mujeres. Solo viejos amigos y amigas de su misma edad, con su misma formación. Cantantes, gente que trabajaba en la ópera y el teatro, actrices, famosos de su época por decirlo así.

—Pero ya has visto la choza donde vivía, joder —espetó Johansson. ¿No tendría al menos una criada que le fregara los platos?, pensó. Con guantes rojos muy usados, ya que su señora seguramente era muy tacaña para esas cosas.

—La agente Tell le hizo precisamente esa pregunta. Como he dicho, era una chica astuta. La vieja solía hacer ella misma la limpieza, según afirmó. Para la limpieza general antes de Navidad contrataba personal de una agencia, y también en primavera para limpiar las ventanas y arreglar la casa para el verano.

—Mierda —dijo Johansson resoplando—. ¿Trabajó alguien más en su casa? ¿Algún obrero?

—Ninguno desde hacía años. La última vez que hubo alguien en su casa fue cuando su marido aún vivía y tuvieron que cambiar las tuberías y bajantes. Los pusieron de cobre porque los viejos de chapa se habían oxidado. Les costó un ojo de la cara. Llamé ayer a Carina y hablé con ella. Parece que el interrogatorio no fue muy normal que dijéramos.

El dinero y los famosos... En cuanto le preguntabas a la vieja cómo lo había pasado en su casa de verano te empezaba a contar que tenía, pongamos, quince habitaciones y dos terrazas acristaladas, y lo que le había costado a su suegro y demás.

—¿Y qué hay de la asistencia domiciliaria? —Está claro, pensó Johansson. No iba con ella.

—No se fiaba. Ni se le pasaba por la cabeza traer a casa a algún asistente. Y menos desde que leyó en los periódicos el caso de aquel indio que estranguló a una anciana en su casa. Que luego se revisó, no sé si te acuerdas.

—¿Y la cuarta? —inquirió Johansson. ¿De qué se trataba? Sí, me acuerdo de aquello, pensó.

—El Golf rojo que se supone que estaba frente a su casa.

—¿Y qué dijo al respecto?

—Ni una palabra. Ella no tenía coche ni carnet de conducir. Ninguno de sus conocidos tenía un Golf rojo. Ni siquiera sabía qué tipo de coche era.

Esto no es bueno, pensó Johansson. No es bueno para nada. Parecía que ya no era capaz de ver a la vuelta de la esquina.

—Esa colega...

—Nina. Carina, Carina Tell.

—Sí, esa —dijo Johansson—. ¿Sigue trabajando con nosotros?

—Nanay —respondió Jarnebring—. Lo dejó hace varios años. Actualmente es una especie de asesora de estilo de vida. Con un éxito increíble, que lo sepas. Da conferencias, tiene dos gimnasios propios, entrenador personal para media docena de millonarios, y además enseña cómo vivir una vida más sana a un montón de viejales, gordos y ricos como tú. Ha escrito incluso un par de libros sobre el tema.

—¿Cómo lo sabes?

—La conozco —admitió Jarnebring—. La llamé y hablé con ella. Ya te lo he dicho —añadió con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo la conociste?

—Del modo habitual —dijo Jarnebring esbozando una sonrisa—. Fue hace veinticinco años, antes de que conociera a mi mujer.

—¿Podrías decirle que me llamara?

—Con una condición —dijo Jarnebring sonriendo más aún.

—¿Cuál?

—Que no le cuentes nada a Pia —pidió Jarnebring.

—No —dijo Johansson. ¿Por qué iba a hacerlo?, pensó—. Una cosa más —añadió—. Hay una cosa más.

—Dime.

—En el otro interrogatorio, el que hizo Tell cinco semanas después. ¿Qué dijo?

—Nada —respondió Jarnebring.

—¿Nada?

—No. Fue Margaretha Sagerlied quien llamó a Carina. Quería saber cómo iba la investigación, si habíamos llegado a algo. Lo típico, ya sabes. Cuando nos llaman para darnos la lata todas las ancianas que viven en las proximidades de algún suceso terrible. El interrogatorio se realizó por teléfono. No había ningún motivo para ir a su casa, ni siquiera para escucharla. Puedes leerlo tú mismo si no me crees. ¿Tienes alguna otra duda?

—Estoy cansado —dijo Johansson—. Necesito echar una cabezadita.

—Pero si estás estupendo —dijo Jarnebring. Ya empieza otra vez, pensó. Parece estar ausente por completo.

—Estupendo —repitió Johansson—. Solo necesito echarme un poco.

—Cuídate, Lars —dijo Jarnebring—. Nos vemos mañana. A la misma hora, en el mismo lugar, la misma vieja patrulla de la central de investigación. Diez años compartiendo el asiento delantero de un Volvo viejo y escacharrado. ¿Te acuerdas?

Luego se inclinó. Le puso el brazo alrededor y lo abrazó con fuerza.

—Prométeme que vas a cuidarte.

—Lo prometo —dijo Johansson.

La mujer llama cinco semanas después para preguntar cómo van las cosas, pensó Johansson mirando a su mejor amigo, que en ese momento cerraba la puerta. Con cuidado para no molestarlo, creyendo que él ya dormía.

¿Qué ocurrió en esas cinco semanas?, pensó. ¿Qué hizo que de pronto empezara a intuir qué había ocurrido? ¿Alguien a quien conocía pero a quien no había relacionado con el suceso? ¿Alguien que iba por ahí con un Golf rojo? ¿O se trataba de un pasador de plástico rojo, un Monkiki rojo que tal vez encontró bajo la cama de su dormitorio?

Luego se quedó dormido.

Viernes, 23 de julio de 2010

Un día más de su nueva vida. Desayuno, fisioterapeuta, Matilda, que realmente era una maravilla, a pesar de todos esos aros y tatuajes.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó ella cuando volvían a casa del Karolinska.

—He quedado con Jarnebring —anunció Johansson.

—Faltan varias horas para que llegue —dijo Matilda—. Vamos, corta el rollo. ¿Qué harías si pudieras elegir realmente?

—En tal caso me gustaría nadar —confesó Johansson.

—¿Nadar? —dijo Matilda señalando con la cabeza el brazo derecho, que colgaba—. ¿Es sensato?

—Oye —dijo Johansson—. Si hace falta, te doy de ventaja la mitad del largo de la piscina con los brazos atados a la espalda.

—Está bien —aceptó Matilda. Sonrió y se encogió de hombros.

Lo más cercano era Eriksdalsbadet o la piscina Forsgrénka en Medborgarplatsen, y esa fue la propuesta de Matilda. Johansson quería ir a la piscina Sturebadet, que estaba en el centro, y así lo hicieron. Tuvo que utilizar la escalera para bajar a la piscina, porque ya no podía bucear con el brazo derecho ondeando a su aire. Tampoco podía nadar a crol con brazadas, ni mariposa. Más que nada espalda con potentes patadas y la ayuda de un brazo. No se sentía tan bien desde aquella tarde que salió del coche para ir al mejor puesto de salchichas del mundo y comprar una salchicha picante con ensalada de col y mostaza de Dijon.

—¿Dónde aprendiste a nadar así? —preguntó Matilda cuando iban en coche en dirección al domicilio de él en la zona sur—. Estás hecho un campeón.

—Cuando era pequeño, mi hermano mayor solía lanzarme al río que pasaba cerca de la casa donde vivíamos. No había mucho donde elegir.

—¿Y qué edad tenías? —preguntó asombrada.

—No sé, pocos años —respondió Johansson encogiéndose de hombros.

—¿Y no tenías miedo a ahogarte?

—No —dijo Johansson. No conoces a mi hermano, pensó.

Luego le preparó la comida. No era de la categoría de la de Pia, y seguía conteniendo demasiadas verduras, pero era un milagro teniendo en cuenta el aspecto de la chica.

—Estaba bueno —dijo Johansson mirando el plato vacío—. ¿Dónde has aprendido a cocinar así?

—Cuando era pequeña, mi hermano solía lanzarme al río —repuso Matilda—. No había mucho donde elegir.

Luego llamó Jarnebring para decir que no podía venir. Al parecer, la fuga de agua en la cocina de su hija estaba teniendo consecuencias imprevistas.

—Se ha filtrado hasta el fondo del sótano —dijo Jarnebring—. Lo siento, pero...

—Está bien —dijo Johansson—. Nos veremos el lunes.

—¿Seguro? —preguntó Jarnebring.

—Completamente seguro —dijo Johansson—. Llámame si quieres que te recomiende un fontanero de verdad.

—No puedo permitírmelo —replicó Jarnebring—. Acabo de llenar el depósito del coche que te compré. ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a tumbarme un rato en el sofá a leer antiguos interrogatorios —dijo Johansson.

Por razones prácticas resultó ser el interrogatorio de Margaretha Sagerlied que Jarnebring había extraído previamente. No tenía la menor intención de empezar a hurgar entre los montones de papel que había en las cajas.

El primer interrogatorio que la agente Tell mantuvo con Margaretha Sagerlied se llevó a cabo el martes 2 de julio de 1985, dieciocho días después de la desaparición de Yasmine. Se inició a las dos y cuarto de la tarde y no finalizó hasta las cinco y cinco. Duró casi tres horas, algo excepcional en un interrogatorio efectuado en esas rondas por el vecindario. Con demasiada frecuencia solían conformarse con los cinco minutos que tardaban en llamar a la puerta y preguntar a la persona que abría, en el mejor de los casos, «si había visto u oído algo». Casi nunca lo habían hecho, y cinco minutos solían

ser más que suficiente. Aunque no en esa ocasión. Carina Tell fue minuciosa y sistemática, y Margaretha Sagerlied locuaz y complaciente. El interrogatorio constaba de casi diez páginas. Grabado en una casete, resumido, impreso, leído y aprobado por Margaretha Sagerlied.

Respecto a los hechos, en la transcripción no leyó nada que no le hubiera contado Jarnebring. Algún que otro detalle, tal vez. Que Margaretha Sagerlied tenía dos gatos. Que por supuesto se los llevaba cuando se iba al campo. Que ninguno de los vecinos tenía llaves de su casa. Era muy cuidadosa con su vida personal. No había nadie en la casa cuando ella no estaba y las personas con las que se relacionaba eran de su misma edad. Gente como ella, de su misma clase. Los conocía bien y desde hacía muchos años.

A Johansson le produjo mucha irritación todo lo que leyó. Especialmente porque no podía precisar qué le molestaba. ¿Pudo tener algún amante o al menos un caballero galante cuyo nombre no quería soltar? ¿Está mintiendo o simplemente no ha entendido lo que buscábamos? Un hombre joven. Un joven al que ella veía como a alguien normal y corriente. Alguien que conocía y en quien confiaba, porque no solo era normal sino también culto y amable, educado y cortés. No se parecía lo más mínimo al monstruo que violó y asesinó a la pequeña Yasmine.

Cuando Johansson apenas acababa de dejar los papeles a un lado, Carina Tell lo llamó por teléfono.

—Soy Carina Tell —se presentó la mujer—. He hablado con tu buen amigo Bo Jarnebring y tengo entendido que tú también querías hablar conmigo.

—Sí —admitió Johansson—. ¿Crees que podrías pasarte por aquí?

—Puedo estar en tu casa dentro de media hora —dijo ella—. Estoy abajo en el gimnasio y antes voy a darme una ducha rápida.

—Estupendo —dijo Johansson—. Entonces te facilitaré...

—Ya tengo tu dirección y el código de tu puerta —interrumpió ella—. Nos vemos dentro de media hora.

Una mujer eficiente, pensó Johansson. Y puntual, añadió cuando llamaron a la puerta exactamente media hora después.

Tarde del viernes, 23 de julio de 2010

—Siéntate —dijo Johansson señalando la silla que estaba más cerca—. Tendrás que disculpar que no me levante para saludarte, pero últimamente estoy algo desgastado. — Una mujer realmente guapa, pensó Johansson. Tan guapa como Pia, o casi, pensó—. ¿Quieres tomar algo? —añadió.

—Gracias, está bien así —dijo Carina Tell—. Tengo entendido que querías hablar de la muerte de Yasmine. Que estás especialmente interesado en esa vieja cantante de ópera a la que interrogué cuando hicimos la ronda por el vecindario.

—Exactamente —admitió Johansson—. He leído los dos interrogatorios que le hiciste.

—Tengo una pregunta —dijo Carina Tell sonriéndole—. Honestamente, porque sé quién eres, no entiendo realmente por qué estás interesado en ese antiguo caso en concreto. ¿Puedes explicármelo?

—Más que nada es una sensación que tengo —respondió Johansson—. Pero será mejor que me cuentes. ¿Recuerdas qué tipo de persona era? No llegué a conocerla, como comprenderás.

—Sí, la recuerdo. Bastante egocéntrica, por decirlo de un modo suave. Hablaba mucho y con agrado de sí misma, de su carrera como cantante, de todas las personas distinguidas y famosas con las que se relacionaba. Aunque a la vez parecía muy afectada por lo que le había ocurrido a Yasmine. Se le saltaban las lágrimas hablando de ella. La describió como una niña absolutamente adorable. Yasmine estuvo jugando en su casa varias veces. Tocaron el piano juntas y cantaron.

—¿Cómo vivía? Describe la casa. ¿Te acuerdas?

—Un caserón grande. Muebles, alfombras y lámparas de araña. Cuadros y fotografías, adornos, floreros y plantas de interior. Recuerdo que nos sentamos en el salón. Había adornos por todas partes. Había como mínimo unas diez fotos de ella con marcos de plata en las que se la veía cantando en distintas actuaciones. También tenía una foto

pequeña de su marido fallecido. Él tuvo que conformarse con un marco negro de madera. Estaba en la repisa de encima de la chimenea. No debió de ser fácil para ella, pobrecilla. También tenía dos gatos grandes. De esos de pelo largo, especies raras. A mí nunca me han gustado los gatos.

—¿Se llevó los gatos al campo?

—Sí —dijo Carina Tell asintiendo con la cabeza—. Obviamente se le formuló esa pregunta, y estoy bastante convencida de que dijo la verdad. Se llevó los gatos al campo.

—¿Ninguna limpiadora? ¿Nadie que cuidara de la casa?

—No, insistí bastante en ello. Fue muy clara en ese aspecto. Ella se encargaba de su limpieza. Antes de Navidad y en primavera solía contratar una empresa para hacer limpieza general, limpiar las ventanas y cosas así.

—¿Y el jardín? —quiso saber Johansson—. ¿Quién se lo cuidaba? ¿Quién regaba todas esas jodidas flores y plantas?

—Ella misma. Le interesaba mucho la jardinería y no había nada que indicara lo contrario. Tenía un montón de árboles frutales y de arriates.

—Está claro que tenía una limpiadora —dijo Johansson, a quien ya le resultaba difícil ocultar su irritación. Margaretha Sagerlied no era de las que iban limpiando la mierda que dejaba, pensó Johansson. ¿Cómo puede ser tan tonta esta mujer?, pensó.

—¿Por qué lo crees?

—Por lo que dices —aclaró Johansson—. Me resulta muy difícil creer que fuera del tipo de personas que se encargan de la limpieza, de lavar y fregar y todo eso.

—¿Por qué no? —objetó Carina Tell—. Gozaba de buena salud. Tenía energía y agilidad. Parecía bastante más joven de lo que era.

—Entiendo lo que dices —dijo Johansson—. Ahora escucha. Estuvo fuera más de catorce días. La mayor parte del tiempo hizo calor y sol. Es obvio que debía tener a alguien que le regara las flores y plantas. Por no hablar del césped y todos esos setos.

—No recuerdo que habláramos de ese detalle en concreto. Pero ahora que lo dices...

—¿Podía haber alguien trabajando en negro? ¿Y que no dijera nada por ese motivo?

—La verdad es que no pregunté nada de eso —admitió Carina Tell sonriendo—. Me refiero a si se servía de mano de obra en negro. Qué tonta. Tenía veintitrés años. Llevaba un año trabajando como policía. Estaba interrogando a una agradable anciana de más de setenta años. Evidentemente tendría que haberle preguntado si solía tener personal trabajando en negro.

Sí, fue una tontería que no lo hicieras, pensó Johansson. Fue una enorme majadería.

—Una pregunta, por curiosidad —dijo en vez de lo que pensaba—. ¿Y ese segundo interrogatorio que hiciste por teléfono?

—No sé si puede llamársele interrogatorio —aclaró Carina Tell—. En realidad me llamó ella a mí. Tenía una consulta que hacerme. Recuerdo que empecé a preguntarle si se le había ocurrido algo más. Si tenía algo que añadir. Pero no lo tenía. Más que nada, quería saber cómo iba la cosa. Yo simplemente me limité a tomar notas.

—¿Te dio la impresión de que andaba husmeando?

—No, en absoluto. La noté preocupada, con curiosidad, lo habitual en las ancianas. Recuerdo que preguntó si habíamos encontrado el coche rojo que buscábamos. Ese Golf rojo.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que ya no era relevante. Que el testigo se había desdicho. Que ya no interesaba. Ella no tenía coche ni carnet de conducir. Apenas podía diferenciar un Volvo de un Saab.

—¿Cómo te las arreglaste para preguntarle por el coche?

—Yo era joven y ambiciosa por entonces, así que cuando hablé con ella la primera vez me llevé por supuesto una foto de un Golf rojo.

—¿Y?

—No, no era un coche que conociera. Sus amigos no utilizaban modelos pequeños. Fue muy clara en ese punto. Conducían Mercedes, Jaguar, BMW y marcas así. Su marido siempre prefirió los grandes coches americanos. Eso contó. Cuando murió tenía un Lincoln. Creo que casi le indignó un poco que yo creyera que algún conocido suyo podía ir por ahí en semejante cacharro. Eso dijo cuando le mostré la foto del Golf la primera vez. Que ni a ella ni a ninguno de sus conocidos se le ocurriría ir por ahí en un cacharro así.

—Así pues, estuviste dentro de su casa durante el interrogatorio.

—Sí, primero estuvimos hablando en el salón, como ya he dicho, y antes de marcharme quiso enseñarme el resto de la casa.

—¿Y aceptaste?

—Por supuesto —dijo Carina Tell—. ¿Por quién me tomas?

—Cuenta —la animó Johansson—. ¿Cómo era?

—Demasiado amueblada, como he dicho. Había cosas por todos lados. Muchas de

ellas eran valiosas, naturalmente, antigüedades y alfombras y lámparas de araña y muchos cuadros seguramente de gran valor. Pero al haber tantas cosas no se reparaba en ellas.

—¿El salón estaba abajo, en la planta inferior?

—Sí —asintió Carina—. Vamos a ver si me acuerdo bien. Al entrar había un gran vestíbulo. Luego, a la izquierda, estaban la cocina y la despensa. A la derecha había una antigua biblioteca. Por lo visto su marido la usaba para sus cosas, o de despacho, explicó.

—¿Qué más?

—Al frente había un gran salón, con un mirador acristalado que daba al jardín. Fue donde la interrogué. A la izquierda había un comedor. La casa no estaba nada mal, era realmente magnífica. Hoy día debe de costar una barbaridad.

—¿Y el piso de arriba?

—Primero un vestíbulo. Enfrente, es decir, encima del salón, una gran habitación que ella utilizaba como estudio de música. Allí había, entre otras cosas, un enorme piano de cola. Recuerdo que pensé que no debió de ser nada fácil subirlo por las escaleras. Pared con pared con el estudio estaba el dormitorio de ella, con una habitación aparte para toda su ropa, un vestidor, y un gran cuarto de baño. Al parecer, en vida de él, ella y su marido tenían habitaciones separadas. Recuerdo que el dormitorio y el cuarto de baño del marido daban a la calle. Él también tenía su propio cuarto de baño, aunque el de ella era como mínimo el doble de grande. Después había una habitación de costura y un par de habitaciones más pequeñas. En total, debía de haber unas ocho o diez habitaciones en la casa. Ah, sí, también había un cuarto para el servicio detrás de la cocina. Pero aparentemente llevaba vacío un montón de años. Mientras vivió su marido tenían una criada que vivía allí, pero se fue poco después de su muerte.

—¿Sótano?

—Sí, había. Bajando por la cocina, pero no lo vi. Sin embargo, ella llegó a contarme que él guardaba allí todos sus vinos.

—¿Y el desván?

—Tampoco estuve allí.

—Vaya —dijo Johansson. Abarrotado de muebles, pensó. Cosas por todas partes. Vinos en el sótano, Dios sabe qué en el desván. Mucho para husmear si tenías vista para ello.

—Ahora tienes que contármelo —dijo Carina Tell inclinándose hacia delante y sonriéndole—. ¿Por qué estás tan interesado en Margaretha Sagerlied y en su casa?

—Me parece que fue allí donde ocurrió —reveló Johansson—. Es decir, que fue allí donde asesinaron a Yasmine.

—Con todo el respeto —dijo Carina Tell sacudiendo la cabeza—. Me resulta realmente difícil de creer. ¿Por qué piensas eso?

—Es más que nada una intuición —admitió Johansson encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —dijo Carina Tell—. Te entiendo. Pero en tal caso es posible que quien vivía allí, Margaretha Sagerlied, no tuviera ni idea. Estoy segura por completo de ello. Al mil por cien.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Johansson—. Seguramente no tenía la menor idea de ello. —No entendió lo que había ocurrido hasta más tarde, pensó. Entonces todo su mundo se hizo añicos—. ¿Algo más que se te ocurra respecto a la investigación? —añadió Johansson.

—En realidad pienso con frecuencia en aquel caso —dijo Carina—. Por distintas razones. Cuando aquello sucedió, uno de mis clientes, que se entrena en un gimnasio de mi propiedad, vivía en la misma manzana que Yasmine y Margaretha Sagerlied. A veces lo veo varios días a la semana.

—¿De quién se trata?

—Es un militar jubilado, creo que incluso llegó a general antes de retirarse. Ha cumplido los ochenta, pero no aparenta más de sesenta. Avispado y en buena forma física, con la mente clara —aseguró Carina Tell asintiendo y sonriéndole a la vez significativamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Johansson. Ese tipo debe de tener un nombre, los que van al gimnasio suelen tenerlo, pensó.

—Axel Linderöth —dijo Carina—. Estoy segura de que aparece en la guía telefónica, y si no está puedo facilitarte su número. Creo que era teniente general cuando se jubiló. Teniente general del Estado Mayor de Defensa. Ya que estoy aquí, toma mi tarjeta —agregó. Se levantó y dejó la tarjeta de visita sobre la mesa.

—Gracias —dijo Johansson.

—Lláname si quieres —añadió—. Estaré encantada de ayudarte con toda esa grasa abdominal que arrastras sin necesidad.

—Eres muy amable, Carina —dijo Johansson—. Muy amable al ofrecérmelo, y

prometo considerar tu oferta con detenimiento y con actitud positiva. —Y tuviste mucha suerte de que yo no fuera tu jefe aquella vez, pensó.

—Bien —dijo Carina—. Saludos a tu mujer.

—¿Conoces a Pia?

—Ella también se entrena en mi gimnasio —aclaró Carina Tell—. Todas las personas sensatas que cuidan su salud lo hacen.

Luego se marchó. Inclino la cabeza, sonrió y cerró la puerta del despacho. Aquí estás, tumbado, pensó Johansson. Solo, gordo y fuera de combate, sin apenas fuerzas para darte la vuelta en tu propio sofá. Aunque ya no hay dolor de cabeza, ni preocupación. Hasta te resulta más fácil respirar.

Pronto te atraparé, pensó. Pronto te atraparé. A pesar de todos los que aseguran que ni siquiera existes.

Tarde del viernes, 23 de julio de 2010

Johansson estaba cansado pero no podía dormir. Se hallabatumbado en el sofá, no paraba de moverse y se retorció apoyándose en el brazo izquierdo, el sano, pero no lograba dejar de darle vueltas a la cabeza. Sin tranquilidad para echar un sueñecito, no cabía otra elección.

—Matilda —rugió Johansson—. ¡Maldita sea!

Ella llegó como una bala, debía de estar preparada para entrar al otro lado de la puerta cerrada del despacho, pues no tardó más de un segundo, y Johansson enseguida se sintió con bastante más energía.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Matilda.

—No, joder —dijo Johansson—. Aquí está todo de lujo. Solo se trata de un pequeño simulacro de emergencia.

—¡Ah! ¿Y bien?

—Bueno, ya que estás aquí me pregunto si puedes buscarme un número de teléfono —dijo señalando la tarjeta de visita que Carina Tell había dejado encima de la mesita.

—Aquí lo pone —dijo Matilda—. Carina Tell, es el...

—En la parte de atrás —interrumpió Johansson.

—¿Axel Linderöth?

—Exactamente —repuso Johansson con inesperada calidez en la voz—. Buena chica. Vive en Bromma. Militar retirado. —¿Qué es eso de «buena chica»? pensó. ¿Por qué he dicho eso?

—De acuerdo, jefe. ¿Algo más?

—Un expreso triple. Del más fuerte que haya. Sin leche.

—*Coming right up* —dijo Matilda y luego desapareció.

Jefe, pensó Johansson. ¿Por qué me llama «jefe»? ¿No será policía?

—¿Quieres que te marque el número? —Matilda lo miró con expresión inocente.

—Sí, quiero que lo hagas —aceptó Johansson. Eso por hablar, pensó.

—Marca tú —dijo Matilda—. Es importante que practiques la motricidad.

Luego simplemente salió y cerró la puerta.

—Dame una voz si necesitas algo —dijo—. Jefe.

Una chica despierta, pensó Johansson. No es de las que te encuentras donde te la has dejado. Tengo que hablar con ella de esos tatuajes, pensó.

Después marcó el número del general jubilado y mientras lo hacía pensó qué decirle. Unas cuantas mentiras inocentes, pensó Johansson. Si ha sido general del Estado Mayor de Defensa no se lo tomará a mal.

El general contestó a la primera señal.

—Linderoth —dijo el ex teniente general Axel Linderoth. También sonaba como tal.

—Johansson —dijo este—. Espero no molestar, pero me gustaría hacerle una pregunta. Quisiera saber...

—Sé lo que quieres —interrumpió Linderoth—. Carina Tell, mi entrenadora personal, me ha llamado para decírmelo.

Parece que no le gustan los rodeos, pensó Johansson.

—Si es algo urgente tenemos un problema práctico —anunció el general Linderoth—. Viajo a Escania mañana a primera hora. Me voy allí una semana para jugar al golf.

—Puedo estar en tu casa dentro de media hora.

—De acuerdo —convino el general Linderoth.

—¡Matilda! —rugió Johansson nada más finalizar la llamada.

Es mejor que se lo pregunte a ella, pensó Johansson en cuanto se sentó en el coche para ir a visitar al teniente general retirado en Äppelviken, Bromma.

—Me pregunto una cosa —dijo Johansson.

—Solo tienes que preguntar, jefe —lo animó Matilda.

—¿Por qué me llamas «jefe»?

—He oído en el trabajo que eras un superpolicía. Jefe de los servicios secretos y jefe de lo otro, de la policía judicial central. Antes de jubilarte, claro.

—Vaya, ¿así que eso has oído?

—Sí, primero creía que eras como los demás clientes que tenemos. Cuando vi dónde vivías y eso.

—¿Como los demás?

—Sí, un banquero. Uno de esos que tienen bonificación, pero que se ha estrellado a pesar del paracaídas. Pero, claro, si lo prefieres puedo llamarte «director».

—«Jefe» está bien —dijo Johansson. Una chica aguda, pensó Johansson. Esos tatuajes seguramente podrán quitarse, pensó.

—Por supuesto, jefe. Así será.

—Äppelviksgatan —dijo Johansson.

—Ya lo sé —afirmó Matilda señalando con la cabeza el amplio salpicadero—. Ya he metido la dirección en el GPS.

Johansson se limitó a asentir. ¿Qué tiene ella que ver con gente como yo?, pensó. Cierta tristeza, pensó. Una agradable sensación como de melancolía que la recorría por dentro. Además sabía conducir, con calma y de modo efectivo. Casi como su mejor amigo cuando estaba de humor para ello.

—Creo que es mejor que me quede en el coche —comentó Matilda al detenerse frente a la casa de madera amarilla.

—¿Por qué?

—Militar retirado —aclaró Matilda.

Johansson se limitó a asentir. También somos predecibles, pensó.

—Aquí tienes —dijo ella inclinándose hacia delante y metiéndole la grabadora en el bolsillo superior de la chaqueta—. Así no tendrás que tomar notas. Ya está preparada. La batería dura veinticuatro horas por lo menos. Si no quieres que él la vea puedes dejártela en el bolsillo. Se maneja con facilidad.

—Gracias —dijo Johansson—. Gracias, Matilda. Eres muy amable.

Tarde del viernes, 23 de julio de 2010

—Café, zumo, agua —dijo Axel Linderöth señalando por orden un termo metálico, una jarra con zumo de color rojo y una botella grande de agua mineral que había colocado encima de la mesa junto a la que estaban sentados, con dos vasos y dos tazas de porcelana blanca con el emblema de Defensa grabado.

—Agua está bien —dijo Johansson. Este hombre no necesita uniforme, pensó. Delgado, en forma, bronceado, pantalones blancos de algodón y polo rojo de manga corta. No aparentaba ni un día más de sesenta años. Sesenta bien llevados.

—Yo y la que por entonces era mi mujer, soy viudo desde hace cinco años, nos mudamos aquí en 1972 —relató el general—. Como ves, sigo viviendo aquí. Nuestros tres hijos también se marcharon hace tiempo. Ahora son hombres adultos. El mayor tiene cuarenta y uno, el mediano cuarenta y el más joven treinta y nueve años.

—Sí que ha pasado el tiempo —observó Johansson. Dieciséis, quince y catorce años cuando desapareció Yasmine. Más o menos, pensó. Ni siquiera tuvo que calcular.

—Sí —dijo el general sonriendo—. Yo iba a cumplir cuarenta cuando nació el primero. Mi mujer era ocho años más joven, por cierto, pero para asegurar la continuidad de la familia Linderöth hubo que hacer una maniobra rápida.

—¿Estabas aquí cuando ocurrió? Es decir, cuando desapareció la pequeña Yasmine, en junio del 85.

—Estaba en Oriente Próximo, en un puesto de mando de la ONU en la Franja de Gaza. Así que me libré de tener que atender a tus colegas. Mi mujer y nuestros hijos, por desgracia, no salieron igual de bien parados.

—Estaban en casa —afirmó Johansson.

—No —dijo el ex general—. No estaban, pero tus colegas tardaron bastante en entenderlo.

—Lamentablemente, es la rutina en tales circunstancias. Rutina necesaria —subrayó

Johansson.

—Al parecer lo es —confirmó el general con gesto sombrío—. Mi mujer y los chicos habían viajado a Escania el fin de semana anterior para visitar a sus padres. Los abuelos de los chicos. Volvieron a casa unos días después de que desapareciera la niña. Había billetes de avión, unos cuantos testigos allá en Escania, además de mis suegros, a los que tal vez deba añadir. Pero no sirvió de nada. Uno de tus colegas era un hombre muy pesado, y estúpido como él solo. Uno gordo y bajito. Mi mujer me llamó a Gaza llorando. Me enfadé mucho y llamé al que era el jefe de policía. Una buena persona. Nos conocíamos desde que él estaba en los servicios secretos. Cogió a ese estúpido por la oreja y le habló seriamente. Después, mi mujer y mis hijos pudieron tener por fin un poco de tranquilidad a su alrededor. Ya era suficiente con lo que había ocurrido, una historia terrible, aunque probablemente había que ser policía para creer que algo así había sucedido aquí.

Ese Bäckström constantemente, pensó Johansson.

—¿No crees que pudo ocurrir aquí?

—Realmente no, basta con tener ojos para darse cuenta. Zona equivocada, gente equivocada. Los únicos vecinos que estaban en casa eran, además, jubilados. ¿Más agua? —preguntó el general señalando con la cabeza el vaso vacío de Johansson.

—Sí, gracias —aceptó Johansson.

—Recuerdo la que se trajeron con un coche rojo que estaba aparcado aquí aquella tarde. En esa esquina, en el acceso a Majblommestigen —especificó el general indicando el sentido con la mano—. Cien metros más abajo de la calle en la que nos encontramos —aclaró—. Parece que estaba delante de la puerta de la casa de Johan Nilsson.

¿Johan Nilsson? ¿Dónde he oído ese nombre?, pensó Johansson.

—Delante —dijo el general sonriendo—. De la casa donde vivió Johan Nilsson. Él ya había muerto cuando ocurrió. Pero su querida esposa, la viuda, vivía aún.

—Margaretha Sagerlied —dijo Johansson.

—La misma —afirmó el general—. Svensson de soltera, Margaretha Svensson, una de las muchas cosas de las que prefería no hablar. A diferencia de aquellas de las que le encantaba hablar.

—¿Cómo era?

—Engreída, pesada, tremendamente egocéntrica. Su marido, por el contrario, era un buen hombre. Estuve bebiendo y comiendo cangrejos con él. Habría podido ser mi

padre, pero eso no era ningún inconveniente. También era un buen hombre de negocios. Comerciante de carne y charcutería al por mayor en Årsta y Enskede. Además, era propietario de varias tiendas de comestibles en el centro. En fin, que su mujer, la cantante de ópera, no tenía que preocuparse de nada.

—Creo que tardaron en casarse.

—Sí, Johan me habló de ello. De los años que dedicó a perseguirla y seducirla hasta que accedió. Y de los años que tardó en darse cuenta de que tal vez tendría que haberse dedicado a otra cosa.

—¿Estaba amargado? —¿Qué tendrá que ver esto con el tema?, pensó.

—No, en absoluto. Tenía buen carácter, era educado y amable, generoso. Pero después de unas copas y en confianza podía ser bastante comunicativo.

—¿No tuvo relaciones anteriores? Me refiero a si había tenido hijos de otras relaciones.

—No —dijo el general—. Solía hablar de ello. Era algo que echaba en falta. Recuerdo que quería mucho a mis hijos. Pero las cosas no debían de ser muy fáciles con una mujer así —constató el general con un suspiro—. Tampoco creo que debas tener demasiado en cuenta ese coche rojo, que según dijo mi mujer era un Golf.

—¿No lo crees? —dijo Johansson—. ¿Por qué?

—Por quien dijo haberlo visto. Por el cabeza de chorlito del barrio. Un pobre bocazas que se metía en todo lo habido y por haber y que más valía que se hubiese estado quietecito. Un verdadero metomentodo.

—¿En qué? Quiero decir, ¿en qué se metía?

—En todo en general. En las asociaciones familiares y escolares, en las de padres, luego iba a organizar una especie de asociación de vecinos contra el delito con los que vivíamos aquí, iba a encargarse de las personas mayores, de las fiestas del barrio, de las de Navidad. Del transporte colectivo para los que querían ir al servicio religioso del día de Navidad y habían bebido demasiado esa noche, lo que era la norma general por aquí, por si quieres saberlo. Daba vueltas por las noches con una bestia grande y negra que tenía por perro. Él era menudo y delgado, y al verlos te daba la impresión de que era el perro el que lo sacaba a pasear a él.

—¿Recuerdas a qué se dedicaba?

—Era una especie de abogado. Creo que trabajaba como auditor del Estado. Una vida muy emocionante, sin duda.

—¿Vive aún?

—No, ya murió. Unos años después de lo de la niña. Creo que fue el corazón. Es fácil que ocurra cuando te preocupas por todo y por todos continuamente.

—Entonces ¿Johan Nilsson no tuvo hijos? —Déjalo, pensó Johansson. Ya te has equivocado otras veces.

—No —confirmó el general.

—¿Y su mujer? —dijo Johansson—. ¿Mantenía mucha vida social después de la muerte de su marido?

—Yo no lo diría así —respondió el general—. Algunas personas de edad que eran como ella, de su mismo ambiente. Personalidades de la cultura, como suele decirse. Pero por lo general estaba bastante sola. No era especialmente apreciada como vecina. La saludábamos, pero eso era básicamente todo.

—Una casa grande... —dijo Johansson—. Debía de tener a alguien que la ayudara con la casa y el jardín, ¿no?

—Cuando vivía su marido, en tiempos de Johan, tenían una empleada doméstica que vivía con ellos. Y para algunas fiestas también contrataban personal adicional. Mi mujer y yo estuvimos en su casa en varias ocasiones, aunque no éramos de la misma edad. Pero la empleada se marchó en cuanto murió Johan. Creo que se fue de allí antes del entierro. Siempre puede especularse acerca de los motivos que tuvo.

—¿Tú qué crees?

—Margaretha Sagerlied era una persona difícil. Además de no ser especialmente agradable.

—¿Así que luego tuvo que ocuparse ella misma?

—No del todo —dijo el general—. Enseguida buscó otra mujer para que hiciera la limpieza y todo lo demás. La mayoría solo aguantaba un año antes de marcharse. Hasta que dio con Erika, Erika Brännström.

—¿Erika Brännström?

—Una persona excelente, buena persona, y paciente —explicó el general sonriendo—. De Norrland, los noruegos estáis hechos de madera dura. Debió de trabajar varios años en casa de la Sagerlied. Hasta que esta se mudó. Me parece que Margaretha Sagerlied vendió la casa la primavera del año posterior al asesinato de la niña. En la primavera del 86. Estoy bastante seguro de ello. A mí me encomendaron una misión en Gaza a finales de otoño y cuando volví a Suecia poco antes de Navidad estaba ya la casa en venta. De

hecho, mi mujer y yo fuimos a verla pero, ya entonces, era demasiado cara para un militar. Margaretha Sagerlied se trasladó a la ciudad. Compró un piso en la zona de Östermalm, así que la casa de aquí se quedó vacía.

—En el interrogatorio a Margaretha Sagerlied, que por cierto hizo Carina Tell, a la que ambos conocemos, negó rotundamente que tuviera empleados. Afirmó que ella misma se encargaba de todas esas cosas. ¿Por qué iba a decir algo así? —Teniendo en cuenta que solía gustarle aparentar que era tan fina, pensó Johansson.

—Seguramente Erika trabajaba en negro —opinó el general.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Al menos eso nos propuso cuando se ofreció a ayudarnos a mi mujer y a mí con la limpieza —dijo el ex general.

—Erika Brännström —puntualizó Johansson.

—Erika Brännström —confirmo el general—. Parece que su marido encontró a una nueva pareja y se fue a vivir con ella. Erika se quedó con dos niñas de las que debía encargarse sola. En aquella época tenía treinta y cinco años. Ahora debe de rondar los sesenta. Vivía en Lilla Essingen con sus dos hijas.

—¿Sabes si vive aún? —preguntó Johansson. Tenía dos niñas pequeñas, pensó.

—Así es —dijo el general—. Hablé con ella la semana pasada. Me la encontré en el tranvía de Alvik. Iba a ver a una amiga que vivía en Nockeby.

—¿No tendrás su número de teléfono?

—Pues sí —respondió el general—. Le pregunté si todavía estaría dispuesta a limpiar para un viejo como yo.

—¿Y qué te dijo?

—Que sí —contestó el general—. Que lo haría. Voy a buscar su número de teléfono. Lo anoté en mi agenda. Está en el vestíbulo.

Estamos avanzando a toda marcha, y la única explicación de ello debe de ser que ya es demasiado tarde, pensó Johansson. Erika Brännström, que trabajó como limpiadora en la casa de Margaretha Sagerlied durante varios años, tenía dos niñas. Me pregunto con quién, pensó. ¿Quién era el hombre que la abandonó?

Tarde del viernes, 23 de julio de 2010

Por fin en casa. El hogar era lo mejor. Siempre lo había sido, y especialmente ahora.

Esto va sobre ruedas, pensó Johansson.

Agarrado firmemente al bastón con el taco de goma, Matilda le abre la puerta y lo coge con cuidado por el brazo malo y, en cuanto atraviesa el umbral de su casa, tiene una idea brillante. Una idea absolutamente formidable.

—Alf Hult —dijo Johansson asintiendo en dirección a Matilda con la cabeza—. Alf Hult —repitió.

—¿Alf Hult?

—Exacto —dijo Johansson—. Alf Hult.

Tarde del viernes, 23 de julio de 2010

No solo su investigación iba adelante. Incluso su salud física mejoraba día a día. No eran victorias importantes sino pequeñas, pequeños pasos que daba hacia la vida que llevaba antes. Lo que pasaba en su cabeza era más complicado. Allí pasaban distintas cosas todo el tiempo y no había ni orden ni estructura en lo que sucedía. Lo mismo ocurría con los dolores que padecía casi a diario. Una cosa a la vez, solía decirse. Una cosa a la vez.

Una tarde hermosa. Le costó un poco convencer a su mujer, pero finalmente esta accedió a que cenaran en la terraza, como solían hacer en la ciudad las tardes de verano que podían disfrutar del buen tiempo. La escalera la subió por sí mismo, agarrándose con la mano izquierda a la barandilla para no caerse. Pia iba detrás de él, aunque trató de disuadirla para que no lo hiciera.

—Si me caigo de espaldas te romperé los brazos y las piernas —dijo. Terca como el pecado, pensó.

Está empezando a ser él mismo otra vez, pensó su mujer. Reacio como un caballo viejo.

Cuando después de cenar tomaron café, él le contó la brillante idea que se le había ocurrido solo un par de horas antes.

—He invitado a Alf a venir mañana a casa a almorzar.

—¿Alf?

—Alf Hult.

—¿Tu cuñado?

—Sí —dijo Johansson.

—¿Viene también Anna? —preguntó Pia esforzándose en ocultar su asombro.

—¿Anna? ¿Qué Anna?

—Tu hermana. Tu hermana menor.

—Sí, ya sé que es mi hermana menor. No, ella no viene. Solo estaremos Alf y yo.

—¿Ah, sí? Creía que apenas soportabas estar en la misma habitación que él —dijo Pia, que recordaba bien algunas reuniones familiares de los Johansson.

—Bueno, eso es exagerar un poco —protestó Johansson—. Alf tiene muchas cosas buenas. En ciertos aspectos es una persona excelente —añadió con cierto énfasis.

—Puede que en ocasiones anteriores no me diera esa impresión —dijo Pia—. Que te cayera tan bien Alf —aclaró—. Una pregunta, por curiosidad. ¿Por qué quieres verlo, así de repente?

—Lo he contratado —reveló Johansson. Es la mejor idea que he tenido desde que hice esa escapada al Günter's que me salvó la vida, pensó.

Mañana del sábado, 24 de julio de 2010

Alf Hult era inspector fiscal jubilado. Estaba casado con Anna, la hermana menor de Johansson, la benjamina de la gran prole de mamá Elna y papá Evert. La hija que llegó con retraso, cinco años después del penúltimo, el ex jefe de la policía judicial central Lars Martin Johansson.

A lo largo de su carrera profesional, Alf Hult trabajó únicamente en la delegación de hacienda de Solna. Casi cuarenta años, desde que se licenció en económicas hasta su jubilación. Un hombre de éxito y temido con razón por todas las personas físicas y jurídicas que constituían su «objeto de auditoría».

A Evert, el hermano mayor de Johansson, no le gustaba ni pizca. Según él, Alf Hult era una amenaza para cualquier tipo de negocio normal y para la vida humana en general, y no tenía que empinar mucho el codo para decirlo en voz alta.

Alf Hult era de los que ni se inmutaban. Perfil de halcón, alto, delgado, de poco pelo y en buena forma física. Ligeramente encorvado, tras pasar varias décadas inclinado para evitar que el objeto de su auditoría eludiera sus responsabilidades sociales y sus obligaciones civiles. Tampoco se amedrentaba, y en la celebración de los cincuenta años de su mujer, a la que, en nombre del amor sagrado por la familia, tuvo que asistir incluso Evert, el hermano mayor, le echó una suave reprimenda a su cuñado cuando llegó el momento del café y el coñac.

—Puede que mi hermano piense que tengo la nariz larga, pero hasta ahora nadie me ha dejado con dos palmos de narices.

Una vez jubilado, Alf Hult empezó a dedicarse a la genealogía. Con pasión y con la misma agudeza, objetividad y precisión que antes dedicó a la contabilidad fiscal. Como era tan minucioso, tanto con lo suyo como con lo de los demás, hacía unos años que llevaba también la gestión de una empresa unipersonal de investigación genealógica. Por

supuesto, investigó también a la gran familia de su querida esposa. A su modo habitual, evitando deficiencias históricas, incluso marginales, y, obviamente, provocando gran malestar en los dos patriarcas de la familia, Evert, el padre, y su hijo mayor, Evert. Conocido como «Evert Júnior» hasta que alcanzó la mayoría de edad y su padre le habló por primera vez de lo inevitable.

—A partir de ahora no quiero que llaméis a mi hijo mayor Evert Júnior —dijo Evert Sénior—. Ahora somos dos Evert, y a partir de este momento, él tomará el relevo.

Alf, tú serás mi Sherlock y yo seré Mycroft, pensó Lars Martin Johansson cuando tuvo su brillante idea. Mycroft Holmes, el hermano mayor de Sherlock Holmes que ni siquiera tenía que dejar su cómodo sillón para resolver los crímenes más complejos. ¿Qué podía ser más apropiado teniendo en cuenta que él pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en el sofá de su despacho? Lo había tenido siempre tan cerca, y de repente no tuvo el menor problema para recordar el nombre del mayor de los hermanos Holmes.

Ahora el Sherlock de Johansson está sentado a su derecha, el ex director de auditorías Alf Hult, de rasgos faciales bien definidos, levemente inclinado hacia delante en el sillón que ha acercado al sofá para no molestar sin necesidad a su cuñado. Preparado para escuchar, muy dispuesto, *toujours*, siempre listo para enfrentarse a cualquier tipo de estratagema y falsedad.

—Margaretha Sagerlied y su marido Johan Nilsson —dijo Alf Hult, asintiendo con gesto reflexivo mientras observaba sus propias anotaciones.

—Y la antigua mujer de la limpieza de la Sagerlied, Erika Brännström —dijo Johansson.

—Tan vieja no era —replicó Hult—. Si los datos que tienes son correctos, debe de ser unos años más joven que tú y que yo.

—Pues entonces ningún problema, ¿no? —repuso Johansson—. Lo único que tengo aquí es el número de identidad de Sagerlied. En cuanto a Erika Brännström, solo sé el nombre y el número de teléfono que te di.

—No, ningún problema —dijo Alf Hult negando con un ligero movimiento de cabeza—. ¿Qué quieres saber?

—Todo —respondió Johansson.

—Todo —repitió el cuñado—. Entonces quizá debería informarte de que este tipo de

cosas puede dispararse; en lo que al coste se refiere, vamos.

—Bueno, que cueste lo que tenga que costar —dijo Johansson, moviendo la mano con un gesto de indiferencia; después de todo, era el segundo más adinerado de la familia.

—¿Y lo quieres dentro de una semana?

—Eso es —dijo Johansson—. Así que te sobra tiempo para fumarte tres pipas. —Creo que Mycroft fumaba puros, pensó.

—A mí Conan Doyle nunca me ha entusiasmado —constató Alf Hult—. Demasiado romántico para mi gusto.

Lunes, 26 de julio de 2010

Lunes. Nueva semana y otro día en una vida que una vez estuvo a punto de perder. Desayuno, fisioterapeuta, revisión con Ulrika Stenholm, con cuarenta y cuatro años y sin la menor arruga en aquel cuello blanco y liso. Neuróloga, hija de sacerdote. Muy parecida a una ardilla cuando se sienta y mueve su rubia cabeza de pelo corto.

—¿Cómo van las cosas?

—Van progresando —dijo Johansson. A la mierda con tu continuo dolor de cabeza, con la presión en el pecho y con ese mastodonte que tienes por brazo derecho. Deja de refunfuñar, se dijo.

—Eso me parece a mí también —asintió ella—. Que vas progresando. Además, la fisioterapeuta está muy contenta contigo. Y Pia me ha dicho que en casa todo va bastante bien.

—¿Cómo te ha ido a ti? —preguntó Johansson. Qué sabrá Pia, pensó con repentina amargura.

—Nada —dijo Ulrika Stenholm sacudiendo la cabeza—. Ya he revisado todos los papeles de mi padre. Todas las bolsas y cajas, y te prometo que he sido muy minuciosa. No he encontrado nada más que el pasador del pelo y el sobre en el que estaba.

—Debes de haber encontrado algo más —objetó Johansson.

—Nada relacionado con Yasmine. Algunos programas antiguos de cuando Margaretha Sagerlied cantó en la iglesia de Bromma, un par de tarjetas invitando a mis padres a cenar en su casa cuando vivía su marido, algunas fotos antiguas que debieron de hacer cuando mis padres estuvieron en la casa de los Sagerlied. Otra de ella cantando de pie en la iglesia. Me parece que debió de ser en alguna misa de Navidad en la década de los setenta. Lo he metido todo en este sobre —dijo entregándole un sobre marrón.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo Ulrika Stenholm—. ¿Y a ti? ¿Cómo te va?

—Va bien —afirmó Johansson—. Pronto lo atraparé. —¿Por qué habré dicho eso?, pensó.

—¿Sabes quién es? ¿Puedes decirme quién es? —Ulrika Stenholm no podía ocultar su asombro.

—Te prometo que serás la primera en saberlo —dijo Johansson. ¿Por qué habré dicho eso?, pensó.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Aunque antes tengo que echar una ojeada a la vuelta de la próxima esquina, pensó.

—Me siento como un jodido traidor —confesó su mejor amigo tres horas más tarde.

—Te escucho —dijo Lars Martin Johansson, que ya imaginaba de lo que se trataba.

Se trataba de la vieja historia de siempre: relaciones matrimoniales con complicaciones inesperadas. Todo había comenzado por el coche nuevo de Jarnebring. Aunque lo compró a mitad de precio, según su mujer había gastos más importantes. Especialmente para dos personas ya de cierta edad que tenían que vivir del sueldo de policía de ella y de la pensión de él.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Johansson a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Cedí —dijo Jarnebring—. Ha sacado dos billetes de última hora para Tailandia, y ahí me tienes como un tonto. Unas vacaciones románticas para que pueda pensar si quiere que siga con ella. Solamente una semana, es cierto, pero aun así...

—En pleno verano sueco —puntualizó Johansson, sintiendo de repente esa euforia que ahora estaba en constante cambio de guardia con su dolor de cabeza, la presión en el pecho, la angustia, la rabia y la nostalgia. Vende el coche, pensó.

—Mujeres... —espetó Jarnebring.

—Ya me las arreglo —dijo Johansson. Prometo no decirle nada a mi hermano, pensó.

—Por cierto, ya he hablado con tu hermano —dijo Jarnebring como si hubiera podido leerle el pensamiento.

—¿Y qué ha dicho?

—Que no permitiera que esas brujas tomaran las riendas —contestó Jarnebring—. Luego me ha recomendado también algunos sitios buenos en Tailandia.

Muy propio de Evert, pensó Johansson.

En cuanto Jarnebring se marchó, Matilda entró y le sirvió una gran taza de té y un sándwich de lo más razonable. Pan integral de centeno, lechuga, rodajas de tomate, todo cubierto de unas generosas lonchas de jamón. Una vez más, le remordió la conciencia.

—No había tenido tantos cuidados desde que era niño y estaba enfermo en cama —dijo Johansson. Deja de lamentarte, pensó.

—*Company policy* —observó Matilda, y señaló con la cabeza las cajas llenas de papeles que estaban en el suelo junto al sofá—. ¿Estás trabajando en algún caso antiguo? ¿Sabes que es importante que te tomes las cosas con tranquilidad y no te estreses? Tienes que aprender a relajarte un poco.

—Podría decirse que se trata de un caso —admitió Johansson—. Un antiguo homicidio sin resolver.

—Un homicidio, qué chulo.

—No seas infantil —dijo Johansson sacudiendo la cabeza—. No es nada chulo. Solo es triste y miserable. Y también terrible.

—Si quieres puedo ayudarte.

—No creo que puedas —dijo Johansson.

—¿Por qué?

—La investigación es confidencial, precisamente para que la gente curiosa como tú no pueda meter las narices.

—Puedes estar totalmente tranquilo conmigo —dijo Matilda—. No soy ninguna chismosa.

—De acuerdo —repuso Johansson, que ya estaba pensando en otra cosa—. ¿Sabes buscar en internet? —Dice que no es chismosa, pensó.

—No como la Lisbeth Salander esa, pero me las arreglo.

¿Quién coño es Lisbeth Salander?, pensó Johansson.

—¿Podrías sacar todo lo que encuentres en la red sobre una persona llamada Joseph Simon? Joseph se escribe con «ph» al final y lo demás como suena.

—Claro que puedo. Enseguida sabrás todo sobre él —prometió Matilda, a pesar de que no era ninguna Lisbeth Salander—. ¿Es el malo malísimo?

—No —dijo Johansson—. Es médico, nació en 1951. Llegó a Suecia como refugiado político de Irán en 1979. En 1990 dejó Suecia y se trasladó a Estados Unidos. Parece que es enormemente rico, trabaja en la industria farmacéutica.

—¿Por qué estás tan interesado en él? Si en realidad no es el malo, quiero decir.

—Quiero saber cómo maneja su dolor.

Pia vuelve a casa del trabajo y le pregunta cómo está.

—Bien —contesta Johansson sonriendo.

A pesar de que le duele la cabeza y siente opresión en el pecho. A pesar de que hace solo quince minutos se tomó otra de las pastillas blancas que no debe tomar más que en caso de emergencia. Porque, de repente, se puso a temblar como un niño indefenso en pleno ataque de ansiedad, y la única forma de protegerse es el aislamiento ausente que le ofrecen esas pastillitas blancas.

—Como una perla engarzada en oro —miente Johansson—. Ven y siéntate aquí. Cuéntame cómo te ha ido en el banco, cariño. —¿Por qué he dicho eso?, piensa. ¿Por qué no he preguntado simplemente cómo le ha ido en el trabajo?

Por la tarde llamó su cuñado y le dijo que el trabajo progresaba al ritmo esperado y que hasta ese momento no se había tropezado con ningún problema que no pudiera resolver.

—Ya casi he terminado con Erika Brännström y sus dos hijas —dijo.

—¿Has encontrado al padre?

—Sí —contestó Alf Hult—. Las dos hijas son del mismo padre. Se llama Tommy Högberg, nacido en 1956. Tres años más joven que Erika Brännström, que nació en el 53. La hija mayor, Karolina, nació en el 75 y su hermana menor, Jessica, en el 79. Erika nunca se casó con Tommy Högberg, pero vivieron juntos y él reconoció la paternidad de ambas hijas. ¿Quieres que te lo envíe por fax o por correo electrónico?

—Por fax —dijo Johansson—. Así no tendré que batallar con las teclas del ordenador —explicó. Así que reconoció la paternidad, pensó.

—A juzgar por su declaración de la renta, el padre parece ser un auténtico vagabundo. Tal vez deberías consultar a tus antiguos colegas para ver si también ha tenido problemas en tu ámbito. Tengo la sensación de que ha sido así.

—¿No me digas? —replicó Johansson. Me pregunto si Tommy Högberg tiene algo más que quiera reconocer, pensó.

Cuando finalizó la conversación, apenas le dio tiempo a colgar el teléfono antes de quedarse dormido.

Mañana del martes, 27 de julio de 2010

Por la mañana se dedicó, como de costumbre, a tratar de recuperar su salud. Cuando él y Matilda volvieron de la fisioterapeuta, la joven sugirió que dieran un paseo por los alrededores de donde él vivía.

—Ya he hecho ejercicio —refunfuñó Johansson.

—Vamos —dijo Matilda—. Nunca se hace suficiente ejercicio.

Cedió de mala gana. Estaba demasiado cansado para discutir. Cuando entró por la puerta, el sudor le corría por el rostro, aunque apenas había caminado un kilómetro y necesitó veinte minutos para hacerlo. El corazón le golpeaba en el pecho, el dolor se expandía por la cara y la frente. Matilda lo miró con disimulo mientras iban en el ascensor. Una mirada rápida y preocupada.

—Tumbate un momento en el sofá mientras preparo el almuerzo —dijo Matilda. Le sostuvo la puerta y lo cogió con cuidado por el flácido brazo derecho cuando atravesó el umbral.

Esto me gusta más, pensó Johansson mientras ella le colocaba las almohadas detrás de la espalda. Mejor ahora, pensó. Mucho mejor, cuando logró tumbarse.

—No pienso matarte —comentó Matilda—. Pero alguna vez tienes que empezar a moverte. ¿Estás cómodo así?

—Deja de darme vueltas —replicó Johansson—. Mejor encárgate de preparar algo para comer. Y dame los papeles que hay en el fax.

Erika Brännström nació en 1953, nacida y criada en las afueras de Härnösand. A los veinte años se mudó a Estocolmo y comenzó a trabajar como auxiliar de clínica en el hospital de Huddinge. Conoció a Tommy Högberg, tres años más joven, que había vivido toda su vida en Estocolmo, había estudiado automoción en un instituto de formación profesional y trabajaba de mecánico de coches.

Vivieron juntos en un apartamento en Flemingsberg. Tuvieron dos hijas: Karolina, nacida en 1975, y Jessica, su hermana menor, nacida en 1979. En 1983, cuatro años después del nacimiento de la hija más joven, Erika y Tommy se separaron. Tommy siguió viviendo en Huddinge y ese mismo año tuvo un hijo con su nueva pareja, nacida en 1964. Ella también trabajaba en el hospital de Huddinge como auxiliar de clínica. Erika se llevó a las hijas y se mudó a Lilla Essingen. Empezó a trabajar media jornada en el hospital de Sankt Göran y en el registro civil no había rastro de ningún nuevo marido.

Media jornada en el Sankt Göran, pensó Johansson. En 1983 se mudó a la capital con sus dos hijas. Probablemente fuera entonces cuando empezó a limpiar para Margaretha Sagerlied. Su pareja había conocido a otra mujer, once años más joven que Erika, y ella seguramente necesitaba todo el dinero que pudiera ganar, pensó.

El cuñado de Johansson, con gran habilidad para la investigación financiera, ha seguido el rastro del padre con la ayuda del registro civil y de las declaraciones de la renta. En 1985, dos años después de que naciera su cuarto hijo, volvió a vivir solo. Nueva dirección en Huddinge. El mismo jefe, pero sus impuestos comenzaron a disminuir en la misma proporción que aumentaron las compensaciones de la seguridad social.

Empezó a empinar el codo en serio, pensó Johansson con esa lucidez que a veces producen en sus víctimas las secuelas de la profesión de policía. Su pareja lo echa a la calle. ¿Y qué hace él? ¿Vuelve a ponerse en contacto con Erika? ¿Está tan mal que va a buscarla a Bromma, a esa casa grande y bonita donde trabaja?

Un año más tarde debió de ocurrir algo más dramático. Sus ingresos se redujeron a más de la mitad, pero en esa ocasión no hubo compensación de la seguridad social.

En cuanto lo leyó, Johansson cogió el teléfono y llamó a su antiguo colega el comisario Hermansson de la policía judicial de Estocolmo.

—Soy Johansson —se presentó.

—Hola, jefe. Hola, Lars. ¿Va todo bien? Así lo espero.

—De primera, Herman —mintió Johansson.

—¿Qué puedo hacer por el caballero? —preguntó Hermansson.

—Quiero que me localices a alguien. Se llama Högberg, Tommy Rickard, nacido en 1956...

—Un segundo, voy a ponerme delante del trasto. Vale, te escucho.

—Högberg, Tommy Rickard, número de identidad y fecha de nacimiento cincuenta y

seis cero dos dieciséis, cero cinco tres nueve. Última dirección conocida...

—Lo he encontrado —interrumpió Hermansson—. Vive en Flempan. En Diagonalvägen 14, Flemingsberg.

—Cuéntame —dijo Johansson.

—Algunas cosillas, la mayor parte basura, la verdad. Parece que tiene dificultades para respetar las normas. La primera entrada es por conducir bajo los efectos del alcohol en 1983, la última en 2006 por el mismo motivo. Junto con otra por conducir sin permiso. Ya en el 96 le quitaron el carnet.

—¿Nada posterior? Es decir, después del 2006.

—No —dijo Hermansson—. El tipo debe de estar cansado y desgastado. Esa vida exige a un hombre a la altura. Por lo visto se le dio la jubilación anticipada el mismo año que cumplió cincuenta, o sea en 2006.

—¿Nada sustancial?

—Más o menos —respondió Hermansson—. Tiene una condena de seis meses de prisión por robo con agravantes en el 87, pero el resto es basura más que nada, como he dicho ya. Tres entradas por conducción bajo los efectos del alcohol, algunas por conducción indebida, un intento de fraude a la compañía de seguros, que está sobreseído. Violencia contra la autoridad, sobreseído también. Me suena como que lo echaron del bar. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí, ahora haz el favor de contarme.

—¿Consta en el registro de ADN?

—No —respondió Hermansson—. Pero sí está fichado. Después del robo del año 87. Y yo, como te he dicho, me muero de curiosidad.

—Luego hablaremos de eso —replicó Johansson—. Mira lo que puedes conseguir, ya hablaremos.

Después, a pesar de las protestas de Hermansson, acabó la conversación. Se levantó del sofá sin hacer demasiado ruido y entró en la oscura cocina para ver cómo iba su almuerzo.

Matilda estaba hablando por teléfono y no lo oyó entrar. Sonaba indignada. Johansson se quedó escuchando a escondidas, otra de sus muchas secuelas profesionales.

—Sí, pero no es mi problema. Prometiste que me lo devolverías el jueves como

máximo. Te estás portando de pena. De hecho, tengo un alquiler que no puedo pagar, que lo sepas.

Novio, novia, mejor amigo, pensó Johansson. Luego carraspeó, en un tono no demasiado alto. Matilda bajó el tono de voz. Se puso de espaldas a la puerta de la cocina.

—Que lo sepas —repitió.

Apagó el móvil y se lo metió en el bolsillo.

—Discúlpame —le pidió Matilda—. La comida estará enseguida.

—¿Novio? ¿Novia? —Johansson sonrió amablemente y asintió con la cabeza.

—La loca de mi madre —aclaró Matilda—. Está como una cabra. Me desquicia por completo.

—Espero que no —dijo Johansson—. Podría estar en riesgo mi salud. Tengo hambre. ¿Qué vamos a comer?

—Pollo cocido con cuscús y ensalada. Lo he aderezado con algo saludable que creo que va a gustarte. También hay una pequeña sorpresa. ¿Quieres sentarte aquí o quieres que te prepare una bandeja?

—Aquí —dijo Johansson señalando la mesa de la cocina—. A partir de ahora nos sentaremos aquí cuando comamos en esta casa —añadió. Una sorpresa, pensó.

Tarde del martes, 27 de julio de 2010

Pia habló con el cardiólogo y luego se lo dijo a Matilda. Delante de él, sobre la mesa, estaba la sorpresa. Una copa de vino tinto de Burdeos. Johansson primero se acercó la copa y olió el contenido con cuidado. Huele así cuando no se ha bebido ni una gota en casi un mes, pensó. A continuación saboreó el vino, sintiendo la misma paz que solo podían darle las diminutas pastillas blancas, pero esta vez surgió inmediatamente.

—No más de dos copas —advirtió Matilda—. En este punto resulta muy fuerte. Dos copas está bien, tres ni hablar.

—Tendremos que buscar copas más grandes —dijo Johansson. Sonrió y la levantó hacia ella—. Por cierto, cambiando de tema: ¿dónde vives?

—En Hägersten, dos habitaciones y cocina, de alquiler, sin chico. ¿Por qué lo preguntas?

—Luego hablaremos de eso —respondió Johansson—. ¿Qué alquiler se paga por algo así? ¿Dos mil al mes?

—¿Te estás quedando conmigo? —dijo Matilda—. Probablemente si vives en Laponia. Yo tengo que apoquinar seis mil al mes. ¿Qué pagas tú, por cierto?

—Esta casa no es de alquiler —aclaró Johansson.

—De eso ya me había dado cuenta —dijo Matilda entornando los ojos—. No estoy tan mal del coco. Entonces ¿cuánto cuesta la cuota mensual?

—Nada en realidad. La sociedad cooperativa dispone de una serie de locales comerciales en alquiler que funcionan bien. Los socios no tienen que pagar ninguna cuota.

—Qué injusta es la vida —dijo Matilda.

—¿Cuánto ganas tú?

—Trece mil al mes, neto. ¿Y tú? Aunque tal vez sea un secreto.

—Honestamente, no lo sé. Pia es la encargada de ese tema.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Oí parte de tu conversación —admitió Johansson.

—No se debe escuchar a escondidas.

—Lo sé —dijo Johansson—. Es una antigua deformación profesional que tengo.

—Ya lo sé, a mí también me gusta escuchar a escondidas —dijo mirándolo fascinada.

—¿Por dónde iba? —dijo Johansson. ¿Por dónde iba?, pensó.

—Mi alquiler, lo que gano, que escuchas a escondidas las conversaciones de otros —respondió Matilda.

—Exactamente —dijo Johansson—. El día 25 cobraste, anteayer. Y le prestaste dinero a tu madre, que prometió devolvértelo inmediatamente para que pudieras pagar tu alquiler a finales de julio. Quedan cuatro días pero ahora no te lo puede devolver y no tienes suficiente para tu alquiler. Una curiosidad: ¿cuánto le prestaste?

—Lo suficiente para que ahora no pueda pagar el alquiler.

—¿Ocurre eso a menudo, que le prestas dinero y no lo devuelve como corresponde?

—Déjalo —dijo Matilda sacudiendo la cabeza—. En realidad tú no tienes nada que ver en esto.

—Supongo que habrá ocurrido antes —comentó Johansson. Seguramente con demasiada frecuencia, pensó.

—Puedes suponer lo que quieras, pero en realidad esto no es asunto tuyo.

—Siempre y cuando no ponga en riesgo mi salud —dijo Johansson sonriéndole—. Cuando necesites un préstamo me lo dices. —Vaya asco de madre, pensó.

—Si te pido dinero prestado me despedirán. Además, no quiero que me prestes dinero, que lo sepas.

—Avísame si cambias de opinión —dijo Johansson encogiéndose de hombros.

Cuando terminó de comer, y después de relamerse con las últimas preciosas gotas de su segunda copa, le dijo a Matilda que trajera el café. Luego fue directamente a su escondite secreto, cogió su bolsa de emergencia con cierta dificultad y extrajo seis billetes de mil, los dobló y los metió en el bolsillo de la chaqueta de ella, que estaba colgada en el guardarropa.

—¿Dónde has ido? —preguntó Matilda cuando entró con la bandeja en el despacho.

—Al váter —dijo Johansson sonriendo con satisfacción—. Debe de ser todo el vino tinto que me he bebido.

—Seguramente —convino Matilda—. Di basta —añadió echando leche caliente en la taza de café.

—Basta —dijo Johansson—. Ahora, si me disculpas, tengo que hacer una llamada telefónica.

Luego llamó a Erika Brännström. Una persona muy reacia. Primero le dijo quién era y de lo que quería hablar, de un asesinato de hacía veinticinco años, el de Yasmine, la vecina de nueve años de Margaretha Sagerlied. Inmediatamente, ella lo interrumpió.

—Sé muy bien quién eres. Axel, Axel Linderöth me ha llamado para decirme que seguramente llamarías. Incluso te vi en la tele hace un montón de años. Sé muy bien quién eres, pero no entiendo por qué quieres hablar conmigo.

—De Yasmine, como te he dicho —repitió Johansson—. Eres la única persona que conozco que la vio.

—¿Y sus padres?

—No puedo acceder a ellos. Se marcharon de Suecia hace más de veinte años.

—Sí, pero sigo sin entender. No creo que la haya visto más de diez, como mucho veinte veces, y de eso hace como mínimo veinticinco años.

—Tienes dos hijas que eran de su misma edad. Creo que es motivo suficiente para que mantengamos una conversación —dijo Johansson. Además, tus hijas viven, pensó Johansson. Son mujeres adultas que ya habrán cumplido los treinta, aparte de todo lo demás, pensó.

—Esta tarde tengo lavandería —objetó ella.

—No hay ningún problema —dijo Johansson—. Puedo ir yo. ¿Digamos dentro de una hora?

—Llama antes de llegar —dijo ella—. Prométeme que llamarás antes de llegar.

Por fin, pensó al finalizar la conversación. Hay que ver lo que cuesta decidirse a ayudar a la policía.

—Matilda —gritó.

—Jefe —dijo Matilda, que debía de estar apoyada en la puerta del despacho.

—Calienta los motores del Batmóvil. Nos vamos a investigar. —Debe de ser el vino, pensó. Ni dolor de cabeza ni presión en el pecho, ni siquiera euforia. Solo tranquilidad y decisión. Como el que acepta lo que hay, odia las casualidades y no complica las cosas innecesariamente.

Tarde del martes, 27 de julio de 2010

Essinge Brogata, edificio construido en la década de los treinta, ascensor, un pequeño apartamento de dos habitaciones en lo más alto del bloque. Dos habitaciones y cocina con una pequeña alcoba al lado del comedor. Seguramente es donde duerme Erika, pensó. Y sus hijas debían de compartir una de las dos habitaciones. El mismo apartamento al que se mudó hace casi treinta años y donde crecieron sus hijas. En el que vivieron con su madre hasta seguir sus propias vidas. No tenía necesidad de preguntar. Por el mobiliario y todo lo que había en el suelo, techo y paredes, comprendió que ella había pasado allí los últimos veintisiete años de su vida. Una vida austera, una vida laboriosa, ordenada, limpia, pero con márgenes estrechos y sin el más mínimo espacio para frivolidades materiales.

Como ella misma. Se conservaba bien. Cuerpo esbelto, ojos despiertos, fuertes, manos curtidas, las manos de una mujer trabajadora que seguramente fue muy bonita en su juventud. Con fuerza al andar, con sueños de futuro que podían verse en la sonrisa y en los ojos. Aunque aún tiene buen aspecto, pensó Johansson, que acababa de sentir una punzada en la conciencia sin entender realmente el motivo. También había preparado café. Sin preguntarle siquiera si tal vez hubiera preferido té. Así somos los verdaderos nortños, pensó Johansson, mientras alguien o algo le tocaba el corazón herido.

—¿Azúcar y leche? —Eso sí se lo preguntó.

—Solo está bien —dijo Johansson.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó.

—Comencemos por el principio —dijo Johansson—. Cuando empezaste a trabajar en casa de Margaretha Sagerlied.

Primavera de 1983. Su pareja la había abandonado por una mujer más joven. Una compañera suya del hospital de Huddinge. Once años más joven que ella, era una niña y

ya estaba embarazada de él. Ella ya se lo había imaginado todo sin tener que preguntárselo. Había oído sus mentiras, había soportado sus berrinches y su cargo de conciencia.

El jefe de Erika en Huddinge fue quien se encargó de todas las cuestiones prácticas. Jefe de servicio, amante de la ópera, rico, aparte de su elevado sueldo, como todos los nacidos en cuna de oro. Lo del apartamento de Lilla Essingen lo arregló él. Era propiedad de un buen amigo suyo. Lo consiguió sin que ella tuviera que pagar alquiler, a cambio de que limpiara la entrada y las escaleras una vez a la semana y cambiara las bombillas si era necesario. El nuevo trabajo en el hospital de Sankt Görán se lo había conseguido él de un día para otro llamando a un amigo y colega. El trabajo en casa de Margaretha Sagerlied también. Un amigo cercano de él y de su mujer.

—Naturalmente, te estarás preguntando si estaba liada con él —dijo Erika Brännström.

—No —repuso Johansson—. ¿Era así?

—No. Solo era una buena persona. Uno de esos que hacen que soportes al resto de los hombres que no son como él. Además, me doblaba la edad.

¿Qué tiene que ver eso?, pensó Johansson, que tenía una mujer veinte años más joven que él.

—¿Qué hacías en casa de la Sagerlied? —dijo Johansson. De norteño a norteño, pensó.

—Limpiaba, fregaba, lavaba, cuidaba la casa y el jardín. Compraba la comida. Ayudaba cuando tenía invitados en casa.

—¿Cómo era ella? Me refiero como patrona.

—No era tacaña —reveló Erika Brännström—. Tacaña no era, la verdad, pero le encantaba hablar de sí misma. Si yo hubiera podido sentarme a escuchar sus historias a todas horas seguramente habría sido su dama de compañía y me habría librado de limpiar y lavar.

—¿Exigente?

—Había que hacerle zalamerías, darle la razón, y luego hacías lo que pensabas hacer al principio.

—¿Mala?

—No. Era egoísta, pero no era mala. Podía ser quisquillosa si la llevabas de un modo equivocado. Estaba sola, y quería parecer más fina de lo que era. Tampoco tenía hijos.

Hablaba de ello a menudo, por cierto. Decía que su carrera le había impedido tener hijos. Que era de lo que más se arrepentía. Que se había casado tarde y con un hombre bastante mayor que ella.

—¿Y a tus hijas? —quiso saber Johansson—. ¿Las conocía?

—Sí, las vio muchas veces —respondió Erika—. Cada vez que alguna de ellas tosía o estaba resfriada y no podían ir a la guardería. O los fines de semana y las tardes que la ayudaba a hacer algo y era mejor quedarnos a dormir en su casa. Supongo que tendrás hijos...

—Sí —dijo Johansson.

—Entonces sabrás bien lo que es ser padre de niños pequeños.

—Más o menos —dijo Johansson.

—Ya lo creo —afirmó Erika Brännström. Sonrió levemente y removi6 con la cuchara en la taza de café.

—¿Cómo te iba cuando tenías a las niñas contigo? Con la Sagerlied, quiero decir.

—Me iba de maravilla —repuso Erika—. Adoraban a la señora Margaretha. Tocaban el piano y cantaban y hacían teatro y se disfrazaban y Dios sabe qué. Yo era la que tenía que poner límites. Ella las mimaba. Les hacía regalos demasiado caros. Se las llevaba a NK en Navidad y cuando cumplían años, y cosas así.

—¿Y tu pareja? —dijo Johansson—. Tu ex pareja —corrigió—. ¿Conoció a Margaretha?

De repente se ha puesto alerta, pensó.

—No, nunca. Aunque sé por qué lo preguntas.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Eres policía, a estas alturas lo sabes todo de él. Sé sincero, el verdadero motivo de que estés aquí es él, ¿no es verdad?

—No realmente —dijo Johansson—. Pensaba llegar a Yasmine enseguida, pero ya que entiendes por qué te pregunto por tu antigua pareja tal vez quieras decir algo de él.

—Sí, en realidad no tengo nada que ocultar. Tommy era un tarambana. Bebía demasiado. Lo hacía ya antes de conocernos, y por entonces acababa de cumplir dieciocho años. Yo era una chica de campo y seguramente una presa fácil, a pesar de ser unos años mayor que él.

—¿Bebía demasiado?

—Era un juerguista y le gustaban demasiado las mujeres. Estoy bastante segura de que

andaba con otras mientras vivía conmigo. Poco a poco empezó a tener problemas graves con el alcohol, pero para entonces yo me había llevado ya a las niñas y lo había abandonado.

—¿No hubo ningún intento de contacto por su parte?

—No, los primeros años apenas dio señales de vida. Hablé con él varias veces por teléfono sobre la manutención, pero fue inútil. Tuve que acudir a un abogado para que me dieran un adelanto del subsidio. Así evité tener que llamarlo y discutir, y mejor así. Era un tarambana, bebía demasiado, como he dicho, pero no tenía maldad. Por supuesto yo estaba al tanto de todas las historias en las que estaba implicado. Sé que incluso estuvo en la cárcel un tiempo. Estuvo implicado en un lío de un robo que hubo en su trabajo.

—¿Y con sus hijas? ¿No quería tener contacto con ellas?

—Cuando mi sucesora, que es como yo la veía, le pidió que se largara, empezó a querer verlas. Pero nunca funcionó. Prometía cosas todo el tiempo, pero nunca resultaban como él decía. Solo un montón de promesas incumplidas y mucho llanto y dos niñas tristes. Cuando fueron mayores intentaron ponerse en contacto con su padre. Naturalmente, tampoco funcionó. Creo que no lo han visto en los últimos diez años. Tommy era un niño. Un niño que bebía. Nunca maduró.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—A solas lo vi una vez después de dejarlo en el 83. Fue unos años después. Apareció por mi trabajo en el Sankt Görn. Me pidió dinero prestado. Se lo di. Algunos billetes de cien. Por supuesto, nunca me lo devolvió.

—¿Y por lo demás? —dijo Johansson—. ¿Con el abogado? ¿Con los servicios sociales? Debéis de haber mantenido algún tipo de contacto de algún modo.

—Tal vez media docena de veces en todos esos años. Una vez él y yo solos. Aquella vez que fue a mi trabajo para que le prestara dinero. Y fui tan tonta que se lo di.

—Ah, sí —dijo Johansson. Qué cabrón, pensó.

—Entiendo por dónde vas —aseguró Erika Brännström—. Pero si crees que Tommy tuvo algo que ver con la muerte de Yasmine estás completamente equivocado. Tommy nunca haría algo así. Así de simple. A Tommy le interesaban las chicas adultas, las mujeres, y a ellas les interesaba demasiado él. Tenían que ser bonitas, alegres y sin remilgos. No era de los que les leía cuentos por las noches.

—Te creo —dijo Johansson—. Otra cosa: ¿qué hiciste en junio del 85, cuando

asesinaron a Yasmine?

—Entonces fue cuando por fin tuve tiempo de tomarme unas vacaciones en condiciones. Por primera vez en varios años. Margaretha iba a estar fuera con una amiga en su casa de verano. En cuanto la mayor terminó las clases me fui con las niñas a casa de mis padres. Estuvimos allí todo el verano. No volvimos hasta mediados de agosto, a tiempo para el comienzo de las clases. La menor, Jessica, empezaba primero ese otoño.

—¿No te llamaron mis colegas para hablar contigo?

—No, ¿por qué iban a hacerlo? Sé que hablaron con Margaretha, porque ella me lo dijo, pero ¿por qué iban a querer hablar conmigo?

—Ya, entiendo —convino Johansson—. Esto... Yasmine. Háblame de ella.

Yasmine se fue a vivir a la casa que estaba en la parte más alta de la calle la primavera después de que ella empezara a trabajar para Margaretha Sagerlied. Junto con su padre y su nueva pareja. Enseguida empezó a corretear por la casa de Margaretha como por la suya.

—Era bonita, muy bonita, una niña encantadora, espabilada, alegre, un auténtico espectáculo. Y bastante mimada también. Así que entre ella y Margaretha hubo amor a primera vista. Su padre tampoco estaba mal, por así decirlo.

—¿Cómo era él?

—Grande y fuerte, en buena forma. Moreno. Realmente guapo. Y además era médico. A Margaretha le caía muy bien. En varias ocasiones invitó a él y a su nueva pareja a sus fiestas. Ella también era doctora. Sé que la primera vez que los vi juntos, es decir, al padre de Yasmine y a su nueva pareja, fue en una fiesta en casa de Margaretha. Recuerdo que entonces se me pasó por la cabeza preguntarme cuánto tiempo iba a durar aquella relación.

—¿Eso pensaste?

—Él era como un imán. Todas las mujeres, independientemente de su edad, se habrían acercado a hablar con él. Todas.

—¿No importaba que fuera inmigrante, de Irán?

—No, en realidad Margaretha no era así. Al contrario. Ni tampoco ninguno de sus amigos. El padre de Yasmine era como una variante del sha, más alto, más joven y más guapo. ¿Quién no querría ser como Farah Diba? Yo tampoco habría dicho que no.

—¿No lo habrías hecho?

—No, pero como no me lo pidió, no tuve que planteármelo. No creo que fuera el tipo de persona que tiene trato con el servicio. Era encantador y amable, pero por lo demás no creo que tuviera en mente a alguien como yo.

—¿Conocía Yasmine a tus hijas?

—Es algo en lo que he pensado a veces —dijo Erika—. Cuando ocurrió lo pensé. No se conocían. Tal vez se vieron y se saludaron alguna vez, pero nunca jugaron juntas. Teniendo en cuenta lo que ocurrió me alegré de ello. Así me libré de una serie de preguntas molestas, por así decirlo.

—Ya... ¡Qué hijo de perra! —exclamó Johansson—. ¿Qué clase de persona puede hacerle algo así a una niña?

—Creía que la gente como tú lo sabría —dijo Erika asombrada—. ¿No es tu trabajo saber esas cosas?

—Sí —reconoció Johansson—. Pero entender a alguien así es algo distinto.

—Comprendo lo que quieres decir —dijo Erika—. Por eso no tienes que preocuparte por el padre de Karolina y Jessica.

Ya en el otoño de 1985, Margaretha Sagerlied decidió al parecer vender la casa y mudarse de allí.

—Tengo entendido que se vendió la primavera del 86 —dijo Johansson—. Aproximadamente nueve meses después del asesinato. ¿Sabes por qué quiso mudarse de repente? —Ya está otra vez, pensó. Alerta. En guardia, con toda claridad.

—Bueno, no sé si fue tan de repente. Se mudó casi un año después.

—Ya —dijo Johansson—. Una casa así no se vende al momento. Además, tengo entendido que la empresa inmobiliaria empezó a enseñarla ya en otoño.

—A mí no me parece que sea tan raro —dijo Erika Brännström—. Hacía tiempo que hablaba de eso, que la casa era demasiado grande para ella, que estaba haciéndose vieja, que quería mudarse a la capital y que pensaba comprarse un apartamento pequeño en Östermalm para estar cerca de todo.

—¿La casa era demasiado grande? —Una casa que era su propio museo, pensó Johansson. El monumento a su vida. De eso nada, pensó.

—Sí, llevaba bastante tiempo hablando de ello. Ya lo creo.

—¿No crees que pudo haberle influido lo que le sucedió a Yasmine? Ella correteaba

por allí como por su casa. Teniendo en cuenta lo que ocurrió no debían de ser recuerdos agradables. —¿Por qué me mientes?, pensó.

—No —dijo Erika Brännström sacudiendo la cabeza—. Comprendo lo que quieres decir, pero al menos no era algo de lo que ella hablara.

—Tengo entendido que tú la ayudaste con la mudanza, la limpieza y demás.

—Sí —dijo Erika—. Compró un apartamento en Östermalm. En Riddargatan. La ayudé también cuando se mudó allí.

—¿Y después?

—¿A qué te refieres?

—¿Mantuvisteis el contacto? ¿Quería que siguieras ayudándola?

—No —dijo Erika Brännström—. Una razón por la que quería mudarse a un sitio más pequeño era evitarse eso. Luego enfermó. Tenía cáncer. Estuvo bastante tiempo enferma, y al final murió solo unos años después de mudarse. Hablamos por teléfono algunas veces, pero eso fue todo.

—¿Te llamó ella o la llamaste tú? —¿Por qué me mientes?, pensó. ¿A quién intentas proteger?

—Ambas cosas. Yo la llamé y ella me llamó.

—Otra cosa —dijo Johansson—. Sus amistades. Tengo entendido que se relacionaba más que nada con gente de su edad. Con los que procedían de su mismo ambiente.

—Sí —dijo Erika—. A excepción de algún que otro vecino, como Axel y su mujer y el padre de Yasmine y su pareja. Hijos de sus viejos amigos. Adultos, obviamente, pero podían tener treinta, cuarenta o así. Los más jóvenes.

—Una pregunta directa —dijo Johansson—. ¿Había algún conocido masculino que estuviera cerca de ella? De alrededor de treinta años. ¿Alguien a quien viera con regularidad?

—¿Qué quieres decir? ¿Que si estaba con algún hombre más joven?

—No, no quiero decir eso —replicó Johansson—. Alguien que ella conociera bien, que tal vez la ayudaba. Algún pariente, algún conocido, el hijo de alguno de sus amigos. —¿Por qué te haces la tonta?, pensó.

—No —respondió Erika Brännström sacudiendo la cabeza—. No lo había. Y si hubiera habido alguno yo lo sabría, naturalmente.

—Por supuesto —dijo Johansson sonriendo—. A tus hijas les ha ido bien, por lo que sé. Y esta vez es más una afirmación que una pregunta.

—Sí —admitió la madre—. Les ha ido bien. Están casadas las dos, tienen trabajo e hijos. ¿Y tú cómo lo sabes? Mis dos yernos son hombres completamente normales y buenos, por si te interesa.

—Por supuesto —dijo Johansson—. Dado que sus esposas han tenido una madre como tú, me refiero.

—Bueno. No siempre ha sido fácil —dijo Erika.

—Me lo imagino —dijo Johansson—. En fin, ¿algo más de lo que debiéramos hablar? ¿Nada que se te ocurra? —Ahora tienes otra oportunidad, pensó Johansson. Aprovéchala, mujer, así no tendré que hacerte daño innecesariamente, pensó.

—No —dijo Erika Brännström—. Además, tengo bastante ropa sucia y ya va siendo hora de que me encargue de ella.

Esperó hasta que estuvieron de pie en el pequeño recibidor y ella fue a abrirle la puerta. Entonces metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la pequeña bolsa de plástico con el pasador del pelo. Se lo tendió a ella. A pesar de que prácticamente se lo estaba entregando, ella no lo cogió.

—Por cierto —dijo Johansson—. Una cosa más. ¿No reconoces esto?

—No —dijo Erika—. Veo que se trata de un pasador, pero no pertenece a ninguna de mis hijas.

—¿Estás segura? —insistió Johansson.

—Sí, completamente, y no quiero parecer grosera, pero...

—Piénsatelo —dijo Johansson—. Tienes mi número. Piénsatelo. Llámame si cambias de idea —añadió él inclinando la cabeza.

Estaba asustada, con ojos temerosos. No se había sobresaltado. No replicó ni se enfadó como lo habría hecho si lo que él acababa de decir fuera falso o simplemente una acusación injusta. Me pregunto dónde lo encontraste, pensó Johansson cuando iba bajando en el ascensor. Debió de ser más o menos cuando echaste en falta también una sábana y una funda de almohada, y tal vez una almohada también, pensó. En algún momento a comienzos del otoño de 1985, cuando estabas haciendo la limpieza después de las vacaciones de verano.

Miércoles, 28 de julio de 2010

Más o menos al mismo tiempo que el mejor amigo de Johansson se ponía el bañador y se daba un baño nocturno en el océano Índico, él se cayó de cabeza en casa, en su propio despacho, y estuvo a punto de romperse la crisma. Pero antes de eso ocurrieron otras cosas.

Cuando Matilda le sirvió el café matutino le dijo que quería hablar con él en privado.

—Hay algo que tengo que hablar contigo —dijo Matilda—. Si puede ser.

—Adelante —la animó Johansson sonriendo afablemente. Preparado para lo que sabía que venía.

—Ayer por la tarde, cuando llegué a casa, encontré seis billetes de mil en el bolsillo de la chaqueta. ¿Sabes algo de eso?

—No —dijo Johansson sacudiendo la cabeza—. No sé de qué hablas.

—Lo digo en serio —insistió Matilda—. No puedo aceptar dinero de nuestros pacientes. Ni regalos ni préstamos. Es por lo que...

—Basta de palabrería —interrumpió Johansson—. No tengo la más mínima idea de qué hablas.

—Eso ya lo veremos después —dijo Matilda.

—Me temo que para entonces no sabré más —dijo Johansson con una sonrisa enigmática.

—Lo hablaré con Pia, que lo sepa.

—Creo realmente que debes hacerlo —dijo Johansson—. Aunque me temo que no sepa mucho más que yo. —Mujeres, pensó—. Ahora tendrás que disculparme —añadió él—. Necesito un poco de paz y tranquilidad antes de que empieces a llevarme por ahí entre todas esas batas blancas.

—Sí, hoy vamos a ir también al cardiólogo —dijo Matilda—. Antes de la

fisioterapeuta.

—El cardiólogo —dijo Johansson—. Un verdadero honor para mí. —Mi propio neurólogo, mi propio cardiólogo, mi propia fisioterapeuta, mi propia niñera. Lo que me falta es una vida propia, pensó.

Primero la visita al cardiólogo, un hombre menudo y en buena forma física, de unos cincuenta años, calvo y de vivaces ojos castaños. La misma expresión en los ojos que la de las ardillas de su infancia antes de que él apretara el gatillo y se les apagara la luz en la cabeza. Además, su cardiólogo tenía el buen gusto de no girarla continuamente. Solo estaba ahí sentado, con una sonrisa amable mientras le auscultaba el pecho, pulmones y corazón, examinaba la copia de su electrocardiograma o simplemente lo miraba a él en general.

—Así están las cosas —manifestó Johansson. Y es mejor hablarlo claro, pensó—. He sido policía toda mi vida. Estoy más que acostumbrado a las respuestas claras, y cansado de toda la mierda que decís tú y tus colegas. Quiero saber cómo estoy, y te lo pregunto porque yo mismo creo que estoy fatal. Que sepas que tampoco soy especialmente quejica. Así que dame una respuesta clara, solo eso.

—De acuerdo —dijo el cardiólogo—. Tu corazón ha sufrido golpes muy duros durante muchos años —explicó—. Los valores son malos. Lo que más me preocupa es la presión arterial. Tenemos que bajarla. Mediante medicación, pero también debes perder peso, mejorar tu estado físico y tomarte las cosas con mucha más tranquilidad. Debes dejar de estresarte, de preocuparte, dejar de alterarte. ¿Es suficientemente directo?

—Sí —dijo Johansson—. ¿Hay algún aspecto práctico que tenga que poner en orden, por si acaso?

—Si haces lo que te digo, tendrás que esperar para hacer un testamento nuevo.

—Bien —dijo Johansson. Esto es lo que hay, pensó. Habrá que aceptarlo si no hay otra opción.

Después de concluir la sesión de rehabilitación le hizo la misma pregunta a la fisioterapeuta.

—Mira este brazo —dijo Johansson.

Después levantó el brazo derecho hacia delante, abrió y cerró la mano, estiró el dedo índice derecho.

—Dentro de un mes comienza la caza del alce —dijo Johansson—. He cazado alces desde que era pequeño. ¿Podré volver a cazar alguna vez con este brazo? ¿A sujetar una escopeta? ¿A disparar con el dedo índice? Ahora apenas tengo sensibilidad en los dedos y ni siquiera puedo sostener el periódico.

—Llevará su tiempo —admitió ella.

—¿Qué significa eso? —dijo Johansson—. ¿Un año? ¿Cinco años? ¿Nunca?

—Es imposible contestar a eso, pero, como te he dicho antes, no puedes pensar de ese modo porque entonces...

—Gracias —interrumpió Johansson—. Estoy hasta las narices, que lo sepas, de todos los que me dicen cómo debo pensar. —Y que no son capaces de pensar, se dijo a sí mismo.

¿Qué sentido tiene una vida que solo consiste en contar los días hasta que acabe?, pensó Johansson mientras iba sentado en el coche de camino a casa. ¿Qué vida es esa?

—Disculpa si parezco pesada —dice Matilda—, pero se trata de ese dinero.

—Sí, eres pesadísima —contesta Johansson—. Y yo me siento como una mierda, así que si eres capaz de cerrar el pico quiero que me lleves a casa. Si no lo haces, podemos detenernos aquí para que pueda llamar y pedir un taxi.

—Perdona —dice Matilda—. Perdona, no era mi intención.

Acabas de hacer infeliz a otra persona, piensa Johansson.

—¿Qué sentido tiene una vida que solo consiste en contar los días hasta el fin? ¿Qué puta vida es esa?

—Pronto estarás mejor —contesta Matilda. Le da unos golpecitos en el brazo—. Pronto estarás otra vez como de costumbre. Te lo prometo.

Almorzó solo, recostado en el sofá. No quería ni pensar en sentarse en una silla al lado de su niñera particular. Nada de vino tampoco. Cuando ella le preguntó, solo sacudió la cabeza.

El dolor de cabeza, la opresión en el pecho. No puedo aguantarlo, pensó Johansson, y se levantó del sofá para ir al cuarto de baño y tomarse un pequeño comprimido blanco que pudiera alejarlo de aquello. Solo había dado un paso cuando, de repente, el suelo osciló, las piernas se le doblaron, las paredes empezaron a girar, agitó el brazo derecho

intentando en vano encontrar algo a lo que agarrarse y cayó de plano sobre el costado, a la vez que se le oscurecía todo ante los ojos.

—No te muevas —dijo Matilda, que estaba arrodillada delante de él. ¿Cómo ha llegado hasta ahí?, pensó Johansson—. ¿Puedes oírme? ¿Puedes mover las piernas? Trata de encogerlas. Voy a pedir ayuda —añadió.

—Que no, joder, ni se te ocurra —protestó Johansson—. Mejor ayúdame a subir al sofá.

—No debes moverte —dijo Matilda. Apoyó la mano izquierda en su pecho, a la vez que cogía el móvil con la derecha—. Voy a llamar a Pia —dijo—. Quédate tranquilo.

—Ni se te ocurra —dijo Johansson. Luego le dio un empujón con la mano izquierda—. Si la llamas te mato —amenazó.

Matilda no dijo nada, solo sacudió la cabeza, salió del despacho y cerró la puerta.

Johansson tardó unos cinco minutos en trepar al sofá, que estaba a pocos metros, y cuando por fin logró tumbarse entró su hermano mayor.

—Almuerzo en el Gondolen. Me ha llamado Pia. ¿Qué coño pasa? —preguntó Evert, que no era amigo de andarse por las ramas en momentos serios.

—No pasa nada en absoluto —dijo Johansson—. Simplemente me he caído.

—No digas chorradas —espetó Evert, y en ese mismo instante volvió a entrar Matilda en la habitación.

—Creo que se levantó demasiado rápido, le bajó la presión arterial, se mareó y resbaló. No creo que...

—Y tú cierra el pico y sal de aquí para que pueda hablar con mi hermano tranquilamente —ordenó Evert señalándola con toda la mano.

Cuando Evert señala con toda la mano, Fantomas se caga de miedo, pensó Johansson, que de repente estaba muy animado sin saber por qué, a pesar del dolor en el pecho y el costado.

Evert acercó una silla y se sentó.

—¿Quieres un vaso de agua? —preguntó.

—Dame un coñac —dijo Johansson—. Uno grande.

—Por supuesto —dijo Evert asintiendo con gesto de aprobación—. Por supuesto que te lo pongo. Yo me serviré un whisky.

Luego estuvieron hablando. Con tranquilidad, de hombre a hombre, de hermano mayor a hermano menor, mientras Evert daba pequeños sorbos a su whisky y Johansson a su coñac.

—Como comprenderás, no puedes estar así —dijo Evert.

—Imagínate —repuso Johansson—. De hecho, ya lo he pensado. Todas las propuestas son bienvenidas —añadió.

—Te prestaré a nuestro chico para todo. Lo traeré aquí para que te ayude. El que trabaja para mí y mi mujer en la casa de la granja.

—¿El chico para todo?

—Sí —dijo Evert—. No creo que sea muy conveniente que te mates aquí de un golpe, en tu propio apartamento.

—¿Y qué defecto tiene ese chico para todo? —inquirió Johansson.

—No tiene ningún defecto —dijo Evert sacudiendo la cabeza—. Es alto y fuerte, no tiene un pelo de tonto y hace lo que se le dice.

—¿Ni un solo defecto?

—No —dijo Evert con una amplia sonrisa—. A veces, cuando lo he invitado a vodka, suele dar la lata con que quiere ser policía, pero por lo demás es completamente normal.

—Pero ¿y tú? —interrumpió Johansson—. ¿No lo necesitas en tu casa? —Con todos esos caballos y perros, la agricultura, el bosque y la caza, pensó.

—Ya me las arreglaré —resopló Evert—. En este momento al que tenemos que poner en orden es a ti.

—Sin duda —dijo Johansson—. Eres muy amable.

—Aquí tienes mi puño —dijo Evert—. Ya va siendo hora de que te vayas animando. Solo queda un mes para la caza del alce.

—Por la caza del alce —dijo Johansson levantando la copa.

Noche del miércoles, 28 de julio de 2010

Cena con Pia. Cenaron en la cocina. No pudieron hacerlo en la terraza porque estaba lloviendo, algo totalmente acorde con su estado de ánimo.

—¿Cómo te encuentras? —dijo Pia—. Hoy has estado a punto de matarme de un susto, ¿sabes?

Ella le acarició la mano, que descansaba fláccida sobre el mantel.

—Yo no he hecho eso en absoluto —replicó Johansson cabreándose enseguida por lo que había dicho ella—. Le dije a esa pequeña cabrona tatuada que no te llamara, pero no me hizo ni puto caso. Le pedí que me ayudara a volver a subir al sofá, pero tampoco me hizo ni puto caso.

—Comprenderás que tenía que hacerlo. Tenía que llamar. Estaba preocupada.

—No, no lo entiendo. Te he oído, pero no opino como tú y estoy hasta las narices de todos los que opinan y piensan por mí. Incluida tú, por cierto.

—Lo estás pasando mal —afirmó Pia—. Lo comprendo, pero también debes comprender que solo queremos ayudarte.

Esto es absurdo, pensó él. La ira iba cediendo. El cansancio la apartaba a empujones.

—He hablado con tu hermano —dijo Pia—. Creo que ha tenido una idea excelente. Yo también me quedaría mucho más tranquila. Cada vez hay más que hacer en el trabajo, ahora que la gente vuelve de las vacaciones, y pienso que podría quedarse en el cuarto de invitados por el momento.

—Me alegro de que estéis de acuerdo —repuso Johansson.

—Ahora creo que no estás siendo razonable, Lars —dijo Pia—. Por cierto, he hablado con el médico que ha venido a verte. No hay nada roto, pero tienes un esguince y una fuerte contusión. Debes tener cuidado al levantarte. Si lo haces demasiado rápido puedes marearte y caer.

Esto no puede ser verdad, pensó Johansson.

—Hay una cosa que me pregunto —dijo Johansson—. Estoy tremendamente cansado. Se me ocurre que todo esto se puede deber a que me siento tremendamente exhausto. ¿Crees que puedo irme a la cama?

Sonrisa forzada de ella. La mano que acariciaba la de él se detuvo.

—Claro que sí —convino Pia—. Lo sabes bien. Te ayudaré.

—No —dijo Johansson—. No lo vas a hacer, joder. Voy a acostarme solo. Me lavaré, me cepillaré los dientes, me tomaré todas las jodidas pastillas y después me tiraré yo mismo a la basura. Puedo hacerlo yo solo —añadió.

La miró. Ella había dejado de sonreír. Había retirado la mano.

Luego hizo todo lo que había dicho. Por último se tomó otro comprimido blanco y un somnífero. Se durmió en cuanto puso la cabeza en la almohada, a pesar del dolor en el costado y de que respiraba con dificultad.

Mañana del jueves, 29 de julio de 2010

En cuanto abrió los ojos por la mañana, Johansson decidió recuperar su vida. Se despertó antes de las seis, como solía hacer antes de caerse y saborear su propia mortalidad. Fue al cuarto de baño cojeando, se duchó, se afeitó, se cepilló los dientes, tomó las medicinas, se bebió dos vasos de agua, se puso el albornoz, recogió el periódico matutino, volvió cojeando a su despacho, se tumbó en el sofá y se puso a leer el periódico. El dolor de cabeza apareció enseguida, y acababa de tirar el periódico a un lado cuando entró Pia y le preguntó si quería el desayuno. Él se limitó a negar con la cabeza. Tenía los ojos cerrados y no podía ofrecerle mejor momento para la reconciliación. Al menos, no si quería volver a ser el de antes. Sin embargo, ella simplemente salió del despacho.

Luego debió de quedarse dormido y la siguiente imagen que recordaba era oír a su mujer hablando de pie en el pasillo con Matilda, antes de entrar en la habitación, inclinarse sobre él, pasarle los dedos por la mejilla izquierda y susurrarle:

—Cuídate, cariño. Nos veremos por la tarde. —Luego salió, oyó el portazo y nada más. Más cabreada que preocupada, pensó, y luego seguramente volvió a dormirse.

Después, allí estaba Matilda. Sonriendo contenta, como si el día anterior ya no existiera.

—Hay que levantarse, jefe —dijo Matilda—. Vamos a la fisioterapeuta.

—¿A qué te refieres con «vamos»? —inquirió Johansson sacudiendo la cabeza—. Ve tú —dijo—. Yo me abstengo. Pregúntale si puede hacer algo por esos tatuajes. ¿Quién sabe? Tal vez puedas quitártelos haciendo ejercicio.

—No seas tonto —dijo Matilda. Incluso inclinó la cabeza, como solía hacer su neuróloga particular en cuanto él no cumplía sus expectativas.

—Pensaba dar un paseo por Djurgården —anunció Johansson—. Luego iré a almorzar al restaurante. Si quieres llevarme, perfecto. Si no, pediré un taxi.

—Vale —dijo ella encogiéndose de hombros—. Te llevaré. Avísame cuando estés listo.

Johansson se vistió con esmero. Pantalones blancos de lino, camisa azul de lino, chaqueta amarilla de lino. Siguiendo su estado de ánimo y ese sol que brillaba a través de la ventana. Se tomó su tiempo, mientras Matilda esperaba sentada en el salón mirando el reloj cuando él pasaba por su lado sin hacerle el menor caso. Dispuesto a avanzar las líneas del frente de combate un poco más. Si quieren tener un niño lo tendrán, pensó.

—Puedes tomártelo con calma —dijo Johansson—. Tengo que llamar por teléfono antes de salir.

Luego cogió el teléfono y llamó a Hermansson.

—Al habla Johansson. Hay algunas cosas que quiero que hagas.

—Te escucho, jefe —dijo el comisario Hermansson. Tres años de jubilado se esfumaron al oír el tono de voz de Johansson.

—¿Cómo va con lo de Högberg?

—He hecho muchas indagaciones. Los muchachos de investigación también han sacado algunas fotos recientes. No parece estar demasiado espabilado. Las sacaron anoche cuando salía del bar de su barrio. Bastante perjudicado, por decirlo así.

—Ya —dijo Johansson—. Lo que seguramente importe una mierda, teniendo en cuenta los veinticinco años que han pasado. La cuestión es qué aspecto tenía en aquella época. Encárgate de adjuntar las antiguas fotos dactiloscópicas.

—Por supuesto —dijo Hermansson—. Patrik iba a llevártelas en cuanto termine su turno. Perfil bajo, ya sabes. Intento que todo quede dentro de la familia.

—¿A qué te refieres con perfil bajo? —quiso saber Johansson.

—Bueno —dijo Hermansson—. Es un caso que ya ha prescrito. Tenemos que hacerlo con discreción, por decirlo así.

—¿Qué tonterías son esas, joder? —espetó Johansson—. Envía a alguien que pueda hacerle las pruebas a ese cabrón. Si es como dices, a estas horas estará durmiendo. Solo habrá que llamar a su puerta. Todo lo que necesitamos es su ADN.

—Ya, te entiendo, jefe —dijo Hermansson—. Déjame pensarlo. De todos modos estamos hablando de un caso prescrito y no me gustaría tener al defensor del pueblo detrás de mí.

—Entonces olvídale —dijo Johansson—. Llamaré a otro.

—Espera, jefe. Lars, joder, no nos pongamos así. Hace tiempo que nos conocemos.

—A veces me preocupas, Herman —afirmó Johansson—. Si fuera Högberg el que acabó con Yasmine, no creerás que fue la última vez que hizo algo así. ¿Verdad?

—No —dijo Hermansson—. Te he entendido. Me las arreglaré para que le hagan la prueba inmediatamente, sea como sea.

—Envía a tu yerno —propuso Johansson—. Seguramente él lo arreglará en un momento. Si se niega a abrir la boca, que le meta el bastoncillo por la nariz.

—Así lo haremos —convino Hermansson.

—Bien —dijo Johansson—. Después quiero que pidas prioridad en el laboratorio.

—Espera, espera un momento —dijo Hermansson—. Hablé con ellos ayer por otro asunto, una investigación de asesinato reciente que tenemos en la judicial provincial. Dos rusos muertos a tiros y arrojados al puerto de Biskopsudden. Como muy pronto dentro de tres semanas, eso fue lo que dijeron.

—¿Quién es el jefe del laboratorio? —preguntó Johansson.

—Es esa mujer, la que en tus tiempos era directora general de la policía nacional.

—Bien —dijo Johansson—. Llámala y salúdala de mi parte. Dile que lo quiero inmediatamente, como máximo seis horas después de que tengan la prueba.

—Desde luego —dijo Hermansson—. Te he entendido. Me encargaré de que se haga.

—Excelente —dijo Johansson—. Espero ver a tu yerno pronto.

Luego se metió el móvil en el bolsillo superior de la chaqueta, cogió el bastón con el taco de goma y salió al pasillo cojeando. Matilda estaba sentada esperándolo. Sonreía levemente.

—El primer día de tu nueva vida —dijo ella sacudiendo la cabeza—. ¿Adónde quieres ir?

—Si te limitas a conducir y cerrar el pico, yo me encargaré de que tengas toda la información necesaria por el camino —dijo Johansson. *Back on the road again*, pensó.

Johansson le indicó el camino, señalando con la mano izquierda sobre la marcha, por Slussen, a través del puente de Skeppsbron y Gamla Stan, por delante del Grand Hotell, por Strandvägskajen, pasando la embajada de Estados Unidos y la torre de Kaknäs, atravesando el puente del canal de Djurgårdsbrunn. Sol brillante, cielo azul, nubes

blancas, ligeras como el plumón de un eider en época de apareamiento, el mismo tipo de plumón que sirvió para asfixiar a una niña de nueve años. Estocolmo en su momento más hermoso, mostrando su mejor lado al observador.

—Para aquí —ordenó Johansson.

No hubo objeción esta vez. Ella simplemente detuvo el coche, sin decir nada.

—Pensaba volver al centro dando un paseo —dijo Johansson—. Nos veremos en ese restaurante que hay debajo del funicular que sube al Skansen —añadió. ¿Cómo coño se llamaba?, pensó. De repente se le había ido, a pesar de que había estado allí comiendo más de un centenar de veces en aquella época en la que su vida era como de costumbre.

—Ulla Winbladh —aclaró Matilda.

—Exacto —dijo Johansson—. Nos veremos en el Ulla Winbladh. Dentro de una hora más o menos.

Primero solo lo miró. Después asintió.

—Vale —dijo Matilda—. Nos vemos en el Ulla Winbladh.

Luego arrancó el coche y se marchó.

Al principio estaba animado, no había cuestas complicadas, simplemente fue caminando a lo largo del canal, solo y a su ritmo. Después de un cuarto de hora sintió cierta debilidad. Entonces se sentó en un banco, se secó el sudor de la frente y respiró profundamente con los ojos cerrados mientras sentía bajar la presión sanguínea. Después de un rato se levantó para continuar, lentamente, con cuidado, para que la presión pudiera acompañarse a su ritmo y no se cayera de bruces sin más.

Después de otro cuarto de hora ya casi había llegado a la mitad. Respiraba mejor, sudaba menos. Nuevo banco, momento de descanso, y lo único que echaba de menos era un termo de café y un buen bocadillo de salchichón. Tal vez el roce del aire de septiembre en las mejillas y en la barbilla. Un tronco para sentarse, el panorama del río allá en su hogar y la cabeza áspera de un perro de Jämtland que acaba de divisar un alce.

Vives, Lars Martin, pensó Johansson al entrar en el restaurante a tiempo.

—¿Qué tal la trucha a la parrilla con ensalada tibia? —propuso Matilda, que estaba ya inclinada sobre el menú.

—No seré yo el que te lo impida —dijo Johansson—. Para mí pediré carne de cerdo frita con buñuelos de patata, una cerveza checa bien fría y un vodka grande.

Tarde del jueves, 29 de julio de 2010

Al llegar a casa se tumbó en el sofá del despacho y le dijo a Matilda que le trajera una taza de café y una botella de agua mineral. Hacía tiempo que no se sentía tan espabilado. No le dolía la cabeza ni tenía opresión en el pecho. Es mejor aprovechar, pensó Johansson cogiendo el sobre marrón que le había dado Ulrika Stenholm unos días antes. Pesaba bastante para alguien a quien le habían dicho que se tranquilizara y no se estresara.

Una serie de programas de conciertos en los que había actuado Margaretha Sagerlied.

Concierto de Navidad en la iglesia de Bromma. Repertorio estándar, decidió Johansson sin saber mucho en especial sobre el tema.

Concierto parroquial en la iglesia de Spånga. Al parecer, un repertorio más variado, pensó Johansson sin saber tampoco mucho en especial de eso.

Mozart en la Ópera de Drottningholm. Debe de ser un teatro muy conocido, pensó Johansson, a pesar de que nunca había puesto un pie en ese lugar.

Media docena de fotos, algo más útil para alguien como él, que de repente se encontró con la cara de una serie de personas a las que no conocía, con las que nunca había hablado y a las que ni siquiera había visto en foto.

Un retrato firmado de Margaretha Sagerlied. Una Margaretha joven y muy bonita, tomada en 1951 según el sello del estudio fotográfico del reverso, y la única explicación de que fuera a parar a la casa del padre de Ulrika Stenholm varios años después debió de ser que ella se la diera a él. O más concretamente a él y a su mujer, pensó Johansson. Medio perfil sobre fondo oscuro, la cabeza hacia atrás, los ojos entornados, una sonrisa casi arrogante y una expresión dramática que, medio siglo después, se había perdido por completo. Carmen, pensó Johansson. ¿Así se veía a sí misma?

Otra foto. «Fiesta del cangrejo en 1970, en casa de Margaretha y Johan», leyó Johansson en la parte de atrás. «Nuestro anfitrión Johan, mi querida esposa Louise,

nuestra encantadora anfitriona Margaretha y yo», leyó en las líneas de abajo. Al parecer lo escribió el pastor, pensó Johansson. Dos hombres en esmoquin que flanqueaban a dos señoras vestidas de fiesta, todos con gorros con dibujos de cangrejos, anchas copas de champán de la época y caras alegres. Me pregunto quién haría las fotos. Da igual, pensó, ya que incluso el fotógrafo, si es que se trataba de un hombre, debía de ser demasiado viejo quince años después.

A la derecha de la foto un hombre de más de setenta años, calvo, rostro enrojecido, alto y grueso, gesto amable. A su lado una mujer que aparentaba la mitad de años que él y podría haber sido hermana gemela de la neuróloga de Johansson. Y la anfitriona, encantadora, aparentando diez años menos de los cincuenta y seis que tenía cuando se hizo la foto. La cabeza más alta que la de la madre de Ulrika Stenholm, mirando con una sonrisa radiante y levantando la copa hacia la cámara mientras pasaba el brazo izquierdo alrededor de la cintura del caballero a su izquierda. El padre párroco, pensó Johansson. Delgado, calvo, cara despejada de facciones regulares, sonrisa amable, casi algo tímida. Una persona sensata y buena, a juzgar por el aspecto. Tal vez levemente avergonzado por el brazo que le rodeaba la cintura, pensó Johansson, y dejó la foto en el mismo instante en que empezaba a sonar el móvil.

—Al habla Johansson —dijo. Desde que estaba jubilado casi siempre contestaba con su apellido en vez de limitarse a gruñir a los que llamaban.

—Hola, Lars —dijo su cuñado—. Soy Alf. Espero que vaya todo bien.

—Con dolores constantes —dijo Johansson. Porque ¿quién querría mentirle a alguien como Alf Hult?, pensó—. ¿Cómo va lo de nuestra cantante de ópera y ese viejo carnicero con el que estaba casada?

—Precisamente iba a hablarte de eso.

—Cuenta —dijo Johansson—. Te escucho.

Ninguno de los dos tuvo hijos, según toda la información pública que había sobre ese asunto, y precisamente esa vez, hasta Alf Hult opinaba que, de hecho, así fue.

—Ningún hijo de tapadillo —dijo Johansson.

—No todas las familias pueden permitirse esas cosas —comentó Alf Hult con un discreto carraspeo.

—Entonces... ¿no hay otros? —dijo Johansson—. Hombres jóvenes en edad apropiada, sobrinos, hijos de primos y Dios sabe qué.

Tampoco los había, según su cuñado. Ni Johan Nilsson ni la señora Margaretha Sagerlied habían tenido hermanos.

—Johan Nilsson era la tercera generación de comerciantes de carne —dijo Alf Hult—. Nació en 1895, murió en 1980. Su padre, el mayorista Anders Gustaf Nilsson, nació en 1870 y su hijo Johan era hijo único. Además, su padre, Anders Gustaf, murió en 1959. Su abuelo paterno en cambio, el tratante de ganado Erik Johan Nilsson, nacido en 1848, tuvo un montón de hijos. Ocho, si he contado bien, tres chicos y cinco chicas, pero parece que ninguno de ellos dejó descendientes masculinos en edad apropiada.

—¿Y ella? —preguntó Johansson—. Ella, la Sagerlied.

—También con ella es prácticamente lo mismo, era hija única —afirmó Alf Hult—. Su apellido de soltera era Svensson, el padre era peletero en Estocolmo y la madre ama de casa. Clase media baja, como se decía por entonces. Aunque temo desilusionarte, parece que la cosa está igual de mal por ese lado. Ningún pariente masculino más cercano y más joven. Margaretha Sagerlied, de soltera Margaretha Svensson; se cambió el apellido en 1937, cuando tenía veintitrés años. Fue dos años antes de conseguir empleo fijo en la Ópera de Estocolmo.

—Buen trabajo —dijo Johansson con cierto entusiasmo.

—Sí —asintió su cuñado—. No sabes los problemas que pueden causar esos cambios de nombre a personas como yo. Podría contarte historias de mi época en la entidad tributaria que pondrían los pelos de punta incluso a un hombre de tu preparación.

—Estoy convencido de ello —afirmó Johansson. ¿Qué hacemos ahora?, pensó.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Alf Hult.

—Tendremos que cavar más profundo —dijo Johansson, que acababa de decidirse.

—Tal vez la persona que buscas no sea ni siquiera un pariente —dijo Alf Hult—. Si es que lo hay, quiero decir.

—No es necesario que lo sea —replicó Johansson.

—Si hay alguien lo encontraremos con toda seguridad —dijo Alf Hult—. Así que por eso no desesperes.

—Por supuesto —manifestó Johansson. Si es que lo hay, pensó cuando acabó la conversación.

O si simplemente es tan sencillo como que te has equivocado en todo, porque tienes un coágulo en la cabeza, a pesar de que en realidad lo que tienes mal es el corazón, pensó.

Luego se quedó dormido en el sofá. Se despertó cuando Matilda, que estaba inclinada sobre él, le tocó levemente el hombro.

—Tienes visita —anunció—. Es un policía. Dice que tiene un montón de papeles que entregarte.

—Tendrá algún nombre —dijo Johansson.

—A mí no me lo ha dado —dijo Matilda. Sonrió al decirlo.

—Entonces ¿cómo sabes que no miente? —dijo Johansson. Patrik Åkesson, Patdos, pensó.

—Lo lleva escrito en la frente —dijo Matilda sonriéndole—. Igual que tú y tu mejor amigo, ese grandullón que parece un lobo.

No lo lleva escrito en la frente, pensó Johansson. Lo lleva en los ojos. Igual que todos los policías de verdad. Como su mejor amigo, como él mismo, como todos los antiguos colegas que eran igual que él y Jarnebring. Esa expresión amable, expectante, que solo significa que si no te comportas como es debido vas a ir de culo. Que te pondrá las esposas, te mandará callar, te dará una patada en el trasero. O algo peor aún, por si acaso.

—Siéntate —dijo Johansson—. Le he dicho a la chica que nos traiga una taza de café.

—Suena bien —afirmó Patrik Åkesson.

—Cuenta, Patdos —dijo Johansson—. Informa a este anciano. ¿Has encontrado algo acerca del borrachín de Högberg?

—Esta mañana me llamó mi suegro para meterme prisa —dijo Patdos, con una sonrisa elocuente.

—Me lo imagino.

—Así que ya tenemos la muestra de Högberg, Tommy Rickard —añadió—. Los colegas y yo pasábamos por allí y le hemos hecho una visita —dijo sonriendo y encogiendo los hombros.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —quiso saber Johansson.

—No puso ninguna objeción —dijo Patdos—. Fue muy complaciente. Se le veía algo cansado, tal vez, se quedaría hasta tarde la noche anterior, pero cuando lo sacudimos para que despertara no hubo ningún problema. Mi suegro iba a enviar la prueba al laboratorio inmediatamente. Dijo que tendríamos respuesta mañana como máximo.

—Me lo imagino —gruñó Johansson—. ¿Tienes una foto suya?

—Claro —asintió Patdos. Hurgó entre sus papeles y le dio una foto de la ficha policial de 1987 tomada en la judicial de Estocolmo en relación con el arresto de Tommy Högberg como sospechoso de delito de robo con agravantes. De frente, de perfil derecho e izquierdo y sonriendo a la cámara, a pesar de las circunstancias.

Pelo oscuro y rizado, facciones regulares, dientes blancos, amplia sonrisa. Tommy Högberg el seductor, pensó Johansson.

—¿Qué dices, jefe? ¿Es él? —preguntó Patdos señalando con curiosidad la foto que tenía Johansson en la mano.

—Lo dudo —admitió Johansson sacudiendo la cabeza. Demasiado flojo, sin demasiadas luces a juzgar por los ojos, pensó—. Ya se verá —añadió Johansson encogiéndose de hombros. Muy pronto, pensó.

—Si es él iré con gusto a buscarlo —dijo Patrik Åkesson, y en sus ojos había una expresión que no presagiaba nada bueno para Tommy Högberg.

—Ha prescrito —dijo Johansson—. No es nada fácil —agregó, y por alguna razón sonó igual que el suegro de Patdos, el comisario Hermansson de la policía judicial provincial de Estocolmo.

—Seguramente se habrá metido en otras mierdas parecidas —dijo Patdos—. Esos tipos no suelen tener nunca bastante —dijo con repentina vehemencia—. Ya se nos ocurrirá algo. Solo tienes que coger el teléfono e iré a buscarlo. Le arrancaré los brazos y las piernas en cuanto empiece a quejarse.

Vaya, pensó Johansson. ¿A quién le he oído decir eso antes?

—¿Hay algo que quieras decirme? —inquirió Johansson.

—¿Te ha comentado algo Herman? ¿Te ha dicho algo mi suegro?

—No —dijo Johansson—. Pero te escucharé con mucho gusto.

—Nuestra hija menor, Lovisa, iba a esa guardería de Tullinge. Entonces vivíamos allí. Hace cuatro años. Seguramente lo leíste en los periódicos. Hubo una movida de narices en los medios de comunicación, a pesar de que los socialistas intentaron taparlo.

—No me suena —dijo Johansson—. Cuenta. —Alguien ha debido de hacerme una buena limpieza en el cerebro, pensó.

—Contrataron en prácticas a un tipo para que se formara como maestro de jardín de infancia. Solo llevaba un par de meses trabajando allí cuando se dieron cuenta de que solía...

Patrik Åkesson se quedó en silencio, tragó saliva, y se inclinó hacia delante en la silla

con las manos colgando entre las piernas mientras separaba y juntaba las rodillas.

—Molestar a los niños —dijo Johansson.

—Enseñarles la polla, decirles que se la tocaran mientras los manoseaba. En la guardería. Aprovechaba cuando los ayudaba a ir al baño y sin que ni una sola de todas las demás cuidadoras de mierda tuviera ni idea de lo que hacía ese cabrón. Hasta que la directora lo pilló con el culo al aire. Después de tres meses, aunque seguramente empezó el primer día. Cabronazo de mierda.

—Tu hija... —dijo Johansson.

—No —dijo Patdos—. Lovisa no. A ese pequeño hijo de puta solo le interesaban los niños. Así que Lovisa no... Era un perverso de los otros, afortunadamente. Esa vez fue de los otros.

—No debió de ser fácil —comentó Johansson. Tuvo que haber sido un infierno, pensó.

—No —admitió Patdos—. No es fácil tener que llevar a una niña de cuatro años a un control ginecológico. Por no hablar de las horas que tuvo que pasar hablando con un montón de psicólogos moviendo y removiendo la cabeza de la pobre cría.

—Ya se verá —dijo Johansson—. Y si fuera él, sin duda encontraremos algo.

—Y si no encontráramos nada ahora, puede que al final encontremos algo de todos modos —apostilló Patrik Åkesson—. Por cierto, creo que no voy a tomar café. Espero que el jefe me disculpe —se excusó, levantándose.

—Desde luego —dijo Johansson—. Cuídate —añadió—. Y por si acaso, no quiero que se te ocurra hacer ninguna tontería.

—Te lo prometo, jefe —dijo Patrik Åkesson—. Te lo prometo —repitió—. Te doy mi palabra.

Por la tarde, después de cenar con Pia, cuando estaba a solas con sus pensamientos en el sofá del despacho, sonó el teléfono. Alf, el viejo luchador, el Einstein de la investigación de archivos, lo ha encontrado, pensó Johansson.

—Al habla Johansson.

—Soy Herman —dijo el comisario Hermansson—. Espero no haberte despertado.

—No —dijo Johansson—. ¿Lo tienes? —preguntó. Este no es ningún Einstein que digamos, pensó.

—Lo siento —repuso Hermansson—. Han llamado del laboratorio hace un momento.

Ningún resultado de Tommy Högberg en relación con el caso de Yasmine. Ni con ningún otro caso, por cierto.

—Entiendo —dijo Johansson, y por alguna razón le vino a la memoria Erika Brännström.

—La próxima vez lo atraparás —dijo Hermansson.

—Sí —convino Johansson. Por supuesto que lo haré, pensó. Me pregunto a qué le tiene miedo, pensó. Una mujer nortea hacendosa, con las manos curtidas por el trabajo duro. Dos hijas a las que les ha ido bien en la vida. No como a Yasmine, que tendría la misma edad que ellas si viviera y a la que seguramente le habría ido mejor. Al menos en el sentido material.

—Promete que me lo dirás —dijo Hermansson—. Que seré el primero en saberlo.

—Por supuesto —dijo Johansson—. Seguimos en contacto.

De todos modos, cuando lo encuentre no pienso decírselo ni a tu yerno ni a ti, se dijo mientras dejaba a un lado el teléfono, que volvió a sonar al cabo de unos segundos.

—¿Sí? —dijo Johansson. Otro que quiere arrancarle a alguien los brazos y las piernas, pensó.

—Soy Evert —gruñó este—. Tu hermano mayor, no sé si te acuerdas de él.

—¿Y qué quieres? —Evert debió de arrancar montones de brazos y piernas en sus tiempos, pensó Johansson. Montones, solamente en el parque del pueblo de Kramfors, se dijo.

—El chico para todo llegará el sábado —anunció Evert—. Aunque ya lo he arreglado todo con Pia, así que no necesitas preocuparte de eso.

—Entonces ¿para qué llamas?

—Se me olvidó decirte algo —dijo Evert.

—¿De qué se trata?

—Pues de ese muchacho, del chico para todo.

—Vaya —dijo Johansson. Sabía que había algo raro, pensó—. Te escucho —añadió.

—Es ruso —dijo Evert.

—Es ruso —repitió Johansson—. ¿Habla algo de sueco? —Evert me ha enviado a un puto ruso, pensó.

—Claro que sí —replicó Evert—. Lleva ya casi quince años viviendo aquí.

—¿Qué edad tiene?

—Nació en el 87, llegó a Suecia cuando era pequeño. Creo que tenía diez años. Antes

estuvo en un orfanato en San Petersburgo y no creo que lo pasara demasiado bien en semejante sitio.

—Pero ¿tú respondes de él?

—Por supuesto —dijo Evert—. Es un buen muchacho, no es ningún malcriado, a diferencia de mis hijos.

—¿Cómo es? Me refiero a su modo de ser. ¿Cómo lo describirías como persona?

—Como yo —respondió Evert—. Es un buen tipo. Como yo.

—Tendrá algún nombre —dijo Johansson. Ya tengo mi propio Evert Júnior, pensó. Lo único que me faltaba era que me diera un derrame cerebral.

—Maxim, Maxim Makárov. Como el jugador de hockey sobre hielo, ya sabes. Ese pedazo de lanzador que tuvieron en su día nuestros muchachos de Tre Kronor. Lo llaman Max, o también Mackan.

—Serguéi —dijo Johansson—. El jugador de hockey. Se llamaba Serguéi Makárov.

—¿Quién sabe? Tal vez sea su padre —soltó Evert aguantándose la risa.

—¿Algo más?

—No —dijo Evert—. Ah, sí, por cierto, una cosa más. Te llevará el coche nuevo. El mismo que el anterior, pero con cambio automático.

—Gracias —dijo Johansson. Un Evert Júnior totalmente privado, que además iba a vivir en casa con él y Pia. En la casa que hasta hacía poco era su refugio. ¿Qué coño está pasando?, pensó.

Mañana del viernes, 30 de julio de 2010

—¿Tienes tiempo? —preguntó Matilda—. Hay algo que pienso que podríamos aclarar antes de ir a la fisioterapeuta.

—Naturalmente —dijo Johansson dejando el periódico a un lado. Mejor, pensó, porque en cuanto intentaba leer empezaba a dolerle la cabeza.

—Se trata de ese Joseph Simon que me pediste que buscara en la red —explicó Matilda.

—¿Has encontrado algo? —quiso saber Johansson.

—Un montón de cosas —dijo Matilda—. Hay muchísimo.

—Intenta resumirlo —pidió Johansson.

—De acuerdo —dijo Matilda—. Nació en el 51 en Teherán. Llegó a Suecia como refugiado en el 79, con su mujer y una hija pequeña. Entonces se llamaba Josef Ermegan. Había estudiado medicina. Trabajó como investigador y médico en el instituto Karolinska en Solna. Ciudadano sueco desde el 85. Se separó el mismo año. Pasó a llamarse Joseph Simon al año siguiente. Dejó Suecia en el 90 y se marchó a Estados Unidos. Ya tenía permiso de residencia antes de subir al avión. Allí se hizo ciudadano estadounidense en el 95 y parece que no es muy normal que la cosa vaya tan rápido. Especialmente ahora, después del 11 de septiembre, aunque esto fue antes, claro. Pero supongo que todo eso ya lo sabías, ¿no?

—Sí —admitió Johansson—. Lo que me pregunto es qué ocurrió después —añadió. Piense lo que piense, ella no tiene ni un pelo de tonta, aunque lo parezca, se dijo.

—Hay tres cosas que llaman la atención —dijo Matilda.

—Te escucho —dijo Johansson.

—La primera es que, según parece, es inmensamente rico. *I repeat* —dijo sonriendo—. Inmensamente rico. Es un pez gordo, realmente gordo, de la industria farmacéutica. Posee y controla muchas empresas farmacéuticas e incluso varias empresas TIC de ese

sector. Recientemente ha vendido una que había desarrollado un nuevo software que les permitía ahorrarse una gran cantidad de animales cuando hacían experimentos. Todos esos ratones, ratas, conejos, chimpancés, gatos y chuchos, *you name it*, a los que sacrifican. ¿Tienes idea de cuántos animales de laboratorio se matan al año en la industria farmacéutica y las empresas de cosmética?

—No —dijo Johansson—. ¿Cuántos?

—Varios cientos de millones según ellos mismos, más de mil millones según otras fuentes independientes. Esa empresa, la que él vendió, había desarrollado un programa de simulación por ordenador con el que puede ahorrarse casi el veinte por ciento de todos los animales de laboratorio. No porque los conejos sean graciosos ni nada por el estilo, sino simplemente porque, antes de haber acabado con el conejito y poder tirarlo al cubo de la basura, hay que desembolsar un billete de cien.

—¿Cuánto le pagaron por la empresa? —preguntó Johansson.

—Uno coma siete mil millones de dólares. Cerca de trece mil millones de coronas suecas, así como así, simplemente. Cuando la puso en marcha siete años atrás solo invirtió algunos millones. De dólares en este caso.

—En otras palabras, que parece que ha ganado bastante dinero —observó Johansson.

—*You bet, Chief* —dijo Matilda—. *He's made a fucking lot of it*. Está también en esa lista. Desde hace un montón de años, por cierto.

—¿Qué lista? —preguntó Johansson.

—La lista de las quinientas personas más ricas del mundo.

—¿Cuánto dinero tiene? —quiso saber Johansson.

—El año pasado su fortuna personal se estimaba entre unos doce mil a quince mil millones. De dólares, claro.

Date de golpes contra la pared, Evert, pensó Johansson. Si lo cambias en monedas suecas y en céntimos, hasta el tío Gilito se ahogaría en la bañera, pensó.

—¿Cuál es la segunda? —preguntó Johansson.

—La segunda es que parece que ha emprendido una especie de cruzada contra pederastas y *child molesters*, sí, ya sabes lo que quiere decir, ¿no? No sé cómo se dice en nuestro idioma, ¿corruptor de menores, tal vez?

—Entiendo —dijo Johansson—. ¿Y esa cruzada? ¿Cómo la lleva a cabo? Supongo que no irá por ahí abatiéndolos con una espada. —No es ninguna mala idea después de todo, pensó. Un gigante persa moreno con fez y cimitarra que, mil años después, hace

que tipos como John Ingvar Löfgren, Ulf Olsson y Anders Eklund prueben el sabor del hierro frío en sentido bíblico.

—Pues casi —repuso Matilda—. Al menos lo más cerca que se puede llegar.

—¿Cómo?

—De todos los modos posibles —dijo Matilda—. Creó una fundación en 1995, por cierto, llamada Yasmine's Memorial Foundation. Desde que se puso en marcha, él y su empresa han invertido cientos de millones en la fundación, me refiero a dólares.

Que se pueden desgravar, pensó Johansson. Tanto él como su empresa. Qué importaba, cuando eso también era *good for business* en el país donde vivía, y con toda seguridad mejor aún en el ramo en que trabajaba. ¿Qué importancia tiene eso ahora?, pensó. Joseph Simon vivía desde hacía veinticinco años completamente solo con ese fuego que le ardía sin cesar en el corazón y en la cabeza, y ahora podía permitirse el lujo de alimentarlo con todo el combustible que hiciera falta.

—Minucias para alguien como él —dijo Johansson—. Pero ¿qué hacen concretamente en esa fundación?

—Principalmente realizan campañas —explicó Matilda—. Ponen anuncios contra pederastas y corruptores de menores en todas partes, en la tele, en la radio, en la prensa, en internet, incluso en libros. Básicamente campañas políticas.

—¿Y cómo ha funcionado la cosa?

—Estupendamente —dijo Matilda—. Hoy en día, en Estados Unidos todos los que han sido condenados por delitos sexuales contra menores están obligados a facilitar su dirección a la policía en cuanto cambian de domicilio. Decir dónde trabajan y su número de teléfono, el número de matrícula de sus coches, con quiénes viven, sus parientes, hijos, las otras personas que viven con él, *you name it whatever*. Actualmente se aplica en casi todos los estados de la Unión. No importa si ya has cumplido la condena y has salido del trullo. O si solo tenías quince años y te condenaron por haber estado con una chica de catorce, y que fuera el loco de su padre quien hizo que te encerraran. Pero eso es solo el principio, solo una parte de todo el paquete.

—¿Qué más hay?

—La policía local puede decidir incluso dónde puedes estar y a quién puedes ver. No puedes estar cerca de jardines infantiles, guarderías, escuelas, piscinas, instalaciones deportivas a las que tengan acceso niños o jóvenes. O de cualquier otro sitio donde

tengas posibilidad de caer en la tentación. Puede bastar con que pases con el coche por una escuela dos veces una misma tarde para que te manden a la cárcel.

—¿Y la tercera? —inquirió Johansson—. ¿De qué se trata? —Aquí será igual dentro de poco, pensó. Aunque, por el momento, solo en internet y en los periódicos vespertinos. Y nadie parece inmutarse mucho.

—Él odia Suecia —dijo Matilda—. No hay ni una entrevista en la que no lance mierda contra Suecia. Ya sabes, las entrevistas tratan casi siempre de cosas completamente distintas, de sus negocios simplemente. No importa. Pero él siempre encuentra una ocasión para darle la vuelta y arremeter contra su antigua patria.

—¿Algo más? —dijo Johansson. ¿Cómo es que casi nunca nos enteramos de esas cosas aquí?, pensó.

—Te tengo preparadas unas veinte páginas —expuso Matilda.

—Las leeré con sumo interés —dijo Johansson. En cuanto me lo permita el dolor de cabeza, pensó.

—Y además está buenísimo —dijo Matilda.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Johansson.

—Está como un tren —dijo Matilda—. Ese hombre tiene unos sesenta. Aunque no aparenta más de cincuenta. Se parece a tu amigo. En el cuerpo. No en los ojos.

—No en los ojos —repitió Johansson.

—No es como un lobo —dijo Matilda sonriendo—. Es un tío que ha sufrido —especificó—. No es alguien que solo haya sacado provecho de todo. A muchas chicas nos gusta precisamente ese tipo. Tipos que han sufrido pero que siguen en pie. La verdad es que son los mejores.

—A ver, explícate —dijo Johansson, que había cumplido sesenta y siete, que nunca había tenido un aspecto especialmente bueno pero que había ido mejorando hasta hacía poco, apenas un mes—. ¿Qué quieres decir? —agregó.

—Tengo veintitrés años —dijo Matilda—. Si Joseph Simon me lo pidiera, si es el que parece ser y como aparenta ser por lo que escribe, y aunque no tuviera un céntimo en el bolsillo... ¡Uauuu!

—¿A qué te refieres? —dijo Johansson—. ¿Qué es eso de «Uauuu»?

—Me lo tiraría —aclaró Matilda—. Dejaría que me lo hiciera por detrás o como él quisiera.

—Eso harías —dijo Johansson. Lo que posiblemente explique tanto los tatuajes como

los aros, pensó.

—Sí —admitió Matilda—. Lo haría. Además tengo una pregunta —dijo señalando las cajas de cartón que había en el suelo del despacho.

—Sí, sí —dijo Johansson—. Te escucho —añadió. A pesar de que ya sabía lo que iba a preguntarle.

—Esa que está ahí en tus cajas es Yasmine, su hija, ¿verdad?

—Sí —dijo Johansson—. Es su hija, Yasmine. —Ella es la que vive ahora en las cajas de cartón que están en mi despacho, pensó Johansson. Y todo lo que he conseguido hasta ahora es que recuperara su pasador del pelo, pensó.

—Que tengas suerte —dijo Matilda—. Espero que cojas al que lo hizo. Y que, cuando sepas quién es, me lo digas —agregó.

—¿Por qué? —preguntó Johansson. Para que puedas arrancarle los brazos y las piernas o machacarlo, pensó.

—Para sacarle los ojos —dijo Matilda—. Solo clavarle las uñas y arrancárselos. Así, simplemente, plop, plop.

Tarde del viernes, 30 de julio de 2010

Cuando estaban en el coche, después de visitar a la fisioterapeuta, Johansson iba al principio en silencio pensando quién tenía en realidad la culpa. De quién era la culpa de que personas normales y amables, por lo general completamente normales y en apariencia decentes, fueran capaces de matar del modo más horrible a una persona a la que no conocían.

Si yo hubiera llevado esa investigación entonces, sin duda lo habría metido en la cárcel al cabo de un mes y, aunque no se pudiera haber hecho nada más, al menos se habría evitado todo lo demás, pensó Johansson. El asesino habría desaparecido en el olvido colectivo, igual que John Ingvar Löfgren, Ulf Olsson o Anders Eklund. Solo seguiría vivo en la cabeza de la gente cercana a sus víctimas y a la que tipos como Löfgren, Olsson y Eklund no pudieron matar tan fácilmente. Gente que, a pesar de todo, tuvo la oportunidad de seguir viviendo con su sufrimiento eterno. No como los demás, los que estábamos a una distancia suficiente como para poder olvidar y continuar. Pero fue Bäckstrom el que se encargó del caso y, como era de esperar, terminó exactamente como terminaba siempre que Bäckström hacía algo.

Aunque la culpa no fue solo de Bäckström, pensó. Probablemente fuera también de aquel jefe de policía chiflado. El que creía que podía ejercer de jefe de investigación, a pesar de no tener ni idea de por dónde coger un simple interrogatorio, y mucho menos cómo sacar de él algo que valiera la pena, pensó. O de aquel amigo suyo, el editor al que robaron y apalearon por invitar a su casa a la gente que no debía, y le quitaron la cartera y el viejo traje de noche de Rita Hayworth. Y al que, como guinda del pastel, le asignaron a Evert Bäckström para satisfacer sus exigencias de justicia terrenal.

Tampoco fue culpa de Ebbe, pensó Johansson. No era de extrañar que se lo contara a su mejor amigo, teniendo en cuenta el agravio que le había infligido Bäckström.

Y, en el peor de los casos, seguro que ni siquiera Bäckström tuvo la culpa, pensó. Peor

aún, la culpa podía ser de él mismo, de Johansson, por no haber logrado mantener el Cuerpo de Policía limpio de tipos como Evert Bäckström, el mismo Cuerpo que era su propia familia a pesar de algún que otro capullo como Evert. La misma organización de cuyo alto mando él formó parte durante los últimos veinte años de su época en la policía.

—Estoy pensando una cosa —dijo Johansson dirigiéndose a Matilda, su chófer.

—Te escucho, jefe —lo animó ella.

—Eso que has dicho... —dijo Johansson—. Que le arrancarías los ojos al que asesinó a Yasmine. ¿Lo harías de verdad? —Piénsalo bien, se dijo.

—¿Si hubiera sido mi hija? —preguntó Matilda—. ¿Si vosotros lo hubierais dejado escapar?

—Sí —dijo Johansson.

—En tal caso, lo haría —afirmó Matilda.

—Ya, te entiendo —dijo Johansson.

—Sé por qué lo preguntas —dijo Matilda.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Johansson.

—Porque creo que vas a encontrarlo —dijo Matilda—. En realidad, estoy bastante segura de que lo vas a hacer. Y tienes miedo de que yo averigüe quién era y que me den, pongamos, cien millones por decirle al padre cómo se llama y dónde vive.

—¿Lo harías? —dijo Johansson. Seguramente no serías la única, pensó.

—No —dijo Matilda sacudiendo la cabeza—. Ese es el límite. Si fuera mi hija no lo dudaría. Lo prometo, lo haría trizas. Pero lo otro no.

—¿Por qué no? —preguntó Johansson.

—Hay límites —dijo Matilda—. Deberías saberlo.

—Lo sé —dijo Johansson. Límites que nunca puedes sobrepasar, pensó. Que no lo puedes hacer porque entonces te conviertes en alguien peor que quienes son tan horribles que ni siquiera puedes matarlos.

—Asegúrate de que al menos le echen cadena perpetua —dijo Matilda—. Así podrás quedarte tranquilo y no preocuparte de gente como yo.

En cuanto llegó a casa llamó a un viejo amigo de su hermano Evert, al que Johansson conocía también, ya que solían cazar juntos. Un eminente periodista financiero que había seguido el mundo de los negocios durante cerca de cuarenta años, conocedor de casi

todo y de casi todos en el ámbito de la sociedad que conformaba su área de vigilancia, y que no se cortaba un pelo cuando había que dar una colleja de advertencia.

—Te llamo para hacerte una pregunta —dijo Johansson—. Espero no molestarte.

—Me alegro de saber de ti, Lars. Por supuesto que no. Tú nunca molestas. ¿Cómo te van las cosas?

—Estupendamente —mintió Johansson.

—Entonces nos veremos para la caza del alce, como de costumbre —comentó su buen amigo.

—Eso espero, de verdad —dijo Johansson—. Como te he dicho, hay algo que te quería preguntar —agregó.

—Pregunta lo que quieras.

—Joseph Simon —dijo Johansson—. ¿Lo conoces?

—Sí, podría incluso decir que lo conozco mejor que la mayoría. Lo conocí incluso en la época en que vivía en Suecia. De hecho, hice un reportaje sobre él a principios de la década de los ochenta. Él y su tío, que era catedrático en el Karolinska, tenían un negocio privado. Se dedicaban a analizar muestras de sangre, orina, heces, todo tipo de porquerías que les enviaba Salud Pública. Debió de ser hace treinta años.

—¿Y cómo les iba? —quiso saber Johansson.

—Excelentemente bien —dijo su compañero de caza—. De ahí mi interés y por lo tanto mi reportaje. Una simple salchicha de mierda puede valer su precio en oro, que lo sepas, si a alguien se le ocurre asegurar que contiene bacterias que no tienen que estar ahí. O cualquier otra cosa, o exceso de algo o falta de algo. Lo que sea.

—¿Cómo lo describirías? Me refiero a Simon —dijo Johansson—. Con una frase —añadió.

—¿Con una frase?

—Con una frase —insistió Johansson. No debe de ser tan difícil. Eres periodista, pensó.

—Con una frase... Entonces yo diría esto: si hay alguna persona en este mundo con la que no quiero enemistarme, quiero decir en serio, no me refiero a negocios sino a sentimientos y relaciones humanas, esa persona es Joseph Simon. Por nada del mundo.

—¿Qué podría ocurrir entonces? —dijo Johansson.

—Entonces seguramente podría matarme —dijo el compañero de caza de Johansson—. Supongo que sabes lo que le sucedió a Yasmine, su hija.

—Sí, claro que lo sé. Pero espera un momento —dijo Johansson—. ¿Quieres decir que sería capaz de matar incluso a alguien como yo?

—¿Quieres decir aunque hayas sido jefe de los servicios secretos y de la policía judicial central?

—Sí —confirmó Johansson.

—Si se comprobara que estás involucrado en el asesinato de su hija, por supuesto que lo haría. Aunque fueras el presidente de Estados Unidos, o al menos lo intentaría seriamente. Joseph es un hombre de inmensos recursos y, si quieres saberlo, es probable que algún que otro pederasta estadounidense haya llegado ya a esa dolorosa conclusión. Sin haber oído hablar nunca ni haber leído nada de su hija Yasmine. Ni de su padre.

—No me digas —comentó Johansson.

—He estado consultándolo en la red recientemente —aclaró el periodista—. La época en que prescribió el asesinato de Yasmine, y ahora con respecto a la abolición del tiempo de prescripción para los delitos. No sé si lo has leído, pero en el *Svenska* había un artículo de debate en el que comparaban el asesinato de Olof Palme con el asesinato de Yasmine. Que el crimen de Palme no va a prescribir nunca mientras que el de una niña como Yasmine ya lo ha hecho debido a que ocurrió tres semanas antes de que entrara en vigor la nueva ley. A pesar de que en su caso existen pruebas de ADN que pueden condenar a un agresor sin importar el tiempo que se tarde en encontrarlo. Quiero decir que, de todos los delitos, los que realmente preocupan a la gente corriente son sin duda los delitos sexuales contra niños. Al fin y al cabo, todos tenemos hijos.

—Sí, te entiendo —dijo Johansson. La suma de las pesadillas de todos los padres, pensó.

—Saqué una serie de datos importantes. ¿Sabes, por ejemplo, cuántos pederastas murieron asesinados en Estados Unidos el año pasado?

—No —dijo Johansson.

—Más de trescientos —reveló su compañero de caza—. Las cifras son del FBI, por si no lo sabías, así que no pueden haber sido obtenidas al azar. A esos asesinatos se les ha dado incluso un nombre propio: *Pedophile-Victim-related-Murders*, es como se los llama. Más de trescientos el último año. ¿Sabes cuántos de ellos se han resuelto hasta el momento? Es decir, que se haya procesado a los asesinos.

—No —respondió Johansson.

—Tres —dijo su amigo—. En uno de los casos, el autor fue absuelto por registro

ilegal. Era un *hillbilly* de los estados del Sur, y con un jurado de la zona. ¿Adivinas quién contrató un *million-dollar-lawyer* para ese chiflado? Pues sí, la fundación que creó Joseph en recuerdo de su hija.

Yasmine's Memorial Foundation, pensó Johansson.

—¿Y con el segundo caso? —preguntó—. ¿Qué ocurrió?

—Con este fue mucho más sencillo —aclaró el amigo—. El asesino era una antigua víctima. Así que obtuvo libertad condicional y vigilada. Le cortó el pito y se lo metió en la boca al pederasta, o sea, su víctima. Sucedió en Nueva York, por cierto, y allí en cualquier caso la justicia es relativamente fiable.

—¿Y el tercer caso?

—Hospitalizado en un centro psiquiátrico. Pero en ese caso ya se ha interpuesto recurso de apelación y aparentemente ha pasado a la instancia superior. El acusado está por el momento en libertad bajo fianza.

—¿Supongo que no irá el propio Joseph por las calles administrando justicia?

—¿Por qué iba a hacer eso? —dijo su buen amigo—. Él da mil millones al año, hablo de coronas suecas, a los que con mucho gusto lo harían de forma gratuita. O que incluso pagarían por ello, si les dieran simplemente un nombre y una dirección. A menudo son personas que ni siquiera han sido víctimas de abusos.

—Entiendo —comentó Johansson.

—Además, todo esto se produce en un momento muy oportuno. Los socialdemócratas suecos lo han convertido en un gran tema electoral ante las elecciones de este otoño. Que tengamos la misma legislación que en Estados Unidos, donde todos los datos sobre delincuentes sexuales y pederastas son de dominio público y están al alcance de todos. En Polonia se aprobó la ley el año pasado. En otra decena de países miembros de la UE, entre ellos Dinamarca, se está preparando una legislación similar.

—Ya entiendo —repuso Johansson. ¿Y de qué me sirve a mí eso?, pensó.

—Disculpa que sea un poco curioso —dijo el amigo—. Me resultaría difícil creer que tengas que ver lo más mínimo con el asesinato de su hija, pero tengo algo de curiosidad. ¿No será que tú y tus colegas habéis estado guardando en secreto el nombre del que lo hizo? ¿El que violó y estranguló a la pequeña Yasmine?

—No —atajó Johansson—. De verdad que no. Simplemente se me ocurrió revisar el caso cuando supe que ya había prescrito.

—Me alegro de oírlo —dijo su compañero de caza—. Me alegro de oírlo —repitió—.

Joseph daría su brazo derecho por saberlo. Podrías ser tan rico como tu hermano si simplemente le dieras el nombre del que lo hizo. Y si no se lo dieras, a saber lo que te haría si estuviera seguro de que sabías el nombre y no querías decírselo.

—Me importa una mierda —afirmó Johansson—. Nos veremos en la cacería.

Jodidos cabrones, pensó al terminar la conversación. Se cagan encima por lo más mínimo. ¿Qué es eso de matar al presidente de Estados Unidos? ¿Qué se creen, joder? ¿Se creen que pueden hacer lo que les dé la gana solo porque tienen algo de dinero? ¿Y qué coño te ha pasado en la cabeza?, pensó. ¿Por qué no puedes mantener el pico cerrado?

Tarde del viernes, 30 de julio de 2010

Por la tarde habló con Pia. Le hizo una pregunta directa. Una pregunta de hombre-a-mujer, de-hombre-mayor-a-mujer-veinte-años-más-joven, si se quiere.

—Estoy pensando una cosa —dijo Johansson—. Varias en realidad.

—Entonces has llegado al sitio adecuado, Lars —afirmó Pia sonriendo.

—¿Cuántos hombres adultos crees que hay que puedan mantener relaciones con un niño? Hablo de hombres normales y corrientes como yo, como Evert, como tu padre y tus hermanos, como cualquiera en general.

—Ninguno —dijo Pia sacudiendo la cabeza—. Si se trata de hombres normales. Ningún hombre ni ninguna persona normal mantiene relaciones sexuales con un niño.

—Te creo —aseveró Johansson—. Y no lo pregunto por mí. ¿Y si habláramos de todos los hombres en conjunto?

—Algún porcentaje tal vez —dijo Pia—. Uno de cada cien, uno de cada cincuenta, tal vez incluso uno de cada cuarenta. Suponiendo que habláramos de niños pequeños. No de niños de doce años, ni de niñas a las que empieza a crecerles el pecho y el vello entre las piernas. Que por lo demás es bastante fácil de afeitar con un poco de habilidad.

—Entonces ¿cuántos serán?

—Demasiados —opinó Pia—. Entra en internet y verificalo si no me crees —agregó—. Se ha comprobado que hay decenas de millones de visitantes semanales en esos sitios. Visitantes, no visitas, porque en tal caso serían cientos de millones.

—Ya lo he hecho —afirmó Johansson.

—Una pregunta —dijo Pia—. Esas cajas —añadió señalando las cajas de cartón que había en el despacho.

—Sí —dijo Johansson—. ¿Qué les pasa?

—Contienen la investigación del asesinato de Yasmine Ermegan, ¿verdad?

—Sí —dijo Johansson—. ¿Cómo lo sabes? —Que Yasmine vive ahí, pensó.

—He mirado el contenido, por supuesto. ¿Por quién me tomas?

—Vaya —dijo Johansson—. Así que lo has hecho.

—Solo espero que no te mate.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Johansson.

—Cuando lo encuentres —dijo Pia—. Porque estoy completamente segura de que vas a hacerlo. Espero que no te cueste otra apoplejía, o un infarto.

—No —dijo Johansson—. No debes preocuparte por eso.

—¿Qué planes tienes? —inquirió Pia—. Para cuando encuentres a una persona contra la que nada puedes hacer, ya que es demasiado tarde según una ley tan absurda que solo se puede ser abogado para que se te ocurra. Tan sumamente estúpida que cualquier persona que piense y sienta solo sacudiría la cabeza. *Pardon my french.*

—No tendré que mover ni un puto dedo —respondió Johansson. Cuando lo encuentre será demasiado tarde, pensó. Cuando lo encuentre, los demás van a hacerlo por mí.

Mañana del sábado, 31 de julio de 2010

—Lars —gritó Pia—. Lllaman a la puerta. ¿Podrías abrir?

—¿Por qué? —gritó Johansson desde el sofá donde estaba tendido leyendo el periódico y, por una vez, sin que le doliera la cabeza.

—Estoy en el lavabo —gritó Pia.

Creía que las directoras de banco no iban al lavabo, pensó Johansson. Luego se levantó con cierto esfuerzo y fue a abrir, cojeando y apoyándose en el bastón. Ni siquiera se detuvo a mirar antes por la mirilla, ya que últimamente le daba igual. En el peor de los casos tendría que propinar algún que otro bastonazo al ladrón ocasional.

—Me llamo Max —dijo Maxim Makárov—. Vengo de parte de tu hermano Evert.

Otro Evert Júnior, pensó Johansson. ¿Cómo coño se las habrá arreglado Evert para encontrarlo? Creía que esas cosas ya no pasaban, pensó.

—Adelante, Max —dijo Johansson—. Bienvenido. —Un Evert Júnior particular, pensó. Después de sesenta años te llega tu propio Evert Júnior y además se queda a vivir contigo y con tu mujer—. Adelante, Max —repitió Johansson, eufórico de repente, sin saber por qué.

Pia parecía estar encantada con su nuevo inquilino. En el almuerzo sirvió carne asada. Johansson se comió solo un filete con ensalada, mientras que Max se zampó un montón de patatas fritas con los tres que le sirvió, acompañados con bolitas de mantequilla de ajo de las que Pia preparaba. Johansson solo se bebió dos copas de vino tinto, teniendo en cuenta todo lo que se sirvieron los demás, casi a modo de compensación. Las suyas medidas al centilitro, y su mujer de espaldas mientras las servía. Dos copas de vino y una de agua mineral, mientras que Max se bebió al menos un litro de zumo de naranja recién exprimido. Va a devorar la casa, pensó.

—Te gusta la comida, ¿eh? —comentó Johansson con expresión inocente.

—Excelente —dijo Max mirando a Pia—. Gracias. Estaba muy rica.

—Si quieres más, dilo —dijo Johansson.

—Gracias —dijo Max—, pero...

—Hay postre también —interrumpió Pia, lanzando a su marido una mirada de advertencia—. He preparado macedonia de frutas.

Después del almuerzo, Johansson se acostó en el sofá del despacho mientras Max ayudaba a su mujer a retirar los restos de la comida. No solo tiene buen apetito, sino que al parecer también es divertido, pensó Johansson la segunda vez que oyó a Pia reírse en voz alta en la zona de la cocina. Además se mueve en silencio, el muy cabrón, pensó al ver de pronto a Max en el umbral. Bajo y ancho como la puerta del granero de la casa de sus padres. Sin emitir un ruido al moverse.

—Disculpa si molesto, jefe —dijo Max—. ¿Te parece bien que te llame «jefe»?

—Me parece perfecto —respondió Johansson—. Por cierto, ¿cómo llamas a mi hermano?

—Evert —dijo Max mirándolo con asombro—. Todos lo hacen —agregó.

—¿Y cómo te llama él a ti?

—Max —dijo Max—. O Mackan.

—¿Cómo quieres que te llame yo?

—Max está bien. O Mackan. Como más le guste al jefe.

—¿Cuánto mides? —quiso saber Johansson.

—Uno setenta y cuatro —aclaró Max.

—¿Y pesas?

—Ciento cinco, más o menos. Depende del ejercicio que haga.

—Así que estás fuerte —dijo Johansson.

—Sí —dijo Max evidentemente sorprendido—. Al menos no he conocido a nadie más fuerte.

—Te lo pregunto porque el otro día me mareé y me caí al suelo, y luego fue penoso hasta que pude volver a subir al sofá arrastrándome. Peso ciento veinte kilos, por cierto. —Algo más, pensó.

—No hay problema —dijo Max—. Ciento veinte no es ningún problema. Pero creo que vamos a empezar cambiando ese bastón —dijo mirando el bastón con taco de goma

de Johansson—. No permite mantener bien el equilibrio cuando el jefe tiene que sostenerlo con la mano contraria.

—No me digas —soltó Johansson.

—Si el jefe se pone de pie, se lo demostraré —dijo Max.

Johansson hizo lo que le decía. Entretanto, Max se sacó del bolsillo un metro plegable y le tomó la medida desde la axila derecha hasta el suelo.

—La muleta está bien —dijo Max. Plegó el metro y asintió.

—El problema es que me resulta difícil sostenerla —admitió Johansson mostrándole lo débil que tenía el brazo derecho—. Las muletas que me dieron en el hospital son demasiado cortas, no puedo sujetarlas.

—Puede solucionarse —aseguró Max—. Créeme, yo lo arreglaré. Otra cosa, he traído el coche nuevo. Si al jefe le parece bien, he pensado que podríamos dar una vuelta.

—Eso has pensado. —Un muchacho singular, pensó Johansson. Directo, se podría decir.

El mismo modelo que el coche anterior, el que su hermano prácticamente había regalado a su mejor amigo, pero este tenía cambio automático y un montón de funciones electrónicas que le facilitarían la conducción.

—Puedes abrir y cerrar la puerta del conductor con el mando a distancia —explicó Max haciendo una demostración—. El asiento se regula automáticamente en cuanto te has sentado. Igual que el cinturón de seguridad. Se pondrá en marcha automáticamente en cuanto el jefe pulse el botón. Es este de aquí —dijo Max señalándoselo en el panel de mandos—. Cambio automático. No es nada difícil conducirlo con la mano izquierda y el pie derecho.

—Excelente —dijo Johansson. Y además, negro. Los hombres como él, como era él en sus mejores días, siempre iban en coches negros.

Cuando Johansson se deslizó por la calle, solo eso, sin ningún objetivo especial en mente, la opresión del pecho cedió. También le resultó más fácil respirar y, por primera vez desde hacía casi un mes, era él quien iba sentado al volante. *Back on the road again*, pensó Johansson. Un paso más hacia una vida normal, y ni siquiera se acordó de las dos copas de vino que se había bebido con la comida.

Domingo, 1 de agosto de 2010

Cuando Johansson fue a la cocina el domingo por la mañana, su mujer estaba preparando las cosas para ir al campo.

—¿Qué pasa? —preguntó Johansson.

—Nos vamos al campo —anunció Pia—. La casa lleva casi un mes vacía y tengo muchas cosas que arreglar allí.

—¿Quiénes son los que se van? Al campo, me refiero.

—Tú, yo y Max.

—Espero no tener que limpiar —dijo Johansson—. No me sienta muy bien, como comprenderás.

—No has limpiado nunca —replicó Pia—. Así que no te preocupes.

¿Qué dice?, pensó Johansson. Claro que he limpiado, pensó.

Cuando se sentó al volante, Max y Pia intercambiaron una mirada pero ninguno dijo nada. Johansson tampoco dijo nada, pero en cuanto entraron en la autopista en dirección a Norrtälje, se desvió y se detuvo en una parada de autobús.

—Ahora tendrá que conducir otro —dijo sin dar más explicaciones—. Me sentaré atrás —agregó—. Así podré descansar un rato.

Después intercambió su sitio con Pia y al parecer se durmió, pues cuando despertó ya estaban en Rådmansö, en su casa de campo.

—Hemos llegado —dijo Pia—. ¿Cómo estás? —Sonrió para ocultar la preocupación en sus ojos.

—Estoy bien —dijo Johansson. Ya no me duele la cabeza, pensó. El segundo día sin dolor de cabeza, un nuevo récord. La opresión del pecho también había cedido. Aunque estaba cansado, más cansado incluso que cuando se quedó dormido. Cansado y

deprimido sin entender el motivo. Anímate, pensó—. Estoy bien —repitió Johansson—. Mejor que hacía tiempo —agregó—. Había pensado darme un chapuzón, solo eso.

Ninguno de ellos objetó nada tampoco en esa ocasión. Ni siquiera cuando fue cojeando por el puente, reunió toda la fuerza que tenía en las piernas y saltó de cabeza al agua directamente. Con el brazo derecho aleteando, a pesar de habérselo agarrado firmemente con la mano izquierda. Luego fue hundiéndose despacio hasta el fondo. Se fue hundiendo sin oponer resistencia, contuvo un impulso repentino de hacer una sola inspiración profunda y dejarse llevar, pero en cambio mantuvo la respiración todo lo que pudo antes de tomar impulso con las piernas y salir a la superficie. Ahora es más fácil, pensó al tomar aire. Ahora es más fácil.

Luego almorzaron. Max se ofreció a limpiar. Ni Pia ni Lars Martin tuvieron inconveniente. Pia se tumbó en una hamaca con un periódico. Johansson se sentó en una silla a su lado a leer los papeles que Patdos, el inspector de policía Patrik Åkesson de la unidad de traslados de Estocolmo, le había llevado cuando fue a verlo la última vez y de paso le contó lo que le había ocurrido a su hija en la guardería. O de lo que se había librado, si se veía el asunto desde el lado positivo.

En la parte superior del montón había un nuevo y exhaustivo análisis de ADN que el grupo de casos sin resolver había pedido medio año antes, cuando hicieron la última revisión del caso de Yasmine antes de que prescribiera. Había llegado a través del servicio de correo electrónico el mismo día en que otro delincuente desconocido, o tal vez dos o más, desconocidos por el momento, asesinaron a un fiscal demasiado íntegro en Huddinge. Le dispararon directamente en la cabeza cuando salió por la puerta una mañana para pasear al perro de la familia. Privando de padre a sus dos hijos pequeños y tal vez resolviéndole un problema a la mujer, que desde hacía un año quería divorciarse de él porque trabajaba demasiado y les dedicaba muy poco tiempo a ella y a los niños.

Luego, el director general de la policía reorganizó a sus efectivos. La jefa de la policía provincial de Estocolmo convocó una conferencia de prensa, fue a la radio, a la televisión y al resto de los medios de comunicación, y se mostró muy contundente. No se trataba solamente del atroz asesinato de un fiscal capacitado y eficiente, además de padre de dos niños pequeños, explicó. Era también un ataque a toda la comunidad jurídica responsable de planificar el desmantelamiento del crimen organizado. Se desplegarían

todos los medios posibles para esclarecerlo, y cuando lo dijo no se acordó ni por un momento de la niña de nueve años que habían violado, asesinado y pisoteado entre los juncos cerca del castillo de Skokloster en Uppland hacía veinticinco años.

La investigación del asesinato de Yasmine, de nueve años, «había quedado suspendida hasta nuevo aviso». Esa fue la respuesta que el comisario Kjell Hermansson, de la judicial provincial de Estocolmo, recibió de su jefe inmediato, y una semana después sacó de su despacho las cajas de cartón que contenían el caso de Yasmine y las dejó en el almacén del grupo. El mismo comisario Hermansson que era también suegro del inspector de policía Patrik Åkesson. En ese pequeño mundo en que ambos vivían y que era más pequeño incluso para los ciudadanos que trabajaban también como policías.

Las mismas cajas que seguían allí desde que prescribió el caso, las mismas cajas de cartón en las que la pequeña Yasmine, que tenía nueve años cuando fue violada y asfixiada, descansaba en paz desde hacía veinticinco años.

Hasta que un día Bo Jarnebring, el antiguo jefe de Kjell Hermansson, apareció de repente y le pidió que se las prestara para un buen amigo. Que tampoco era un amigo cualquiera.

—Lars Martin quiere echarle un vistazo al caso —le dijo Jarnebring a Hermansson.

—Joder —exclamó Hermansson sin poder ocultar su inmensa sorpresa. ¿Por qué no lo ha hecho antes?, pensó—. ¿Por qué no lo ha hecho antes? —repitió al cabo en voz alta—. Ya es tarde para hacer nada.

—Ya sabes lo que piensa Lars Martin de los casos sin resolver —expuso Jarnebring con una sonrisa forzada.

—Sí, lo tengo más que claro —dijo Hermansson soltando un suspiro.

Aunque habían pasado casi diez años, recordaba aún la auténtica masacre a la que el que por entonces era jefe de la policía nacional los expuso a él y a sus colegas en un simposio nacional de policías dedicados a la investigación de casos sin resolver.

—Por lo visto tuvo que darle una embolia para que se le ocurriera —comentó Jarnebring riendo socarronamente.

Obviamente, Lars Martin Johansson no tenía ni idea de esos pensamientos y conversaciones mientras estaba sentado leyendo lo que eran de hecho «los últimos coletazos del caso de Yasmine». Un gesto completamente inútil, casi espasmódico, de

los largos brazos de la ley. Una prueba de ADN nueva y ampliada del esperma que dejó el autor del delito en el cuerpo y la ropa de Yasmine hacía más de veinticinco años.

—¿Algo interesante? —preguntó Pia dejando el periódico y mirando a su marido, que por segunda vez gruñía en voz alta mientras leía.

—Más o menos. Estoy leyendo los resultados del análisis de ADN —explicó Johansson—. La muestra de esperma que se guardó en el caso de Yasmine —aclaró—. Aquí dice que es prácticamente seguro en más de un noventa por ciento que proceda de un delincuente de origen nórdico, probablemente sueco, del centro de Suecia incluso, y sin ningún atisbo de ADN extranjero, es decir, en el sentido étnico —especificó. Esos putos duendes del ADN me están empezando a fastidiar, pensó. Pronto hasta podrán enviar por fax una foto del cabrón que lo hizo.

—Es interesante.

—No para mí —replicó Johansson sacudiendo la cabeza. Hasta un niño podría deducir eso, pensó. Él ya había supuesto que era así, mucho antes incluso de conocer el lugar de los hechos.

—No me digas —repuso Pia sonriendo. Ahora sí lo reconozco, pensó.

—Ya te digo —contestó Johansson, que ya estaba pensando en otra cosa. Es sumamente sigiloso, el muy cabrón, pensó.

—He vaciado el frigorífico, he sacado la basura, he pasado la aspiradora y he limpiado casi todo —anunció Max—. Y también he preparado café —agregó.

Con la mano izquierda sostenía una bandeja alargada con tres vasos, tres tazas, un termo de café, una botella de agua mineral, una jarra con leche y una fuente grande con fruta. Sostenía la bandeja por un extremo, sujetándola entre el pulgar y los dedos de la mano izquierda, mientras con la derecha corría la mesa que había entre ellos con la misma fuerza, sin el mínimo temblor.

Te creo, pensó Johansson. No conoces a nadie que sea más fuerte que tú.

—Yo conduciré de regreso a casa —dijo Johansson un par de horas después cuando se disponían a entrar en el coche.

Ni Max ni Pia dijeron nada, solo asintieron, ni siquiera se miraron de reojo.

El último verano, pensó Johansson cuando enfiló la carretera principal en dirección a Norrtälje y Estocolmo. El último verano. Aunque antes voy a cazar alces, pensó.

Por la noche soñó. Con Maxim Makárov, emigrante nacido en Rusia que llegó a Suecia a

los diez años procedente de un orfanato de San Petersburgo y que, por razones más que justificadas, no conocía a nadie más fuerte que él. Y con el considerado pederasta que probablemente los unió.

—Despierta, jefe —dijo Max mientras tocaba el hombro de Johansson—. ¿Qué quieres que haga con él? —preguntó.

Luego levantó al asesino de niños delante de Johansson, que estaba tumbado de lado en la cama. Lo mantuvo en el aire, sin que le temblara la mano lo más mínimo, sujetándolo entre los dedos como si fuera una bandeja de café. Allí estaba el pederasta, colgando, con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, totalmente inmóvil.

—Déjame que lo piense —dijo Johansson—. Déjame que lo piense.

Entonces se despertó. Se incorporó y sintió que el corazón le latía en el pecho como un martillo de hierro.

Lunes, 2 de agosto de 2010

Lunes, semana nueva, día nuevo. Un día más en la nueva vida de Lars Martin Johansson, en su vida de convaleciente. Pia, su mujer, se había ido al trabajo mientras él seguía en la cama, medio dormido, demasiado cansado para hablar con ella ni siquiera cuando se inclinó sobre él y le pasó los dedos por la frente.

Matilda le sirvió el desayuno en una bandeja que dejó sobre la mesa junto al sofá del despacho. Un desayuno saludable, compuesto de yogur, frutas y cereales, un huevo pasado por agua y una taza de café, como una concesión a su vida anterior. Debajo del periódico matutino encontró un sobre con doce billetes de quinientas coronas.

Espero que le diera una buena patada en el culo a la vieja, pensó Johansson. La vieja era la madre de Matilda, que pecó contra el cuarto mandamiento e hizo a su hija lo que nunca se haría a sí misma.

—Oye, Matilda —dijo Johansson cuando entró ella para llevarse la bandeja del desayuno—. Supongo que no sabrás nada de esto —agregó levantando el sobre.

—Ni idea —dijo Matilda sacudiendo la cabeza—. Mira a ver si se te ha caído un diente —añadió.

—¿Un diente?

—El hada de los dientes, ya sabes —aclaró Matilda sonriendo—. Gracias, por cierto —dijo mientras salía y cerraba la puerta.

Dos empleados y ya hay problemas de personal, pensó Lars Martin Johansson, que no hacía mucho era jefe de miles de policías. Al salir para ir a la fisioterapeuta, Johansson ocupó el asiento del conductor y, cuando Matilda iba a sentarse a su lado, Max sacudió la cabeza.

—Atrás —dijo señalando el asiento trasero con el pulgar.

—¿Por qué? —dijo Matilda—. Será una broma, ¿no?

—Bueno, podrías sentarte delante —dijo Max sonriendo—. Aunque con una condición.

—¿Qué? —preguntó Matilda.

—Que fueras profesora de autoescuela —respondió Max con una sonrisa burlona.

—Ya, como tú —dijo Matilda.

—Pero yo soy más fuerte —replicó Max sonriendo.

—Chicos, dejad de pelear —dijo Johansson, que de repente se sentía mejor que nunca. En el asiento de atrás iba el hada de los dientes, tal vez un poco enfadada, pero se le pasaría pronto, y junto a él iba un ruso que de niño estuvo en un orfanato y que nunca había conocido a nadie más fuerte que él.

Con la fisioterapeuta las cosas fueron regular. Ningún contratiempo inesperado ni tampoco ningún avance, a pesar de lo cual el buen humor de Johansson no remitió.

—Ahora vamos a almorzar —anunció Johansson—. Llama al Ulla Winbladh y pregunta si pueden preparar unas hojas de col rellenas con salsa de nata, patatas y arándanos rojos frescos —agregó mirando a Matilda por el espejo retrovisor.

—Estoy completamente convencida de que podrán —dijo Matilda poniendo los ojos en blanco.

—Bien —dijo Johansson. Digan lo que digan, esta chica no es nada tonta, aunque no sea fácil entenderla, pensó.

—Lo de la salsa de nata tal vez no sea del todo sensato —comentó Max inquieto.

—Escucha atentamente, Max —dijo Johansson mientras cambiaba de carril sin poner el intermitente, pasando por completo del taxi que había detrás de él, que al momento puso las luces largas y tocó el claxon—. Escucha atentamente —repitió—. Un hombre de verdad solo puede tener un jefe, y si él dice salsa de nata eso es lo que vale. —Con independencia de lo que mi mujer te haya metido en la cabeza, pensó.

—Entendido, jefe —dijo Max asintiendo.

—Y también puedes echarle un mal de ojo a ese gilipollas —dijo Johansson señalando el taxi que se había puesto a su lado y cuyo conductor gesticulaba al volante como un loco.

—Entendido, jefe —asintió Max. Bajó la ventanilla y le mostró el puño cerrado al airado taxista.

—Un chico listo —constató Johansson cuando vio que el taxista frenaba y volvía a

colocarse detrás. Sin luces largas, cuernos, ni gestos de enfado. Igual que cuarenta años atrás, cuando compartía asiento delantero con su mejor amigo, iban de incógnito, subían y bajaban por las calles y eran los dueños del mundo. No se había sentido mejor desde que se detuvo en Karlbergsvägen y estuvo hablando con Patdos y sus compañeros de unidad, junto al mejor puesto de salchichas de Suecia.

En cuanto llegó a casa se acostó en el sofá y durmió una pequeña siesta. Se despertó cuando Matilda entró a ver cómo estaba.

—¿Estás despierto? —dijo.

—*Yes* —respondió Johansson. Así que una taza de café me sentaría bien, pensó.

—Has recibido una carta —anunció Matilda tendiéndole un sobre blanco.

—Ah, ya veo —manifestó Johansson—. ¿Es del hada de los dientes?

—No —dijo Matilda—. Pero la verdad es que parece un poco extraña.

—¿A qué te refieres con extraña?

—El correo llegó hace dos horas —aclaró Matilda—. No está franqueada. No lleva remitente. Solo tu nombre, Lars Johansson. Debe de haberla dejado alguien en tu buzón.

—Ábrela —dijo Johansson, urgiéndola a que lo hiciera con un gesto del brazo enfermo.

—Es superextraña —afirmó Matilda sosteniendo un folio A4 doblado por la mitad.

—¿Qué pone? —preguntó Johansson.

—Un nombre —dijo Matilda—. Staffan Leander. Solo un nombre. Es lo único en realidad. Staffan Leander.

—Staffan Leander —repitió Johansson.

—Míralo tú —dijo Matilda dándole el papel.

—¿Cuánto tiempo hace que me llevaste a Lilla Essingen? —preguntó Johansson.

—Fue la semana pasada —respondió Matilda—. El martes pasado. Hace casi una semana.

Erika Brännström, pensó Johansson. De repente la vio sentada en la silla frente a él, con las manos cruzadas en el regazo y la mirada alerta. Manos curtidas por el trabajo duro, pensó. Erika, la que tenía dos hijas de la misma edad que Yasmine.

Tarde del lunes, 2 de agosto de 2010

Solo una idea, un pensamiento perdido, pero algo tenía que hacer. A duras penas, arrastró hasta el sofá la caja de cartón con los cientos de certificados del registro automovilístico. Cogió los que estaban encima. Los revisó, volvió a dejarlos y sacó otro montón de certificados que estaba en el fondo de la caja. En completo desorden, pensó Johansson, y volvió a dejarlos también. Lo que ocurre cuando una serie de colegas, cada uno por su cuenta, busca y rebusca en lo que él o ella llevan pensando desde hace más de veinticinco años, y sin ninguna lista de datos que pudiera orientarlo cuando era él quien buscaba veinticinco años después.

Max, pensó Johansson. Cogió el móvil y lo llamó. No pensaba llamarlo a gritos. Ni se le pasó por la cabeza pedirselo a Matilda, que seguramente estaba sentada al otro lado de la puerta espiando. Dios sabrá lo que ha tenido que pasar con una madre así, pensó Johansson. Definitivamente, nada de plop, plop, nada de sacar ojos con la ayuda de un par de uñas largas y rojas, pensó.

—¿Puedes venir? —dijo Johansson.

—Estoy en la cocina, jefe —dijo Max sin poder ocultar su asombro.

—Entonces date prisa —ordenó Johansson.

Veinte metros como mucho y aun así diez segundos. Es increíble que haya tardado tanto.

—¿Qué puedo hacer por ti, jefe? —dijo Max.

—Siéntate —le pidió Johansson indicándole un sillón que había junto al sofá donde él estaba.

—Te escucho, jefe —dijo Max sentándose.

—Una pregunta directa, Max —dijo Johansson—. ¿Eres de los que pueden mantener la boca cerrada?

—Sí —respondió Max—. Al menos no conozco a nadie que lo haga mejor.

—Ni una palabra —insistió Johansson—. Ni siquiera a Evert. ¿Entendido?

—Sí —dijo Max.

—Bien —dijo Johansson—. En esa caja de cartón que ves ahí hay un montón de certificados del registro automovilístico. De los que tenían un Golf rojo hace unos veinticinco años. En junio de 1985 concretamente. ¿Puedes ver si encuentras algún propietario llamado Staffan Leander? —dijo entregándole a Max el papel que le había dado Matilda.

—¿Cuántos son? —quiso saber Max.

—Cientos —dijo Johansson—. Miles tal vez. Muchos. —¿Yo qué coño sé?, pensó.

—¿No hay ninguna lista?

—No —dijo Johansson—. Por lo visto, la ha perdido algún imbécil. —Hace unos veinticinco años, pensó.

—Entiendo —afirmó Max—. ¿Puedo llevármela a mi habitación?

—Por supuesto —convino Johansson mirando la puerta cerrada—. Con una condición. Que no...

—Ya lo sé —dijo Max sonriendo.

Max volvió poco después de una hora.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Johansson—. ¿Has encontrado algo? —Una pregunta tonta, pensó al ver la respuesta en los ojos de él.

—No hay ningún Staffan Leander. Ni nadie que se apellide Leander.

—¿Estás completamente seguro?

—Al cien por cien —dijo Max—. Más de mil setecientos vehículos registrados, por si quieres saberlo, jefe. Del modelo Golf de los años 1982 a 1986. Por cierto, que ese modelo salió ya en junio del 85. Muchos de los propietarios del registro se llaman Staffan, pero ninguno se apellida Leander. Casi la mitad son coches de empresa, coches de alquiler o de leasing. ¿Estás seguro de que ese tal Leander no tenía uno así, jefe?

—No estoy seguro —dijo Johansson—. Puede ser perfectamente que lo tuviera. —Y, en el peor de los casos, puede que yo me haya equivocado por completo, pensó.

Martes, 3 de agosto de 2010

Por la mañana recibió la muleta nueva. Iba desde la axila derecha hasta el suelo, una prolongación del brazo con empuñadura de pistola como ayuda a su deficiente pierna derecha, con un apoyo que rodeaba el antebrazo y mantenía firme el brazo, una muleta que él podía sostener sin la menor complicación.

—¿La has hecho tú? —preguntó Johansson.

—Contactos —aclaró Max—. He jugado al hockey. Y también he ido por ahí cojeando con una así.

—Gracias —dijo Johansson.

Luego lo llamó su cuñado al móvil.

—Creo que he encontrado algo —anunció Alf Hult.

—Eso crees —dijo Johansson—. Cuéntame.

—Pensaba proponerte pasarme por allí, la verdad es que es un poco complicado. Si no estás ocupado, claro.

—Yo nunca estoy ocupado —dijo Johansson—. Si quieres puedo invitarte a almorzar.

—Nos veremos dentro de una hora. Faltan quince minutos para que salga el autobús —dijo Alf, que vivía en Täby y, según su hermano Evert, no había cogido un taxi ni siquiera el día de su boda.

Media hora después llamaba Matilda a la puerta.

—Paaasa —dijo Johansson, que estaba tendido en el sofá leyendo la obra póstuma de J. D. Salinger, *Reflexiones americanas*, que se había publicado en inglés hacía un par de semanas. Según una cita del suplemento literario de *The New York Times*, incluida en la solapa del libro, se trataba de «Una acusación contundente de todos los ismos que no

solo habían matado el sueño americano, sino que incluso habían convertido la neurosis, sumamente comprensible y privada, en un trauma nacional».

Tuvisteis que cerrar la boca y os quedasteis sin argumentos, pensó.

—La fisioterapeuta —advirtió Matilda señalando su reloj.

—Me temo que no —dijo Johansson apartando la mirada del libro—. Espero una visita importante. Mi cuñado.

—¿Va a quedarse a almorzar? —preguntó Matilda.

—Por supuesto —dijo Johansson—. Creo que prefiere pescado. Es de los que se cuidan. Ve a ver si encuentras una trucha recién pescada en el mercado de Söderhallarna.

Matilda asintió y salió en el mismo momento en que a Johansson se le ocurría otra cosa. O arenques, pensó. Arenques frescos fritos, filetes de arenque rebozados a la mostaza, con puré de patata, una pizca de vinagre, con una cerveza checa bien fría, un...

—O arenques frescos —gritó Johansson. No sé si me habrá oído, pensó al cerrarse la puerta de la calle.

Alf es un tío la hostia de escrupuloso, pensó Johansson media hora después. En primer lugar, había insistido en estrecharle la mano al llegar, pese a que él estaba tendido en el sofá y apenas había podido mover la mano a modo de saludo. Luego colocó la mesa en el medio, acercó la silla y finalmente sacó unos cuantos papeles de su gastado maletín marrón.

—Dijiste que habías encontrado algo —dijo Johansson. Me pregunto si se me la estará dando, pensó. Si trata de crearme expectativas para poder aumentar la factura.

—Sí —asintió Alf con un leve carraspeo—. Es correcto. He encontrado a una hermanastra desconocida de Johan Nilsson. Ya sabes, el que estaba casado con Margaretha Sagerlied.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Vera Nilsson, nacida el 21 de octubre de 1921. Falleció el 10 de marzo de 1986. Si te estás preguntando por qué no la he encontrado antes, se debe a que su parentesco con Johan Nilsson no aparece en el registro civil. Según este, era de padre desconocido. Padre desconocido, esa anotación poco menos que clásica en el registro civil sueco —dijo Alf Hult, que casi parecía animado.

—¿Y cómo sabes que eran hermanos? —preguntó Johansson. Veintiséis años más joven que su hermanastro Johan, pensó.

—Se deduce de un testamento redactado en noviembre de 1959 —explicó Alf Hult—. Solo un par de meses después de la muerte de su padre. El comerciante mayorista Anders Gustaf Nilsson murió el 15 de septiembre de ese año. Su hijo Johan redactó un nuevo testamento justo dos meses después, el 15 de noviembre del 59. Que, por lo demás, fue presentado y registrado en el juzgado en Estocolmo.

—No me digas —repuso Johansson.

—Así que no es demasiado aventurado suponer que Anders Gustaf pudo hablarle a Johan de su hermana cuando estaba a punto de morir.

—Más vale tarde que nunca —convino Johansson—. ¿Estás completamente seguro?

—Completamente —dijo Hult—. En el testamento de Johan Nilsson de noviembre del 59, cede una parte sustancial de sus bienes a, cito textualmente, «mi querida hermanastra Vera Nilsson».

—Una parte sustancial —dijo Johansson.

—Alrededor de la décima parte de todos sus bienes, y según mis cálculos esa décima parte corresponde aproximadamente a la mitad de la herencia que recibió Johan Nilsson de su padre Anders Gustaf. Además, este último murió sin hacer testamento. Era viudo y todo fue a parar a Johan, su único hijo y heredero.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? ¿Cuánto le dio a la hermana?

—Unas trescientas mil coronas. De la época. Mucho dinero. Algo más de dos millones actuales tras descontar ya el impuesto de sucesiones, que en aquella época era considerable. Además de un montón de bienes de gran valor. Entre otros, un cuadro muy valioso de Leander Engström titulado *Vagabundo y cazador*, de 1917. Se vendió por medio millón la última vez en la subasta de Bukowski en 2003. En el testamento se valoró en quince mil.

—Un Leander Engström —repitió Johansson. Otro Leander, aunque esta vez de nombre, pensó. Murió en el siglo XX, y él también tenía colgado en su salón un paisaje de montaña del mismo pintor.

—Vera Nilsson es una persona interesante —apostilló Alf.

—¿En qué sentido? —dijo Johansson.

—Entre otras cosas, era tía segunda de Johan y prima del padre de él, Anders Gustaf.

—En aquella época no había caminos en este país —comentó Johansson con sonrisa burlona.

—Bueno —dijo Alf Hult con un leve carraspeo—. La familia Nilsson tiene sus raíces

en la zona de Estocolmo y tal vez no sea como en el norte de Ångermanland. Bien — prosiguió volviendo a carraspear—. En el otoño de 1960, el 5 de octubre, Vera Nilsson tuvo un hijo. A los treinta y nueve años, lo que era muy tarde en aquel tiempo. También de padre desconocido, así que parece que la historia se repite. En julio del mismo año, Johan Nilsson había dado a su hermanastra un anticipo de la herencia, equivalente a los bienes que le había otorgado en el testamento del año anterior. La explicación probable de ello es que en agosto de 1960, es decir, un mes más tarde, contrae matrimonio con Margaretha Sagerlied y justo antes había redactado un testamento nuevo, que sustituye al de noviembre del 59. Así que en primer lugar da a su hermanastra la parte que le corresponde de la herencia del padre, y luego redacta otro testamento en el que cede todos los bienes a su esposa, sin mencionar para nada a su hermanastra en ese testamento. Se casa con Margaretha Sagerlied, que lo hereda todo tras la muerte de él veinte años después.

—¿Cómo se llama ese hijo ilegítimo de Vera Nilsson? —Lo sabía, pensó.

—Staffan Leander Nilsson —reveló Alf Hult—. Leander es su segundo nombre, y el porqué siempre nos lo podremos preguntar. Nació el 5 de octubre de 1960. En este papel he anotado su número de identidad.

—¿Vive? —dijo Johansson. Staffan Leander, pensó.

—Sí, vive. Está solo, no tiene hijos. La última dirección suya que tenemos es bulevar de Gustaf III número 20, en Frösunda, Solna. Desde su nacimiento hasta 1986 vivió en Birger Jarlsgatan 104, en la misma dirección que su madre Vera Nilsson. Es esa barriada grande de la cooperativa inmobiliaria HSB que está entre Birger Jarlsgatan y Valhallavägen, no sé si la conoces. En mayo del 86 se marchó del país y no volvió hasta el otoño del 98. Doce años y medio después.

—Estuvo en el extranjero —dijo Johansson—. ¿Dónde?

—Probablemente en Tailandia —comentó Alf—. Aunque no he encontrado aún ninguna dirección. Estoy en ello.

»Otro asunto es una deuda importante con Hacienda de varios cientos de miles cuando se fue del país. Entre otras cosas, el impuesto sobre sucesiones tras la muerte de su madre. Esa deuda prescribía al cabo de diez años, así que tenía buenos motivos para mantenerse alejado, por así decirlo.

—¿Estás seguro de lo de Tailandia? —preguntó Johansson.

—Bastante seguro —dijo Alf—. Al parecer era socio en algún proyecto hotelero en

Pattaya, Tailandia.

Tailandia, pensó Lars Martin Johansson. Debía de ser el paraíso para alguien como él a finales de la década de los ochenta. Y lo era todavía, por cierto.

—Resumiendo —prosiguió Alf—, la madre muere el 10 de marzo del 86. Un par de meses más tarde, el hijo se va del país. Entonces ya había liquidado la herencia de su madre, de la que era único heredero. No parece que hiciera testamento. Según el inventario de bienes, la herencia ascendía a algo menos de un millón pero, si quieres saber mi opinión, apostarí a que era el doble. Volvió a Suecia doce años y medio después.

—Así están las cosas —repuso Johansson incorporándose en el sofá—. Ese Staffan Leander Nilsson...

—Sí —dijo Hult asintiendo.

—Quiero saberlo todo acerca de él. Todo.

—Me encargaré de ello —aseguró Alf Hult.

—¿Puedes disculparme un momento? —dijo Johansson.

—Por supuesto —dijo Alf.

Luego Johansson cogió la muleta nueva. Se encaminó por el pasillo sin excesiva dificultad y entró en el cuarto de invitados, donde estaba su Evert Júnior privado, sentado frente al ordenador, con los auriculares en la cabeza mientras jugueteaba con algo que era sospechosamente parecido a un videojuego violento.

—Jefe —dijo Max quitándose los auriculares y poniéndose de pie.

—¿Puedes mirar ahí dentro? —dijo Johansson señalando la caja de cartón con los certificados del registro de automóviles que Max había puesto sobre la cama de su habitación—. Mira a ver si encuentras a alguien llamado Staffan Nilsson, o Staffan Leander Nilsson, nacido el 5 de octubre de 1960.

—Un segundo —dijo Max. Estiró su largo brazo y sacó un montón de documentos cogidos con un clip. Solo un segundo —agregó hojeando los papeles—. He seleccionado a todos los que se llaman Staffan —explicó Max—. Son treinta en total.

—Muy ingenioso —dijo Johansson. El muchacho no tiene un pelo de tonto, pensó.

—Aquí está —dijo Max tendiéndole un certificado—. Staffan Nilsson, nacido el 5 de octubre de 1960. Entonces vivía en Birger Jarlsgatan número 104, aquí, en Estocolmo.

El 5 de junio del 85 fue registrado como propietario de un Golf GTI modelo 86 nuevo. Un Golf rojo. Comprado directamente en el concesionario de Volkswagen.

—No me digas —dijo Johansson—. No me digas —repitió cogiendo el certificado de registro.

Al fin, pedazo de cabrón, piensa Lars Martin Johansson, ex jefe de la policía judicial central, que tiempo atrás había aprendido a odiar las casualidades. Una vez no es ninguna vez, pero dos veces son dos veces de más. Voy a por ti, piensa y, aunque se había propuesto que se lo tomaría con calma si finalmente resultaba que las cosas habían ocurrido como él siempre sospechó, sintió un odio súbito e irracional.

—¿Cómo estás, jefe? —preguntó Max tomándolo por el brazo con cuidado.

—Estoy bien —dijo Johansson—. Perfectamente —añadió, asintiendo.

¿Y ahora qué hago?, pensó.

IV

*Ojo por ojo, diente por diente,
mano por mano, pie por pie...*

Éxodo 21, 24

Mañana del miércoles, 4 de agosto de 2010

Rutinas fijas en la medida de lo posible. Solía desayunar en la cocina los días que su cuerpo no lo torturaba excesivamente, pero ese día tuvo que hacerlo en el sofá del despacho. Le dolía la cabeza desde que se despertó. Luego empezó a sentir la opresión en el pecho, la ansiedad se apoderó de él y se libró de ella con otro comprimido. Después debió de quedarse dormido, ya que Hipnos estaba en la oscuridad, la cabeza ladeada, el pelo rubio y liviano como el de un niño, la sonrisa delicada mientras le ofrecía la cápsula de adormidera que sostenía en la mano.

Media hora después ya se sentía mejor. Entonces sacó el portátil, se lo puso en las rodillas y decidió elaborar un plan de cómo iba a continuar. Cuando estaba en plenas facultades, solía garabatear pequeñas notas de cosas pendientes y pegarlas en la mesa de escritorio del trabajo, pero ahora eso no tenía sentido.

Cuando estabas en plenas facultades podías incluso escribir notas, pensó Johansson. Ahora no podía escribir con la mano derecha de modo legible. Solo podía apoyar el ordenador en las rodillas mientras escribía con los dedos de la mano izquierda.

«Acciones», escribió Johansson en la parte superior de la pantalla. Luego una línea nueva. «Proseguir con la identificación de Staffan Leander Nilsson, nacido el 5 de octubre de 1960», escribió. Y una línea más: «Recopilar una pequeña biografía de Nilsson, Staffan Leander», y cuando llegó a ese punto entró Matilda mirando expectante el reloj de pulsera.

—La fisioterapeuta —dijo Matilda—. Vamos, espabila.

—Dame cinco minutos —pidió Johansson. «Recursos humanos uno más cuatro», escribió. Yo, pensó Johansson. Más su mejor amigo Bo Jarnebring, su cuñado Alf Hult, Matilda y Max. Pero nadie más, definitivamente ningún ex colega como el comisario Hermansson o su yerno, que podrían tener dificultades para mantener la cabeza fría cuando esto estallara.

He dirigido equipos bastante peores que este, pensó Johansson. Apagó el ordenador, lo puso en la mesa y se levantó del sofá.

Mientras iban sentados en el coche de camino a la fisioterapeuta, Max hizo una propuesta.

—He estado pensando en lo de la caza del alce, jefe, si tienes tiempo para eso ahora.

—Tengo tiempo —dijo Johansson. ¿Para qué otra cosa iba a tener tiempo?, pensó. Aparte de hurgar en un antiguo asesinato ya prescrito, ingerir medicamentos y contar los días de la que era una vida digna e incluso buena hasta hace solo un mes.

—He hablado con un armero, jefe —expuso Max—. Le he explicado lo de tu mano derecha. ¿Serías capaz de accionar el cerrojo de la escopeta para cargarla?

—Sí —dijo Johansson que había estado practicando a escondidas la última semana.

—Entonces ¿el problema es el dedo para apretar el gatillo?

—Sí —dijo Johansson—. Apenas tengo sensibilidad.

—Según el armero, tiene solución —dijo Max—. Ya le ha solucionado ese detalle a otro cliente suyo. Tenía el mismo problema que tú, jefe, pero hizo un cambio para que pudiera disparar con el dedo índice izquierdo colocando otro gatillo en la parte delantera del salvamanos de la escopeta.

—No me digas —dijo Johansson.

—Con que solo seas capaz de mantener la culata contra el hombro con la mano izquierda y apuntar, todo irá bien.

—Entonces ¿qué coño esperamos? —dijo Johansson. Por fin. Esto ya parece otra cosa, pensó. Algo que al menos recordaba a su vida de siempre.

Tarde del miércoles, 4 de agosto de 2010

Alf llamó por teléfono a Johansson antes del almuerzo y una hora más tarde estaba en la puerta de su casa.

—Cuenta —lo animó Johansson en cuanto su cuñado se sentó y sacó otro montón de papeles del gastado maletín marrón.

—Hay un poco de todo —dijo Alf apretando los finos labios—. ¿Te acuerdas del cuadro del que te hablé? *Vagabundo y cazador*, de Leander Engström, que Vera Nilsson heredó de su hermano Johan, quien a su vez lo había heredado del padre de ambos, Anders Gustaf Nilsson.

—Claro —asintió Johansson—. ¿Qué pasa con él?

—Se vendió en una subasta de Bukowski en mayo del 86. Por apenas un millón de coronas después de deducir la comisión. Además, el que lo vendió fue el hijo de Vera, Staffan Nilsson. Antes de hacer el inventario de bienes, por si quieres saberlo.

—Seguramente esa gente pasa de esas cosas —comentó Johansson. Los marchantes de arte, pensó.

—Sin duda, sin duda —asintió Alf—. Si quisieras escucharme, podría contarte muchas cosas de los marchantes de arte. A propósito, traigo una foto del cuadro. Es muy bonito —dijo dándole a Johansson una gran fotografía.

Un cazador vagabundo que, al parecer, estaba descansando junto al río cuando lo capturó el pincel de Engström. El paisaje de montaña rojo y azul, verde y gris, se difuminaba al fondo, el aire transparente representaba el frío de otoño que en esa época del año solo era un augurio del invierno. Había dejado la escopeta apoyada en una piedra. Las presas, un par de ánades y una liebre, colgaban de una horqueta. Estaba sentado delante del fuego que acababa de encender, leyendo un libro.

Vagabundo y cazador, no podía describirse mejor, pensó Johansson.

—Un millón por el cuadro —dijo el antiguo inspector fiscal Alf Hult—. Además, su

madre era propietaria de un par de apartamentos en Birger Jarlsgatan que el hijo vendió más o menos a la vez que el cuadro. Al parecer disponía de algún poder que ella le otorgó poco antes de morir. Una historia muy rara —apostilló Alf Hult.

—¿Cuánto recibió al final? —interrumpió Johansson.

—Alrededor de un par de millones. Un millón por el cuadro, setecientas mil por los apartamentos, unos cientos de miles más en depósitos bancarios, bonos y demás valores que, aparentemente, vendió también por la misma época.

—Lo liquidó todo —concluyó Johansson—. Mientras el cadáver de su madre estaba aún caliente.

—Sí —asintió su cuñado frunciendo los labios—. Podría ser una buena conclusión.

—Luego pasó de pagar los impuestos y se fue a Tailandia a comprar hoteles —dijo Johansson, acordándose de repente de su hermano mayor.

—Sí —suspiró Alf—. Eso hizo. Aunque deberás tener paciencia con esa parte. Estoy a la espera de un par de datos sobre ese proyecto de hotel en el que estaba involucrado.

—¿Qué más hizo? Es decir, antes de largarse a Tailandia —dijo Johansson.

—Lo que hacen algunos jóvenes. Parece que se descuidó un poco. Además, he dado con la pista de un par de documentos falsificados.

—Vaya —dijo Johansson. Por fin parece que hay algo, pensó.

—Cuando buscó trabajo a principios de los ochenta, a lo que luego me referiré, por cierto, dijo haber terminado el bachillerato en 1970. En Norra Real, aquí en Estocolmo. Luego habría estudiado economía en la Universidad de Uppsala. Cuarenta créditos en economía empresarial, veinte en economía nacional, veinte en estadística, y diez en derecho. Noventa créditos en total y aproximadamente tres cuartas partes de una licenciatura.

—Pero ¿no lo hizo?

—No —dijo Alf—. Según parece, fue al instituto Norra Real, pero abandonó los estudios secundarios después de tres cursos. En la Universidad de Uppsala parece que ni siquiera se inscribió.

—Todo un granuja —resumió Johansson—. ¿Dónde hizo el servicio militar?

—Se libró. Certificados médicos, escoliosis, parece que tenía graves problemas de espalda.

—¿Algo más? —quiso saber Johansson. No de cuando violó a Yasmine, pensó.

—También he encontrado una fundación. Un par de años después de la muerte de

Johan Nilsson, Margaretha Sagerlied, su viuda, creó una fundación.

—¿Y cómo se llama?

—Fundación Margaretha Sagerlied de Apoyo a la Ópera —dijo Alf con un suspiro elocuente.

Lo suponía, pensó Johansson.

—Cuenta —dijo.

Tarde del miércoles, 4 de agosto de 2010

Cuando la viuda de Johan Nilsson heredó tras su muerte, dedicó cinco millones de esa considerable herencia a la creación de una fundación de apoyo a la ópera, en la que cantantes y músicos jóvenes podían solicitar becas para formación y viajes de estudios, y se podían obtener subvenciones para la organización de conciertos. Además, la fundación concedía un premio anual de cien mil coronas, el premio Margaretha Sagerlied a la «Soprano más joven y prometedora del año». La fundación inició su actividad en 1983. El presidente era un abogado de Estocolmo muy respetado, también aficionado a la ópera, mientras que la Fundación del SE-Banken manejaba la parte económica.

—La Sagerlied parece casi la Jenny Lind de nuestros días —dijo Johansson, que se había sentado cómodamente en el sofá con las manos cruzadas sobre el vientre y se sentía mucho mejor de como se había sentido últimamente.

—Sí, es posible —suspiró su cuñado—, pero, lamentablemente, la felicidad duró poco, por así decirlo.

—¿Por qué? —preguntó Johansson—. Cinco millones debía de ser un montón de dinero en aquella época.

—Eso no fue lo peor —dijo Alf Hult—. Por desgracia, Margaretha Sagerlied puso a su único pariente cercano como encargado de los aspectos prácticos, me refiero al joven Staffan Nilsson, y tras solo un par de años hubo que echar el cierre, básicamente por culpa de varios negocios turbios, por decirlo de un modo suave, en los que se había metido.

—¿Cómo pudo hacerlo? Yo creía que se tenía un control muy amplio de esas instituciones.

—Normalmente se tiene —afirmó Alf—, y una razón esencial es que las fundaciones gozan de beneficios fiscales. Con todos los riesgos que ello entraña en caso de usos

deshonestos. Cuando Margaretha Sagerlied contrató a Staffan Nilsson, su único pariente cercano, el presidente de la fundación se lo hizo saber. Que existía el riesgo de que eso se entendiera como un modo de facilitarle una serie de privilegios fiscales. Ese fue también el motivo de que el presidente le pidiera un currículum vitae que demostrara que tenía formación suficiente y no era solo un pariente al que Margaretha quería beneficiar de modo inapropiado.

—Pero los títulos eran inventados —dijo Johansson.

—Sí, al menos los que he podido controlar. Según su propia versión, era un joven muy estudioso que trabajaba durante el verano desde que estaba en secundaria, pero por cuestión de tiempo no he podido comprobar la veracidad de esos datos. Si te interesa, tengo el currículum aquí —añadió Alf entregándole una carpeta de plástico con papeles.

—Déjala en el montón —dijo Johansson. Probablemente todo sea mentira, pensó.

—Al parecer, en un principio la fundación funcionaba según lo previsto, es decir, de acuerdo a los estatutos y al acta fundacional. El premio Margaretha Sagerlied se otorga durante los primeros tres años, es decir, hasta 1985 inclusive, y además se conceden becas y subsidios por un importe de cien mil coronas anuales. Junto con otros gastos, remuneraciones a la junta directiva, sueldo de Staffan Nilsson, alquiler de un pequeño local que se utilizaba como oficina, ubicado en Linnégatan, en Östermalm, hasta llegar a unos gastos anuales de alrededor de trescientas mil coronas.

—El seis por ciento del capital. Si quieres saber mi opinión, me parece mucho —comentó Johansson.

—El primer año se obtuvo un buen rendimiento del capital. De hecho, ese año se logró un superávit del orden de las cien mil coronas.

—Pero luego la cosa se torció —dijo Johansson.

—Para tu información, ya en el año 84 —confirmó Alf Hult—. Lamentablemente se intentó compensar con inversiones más arriesgadas en distintos productos financieros, y ahí fue donde falló el control. Tanto internamente como en el banco, que debía responder de su parte.

—¿Cuánto fue a parar a los bolsillos del joven Nilsson?

—No demasiado, por lo que tengo entendido. Esencialmente se trató de malas inversiones. Como quiera que fuera, y a modo de resumen, se hizo una auditoría extraordinaria en la segunda mitad del año 86, en la que se descubrió que se había

gastado más de la mitad del capital de la fundación. Pero para entonces el joven Nilsson ya se había despedido y se había marchado a un lugar desconocido.

—¿Cómo funcionó la fundación a partir de entonces? —Ocurrieron tantas cosas a principios de 1986, pensó Johansson.

—A partir de entonces fue languideciendo. El capital actual de la fundación es de un par de millones, que se ha mantenido a grandes rasgos desde la muerte de Margaretha Sagerlied. Siguen repartiéndose becas y subvenciones, así como el premio que instituyó la señora Sagerlied, pero en general se trata de menos de cien mil al año. Junto con el resto de los gastos de gestión de la fundación, más o menos unos dos mil anuales. Desde hace años y hasta el momento actual, el capital ha ido disminuyendo de modo constante.

—Entonces ella no intentó encubrirlo en ningún momento —dijo Johansson—. Me refiero a cuando se descubrió el pastel.

—Margaretha Sagerlied seguía siendo una mujer muy rica cuando murió. Tenía un activo de más de diez millones de coronas libres de impuestos, y hablamos del año 1989. La fundación no recibió ni una corona.

—Entonces ¿quién recibió todo ese dinero?

—Margaretha redactó un testamento nuevo en octubre del 86. Cuatro meses después de que se hiciera la auditoría de la fundación y saliera a la luz la precaria situación financiera de la misma. Casi la totalidad del dinero de ella se destina a distintas causas benéficas relacionadas con niños y jóvenes. Fondos de la iglesia para la infancia, Save the Children, Cruz Roja infantil.

—¿Y Nilsson?

—Ni siquiera una corona. Sin embargo vuelve a aparecer su vieja criada. Erika Brännström, a quien seguramente recordarás, recibe quinientas mil coronas. Una suma que, según el testamento, va a utilizarse para costear los estudios de sus dos hijas.

—Ya me lo imagino —dijo Johansson. El dinero como penitencia, como indulgencia por los delitos de otros, pensó Johansson. En el peor de los casos a cambio de silencio. Ella debió de padecer un pequeño infierno el año anterior a su muerte, se dijo.

—Erika Brännström —repitió Alf Hult—. Naturalmente, si estás interesado, también puedo obtener más datos de ella. Tanto ella como sus hijas viven, ya lo he comprobado. Ella tiene más de sesenta años y sus hijas alrededor de treinta. Además, esos datos ya los tienes.

—No —dijo Johansson—. Olvídate de ella. —Lo que quiero saber de ella no puedes

decírmelo tú, pensó—. ¿Algo más? —añadió.

—Sí —dijo su cuñado—. Respecto a Vera, la madre de Staffan Nilsson.

—¿Qué ocurre con ella?

—Como te dije, murió el 10 de marzo de 1986. Sin hacer testamento, lo que en el sentido jurídico no era demasiado interesante, ya que el heredero era su único hijo. Sin embargo, las circunstancias en relación con su muerte son interesantes. Especialmente para alguien como tú. Quiero decir con la experiencia profesional de alguien como tú, querido cuñado.

—No me digas —dijo Johansson. *Now we are talking*, pensó.

Tarde del miércoles, 4 de agosto de 2010

A Vera Nilsson, de sesenta y cinco años, la encontraron muerta en su apartamento de Birger Jarlsgatan 104, en Estocolmo, la mañana del 11 de marzo de 1987. La encontró su hijo Staffan, que vivía en otro piso más pequeño del mismo bloque.

Vera Nilsson estaba tendida en el sofá de la sala de estar. Llevaba puestas unas bragas, sujetador, bata y zapatillas. Sobre la mesa del sofá había una botella de whisky vacía, media docena de latas de cerveza, una botella de vodka en la que quedaba cerca de la mitad de su contenido, una botella vacía de agua mineral, una botella de gaseosa vacía también, así como un vaso largo que contenía una mezcla de vodka y grappa. En el cuarto de baño se encontró un frasco vacío de somníferos y otro de sedantes, vacío también. Sin embargo, no se halló ninguna nota de suicidio ni ningún otro comunicado de ese tipo.

La cama del dormitorio estaba intacta y recién hecha pero, por lo demás, la reducida vivienda de dos habitaciones y cocina producía cuando menos una impresión de desorden y falta de limpieza. Cajones sacados con el contenido esparcido por el suelo, dos armarios con la ropa tirada y amontonada, en la despensa y los cajones de la cocina parecía que alguien hubiera estado revolviendo a fondo los comestibles y enseres de la casa.

Debido a que las circunstancias en torno a su muerte eran un tanto confusas, se envió a Vera Nilsson al forense de Solna para la autopsia, y la policía judicial de Estocolmo hizo un examen técnico del apartamento, en cuyo formulario de registro figuraba el epígrafe «Muerte sospechosa en el domicilio». Según la autopsia y el examen forense, Vera Nilsson falleció por intoxicación, una combinación de somníferos, sedantes y alcohol en grandes cantidades. La concentración de alcohol en sangre era de algo más de tres por mil y en la orina era levemente inferior. Al no haber indicios de un consumo

prolongado de alcohol, las cifras eran muy elevadas para una mujer de su edad y condición física.

El médico forense se tomó su tiempo y cuando llegó su dictamen pericial, algo más de un mes después, comenzaba declarando que no se podía descartar un delito, pero que prácticamente todos los indicios apuntaban a un suicidio. Esa era también su conclusión. Vera Nilsson se había quitado la vida. Le resultaba improbable que alguien la hubiera envenenado sin su conocimiento. Las medicinas que había ingerido sabían demasiado mal para que alguien las hubiera podido disimular con ayuda de alcohol, cerveza o bebidas gaseosas. También le resultaba poco creíble que alguien la hubiera obligado a tomarlas. No había en el cadáver ninguna lesión que indicara que hubiera sido objeto de violencia, al menos física.

En un capítulo aparte del informe pericial se señalaba asimismo una circunstancia desconcertante. Varios detalles de la autopsia revelaban que Vera Nilsson llevaba más de veinticuatro horas muerta cuando fue hallada en su apartamento.

Sin embargo, su hijo, que la encontró sobre las once de la mañana del 11 de marzo, afirmaba haber hablado con ella por teléfono a las siete de la tarde anterior, lo cual planteaba un gran interrogante. Así pues, el forense no podía descartar que falleciera durante la noche del día 10, a pesar de que distintos hallazgos relacionados con la autopsia indicaban lo contrario.

—Pero, espera un momento, Alf —dijo Johansson en cuanto su cuñado finalizó su relato—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Por una vez se da la feliz casualidad de que tengo un contacto en la empresa funeraria que se encargó del entierro de Vera Nilsson. Es miembro de la misma sociedad genealógica que yo —dijo Alf—. Además, ambos formamos parte de la junta directiva. También fue su funeraria la que se hizo cargo de todos los detalles prácticos relativos al fallecimiento de Vera Nilsson. Además del inventario de bienes en sí y del entierro, limpiaron el apartamento y se encargaron de que su hijo se pusiera en contacto con una empresa de subastas que llevó a cabo la venta de sus enseres domésticos. Encontraron el informe de la autopsia cuando estaban limpiando el apartamento.

—Entiendo —dijo Johansson—. Pero ¿por qué se lo guardó? Debió habérselo enviado al hijo una vez acabada la investigación de la muerte. —Como quiera que ocurriera, pensó.

—Mi contacto conocía a Vera Nilsson —dijo Alf a la vez que se aclaraba la voz

suavemente—. No sé si lo he dicho, pero Vera Nilsson trabajaba como jefa de comedor en un restaurante próximo a su casa. Mi contacto solía ir allí para almorzar y cenar, y así fue como se conocieron. A él le pareció raro que Vera se suicidara. La describe como una persona alegre y positiva, y por ese motivo hizo una copia. Supongo que el original se lo dio al hijo, junto con los demás papeles que habían recogido.

—Pero ¿tu conocido no se puso en contacto con la policía?

—No —dijo Alf—. No lo hizo. Al parecer se llegó a la conclusión de que se trataba de un suicidio y, teniendo en cuenta al hijo, es decir, que la funeraria cuidaba de sus intereses, no lo hizo.

—¿Encontró el informe de su muerte? Mis compañeros debieron de hacer un informe de la muerte.

—Nada parecido —respondió Alf sacudiendo la cabeza—. Pero pienso que eres la persona adecuada para encontrarlo. No es el tipo de información a la que me dedico habitualmente en el contexto genealógico. Suponiendo que existiera tal informe, debería estar en el archivo provincial de Estocolmo.

—Seguramente —convino Johansson. O en cualquier otra caja vieja de cartón en el sótano de la comisaría, pensó.

—Por si te sirve de ayuda, he puesto una copia del informe de la autopsia aquí, con estos papeles —dijo Alf Hult señalando con su delgado índice el montón de papeles que había dejado en la mesa junto al sofá de Johansson.

—Se solucionará —dijo Johansson. Se solucionará, pensó.

Noche del miércoles, 4 de agosto de 2010

Johansson cenó con Max esa tarde. Comida italiana que pidió al restaurante más cercano. Pia cenaba fuera con la gente del banco. Era la primera vez que salía de noche desde que él llegó del hospital, y casi tuvo que echarla para que se fuera.

—¿Estás seguro de que te las arreglarás? —dijo Pia cuando por fin estaba en el vestíbulo con el abrigo.

—Pero vamos a ver, qué puñetas —protestó Johansson—. ¿Temes tal vez que Max me secuestre?

Luego cenó con su Evert Júnior privado. Estofado de ternera y pasta de la saludable, la que no era ni la mitad de apetitosa que la que él solía comer, y agua mineral. Mientras Max ponía la mesa, Johansson estaba sentado en un sillón hojeando el periódico y observando lo que hacía.

—Quiero vino tinto —pidió Johansson dejando el periódico de la tarde a un lado y mirando el botellero—. Descorcha alguno italiano. Ese que tiene la etiqueta negra —añadió por si acaso, dada la falta de conocimientos de Max en ese tema tan delicado.

—Por supuesto, jefe —dijo Max.

Cuando acabaron de cenar, Max se sentó en la sala de estar, encendió el televisor y se puso a ver un partido de fútbol de la liga española. Johansson se tumbó en el sofá con el firme propósito de beberse el vino que quedaba en la botella que Max había abierto para él.

Vamos a ver, dijo un ciego, pensó Johansson cogiendo el montón de papeles que acababa de darle su cuñado.

Primero leyó el informe de la autopsia. Se hablaba claramente de suicidio y, en

realidad, lo único que no estaba claro para el forense era el momento de la muerte de Vera.

No es nada raro, pensó Johansson. Ese cabrón necesitó todo un día para buscar en su apartamento y asegurarse de que no había dejado ningún documento o papel que pudiera complicarle las cosas.

Luego, su constante compañero el dolor de cabeza hizo acto de presencia y tuvo que limitarse a hojear con menor detenimiento antiguos inventarios y documentos del registro civil. En medio de todo eso encontró el currículum redactado por el propio Staffan Nilsson cuando buscaba trabajo como chico para todo en la fundación de su tía Margaretha Sagerlied. Forzado además, y muy a su pesar, por el abogado y presidente de la fundación formalmente establecido.

En la parte superior, el lugar y fecha en que se redactó el documento: «Estocolmo, 15 de abril de 1983».

Después, el encabezamiento: «Currículum vitae de Staffan Leander Nilsson, nacido el 5 de octubre de 1960». Sin embargo no figuraba el número de identidad completo, lo que tal vez fuera útil teniendo en cuenta lo que su cuñado le había indicado acerca de la veracidad del documento.

En la parte inferior de la página, un certificado firmado por el propio Staffan Nilsson con referencia al documento: «El firmante, Staffan Nilsson, certifica bajo juramento que los datos anteriores se ajustan a la verdad». La firma era muy elaborada para un muchacho de veintitrés años, y la rúbrica final del apellido demostraba en cualquier caso que no le faltaba confianza en sí mismo.

Así, entre el título inicial y la firma final se hallaba el resumen de la vida de Staffan Nilsson.

Inició la escuela primaria en 1967 en la Engelbrektsskola de Valhallavägen en Estocolmo, y nueve años después, en 1976, acabó la primera parte de su formación. Posteriormente, ese mismo otoño, empezó bachillerato en el Norra Real de Roslagsgatan, en Estocolmo. En ambos casos eran escuelas que estaban cerca del domicilio de Birger Jarlsgatan donde vivía con su madre.

Tardó tres años en terminar la enseñanza secundaria en la modalidad de economía, y la primavera de 1979, el joven Nilsson aprobó el bachillerato. El otoño de ese mismo año inició estudios de ciencias económicas en la Universidad de Uppsala. Continuó dos años dichos estudios, y luego hizo un descanso de un año para un «período de prácticas»

como aprendiz, según los datos que constan en la sede central de Ericsson en Estocolmo. Dejó ese puesto en el otoño de 1982, cuando decidió tomarse un «año sabático conjuntamente con estudios de idiomas», que se supone realizó en «Inglaterra y Francia». Regresó a Suecia en enero de 1983 con la intención de «terminar sus estudios de económicas en la Universidad de Uppsala».

Hasta ahí la parte de formación, y todo bajo juramento.

En el párrafo siguiente daba cuenta de distintos trabajos de verano y otros que habría realizado paralelamente a sus estudios.

De lo más aplicado y currante, pensó Johansson cuando comenzó a leer.

A los dieciséis años realizó su primer trabajo de verano como «ayudante de cocina» en el Strand Hotell de Estocolmo. El verano siguiente como «camarero» en el hotel Mornington, y los dos veranos siguientes volvió al mismo sitio como «auxiliar de recepción». El otoño de 1979 se sacó el carnet de conducir y los veranos de 1980 y 1981 trabajó como «asistente del director y subgerente de restaurante» en el restaurante del castillo de Skokloster y el museo a las afueras de Sigtuna.

Era de esperar, pensó el ex jefe de la policía judicial central Lars Martin Johansson, dejando a un lado la biografía que el propio Staffan Nilsson había firmado dos años y dos meses antes de que encontraran a Yasmine Ermegan violada, asesinada y escondida entre los juncos al borde del lago, a solo un par de kilómetros del antiguo lugar de trabajo de Nilsson.

Tarde del jueves, 5 de agosto de 2010

Otro día más en la nueva vida de Lars Martin Johansson. Primero un vaso grande de agua para tragarse las medicinas que ahora eran vitales y que sacaba cuidadosamente con la mano izquierda del dosificador de plástico del servicio de salud. Luego se duchó antes de comerse su saludable desayuno, que consistía mayormente en yogur, fruta y cereales.

Después leyó el periódico tumbado en el sofá del despacho, sin que le doliera la cabeza a pesar de leer las noticias, el suplemento económico y el anexo cultural. Así pues, se atrevió con el sudoku, que formaba parte de la rutina diaria de su antigua vida. Dos minutos después, el dolor de cabeza había vuelto.

Tiró el periódico, se puso boca arriba, trató de concentrarse y recuperar la tranquilidad. Respirar profundamente, no pensar en nada, evitar pensar, seguir los consejos del libro de meditación y paz interior que le había dado su nieto mayor.

¿Qué coño se hace para no pensar en nada?, pensó Johansson. Es una contradicción.

—Tienes visita —anunció Matilda—. Tu amigo, el macho alfa, ya me entiendes.

Jarnebring había vuelto de sus vacaciones amorosas en Tailandia la tarde anterior. Un Jarnebring delgado, en forma y bronceado, con una mirada de lobo que no denotaba veinte horas de vuelo.

—Acabo de hablar con el ayudante que te ha mandado Evert —dijo Jarnebring mirando hacia la puerta cerrada—. Supongo que es más amable de lo que aparenta.

—Es un joven excelente —aseguró Johansson—. Es bueno y amable, no es ningún estúpido y hace lo que le digo. —A diferencia de otros, pensó.

—¿Cómo van las cosas?

—¿En qué sentido?

—Con Yasmine —dijo Jarnebring.

—Estupendamente —dijo Johansson—. He encontrado al culpable, como te prometí.

Sigue vivo, y lo que queda ya en realidad son solo unos simples trámites.

—Te creo porque te conozco —dijo Jarnebring—. Cuenta.

—Se llama Staffan Leander Nilsson, nació el 5 de octubre de 1960. Soltero, sin hijos, vive en Frösunda, Solna. Faltan datos acerca de su profesión, pero mi opinión es que trapichea un poco de todo. Negocios mixtos, por decirlo así.

—No me jodas, Lars —espetó Jarnebring—. Y sabes perfectamente a lo que me refiero. ¿Cómo lo encontraste?

—Mediante un poco de investigación —dijo Johansson—. Ni siquiera ha sido especialmente difícil. Anoche, antes de quedarme dormido, se me ocurrió que hasta el pequeño desgraciado seboso de Evert Bäckström lo habría encontrado si hubiera tenido el dato que yo recibí hace tres semanas.

—Joder, Lars —dijo Jarnebring—. Piensa lo que dices. Yo mismo participé en esa investigación.

—Si hubieras tenido la misma información que yo, estoy convencido de que habrías necesitado como máximo dos o tres días —afirmó Johansson.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Buena pregunta —dijo Johansson—. Yo había pensado ir a echarle un vistazo a ese cabrón. Hacerle la prueba de ADN, aunque es una mera formalidad, ya que sabemos que vamos a dar en el blanco. Pero ¿qué hacemos luego? Una buena pregunta. El caso ya ha prescrito y, si he entendido bien el asunto, se espera que por ello nos olvidemos de que ese tipejo existe.

—Joder, Lars —protestó Jarnebring—. No lo dirás en serio.

—No —dijo Johansson. Cada cosa a su momento, pensó.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Asegurarnos de que realmente es él —dijo Johansson—. Yo también puedo haberme equivocado. —Pero no creo que en esta ocasión tenga esa suerte, pensó.

—Aunque parezca repetitivo, ¿qué hacemos?

—He pensado que podríamos empezar buscando el antiguo informe sobre el fallecimiento de la madre de Staffan Nilsson.

—Hablaré con Herman —propuso Jarnebring—. Él puede...

—Nada de hablar con Herman —interrumpió Johansson—. Tú y yo, nadie más, y absolutamente ningún ex colega.

—Te entiendo —dijo Jarnebring—. ¿Te han explicado lo que le ocurrió a la nieta de

Herman?

—Sí —dijo Johansson—. Patdos, el padre de la niña, me lo contó. —Patrik Åkesson, el mismo que probablemente me salvó la vida, pensó—. Así que no te preocupes —añadió Johansson—. Jamás permitiré que ese cerdo se escape. Esas leyes sobre la prescripción de delitos se las pueden meter los abogados y todas las demás lumbreras por ahí detrás.

—Bien —repuso Jarnebring—. Dame el nombre de la madre de Nilsson y empezaré con las cuestiones prácticas.

—Tienes todo lo que necesitas en esa carpeta de plástico azul —dijo Johansson señalando los papeles que había sobre la mesa—. Como tengo plena confianza en ti, he escrito incluso cómo creo que ocurrió todo.

—Una pregunta, por curiosidad —dijo Jarnebring—. ¿Quién ha sido tu informante?

—Todo, menos el informante —replicó Johansson con firmeza. Tiene que haber límites, pensó.

Viernes, 6 de agosto de 2010

Johansson estaba almorzando en la cocina cuando Jarnebring lo llamó al móvil.

—¿Qué tal? —dijo Jarnebring.

—De primera —afirmó Johansson, aunque le dolía la cabeza y respiraba con dificultad debido a la opresión en el pecho—. Aquí me tienes comiendo arenques fritos con patatas. —Y hay que ser feliz con lo que se tiene, pensó.

—No te preocupes por mí —repuso Jarnebring, que era un carnívoro declarado—. He encontrado ese informe del fallecimiento.

—Ha ido rápido —comentó Johansson casi sin poder ocultar la sorpresa.

—He tenido una suerte loca —aseguró Jarnebring—. Nos vemos dentro de media hora.

Johansson estaba tumbado en el sofá, como de costumbre, cuando Jarnebring entró en el despacho, cerró la puerta, se sentó y dejó sobre la mesa una carpeta de plástico con unos pocos papeles.

—El informe sobre la muerte de Nilsson, Vera Sofia, nacida en 1921 —dijo Jarnebring—. Lo hizo la antigua brigada de delitos violentos de Estocolmo. Circunstancias poco claras, según consta en la notificación de entrada.

—¿Dónde lo has encontrado? —quiso saber Johansson, que consideraba que había ido sospechosamente rápido, teniendo en cuenta el acuerdo de no implicar a otros ex colegas en las investigaciones.

—He tenido una suerte loca, como te he dicho. ¿Te acuerdas de Lindgren, aquel viejo forense? Alto, flaco, silbaba al hablar, no miraba nunca a los ojos, para mí que estaba completamente chiflado.

—No —dijo Johansson—. A ese precisamente no lo recuerdo. —La verdad es que están todos locos, pensó.

—De repente me acordé de que había hecho su tesis sobre el suicidio. Además, estaba conmigo cuando la estaba haciendo y me preguntó si yo tenía algún caso interesante para él.

—¿Y bien? —Ve al grano, pensó Johansson.

—Resulta que el caso de Vera Nilsson formó parte de su investigación —aclaró Jarnebring—. Lo encontró en una de esas cajas de cartón que tenía en su trabajo en el anatómico forense de Solna.

—Qué bien —dijo Johansson—. ¿Y cuál es tu opinión acerca de la muerte de la señora Nilsson?

—Suicidio —afirmó Jarnebring—. Aproveché y leí el informe, ya que tenía a mano al experto, y me tomé un café con Lindgren. Según él fue un caso evidente de suicidio, a pesar de no dejar ninguna carta. Grandes cantidades de somníferos y un montón de alcohol. El corazón se paró. Insuficiencia orgánica y todas esas historias. Puedes leerlo tú mismo, por cierto —añadió Jarnebring dándole el informe.

—Me duele la cabeza —dijo Johansson—. Pero me gustaría escucharlo. —Seguramente había una carta, pensó. Que su hijo le robó.

—Fue su hijo el que la encontró, nuestro Staffan Leander Nilsson. Declaró cuando se redactó la notificación de entrada. Muy abreviada por la primera patrulla que llegó al lugar. Dice que había llamado a su madre por teléfono en varias ocasiones, que incluso llamó a la puerta. No contestó nadie. Entonces se preocupó. Dice que en general tenía contacto diario con ella y que viven en el mismo edificio. Obviamente, tiene llaves de su apartamento. Abre y entra. La encuentra muerta en el sofá. Llama a la policía inmediatamente.

—¿Es el único interrogatorio que hay de él? —Asombroso, pensó Johansson.

—No —dijo Jarnebring—. Una semana después, cuando los técnicos ya habían estado allí haciendo su trabajo, lo llaman de delitos violentos y le toman declaración, a título informativo. Los técnicos se extrañaron al notar que la vivienda parecía haber sido registrada. No es que encontraran nada raro, pero les pareció un tanto curioso.

—¿Qué tenía que decir el pequeño Staffan sobre eso?

—En el interrogatorio cuenta que su madre había estado muy deprimida el último año. Podría haber comenzado cuando dejó de trabajar el verano anterior. Empezó a beber mucho. Según el hijo, podía estar borracha varios días a la semana y en algunas ocasiones la había notado incluso algo trastornada.

—No me extraña —repuso Johansson.

—Sí —asintió Jarnebring—. Si se había dado cuenta de que su hijo era el que había violado y asesinado a la pequeña Yasmine no podía sentirse demasiado bien.

—No, en absoluto —dijo Johansson—. ¿Qué colega de delitos violentos fue el que le hizo el interrogatorio?

—El compañero Alm —respondió Jarnebring sonriendo—. Más conocido en el Cuerpo como Cabeza de Alcorneque, y además su jefe, el Curdas, el viejo comisario Fylking al que sin duda recordarás, fue el que cerró la investigación. Según Fylking no era delito, y como estábamos a tope con el asesinato de nuestro querido primer ministro no hubo nadie que hiciera mayores objeciones. Como te he dicho, yo también comparto su opinión.

—¿Nada más? —dijo Johansson agitando lentamente los papeles que le había entregado.

—Una antigua amiga y compañera de trabajo de ella fue a la policía. Se puso en contacto con nosotros algunas semanas después del suicidio de Vera Nilsson. Le costaba mucho creer que Vera se hubiera quitado la vida. Tampoco se creía eso de que había empezado a beber como un cosaco. Según la amiga, Vera siempre había tenido mucho cuidado con el alcohol. No es que fuera abstemia totalmente, claro, pero sí moderada en sus hábitos. La describe como alegre y positiva, casi como una compañera de trabajo ideal durante el tiempo que trabajaron juntas.

—¿Habían salido juntas en alguna ocasión, antes de que Vera Nilsson se quitara la vida?

—Se vieron con frecuencia durante muchos años. En el trabajo, obviamente, pero también fuera. Alm insistió bastante en ese punto, y entonces ella le contó que en los últimos meses Vera Nilsson estaba mucho más preocupada de lo habitual. Llegó a preguntarle el motivo, sin obtener respuesta. La amiga dice en el interrogatorio que daba por hecho que estaba relacionado de algún modo con el hijo de Vera. Según la amiga, él había sido siempre un zascandil y un canalla. Una fuente de preocupación constante para su madre. La última vez que tuvo contacto con ella, según la amiga, fue por teléfono, unas semanas antes de la muerte de Vera Nilsson.

—Vaya —suspiró Johansson.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Jarnebring.

—Tengo que pensar —dijo Johansson.

—Pero, Lars, joder —protestó Jarnebring—. Espabila.

—¿Tienes alguna propuesta mejor?

—¿Y si acertamos? Si le hacemos la prueba de ADN a ese cabrón y acertamos no tendremos que leer ni una línea más.

—No me digas —espetó Johansson—. Déjame que piense durante el fin de semana cómo seguir.

—No faltaba más —aseveró Jarnebring—. Si te arrepientes solo tienes que llamarme. Y así nos damos una vuelta por ahí, a gastar un poco el asfalto y verlas venir, como antes.

Debo pensar, se dijo Johansson. Pero ¿qué podía hacer con una cabeza que empezaba a dolerle de un modo terrible en cuanto lo intentaba?, pensó.

Sábado, 7 de agosto de 2010

Después de desayunar, Pia se fue al campo a recoger setas con su mejor amiga.

—No hagáis travesuras, chicos —dijo Pia besando a su marido en la boca y dando después un abrazo maternal a Max.

—Lo prometemos —dijo Johansson, que ya veía por delante un almuerzo largo y contundente como los de antes, junto a su chico para todo privado. Tal vez debería llamar también a Jarnebring, pensó.

A Jarnebring le pareció una idea excelente. Hasta tal punto que Max fue a buscarlo a su casa, y dos horas después iban los dos en el coche hacia el sitio al que Johansson solía llamar «su hostel rural», y que para más comodidad estaba ubicado en Djurgården, en Estocolmo.

—Tienes buen aspecto, Lars —dijo Jarnebring golpeándolo amistosamente en el hombro.

—Ya lo sé —dijo Johansson. Chorradas, pensó.

Johansson pidió aperitivo, segundo plato y postre. Más que nada para fastidiar a sus compañeros de mesa. Max se removió en su asiento, aunque tuvo la delicadeza de no decir nada, pero su mejor amigo no se contuvo.

—A veces me parece que intentas matarte —afirmó Jarnebring mirando los platos con el aperitivo de Johansson.

—¿A qué te refieres? —dijo Johansson con gesto inocente, mientras ponía abundante salsa de mostaza en una tostada con salmón salado.

—El salmón está bien, pero esa mayonesa es un puro beso de la muerte para alguien como tú. ¿Qué coño le ha ocurrido a tu memoria, Lars? Hace solo un mes estuviste a punto de morir porque comías todo el tiempo esa mierda y te negabas a moverte.

—Hace poco más de un mes, no había nadie que me preguntara cómo estoy ni opinara acerca de lo que como —dijo Johansson—. Ahora es lo único que oigo. Gente que me habla como si yo fuera un niño.

Luego le dio un buen bocado a su tostada de salmón y se limpió con el dedo índice los restos de salsa que tenía en la comisura de los labios, chupándose el dedo después, antes de tomarse la segunda copa, que enseguida enjuagó con un buen trago de cerveza.

—¿Por dónde iba? —dijo Johansson—. Ah, sí —añadió levantando la mano antes de que Jarnebring tuviera tiempo de decir nada—. Si los caballeros no pueden tratarme como a un ciudadano adulto, sugiero que cojáis vuestras malditas ensaladas y filetes de carne asada y os busquéis otra mesa, para que pueda comer a gusto.

Max parecía estar muy ocupado con su ensalada y se conformó con asentir. Jarnebring se encogió de hombros y por lo visto decidió cambiar de tema.

—Oye, Max —dijo Jarnebring—. Me ha dicho Evert que estás pensando hacerte policía. ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés —respondió Max.

—Entonces es el momento. Lars y yo teníamos veintiuno cuando entramos en la academia de policía.

—Yo no he hecho el bachillerato. Dejé los estudios después de secundaria.

—Eso se arregla fácilmente —dijo Jarnebring, que había sido admitido por sus méritos deportivos a pesar de las pésimas notas obtenidas en el colegio, donde después de ocho años puso fin a sus estudios puramente librescos.

—Puede ser —dijo Max—. Aunque ese no es el problema.

—Entiendo a lo que te refieres —dijo Jarnebring—. Yo también me he peleado con algún que otro calavera. Incluso antes de ser policía; de hecho, por entonces lo hacía con más frecuencia.

—Pero nunca has estado en un correccional —dijo Max.

—No —dijo Jarnebring—. Pero soy un hacha distinguiendo a las buenas personas de las malas. Tú eres bueno, Max. Eso es lo que cuenta.

—¿Qué tonterías son esas? —interrumpió Johansson—. Este mundo está regido principalmente por idiotas. Cuenta, Max —dijo—. Cuenta cómo ha sido tu vida, cuenta cómo eres en realidad. ¿Quién es Max? Dímelo.

—¿Por dónde quieres que empiece? —preguntó Max. Leve sonrisa, más tranquilo, los gruesos antebrazos descansando sobre la mesa.

—Empieza por el principio —propuso Johansson—. Y tú, Bo, cierra el pico.

—Vale —dijo Max sonriendo—. Me llamo Maxim Makárov y no soy pariente del gran Serguéi.

Maksim Makárov nació en Leningrado en 1987, el mismo Leningrado que cuatro años después recuperó el nombre original de la época de la Rusia zarista, San Petersburgo. Entonces escribía su nombre con «k» y no con «x».

—Mi madre era doctora. Mi padre era chófer y guardaespaldas de uno de los jefes locales del partido. Por cierto, ganaba cuatro o cinco veces más que mi madre. En la URSS de aquella época, la medicina era una profesión típica de baja remuneración. Creo que lo es todavía. Eso si no pertenecías al partido y podías robar en algún hospital cuando nos liberamos.

—Ya, ¿lo ves? —dijo Jarnebring—. No tienes que tomarte en serio los estudios.

—Cállate, Bo —ordenó Johansson—. Continúa, te escucho —dijo mirando a Max.

Alrededor de la época de su nacimiento, los padres se separaron. Cuando Max tenía dos años, en un imperio soviético que en el otoño de 1989 se sacudía hasta los cimientos, su madre logró escapar a través de una de las grietas del muro y fue a Tallin a un congreso médico. En cuanto llegó allí, sus amigos estonios la ayudaron a seguir hasta Finlandia, donde se hicieron cargo de ella otros contactos y se las arreglaron para que embarcara rumbo a Suecia.

—Así que me quedé con mis abuelos maternos —dijo Max.

—¿Y tu padre? —preguntó Jarnebring a pesar de la mirada de advertencia de Johansson.

—No —dijo Max sacudiendo la cabeza—. Lo habré visto unas diez veces como mucho. Ni siquiera recuerdo su cara. Además, murió de un disparo cuando yo tenía cuatro años. Fue a buscar al jefe a su casa y les dispararon al salir. A mi padre, a su jefe y al chófer. En aquel momento había una guerra abierta a tiro limpio en Leningrado. El camarada Kaláshnikov, y toda la pasta que los jefes del partido querían afanarse.

—No debió de ser muy agradable —dijo Jarnebring, a pesar de que su mejor amigo parecía tener intención de increparle en voz alta.

—A mí me daba igual —dijo Max—. No nos conocíamos. Más que nada me parecía

emocionante tener un padre que había sido asesinado. Así que me daba igual. Mi abuela era buena y mi abuelo también. Aunque luego todo empeoró, ya nada fue bueno.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Johansson.

—Primero murió mi abuelo. Era muy viejo. Había participado en la Gran Guerra Patriótica y ya estaba jubilado antes de que naciera yo. Sufrió un ataque al corazón y simplemente se murió. Entonces yo tenía cinco años. Al año siguiente, el día que cumplía seis años, aún lo recuerdo, murió mi abuela. También de un ataque al corazón. Se desplomó en la cocina cuando iba a servir la tarta de mi cumpleaños. Entonces fui a parar a un orfanato. Allí estuve cuatro años. Llegué a Suecia cuando tenía diez.

—¿Cómo era? —dijo Jarnebring—. Me refiero al orfanato.

—He intentado olvidarlo —aseguró Max mirando a Jarnebring con los ojos entornados y las grandes manos apretadas—. Así que ni tú ni yo queremos hablar de eso.

—¿Y tu madre? —preguntó Johansson cambiando de tema—. ¿Por qué no se encargó de que pudieras venir antes a Suecia? Si he entendido bien, vivía aquí desde hacía años. Supongo que tendría permiso de residencia y trabajo, ¿no?

—Sí —dijo Max—. Al principio le fueron muy bien las cosas. Consiguió permiso de residencia y trabajo. Trabajó como médico en el hospital de Sundsvall algún año después. Luego conoció a otro hombre, sueco, y tuvo hijos con él. Tengo dos hermanastros, un hermano de diecinueve años y una hermana de dieciocho. Les ha ido bien. Mi hermanastro estudia informática en la universidad y mi hermanastra está en el último curso de bachillerato.

—Una pregunta directa, a riesgo de resultar pesado —dijo Johansson—. ¿Por qué no se encargó tu madre de que vinieras a Suecia?

—No le daría la gana —respondió Max encogiéndose de hombros—. Vida nueva, novio nuevo, hijos nuevos. Pero tampoco quiero hablar de eso. Además, al principio me daba igual. Me sentía bien mientras vivía con los abuelos.

—Si quieres cambiamos de tema —dijo Johansson.

—Entonces todo se fue a la mierda —prosiguió Max en voz baja, casi como una constatación—. Ella empezó a drogarse, su pareja la abandonó y se llevó a mis hermanastros. La echaron del hospital porque se drogaba y robaba medicamentos. También los vendía, en el centro de la ciudad. A un montón de drogadictos. Primero fue a parar a un psiquiátrico y después a un centro de rehabilitación y entonces, al parecer, se acordó de mí.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Johansson—. ¿A que fue su terapeuta el que tuvo la buena idea de que vinieras? Como parte del tratamiento de tu pobre madre, por decirlo así.

—Sí —dijo Max sonriendo a Johansson—. El jefe tiene toda la razón, yo no habría podido decirlo mejor. Solo transcurrió un año hasta que pude irme a vivir con mi madre, a la que no había visto desde hacía ocho años. Para entonces ella ya tenía piso y trabajo nuevo. Trabajaba como asistente en el centro en el que la habían tratado. Daba un montón de cursos y conferencias. Además estaba con el psicólogo que iba con ella cuando fue a buscarme al orfanato. Yo no hablaba ni una palabra de sueco y mi madre se negaba a hablar ruso conmigo.

—Y en cuanto llegaste aquí todo volvió a irse a la mierda —afirmó Johansson. Una mujer muy singular, pensó.

—Un puto ruso de diez años que va a parar a una escuela primaria de Sundsvall... Pero cuando cumplí los catorce ya era como soy ahora —dijo Max—. Entonces me sentí como en casa.

—¿Cómo les fueron las cosas a tu madre y a su nuevo novio?

—Mi madre tuvo una recaída. Al principio...

—Entiendo —interrumpió Johansson—. ¿Qué pasó contigo?

—Al principio me llevaron a una casa de acogida. Estuve allí hasta los quince. Viví en Timrå, al norte de Sundsvall. Era gente buena, así que no tuvieron la culpa de que yo terminara en un correccional. Por entonces yo era un auténtico desastre. Cuando dejé por fin el centro, después de varias salidas periódicas hasta los dieciocho años, mi supervisor me consiguió trabajo. Fue con Evert en la empresa constructora que tenía en Sundsvall. Más que nada le arreglaba las casas. Desde entonces he trabajado siempre con él. El año pasado en la granja donde vive.

—¿Qué te dijo mi hermano cuando os visteis por primera vez? —Vaya pregunta más estúpida, pensó.

—La verdad es que lo recuerdo —dijo Max sonriendo—. De hecho recuerdo con bastante exactitud lo que dijo. Dijo que si no dejaba de dar por saco y empezaba a comportarme como la gente normal y decente, él se encargaría personalmente de que lo único que yo deseara fuera volver a aquel maldito orfanato en la maldita Rusia con todos los demás rusos de mierda.

—La verdad es que suena propio de Evert —dijo Johansson.

—Evert no es un tipo con el que te puedas meter —aseguró Max sonriendo con picardía—. Además, es la mejor persona que he conocido. Por cierto, siempre habla muy bien de ti, jefe.

—Por las mismas razones que habla siempre bien de ti, Max —afirmó Johansson en tono grave—. Y tú, Bo —dijo Johansson mirando a su mejor amigo—. ¿Hay algo más que quieras saber?

—¿Cómo le ha ido a tu madre, Max?

—Está muerta —contestó Max encogiéndose de hombros—. Murió hace siete años. Cáncer de hígado. Es raro, la verdad, pero aunque entonces yo tenía dieciséis años casi no recuerdo cómo era. Igual que con mi padre, aunque entonces solo tenía cuatro y apenas lo había visto.

Debió de ser un alivio para ti, pensó Johansson.

—Oye, Bo —dijo Johansson—. Esa camarera rubia y bajita, la que está allí, la que nos está observando desde hace cinco minutos...

—¿Qué le ocurre? —preguntó Jarnebring.

—Si pudieras indicarle que viniera, podría tomarme una copa de vino tinto con las albóndigas —dijo Johansson.

—Me estaba preguntando una cosa, jefe —dijo Max un par de horas más tarde, después de dejar a Jarnebring, cuando iban hacia el sur.

—Te escucho —dijo Johansson.

—Lo de la policía, o sea, que yo podría entrar en la policía. ¿Es cierto que tal vez aceptaran a alguien como yo?

—No —dijo Johansson—. Si te sirve de consuelo, tampoco creo que sea nada que vayas a echar de menos.

—Eso mismo pensaba yo —dijo Max asintiendo.

Cuando llegaron a casa, Johansson se acostó en el sofá y se quedó dormido casi inmediatamente. Se despertó cuando Max lo tocó suavemente en el brazo.

—Sí —dijo Johansson.

—Ha llamado tu mujer, jefe. Quería saber cómo estabas, ha preguntado si podía quedarse a dormir en el campo con su amiga.

—¿Y qué le has dicho?

—Que podía quedarse sin ningún problema —respondió Max sonriendo—. Que estás

bien, que todos estamos bien.

—Bien hecho —dijo Johansson.

Luego debió de volver a dormirse. Esa vez no soñó, y se despertó cuando empezaba a amanecer al otro lado de la ventana del despacho. El dolor de cabeza, había olvidado tomarse las medicinas. Fue al cuarto de baño. Se lavó con agua fría. Se tomó algunas pastillas de más, por si acaso. Después se acostó en la cama y volvió a dormirse.

Domingo, 8 de agosto de 2010

El domingo fue un mal día. Y no lo mejoró el hecho de que suponía que estaba relacionado con el largo almuerzo del día anterior. Lo único bueno era que no esperaba que Pia apareciera hasta la tarde, así que tenía tiempo para recuperarse un poco. La llamó al móvil. No porque la echara de menos, sino más que nada para tranquilizar su mala conciencia. Parecía contenta. La abundancia de setas era mayor de la esperada y lo mejor era aprovechar.

Opresión en el pecho, dificultad para respirar bien, además del dolor de cabeza que se negaba a remitir. Primero intentó refugiarse en sus nuevas rutinas. Se tragó las pastillas, se duchó, se afeitó. Fue él solo a la cocina a prepararse el desayuno. Max entró mientras lo estaba haciendo. Le resultó difícil ocultar su preocupación cuando le echó un rápido vistazo a hurtadillas.

—¿Cómo van las cosas, jefe? —dijo Max.

—Podrían ir mejor —respondió Johansson—. Pero se arreglarán. ¿Y a ti?

—Bien —aseguró Max—. Son esas cosas que van y vienen. Ahora está todo en orden. Si te sientas te prepararé el desayuno, jefe —añadió.

Luego, Max se dedicó a los asuntos prácticos, mientras Johansson elegía la salida más fácil. Fue al cuarto de baño, se tomó otro comprimido blanco, un analgésico extra para el dolor de cabeza de los más fuertes, se tumbó en el sofá del despacho y dejó que Max le llevara la bandeja con el desayuno.

Johansson tomó café, agua mineral, zumo de naranja recién exprimido y un gran vaso de yogur. Después, el dolor cedió, la calma se adueñó de su pecho, el corazón y los pulmones hicieron más fácil la respiración.

—¿Qué tal, jefe? —dijo Max, que de pronto estaba de pie en el despacho sujetando la bandeja con los restos del desayuno.

—Deja de hacer el tonto, Max —gruñó Johansson—. Más vale que me des ese libro de ahí —dijo señalando—. Ese delgado de tapas azules.

—Alemán —dijo Max—. El jefe lee alemán.

—Sí —repuso Johansson—. Aunque yo era bastante mayor que tú cuando aprendí a hablar alemán.

—Yo apenas hablo ruso ya —admitió Max con una sonrisa apacible.

—Lo tengo también en sueco, por si te interesa. *Der Richter und sein Henker, El juez y su verdugo*. Lo escribió Friedrich Dürrenmatt, era suizo, escritor y pintor. Murió hace veinte años. Un escritor excelente, buen pintor —dijo Johansson, al que le gustaba tener catalogadas y ordenadas a las personas en su vida, incluso a las que no conocía.

—No leo muchos libros —dijo Max—. Suelo estar más que nada delante del ordenador.

—La lectura casi nunca es una equivocación —dijo Johansson—. Si un libro es malo sueles darte cuenta bastante pronto y entonces solo es cuestión de tirarlo a la basura. Si es bueno suele darte algo en que pensar, y cuando es realmente bueno puedes incluso mejorar como persona leyéndolo. Este precisamente lo he leído varias veces.

—Creo que lo he pillado —dijo Max—. De qué va el libro... *El juez y su verdugo*. Si quieres que haga algo, no tienes más que decírmelo, jefe.

—¿Hacer qué? —preguntó Johansson.

—Con ese pederasta de mierda —dijo Max—. El tal Nilsson, el que mató a la niña.

—No —dijo Johansson—. Yo lo haré. —Así que tú ya contabas con eso, pensó.

Max no dijo nada, solo se encogió de hombros, cogió la bandeja con la mano derecha, inclinó la cabeza y salió en silencio, a pesar de su corpulencia. Johansson se quedó allí con la puerta cerrada, a solas con sus pensamientos.

No, pensó Johansson cuando una hora después dejó el libro. Ni siquiera en mi lecho de muerte. Aunque ya no le dolía la cabeza. Solo estaba cansado y luego se quedó dormido. Me pregunto qué le ocurriría en ese orfanato, pensó antes de dormirse.

Cuando se despertó, Pia estaba sentada a su lado.

—Ya empezaba a preocuparme —dijo—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevas durmiendo?

—Sí —dijo Johansson. Tengo que ir al baño, pensó. La presión en la vejiga es algo común, incluso para un hombre de verdad.

—¿Quieres almorzar con tres horas de retraso? —preguntó Pia haciendo ademán de levantarse.

—Tengo que ir al baño —dijo Johansson—. Siéntate —añadió—. Hay algo de lo que quiero hablar.

Ninguna pregunta. Ella solo asintió y se sentó. Una mujer sensata, por una vez hace lo que le digo, pensó Johansson.

—Te escucho —repuso Pia en cuanto él volvió.

—Lo he encontrado —dijo Johansson mirando por algún motivo las cajas de cartón con papeles que estaban en el suelo del despacho.

—¿Vive? —preguntó ella.

—Sí —dijo Johansson—. Vive, y no creo que sufra especialmente por lo que le hizo a Yasmine.

—Dios mío, es terrible. Totalmente incomprensible. ¿Quién puede hacer algo así y seguir viviendo consigo mismo?

—Sí —asintió Johansson—. No es una historia edificante.

—¿Lo sabe alguien más, aparte de ti? —preguntó Pia.

—Se lo he dicho a Bo —dijo Johansson. Y el muchacho más fuerte que haya pisado un orfanato se lo ha imaginado ya, pensó Johansson. Tal vez Matilda también, pensó. Además están todos los ex colegas que no tardarán en saberlo. Antes o después, en cuanto tengan claro que él está en esas viejas cajas de cartón, que está ahí escondido en su agujero mientras los perros husmean por encima de su cabeza.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—La verdad es que no lo sé, por eso busco el consejo de mi querida esposa —dijo Johansson sonriendo ligeramente. ¿Por qué he dicho eso?, pensó. ¿Para dulcificar las cosas y convertir lo insoportable en algo con lo que poder vivir?

—Sí, no puedes dejarlo así como así. Sería horroroso. No serías tú, Lars.

—En un sentido formal no puedo hacer lo más mínimo. Es libre como un pájaro desde hace poco más de un mes. El asesinato de Yasmine prescribió el 21 de junio. Entonces habían transcurrido veinticinco años desde el hallazgo del cadáver. La única esperanza es que él haya hecho algo que no haya prescrito todavía y por lo que pueda pillarlo. Pero, honestamente, tampoco creo especialmente en eso.

—¿Y si vas a los medios de comunicación...?

—Si acudo a los medios de comunicación es hombre muerto. No creo que le dé

tiempo siquiera a demandarme antes de que algún loco lo mate. Ese villano que todos llevamos dentro —dijo Johansson sonriendo.

—¿Sabes quién es el padre? —preguntó Pia—. Me refiero al padre de Yasmine.

—Sí —dijo Johansson asombrado—. Pero no tenía idea de que lo supieras tú.

—Sí, claro que lo sé. Todos los que trabajamos en el mundo de las finanzas sabemos quién es Joseph Simon. Cuando me di cuenta de lo que andabas haciendo me metí en internet y refresqué mis conocimientos. Es una historia absolutamente repugnante.

—La misma curiosa de siempre, mi pequeña metomentodo —dijo Johansson, y no se sintió mal por tratar de dulcificar las cosas.

—Entonces ¿cómo lo piensas hacer?

—No lo sé —dijo Johansson—. No lo sé. No quiero tener las manos manchadas de sangre de ese cabrón, simplemente no tengo ganas de mancharme de mierda de ese modo.

—Si hay algo en lo que pueda ayudarte...

—Me temo que no —respondió Johansson—. Tengo que pensar —añadió sacudiendo la cabeza.

—Con tal de que no te cueste la vida también a ti.

—No —dijo Johansson—. Faltaría más. —Luego le pasó el brazo por encima y la abrazó. Con el brazo derecho, como si a pesar del dolor en el pecho y en la cabeza se sintiera cada día más fuerte. Ya llegará el momento de preocuparse, pensó.

Mañana del lunes, 9 de agosto de 2010

El lunes por la mañana, una Matilda muy espabilada entra en el despacho antes incluso de que él haya terminado de desayunar.

—Ese Joseph Simon —dijo Matilda—. El que me dijiste que googleara.

—Sí —dijo Johansson—. ¿Qué hay de él? —Googlear, pensó.

—Tenía también mujer en aquella época, es decir, la madre de Yasmine. Se llamaba Maryam Ermegan. También procedía de Irán. Se divorciaron en 1986, un año después de la muerte de Yasmine.

—Lo sé —dijo Johansson—. ¿Qué le ocurre?

—He estado mirando también en Google acerca de ella durante el fin de semana. No tenía nada mejor que hacer.

—Cuéntame —la animó Johansson.

Maryam Ermegan se convirtió al islam unos años después de la muerte de su hija. Escribió varios artículos en periódicos suecos en los que defendía el punto de vista del islam sobre las mujeres. Lo comparaba con el concepto liberal occidental de la mujer, con su enfoque práctico de la libertad emocional y sexual y del movimiento de emancipación de la mujer con respecto al hombre y a la familia. Afirmaba que no se trataba en absoluto de igualar a mujeres y hombres, sino solo de convertirlas en una presa más fácil para todos los hombres occidentales. Para todo el colectivo masculino y sin vínculos comunes de fe y moral, historia y parentesco. Y utilizaba, una y otra vez, el destino de su hija como ejemplo de algo que nunca hubiera podido ocurrir en su antigua patria, Irán.

En el otoño de 1995, diez años después de la muerte de su hija, participó en un debate televisivo en el que se discutía la actitud del islam hacia las mujeres, la opresión femenina, el uso del velo, la ablación del clítoris, los crímenes de honor y todo lo demás

entre el cielo y la tierra que pudiera estar o no relacionado con el tema. Maryam provocó un escándalo ya en la emisión en directo y, en cuanto se apagaron las cámaras, se puso a tirarle de los pelos a la presentadora cristiana. Obviamente, fue la gran noticia de los periódicos vespertinos del día siguiente.

—Estaba completamente loca, yo estaba segura de que iba a matarme —contaba una indignada presentadora al reportero del *Expressen*.

Un mes después, Maryam dejó su nueva patria y regresó a Irán. Otro medio año después, el *Dagens Nyheter* envió periodistas y fotógrafos para hacer un reportaje sobre ella y su nueva vida. No lograron dar con ella, había desaparecido, aparentemente sin dejar rastro, y fue también de eso de lo que trató el artículo. ¿Se mantenía oculta por su propia voluntad o tal vez la había quitado de en medio un régimen intransigente y totalitario?

Ni el Ministerio de Asuntos Exteriores sueco ni la embajada de Suecia en Irán pudieron esclarecer el asunto. El Ministerio de Asuntos Exteriores simplemente sacudió la cabeza, ya que ella había renunciado a su ciudadanía sueca antes de dejar el país. Maryam Ermegan era para ellos «un asunto cerrado que estaba fuera de la jurisdicción sueca» y su embajador en Teherán no tenía nada en absoluto que comentar respecto a las preguntas que le hicieron sobre ella. Algo totalmente lógico, ya que Maryam Ermegan, «en virtud de su ciudadanía, era asunto de Irán y de las autoridades iraníes».

—¿Crees que la asesinaron? —preguntó Matilda con curiosidad—. Me refiero a todos esos ayatolás.

—No lo sé —dijo Johansson. ¿Qué importa?, pensó, ya que la vida de Maryam acabó en realidad la mañana del 22 de junio de 1985, cuando la policía de Solna llamó a su puerta para comunicarle que habían encontrado a su hija. Que estaba muerta y que seguramente la habían asesinado. Le ahorraron el resto de los detalles. Los periódicos de la tarde no fueron tan sutiles.

—No lo sabes —dijo Matilda—. ¿Qué significa eso? ¿Que no te importa, tal vez?

—Nada de eso —replicó Johansson—. Me importa mucho. Lo que más me preocupa es lo que ocurrió antes. El derecho de Maryam Ermegan a llevar una vida normal. —A no tener que exponerse a cosas a las que ella nunca expondría a los demás, pensó. Todo eso de lo que la gente como él iba a protegerla. O al menos ofrecerle justicia si fallaban.

—Sé a lo que te refieres —aseguró Matilda—. Simplemente es demasiado. Ahora que lo pienso, creo que podría matar a ese cabrón.

—Una pregunta, por curiosidad —dijo Johansson—. ¿No te pasó nada cuando estabas haciéndote mujer? ¿Algún compañero o algún hombre que se metiera contigo, que intentara aprovecharse de ti o, lo que es peor, violarte? —Otra vez con lo mismo, pensó.

—Nos ha pasado a todas las chicas —dijo Matilda realmente asombrada—. Tal vez no a todas, pero casi a todas —añadió—. Al menos a las que son como yo.

—Cuenta —dijo Johansson. Menos mal que Pia no te oye, pensó.

—Hace un montón de años, cuando era una chica normal y corriente de catorce años, fui a una fiesta con un grupo de colegas. Había un chico que iba a la misma clase que yo, o sea, un colega, nunca habíamos hecho nada juntos, y se puso completamente loco y me arrastró hasta una habitación y me hizo que se la chupara. Me dijo que me mataría si no hacía lo que decía.

—Así que lo hiciste —dijo Johansson.

—Sí —confirmó Matilda encogiéndose de hombros—. Yo estaba casi tan trompa como él. Y él tenía el doble de fuerza que yo.

—¿Y qué hiciste después?

—Nada —dijo Matilda—. ¿Qué crees que debería haber hecho? ¿Ir a contárselo a la policía y convertirme en la reina del drama entre los colegas? No tenía padre. Ni tampoco hermanos mayores que pudieran darle una paliza.

—Pero fue la única vez —comentó Johansson.

—Bromeas —replicó Matilda.

—No —dijo Johansson—. Te escucho.

—Hay veces que algún chico simplemente se pone pesado contigo, erre que erre. Hasta que ya no puedes más y decides ceder y terminar de una vez. ¿No has hecho nunca cosas así?

—No —dijo Johansson—. La verdad es que no. —Nunca he hecho eso, pensó.

—Te creo —dijo Matilda—. Eres de esos tipos que consiguen cosas, que no tiene que pedir las. Tienes que estar muy contento por eso. No es tan común, que lo sepas. Me habría encantado conocer a tu madre.

—Mi madre era una mujer muy buena —confirmó Johansson. Elna era una buena persona, pensó. Lo suficiente como para dejar que su hijo eligiera su propia vida. Siempre estaba ahí, pero nunca se metía. Tal vez algún pequeño accidente cuando era niño, pero nada más.

—No tienes que decírmelo —dijo Matilda—. Se te nota. Has tenido una madre que lo

ha hecho todo por ti, excepto convertirme en un blandengue. Mira a tu mejor amigo, por ejemplo. Seguro que él tampoco tuvo que ponerse pesado. Su problema debía de ser que no tenía tiempo para todas las chicas que querían estar con él.

—Ya, te entiendo —dijo Johansson—. Pero tú nunca has pasado por lo que le ocurrió a Yasmine.

—Exhibicionistas —observó Matilda encogiéndose de hombros—. Hay montones. Viejos que se restriegan contra ti y te manosean cuando estás de pie en el metro, mocosos que están en la parada del autobús hurgándose la nariz mientras se masturban. La primera vez fue en la guardería, cuando tenía cinco años. Se montó un buen circo. Las profesoras, los padres, la poli... Todos. No se acababa nunca. A mí y a mis compis nos parecía asqueroso. Y emocionante a tope.

—Vaya —dijo Johansson. Qué coño se puede decir, pensó.

—Hablando de Yasmine... —dijo Matilda—. Y esto tiene que quedar entre nosotros, de verdad...

—Todo quedará entre nosotros —aseguró Johansson—. Así que no tienes ni que mencionarlo.

—Bueno —dijo Matilda—. Te creo. Mi vieja siempre ha estado un poco loca, cambiaba de novio continuamente y cosas así. Cuando era pequeña, mi familia se componía de mi madre, mi hermana, que es tres años mayor que yo, y yo, claro, y luego todos los nuevos ligues de la vieja que entraban y salían de la casa donde vivíamos.

—No debió de ser fácil —comentó Johansson. No es raro que tenga ese aspecto, pensó.

—Pues no mucho —dijo Matilda encogiéndose de hombros—. No tenían defectos demasiado graves y la vieja se sentía bien. Estaba enamorada a tope todo el tiempo y cuando se acababa se deprimía que no veas y después ya estaba lista para el siguiente. La única vez que se puso como loca de verdad fue cuando uno de ellos se enrolló con mi hermana.

—¿Qué edad tenías tú?

—Yo tendría unos diez años, mi hermana trece. Era verano. Teníamos vacaciones, mi madre trabajaba de auxiliar, su nuevo novio estaba en paro y vivía en nuestra casa.

—¿Auxiliar de qué? —preguntó Johansson.

—De enfermería —dijo Matilda—. Muchas guardias y cosas así. Total, que aquel

verano el novio de mi madre se lió con mi hermana. Ella tenía trece años, él treinta o por ahí, mi hermana y yo compartíamos habitación, así que había que hacerse la dormida.

—Tenía trece años —dijo Johansson. Estupro, pensó Johansson. ¿Qué tenía eso que ver con el asunto?

—Sí, aunque ya tenía tetas y vello entre las piernas. La verdad es que tenía unas buenas lolas, a pesar de que solo tenía trece años. Tal vez sea difícil de creer viéndome a mí, pero las tenía. Además estaba enamorada a tope del novio de mi madre. A mí él nunca me tocó. Mi hermana me habría matado. Una vez retiró la colcha y me miró, pero no hizo nada más. Decía que antes tenía que crecer. Creo que en el fondo era un tipo decente. No era violento ni nada de eso. Bebía bastante, se fumaba algún porro a veces, pero nunca era violento.

—¿Y qué ocurrió? —dijo Johansson. Me pregunto cómo le irá a Pia en el banco, pensó.

—Mi vieja los pilló in fraganti. Estaban completamente desnudos. Se puso hecha una furia, fue peor que en un circo. Fuera de sí, lo echó a la calle, tiró sus cosas por el balcón, se puso a gritarle a mi hermana como una loca, y a mí también. Por no haberle dicho nada.

—¿Lo denunció? —preguntó Johansson.

—No —dijo Matilda sacudiendo la cabeza—. Cogió un vuelo de último momento para las tres. Nos largamos a Grecia. Mi madre encontró un novio nuevo. Mi hermana otro. Las dos volvieron a hacerse amigas. Solo tardaron una semana. Son bastante parecidas, es decir, en cuanto a los chicos.

—¿Qué hiciste tú ese verano en Grecia?

—En realidad no lo recuerdo —dijo Matilda—. En cualquier caso nada de chicos. Era muy pequeña. Andaba por ahí correteando por la piscina con los demás niños.

—¿Es eso algo habitual? Entre la gente joven de tu generación, quiero decir.

—Pero vamos a ver, jefe. Es hora de que despiertes. Chicos del extrarradio, hijos de los ochenta, no sabíamos lo que era la familia nuclear feliz. Cuando empecé secundaria había tres en toda la clase que vivían con ambos padres. Éramos más de treinta adolescentes. No sabíamos lo que era un dúplex en el centro de la ciudad ni teníamos un montón de pasta. Tú y yo venimos de planetas distintos, jefe.

—Ya, te entiendo —dijo Johansson pensando por alguna razón en sus hijos y nietos. A ellos no les afecta nada de esto, pensó. Ellos viven en el mismo planeta que yo.

Tarde del lunes, 9 de agosto de 2010

Por la tarde apareció Jarnebring para informarle de los avances que había hecho. Empezó dándole a Johansson un montón de fotos recientes de Staffan Leander Nilsson.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Johansson con suspicacia.

—No te preocupes —dijo Jarnebring sonriendo—. Las he hecho yo. Ayer aproveché para ir a echarle un vistazo a ese hijo de puta. Me di una vuelta por la mañana y otra por la noche. Hay una pizzería que está al cruzar la calle. Parece que es su restaurante favorito. Hablé un poco con el propietario del establecimiento. El pequeño Nilsson es asiduo, suele comer allí varias veces a la semana.

—Hablaste un poco con el propietario. Así de simple —dijo Johansson mientras miraba las fotos. Parece totalmente normal, pensó. Parece incluso agradable. Hasta aparenta tener menos de los cincuenta años que cumplirá en otoño. Algo por debajo de la estatura media, peso normal, ni gordo ni delgado, pelo corto rubio oscuro plateado en las sienes, facciones regulares, bien vestido sin exageración, pantalones vaqueros, polo rojo, chaqueta de verano azul. ¿Qué esperabas?, pensó. ¿Capa negra y colmillos afilados?

—Así de simple —dijo Jarnebring—. Todavía no estoy acabado, por si no lo sabías. El turco, el dueño del establecimiento, es amable y simpático. Cuando salió Nilsson entré yo. Tenía pensado tratar de birlar el vaso que había utilizado, pero no llegué a tiempo. Parece que no fuma ni masca tabaco. A dos jubilados puede llevarles un tiempo conseguir el ADN de ese hombre. Así que preferí aprovechar y hablar un poco con el dueño. Pedí una cerveza. Le dije que recordaba vagamente al cliente que acababa de salir. Que me parecía que era un antiguo compañero de una empresa de transportes en la que había trabajado. ¿Por quién me tomas, Lars? —dijo Jarnebring.

—¿Y qué te contó el turco? —preguntó Johansson. Eres el mismo de siempre, pensó.

—Bastante. Que se llama Staffan Nilsson, que es asiduo, buen muchacho, siempre tranquilo y atildado. Que debía de haberme equivocado con lo de la empresa de

transportes. Según él, Nilsson trabajaba como administrador de fincas. Apartamentos, terrenos, hoteles en Tailandia. También tenía algo parecido a proyectos turísticos al norte, en Åre. Buenos contactos, había ayudado a su hermano menor a conseguir un piso de alquiler en Solna. No de forma gratuita, por lo que pude entender, pero tampoco a un precio abusivo. Un buen chico, en resumen.

—Un sueco amable y completamente normal —constató Johansson. No un baboso inmaduro ni un pendenciero soberbio con tendencias violentas y costumbres sexuales raras, ni siquiera un camionero gordo, calvo y retrasado con acento de Dalarna, pensó.

—Exacto —dijo Jarnebring—. Un sueco normal y corriente de mediana edad.

—¿Qué más tienes? —preguntó Johansson.

—Mucho —dijo Jarnebring entregándole una carpeta bastante más gruesa que solo contenía papeles.

—Has hecho que Gunsan indagara sobre ese hijo de puta —dijo Johansson en tono acusador—. Creía que habíamos acordado no implicar a antiguos colegas en esto.

Gunsan, la que había sido empleada civil en la policía de Estocolmo durante treinta años y había dedicado la mayor parte de su vida profesional a ayudar a Jarnebring con las investigaciones de datos que él, si podía, prefería evitar. Seguramente había estado enamorada de él en secreto todo este tiempo.

—Gunsan no cuenta —dijo Jarnebring—. Pero si es tan reservada como la muralla china, joder. Ni una grieta en la fachada, ni siquiera un ladrillo suelto.

—Se nota que nunca has estado allí —dijo Johansson—. ¿Qué dice Gunsan? —agregó.

—Puedes leerlo tú mismo —dijo Jarnebring.

—Me duele la cabeza —dijo Johansson dejando a un lado la carpeta—. Cuéntamelo tú.

Gunsan hizo lo que solía hacer. Metió a Staffan Leander Nilsson en todos los registros en los que se le ocurrió que pudiera aparecer. Desde la fecha de nacimiento hasta el día en que se cruzó con Jarnebring por primera vez, sin tener ni idea de quién era el que pasaba a su lado cuando salía del restaurante del barrio.

—Empecemos por lo interesante —dijo Jarnebring—. Ha vivido en la dirección actual desde que se construyó la barriada hace unos quince años. En la época en que volvió a Suecia procedente de Tailandia. Se trata de un apartamento de su propiedad. No tiene

mujer ni hijos. Sí tiene, en cambio, pasaporte, carnet de conducir y coche. Un Renault de esos pequeños, de hace unos dos años. Ecológico, según parece también. Ya no tiene ningún Golf rojo.

—¿Ha estado en el trullo por algo? —preguntó Johansson.

—Nunca ha sido procesado ni acusado, ni siquiera objeto de sospecha razonable. Pero hay algunas entradas. Asuntos que han prescrito.

—¿De qué tipo?

—Estafas menores según parece —dijo Jarnebring—. A finales de los ochenta hay una antigua sospecha de fraude fiscal, grave incluso. Prescribió unos años después, el delito no pudo probarse. Eso fue por la época que hacía de la suyas en Tailandia, y los muchachos de delitos económicos seguramente no tuvieron ganas de ir a buscarlo. Por una chorrada así no se consigue la orden de extradición, aunque sepas dónde vive el tío y los colegas de exterior solo tuvieran que ir a cogerlo.

—Lo sé —interrumpió Johansson—. ¿Hay algo más?

—Otros dos casos de fraude. Uno de ellos referente a un apartamento de segunda mano que había vendido en negro pero que no llegó a entregarse. La denuncia se retiró. Luego hubo alguien que invirtió en un proyecto hotelero y que también se sintió estafado, pero incluso esa investigación se cerró. No se aclara el motivo.

—¿Eso es todo? —preguntó Johansson.

—No —dijo Jarnebring—. Hay una entrada más, y ahora es cuando la cosa empieza a ponerse interesante.

—¿De qué se trata?

—Hace seis años, en 2004, nuestros colegas que trabajaban con pornografía infantil en la judicial central se dieron una vuelta por las redes y pescaron a una cantidad bestial de pederastas. De esos que se descargan pornografía infantil y la intercambian. Uno de los que pillaron fue Staffan Leander Nilsson.

—No me digas —espetó Johansson—. ¿Cómo fue con la investigación?

—Al cabecilla le cayeron varios años de cárcel. En realidad los pescaron a casi todos. Excepto al pequeño Nilsson, porque el fiscal retiró los cargos.

—¿Por qué? ¿Le había comprado un apartamento en negro?

—El fiscal se creyó su historia —aclaró Jarnebring—. Los colegas no lo hicieron y, antes de que preguntes, no he hablado con ninguno de ellos. Leí el sumario y el interrogatorio de Nilsson. Lo interrogaron cuatro veces, la última en presencia del fiscal.

A partir de esa audiencia se desestimaron las sospechas que pesaban sobre él, pero no hay duda de lo que pensaban nuestros hombres de todo aquello. La fiscalía se creyó la historia de Nilsson, pero ellos no. Ningún policía de verdad lo haría.

—¿De qué se trata? Me refiero a la historia.

—Nilsson declara que le había alquilado una habitación a un inmigrante de Marruecos, que según Nilsson se llamaba Ali Hussein y al que había conocido en un bar gay del barrio de Gamla Stan.

—¿Un bar gay? Nilsson no es gay. ¿Es eso lo que quiere decir, que es gay?

—De hecho también le preguntan si es homosexual.

—¿Y qué responde?

—Que no entiende qué tiene eso que ver. Que su orientación sexual es un asunto privado.

—Ya ves —resopló Johansson—. ¿Qué dice después?

—Según Nilsson, Hussein utilizó su ordenador sin que él lo supiera para navegar en internet por sitios porno. Dice que guardaba sus contraseñas en un papel que tenía en la mesa de escritorio. Que está a la vez triste y enfadado con el señor Hussein. Muy indignado, dice que le parece terrible.

—Ya me lo imagino —dijo Johansson—. ¿Y Ali qué dice?

—Lamentablemente no se pudo interrogar a Ali, ya que los colegas no lograron localizarlo. Según Nilsson pudo deberse a que residía de modo ilegal en el país. El caso es que empezó a sospecharlo después de unos meses, pero cuando le preguntó a Ali en qué situación estaba, simplemente dejó el apartamento sin más ni más. Cogió sus bártulos y se marchó al día siguiente.

—Pero ¿qué fiscal puede creerse una historia así, joder?

—Nilsson tenía un contrato de arrendamiento que presentó. Firmado por Staffan Nilsson, el propietario, y Ali Hussein, el inquilino. Un contrato estándar en el que alquila por seis meses una de las habitaciones de su apartamento de cuatro habitaciones, con derecho a cocina. Ali se largó a mitad del contrato y además pasó de recuperar la fianza.

—¿Qué tipo de imágenes se había bajado Ali?

—Casi todas de niñas. Había niños en algunas, pero solo si eran necesarios para la acción. Se trataba de niñas pequeñas. Niñas que son expuestas al sexo y a la violencia. Mucha violencia, que se bajaba de sitios como «Niñas en el colegio», «El profesor severo», «Campamento infantil», «Niños en venta», «Confesiones de una niña judía»...

Ilegales a tope. Tanto pornografía infantil como pornografía violenta. Toda esa basura, ya me entiendes.

—Sí, te entiendo —confirmó Johansson—. Tipos de los que tienen relaciones sexuales con niñas pequeñas. Entonces ¿es por eso por lo que Nilsson sugiere que es maricón y que lo que había en su ordenador no era suyo?

—¿Tú qué crees?

—Creo lo mismo que tú.

—Pederasta heterosexual. Sádico. A Nilsson lo pone tirarse a niñas pequeñas. Preferiblemente utilizando la violencia antes de tirárselas.

—Entonces ¿eso es lo que desestimó el fiscal? —¿Qué fue del pederasta considerado?, pensó Johansson.

—Yes —dijo Jarnebring haciendo una mueca—. También pudo deberse a los seudónimos que utilizaba Ali Hussein cuando entraba en la red: «Hussein el conquistador», «Ali el maestro», «Las esclavas del árabe». Lo que había almacenado era un puro harén. Todo señalaba a un delincuente como Ali Hussein.

—Pero, joder —espetó Johansson—. ¿Llamaron los agentes a la puerta de su casa? ¿Hablaron con los vecinos de Nilsson? ¿Encontraron a alguien que viera al señor Hussein? ¿A alguien más, aparte de Nilsson, que pudiera dar testimonio de su existencia?

—No —dijo Jarnebring—. No debieron de pensar en eso. Probablemente no tenían tiempo. En aquella época no estaba muy sancionado. Un típico delito de multa.

—¿Algo más? —inquirió Johansson.

—Como ya te he dicho, tengo algunos fraudes. El director Staffan Leander Nilsson está registrado como propietario de tres empresas menores en total. Staffan Leander Holding AB, que a su vez figura como propietaria de Leander Tahi Invest AB y Staffan Nilsson Fastigheter och Hotell AB.

—¿Manejan mucho dinero esas empresas?

—No, según Gunsan. Ningún dinero real, humo más que nada. Apenas lograría que se le hiciera la boca agua a tu hermano Evert. En todas las empresas consta la dirección de Nilsson como dirección comercial. Además de Nilsson, que es el único propietario, figuran otras dos personas en las juntas directivas. Según Gunsan sería gente que probablemente trabajaba para la empresa de contabilidad que él contrató. Es dudoso, pero no ilegal.

—¿Tiene dinero? ¿Cuánto gana ese cabrón?

—Menos que tú, Lars. Bastante menos —dijo Jarnebring con una amplia sonrisa—. Así que no tienes que preocuparte por esa parte. Comparado contigo es un pobretón, y encima del escritorio de tu hermano mayor parecería más pequeño que una cagada de mosca. Unos cientos de miles al año según sus declaraciones de la renta. Además, una parte de ese dinero procede de un plan de pensiones que firmó su pobre madre hace ya cincuenta años. El hijo figura como único beneficiario.

Cuando murió su hermano, el carnicero, pensó Johansson. Vera Nilsson, amable, trabajadora, honrada. La buena madre que tiene por hijo a un asesino de niños.

—Con interés compuesto se ha convertido en un dinero decente después de todos estos años. Saca más de cincuenta mil al año solo por ese seguro. Hasta su muerte, si lo he entendido bien.

—Pero espera un momento —dijo Johansson—. ¿Esas cosas no se pagan después de los cincuenta y cinco?

—A mí no me preguntes —respondió Jarnebring—. En su caso puede deberse a que el año pasado obtuvo la jubilación anticipada. Traumatismo cervical. Un coche le dio por detrás en la rotonda de Gullmarsplan. La aseguradora de la otra parte tuvo que pagar una suma considerable.

—¿Eso es todo? —preguntó Johansson—. Traumatismo cervical, escoliosis. —No debió de resultarle fácil, pensó Johansson. Me pregunto cuánto dinero le sacó a la compañía de seguros, se dijo.

—Sí, básicamente. Puedo haberme olvidado algo. En tal caso lo encontrarás en la carpeta de Gunsan.

—Ya, entiendo —dijo Johansson. Pederasta, sádico sexual, asesino de niños, todavía en activo, pensó, y, dado que él había sido cazador toda la vida y había matado a miles de animales inocentes, no sería de extrañar que volviera a mancharse las manos con un poco de sangre.

Otra vez pone esa cara, pensó Jarnebring. De repente parece estar completamente ausente.

—¿Tú qué dices, Lars? —preguntó Jarnebring—. ¿Nos vamos esta noche a dar una vuelta a ver qué hace ese hijo de puta?

—Sí —dijo Johansson. Primero voy a verlo, pensó. Primero voy a verlo, luego hablaré con él. Después tengo que hacer algo, pensó.

Tarde del lunes, 9 de agosto de 2010

Cuando Pia volvió del banco, su marido, su mejor amigo y Max, el nuevo asistente de ambos, iban ya por el pasillo. Preparados para salir.

—Los chicos van a divertirse —constató Pia—. No olvidéis la bolsa de comida y los termos. Supongo que llevaréis ropa de abrigo. Solo hace trece grados en el exterior y no quiero que Lars se resfríe.

—Cuídate tú, cariño —dijo Johansson—. No te preocupes.

Jarnebring empezó ya a dar órdenes en la calle cuando iban a montarse en el coche.

—Max, tú conduces —dijo Jarnebring—. Y tú, Lars, siéntate delante y yo me sentaré atrás, así será más fácil en caso de que tenga que hacer fotos desde distintos ángulos. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna —dijo Max.

—Ninguna —repitió Johansson.

—Sentaos —dijo Jarnebring con gesto adusto—. Vamos, joder —añadió con brusquedad.

—¿Qué has planeado? —quiso saber Johansson. Me gustaría comerme un sándwich, pensó. La verdad es que ya empezaba a tener hambre.

—Empezaremos como de costumbre —respondió Jarnebring sonriendo—. Llamando a la casa de ese cerdo.

—¿Lo harás tú o yo? —dijo Johansson. No hay bocadillo, pensó.

—Había pensado hablar con acento de Escania —dijo Jarnebring—. ¿Lo has oído alguna vez?

Hasta la saciedad y en todas las variantes posibles, pensó Johansson.

—La primera vez fue hace casi cuarenta años —dijo—. Me parece que fue en el otoño del 75, cuando estábamos elaborando el mapa de las zonas de prostíbulos.

—Si no tienes ninguna preferencia en especial, había pensado imitar a Larry el de Ängelholm, ese que es un poco indeciso, ya me entiendes.

—Yo hubiera preferido a Börje —replicó Johansson—. Börje el de Kristianstad. Ese que es engreído y cascarrabias.

—No hay necesidad de asustar a ese cabrón. —Jarnebring sacudió la cabeza, cogió el móvil y marcó el número del domicilio de Staffan Leander Nilsson en el bulevar de Gustaf III en Frösunda.

Staffan Nilsson respondió al tercer tono. Luego siguió una confusa conversación de dos minutos que Nilsson finalizó colgando simplemente el auricular.

—Al habla Nilsson —dijo Staffan Nilsson con voz neutra.

—Hola, Staffan —contestó Jarnebring con exagerado y quejumbroso acento de Escania—. Soy Larry. ¿Cómo te van las cosas, Staffan? Espero que bien.

—Disculpa —dijo Nilsson—. ¿Quién has dicho que eres? —De modo correcto, expectante.

—Larry, Larry Jönsson, ya sabes. Nos conocimos cuando estuviste en Lantmännen, donde vivo, en Ängelholm. Prometí que te llamaría cuando pasara por aquí y da la casualidad de que yo y mi mujer acabamos de llegar a Estocolmo, y he pensado que...

—Me temo que has marcado mal —dijo Nilsson en tono distante—. Te has equivocado de número.

—¿Que me he equivocado de número? ¿No es la casa de Staffan Nilsson en Solna? ¿No trabajas en Bilia? Bilia, de Haga Norra, está ahí, ¿no? Soy Larry, Larry Jönsson. Estuvimos juntos la primavera pasada en...

—Te has equivocado de número —repitió Staffan Nilsson—. Me llamo Staffan Leander Nilsson y me temo que no nos hemos visto nunca —agregó Nilsson, que, a juzgar por el tono de voz, suponía que Larry Jönsson era un idiota.

—Qué putada —dijo Larry—. Pero oye, quisiera saber si...

—Tendrás que disculparme —interrumpió Staffan Nilsson—. Tengo un poco de prisa. He quedado para cenar.

Y colgó.

—Genial —dijo Max sonriendo con satisfacción.

—Larry es un clásico —aclaró Jarnebring—. Cuando Lars y yo trabajábamos

investigando a prostitutas en los setenta, solíamos hacer que llamara a las chicas para preguntarles los precios y qué servicios ofrecían.

—Y funcionaba —dijo Max sacudiendo la cabeza.

—Esta vez también, por lo visto —observó Jarnebring señalando a Staffan Nilsson, que acababa de salir de la casa en la que vivía cien metros más arriba de la calle y se dirigía al restaurante más cercano del barrio—. Tampoco ha mentido —constató Jarnebring cuando Nilsson, medio minuto después, entró a su restaurante favorito, saludó al dueño y se sentó en un taburete junto a la barra.

—Al menos en esta ocasión —dijo Johansson—. Aunque parece que su conocido no ha aparecido aún.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Max a la vez que apagaba el motor.

—Esperar —dijo Jarnebring—. La investigación consiste sobre todo en sentarse y esperar —explicó.

Lo mismo que en la caza, pensó Johansson. La caza es esperar. Esperar que suceda lo que no sucede casi nunca.

—Lo mismo que en la caza —comentó Max.

Joder, pensó Johansson. En cualquier caso, eso no puede haberlo aprendido en el orfanato.

—Así que sabes eso —dijo—. ¿Te lo ha enseñado Evert?

—Lo llevo en la sangre —respondió Max encogiéndose de hombros—. Aunque Evert suele llevarme cuando se trata de alces y liebres y cosas así. Caza forestal.

Ya decía yo, pensó Johansson.

—¿Eres buen cazador?

—Al menos no he conocido a ninguno mejor —dijo Max encogiéndose de hombros, reclinado en su asiento con las enormes manos apoyadas en las rodillas.

Estuvieron casi una hora y media esperando sentados en el coche. Max, inmóvil, miraba sin interrupción al hombre que estaba en la barra de la pizzería, a cincuenta metros del vehículo. No dijo nada en todo el rato y apenas respondía cuando se le hablaba, con sus ojos grises y profundos muy atentos, como lagunas estrechas, atrincherados detrás de las huesudas cuencas oculares, ni un parpadeo, ni el más mínimo cambio en su reservado rostro mientras observaba a su presa.

Staffan Nilsson miraba cada vez más el reloj, llamó por el móvil después de cinco

minutos, volvió a metérselo en el bolsillo medio minuto después, se bebió la copa de vino tinto. Le sirvieron otra, hizo un intento más con el móvil después de otros cinco minutos. Es probable que dejara algún mensaje en el contestador antes de volver a guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Ahora parecía tenso. Inquieto, impaciente. Luego se levantó, le dijo algo al hombre que estaba al otro lado de la barra, se bebió la segunda copa de vino, le sirvieron una tercera y le entregaron la carta antes de ir a sentarse a una pequeña mesa en un rincón desde donde podía ver bien la puerta de la entrada.

—Ese cabrón es buen vigilante —observó Johansson. Ha elegido la misma mesa que hubiera elegido yo, pensó.

—Debe de haberle ocurrido algo a su amigo —dijo Jarnebring.

—¿Puedes darme un sándwich? —pidió Johansson—. Y una taza de café —añadió.

—*Coming right up*, jefe —dijo Jarnebring en el mismo tono animado que solía mostrar cuando estaban de vigilancia por asuntos similares en aquella época que hace tiempo se fue—. ¿Qué opinas tú, Lars? ¿Te parece bien que entre y trate de llevarme la copa a escondidas?

—No es buena idea —dijo Johansson—. Solo hay cinco clientes dentro. Esperemos a que haya al menos un poco de gente.

Después le llevaron a Nilsson su comida, junto con la cuarta copa de vino tinto.

—Ese hijo de puta bebe un montón —constató Johansson irritado mientras le quitaba el plástico a su tercer sándwich.

—Lo que pasa es que te da envidia, Lars —dijo Jarnebring, que aún no había tocado su bolsa de comida—. Tendrás que decirle a Max que prepare el habitual menú de tres platos para la próxima vez. Chupito, cerveza fría y un poco de buen vino tinto, todo completo.

—Creo que es hora de que nos movamos —dijo Johansson—. Parece que se dispone a salir.

Nilsson se levantó, cogió la taza de café y las copas vacías, fue hacia la barra del bar y dejó las copas y la taza detrás del mostrador, antes de sacar la cartera para pagar.

—Voy a cambiar de sitio —dijo Max encendiendo el motor y desplazando el coche cien metros más arriba de la calle. Se detuvo a la vez que Nilsson salía de la pizzería en dirección a su casa.

—Me pregunto qué le habrá ocurrido a su amiguita —dijo Johansson como si estuviera pensando en voz alta.

—Será que su madre no la ha dejado salir —comentó Jarnebring sonriendo—. Ya son más de las ocho. Las niñas tienen que estar en la cama a esa hora.

A cinco metros de la puerta de su casa, Nilsson se detuvo. Miró el reloj. Siguió caminando con paso más rápido sin pararse ante su puerta.

—¿Qué se le habrá ocurrido ahora a ese cabrón? —espetó Jarnebring.

—La hora del aparcamiento —dijo Johansson, que a diferencia de su mejor amigo había vivido toda su vida de adulto en el centro de la ciudad y había tenido que hacer aquello en más de una ocasión—. Supongo que va a mover el coche. —Antes de sentarse delante del ordenador y bajarse porno a cuenta de algún nuevo inquilino, pensó.

Dos minutos más tarde, Nilsson volvió a aparcar el coche en el lado derecho de la calle, se apeó, cruzó la calzada y desapareció en el interior de la casa donde vivía.

—Hay que joderse —dijo Jarnebring—. Si hubiéramos estado de servicio habríamos detenido a ese hijo de puta, le hubiéramos hecho soplar en el alcoholímetro, habríamos escrito un informe, nos habríamos quedado con el tubo de plástico y esto ya estaría listo.

—También puede hacerse de otro modo —dijo Max.

—Vamos a tomárnoslo con tranquilidad —dijo Johansson—. No creo que se nos escape. —Me pregunto si logrará escaparse de Max, pensó.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jarnebring—. ¿Nos marchamos o qué?

—Si los señores quieren pasarse aquí media noche sentados mirando, no os lo voy a impedir. Yo tengo intención de irme a casa a comerme una tortilla de jamón y beberme un par de copas de vino tinto.

—Suenan deliciosos —afirmó Max asintiendo.

—Entonces hagámoslo —dijo Jarnebring—. Vámonos a casa. Así podremos comer un bocado y hablar de qué haremos a continuación. Mientras el pequeño Nilsson se masturba frente al ordenador.

Me pregunto a quién estaría esperando esta vez, pensó Johansson antes de quedarse dormido.

Martes, 10 de agosto de 2010

Higiene personal, preparar el desayuno, la primera comida del día, y luego la visita diaria a la fisioterapeuta. Ese martes, además, otra visita a su cardiólogo. Primero ECG, ultrasonido, presión arterial; al final, un cardiólogo que sacudió la cabeza preocupado.

—Ya que querías respuestas directas, te puedo decir que he tenido unos cuantos pacientes que estaban mejor que tú —afirmó el doctor mirando a Johansson con gesto amable.

—Estoy seguro de ello —dijo Johansson—. También habría algunos que estaban peor, ¿verdad?

—El problema es que casi todos están muertos —respondió el doctor—. Has engordado dos kilos desde que te vi la última vez. Lo interpreto como que haces caso omiso tanto de mis pautas dietéticas como de mi recomendación de que tienes que moverte. La presión arterial está peor aún que la vez anterior. Las cosas están tan mal que no me queda más remedio que aumentarte la dosis de medicamentos para bajarte la presión. Debes comprender que se trata de una solución a muy corto plazo. Comida saludable, hacer ejercicio, evitar el estrés... ¿Tan difícil resulta de entender?

—No me lo preguntes a mí, tú eres el médico —replicó Johansson—. No yo.

—No comparto del todo esa opinión. ¿Qué inconveniente hay en hacer lo que digo?

—¿Qué clase de vida es la que solo consiste en contar los días hasta que se acaba? —dijo Johansson levantándose.

Max lo llevó en coche a casa. Lo miró a hurtadillas. No dijo nada hasta que aparcaron frente a la puerta en Wollmar Yxkullsgatan.

—¿Cómo estás, jefe?

—Bien, Max —dijo Johansson—. ¿Y tú?

—Me parece que estoy mejor que tú, jefe.

—Tonterías —dijo Johansson. Sonrió y le dio unas palmadas en el brazo—. Avisa cuando quieras pelea.

Max no sonrió. Se limitó a mirarlo. Sacudió la cabeza lentamente.

—Avisa cuando quieras que haga algo, jefe.

—Muy amable de tu parte.

—Sé lo que se siente cuando alguien te devora por dentro —afirmó Max.

Después del almuerzo se acostó en el sofá del despacho. Matilda le ahuecó las almohadas. Le llevó una botella de agua mineral grande en una cubitera. Ladeó la cabeza y lo miró.

—Deja de dar vueltas —gruñó Johansson.

Luego se quedó dormido. Se despertó cuando Pia, que estaba sentada a su lado, le acariciaba las mejillas y la frente.

—¿Qué ha dicho el doctor? —preguntó Pia.

—Que estoy de primera —dijo Johansson—. De primera.

—¿Seguro? —dijo Pia sonriendo levemente.

—Nunca te mentaría —mintió Johansson, sentándose en el sofá sin excesiva dificultad. El brazo derecho, pensó Johansson. El brazo derecho, de todos modos, mejoraba día a día. Sin duda echa de menos la caza de alces tanto como su dueño, pensó.

—¿Tienes ganas de hablar?

—Por supuesto —dijo Johansson. Siempre que no hablemos de mí, pensó.

—He estado pensando en lo que hablamos anteayer. En el tipo que mató a Yasmine —dijo Pia.

—¿Qué le sucede? —dijo Johansson.

—En las mismas circunstancias... —dijo Pia—. Si se hubiera tratado de alguno de tus hijos o de alguno de tus nietos... ¿Qué habrías hecho?

—Lo habría matado —afirmó Johansson. Como en el Antiguo Testamento. Ojo por ojo, diente por diente. Contando los golpes mientras lo hacía, pensó.

—Cuando hablamos de ello la otra vez no me dio esa impresión. Esperaba que...

—Fue porque no hablábamos de mí —interrumpió Johansson—. Para mí, el odio es una cuestión de distancia. Pero que no se te acerque. Si alguien te hace daño a ti, a mis

hijos o a mis nietos, si no hubiera otra salida... ¿Podría llegar a matar a una persona así?
Por supuesto que sí —dijo Johansson.

—Por mí —dijo Pia.

—Por ti. ¿Qué quieres decir?

—Que espero que, por mí, busques otra solución.

—No te preocupes —dijo Johansson cogiéndole la mano—. Prometo pensarlo bien antes de hacer nada.

—¿Podrías pensar simplemente en dejarlo? Me preocupa tu salud.

—Jamás —replicó Johansson—. ¿Qué ocurriría si alguien como yo pasara por alto algo así? ¿Dónde iríamos a parar? Ni tú ni yo querríamos vivir en un mundo así.

Miércoles, 11 de agosto de 2010

Alf llamó antes del desayuno para preguntar si podía invitar a Johansson a almorzar. Genial, pensó Johansson. Va a ser interesante ver la cara que pone cuando llegue la factura.

—He podido averiguar bastantes cosas y creo que te van a parecer interesantes — anunció Alf—. Se trata de la primera época de Staffan Nilsson en Tailandia. A finales de los ochenta y en la primera mitad de los noventa.

—No me digas —dijo Johansson. Interesante, pensó.

—Resulta que tengo un antiguo amigo que conoció a Nilsson. Somos compañeros y además es miembro del club Stora Sällskapet. A finales de los ochenta estuvo involucrado en el mismo proyecto hotelero que Nilsson, aunque mi amigo es un hombre muy serio. Algo mayor que tú y yo, ha vivido muchos años allí en varios períodos de tiempo. Luego lo vendió casi todo, después del tsunami, así que creo que solo le queda algún apartamento del que es copropietario. Si no te importa, he pensado proponerte que lo conozcas. Creo que es mejor que oigas las cosas directamente de su boca, por así decirlo.

—Por supuesto —aceptó Johansson—. ¿Qué le has dicho a él? Me refiero acerca de mi interés por Nilsson.

—Le he dicho que Nilsson te había preguntado si estabas interesado en invertir en nuevos proyectos en Tailandia. Que me habías pedido que averiguara cómo es él como persona y posible socio. Una cuestión de honor y discreción, por así decirlo —dijo Alf con un leve carraspeo.

—Excelente —dijo Johansson—. ¿Dónde y cuándo?

—En tal caso, propongo el Sällskapet —dijo Alf—. Hoy, sobre la una, porque a esa hora ya suele haber pasado la peor avalancha y podremos estar tranquilos.

Cuando Johansson, exactamente a la una, atravesó las puertas del comedor del Stora Sällskapet, en Blasieholmen, Estocolmo, era más que evidente que «la peor avalancha» había pasado. En un rincón del gran salón había un anciano con traje y chaleco que picoteaba un plato de arenques mientras leía el *Dagens Industri* y bebía pequeños sorbos de lo que al principio debió de ser un copazo. En el rincón opuesto estaba sentado el compañero de almuerzo de Johansson, su cuñado Alf, y un hombre algunos años mayor que en apariencia era bastante parecido a Alf: alto, delgado, un poco encorvado, ligeramente calvo y con un bronceado favorecedor. Chaqueta azul con el emblema KSSS, pantalones grises de lino y zapatos marrones bien cepillados. Por lo demás, el local estaba totalmente vacío, a excepción de un camarero algo mayor que estaba expectante en la puerta de la cocina.

—Encantado de conocerte por fin, Lars Martin —dijo su nuevo informante sonriendo con los ojos, la boca y una dentadura fuerte y blanca, a la vez que le extendía una mano nervuda y bronceada—. Mi mujer tiene una ahijada policía que vive en pareja con uno de tus antiguos empleados, y no están nada mal las historias que he oído sobre ti a través de los años. Me llamo Carl, mis amigos me llaman Cale, Cale con «c», y es un placer tenerte aquí en el almuerzo.

Tenerme aquí en el almuerzo, pensó Johansson. Eso lo explica todo, pensó mirando de reojo a Alf, quien, sin embargo, parecía estar pensando en otra cosa.

—Gracias, Cale —dijo Lars Martin Johansson dándole unos amistosos golpecitos en el brazo, debido a que aún no tenía la mano derecha en condiciones. Su meticuloso cuñado seguramente le había contado ya lo ocurrido—. Mis amigos me llaman Lars —añadió. Y como me llames Lasse te mato, pensó.

»Tu ahijada... —agregó Johansson mientras se sentaba con cierta dificultad y apoyaba la muleta en la silla, a la vez que veía con el rabillo del ojo al camarero que se acercaba deprisa hacia él para ayudar—. ¿Cómo se llama tu ahijada?

—Es una joven colega tuya —dijo su nuevo conocido—. Susanne Söderhjelm. Trabajó contigo cuando eras jefe de la policía judicial central. Ahora vive con uno de tus hombres más cercanos de aquella época, el agente de policía Wiklander. Pero tal vez ya lo sabías.

¿Así que por fin lo han hecho? Ya era hora, pensó Johansson. Este mundo es muy pequeño. Tengo que llamar a Wiklander. Apenas hemos hablado desde que me jubilé, pensó.

—Dos colaboradores excelentes —constató Johansson—. Muy competentes —aseguró. Espabílate, pensó.

—Con un instructor y jefe así, ¿cómo iba a ser de otro modo? —dijo Carl sonriendo—. Alf y yo hemos pedido una cerveza fría, aún es verano, pero ¿hay alguna otra cosa que pueda ofrecerte? Estaba pensando tomar un pequeño aperitivo con la comida.

—Suená bien —convino Johansson asintiendo al camarero, que había tenido el buen gusto de no llevarse la muleta.

—Pues no se hable más —dijo el anfitrión—. Queremos otra cerveza fría y dos cócteles bien fríos según mi propia receta. Así que ten cuidado con el Martini. Mucho cuidado. Basta con que le pases la botella por delante.

—No faltaría más, director Blomqvist —dijo el camarero con una leve inclinación—. Los señores solo tienen que decírmelo cuando estén listos para pedir la comida.

Kalle Blomkvist, pensó Johansson. Pero con «c», y seguramente con «qu» también, mucho más fino. En cualquier caso, un nombre que marcaba, ya que había influido tanto en la elección de su profesión como en su modo de vida en la época en que aún correteaba por ahí en pantalón corto y se arañaba sin cesar las rodillas en el patio de su casa al norte de Ådalen.

Media hora más tarde, con una copa vacía de dry martini y un plato de arenques cada uno, el nuevo amigo de Johansson fue directamente al asunto.

—Tu cuñado Alf me ha dicho que, al parecer, Staffan Nilsson te ha hecho una propuesta —dijo Cale—. Un proyecto inmobiliario en Tailandia en el que según parece quiere que participes.

—No he visto nunca a ese Nilsson —aclaró Johansson sacudiendo la cabeza, a la vez que esparcía cebollino sobre los arenques en escabeche. Gruesos y brillantes y sumamente atractivos junto a las amarillentas patatas cocidas—. Me ha enviado mucho material —continuó—. Fue mi hermano Evert el que me pidió que me lo mirara. Estoy en el consejo de administración de la empresa inmobiliaria familiar y él no tenía tiempo. Se trataba de apartamentos y casas tanto de propiedad privada como compartida, y con un centro de servicios común, hotel, restaurante, personal de servicio, toda la pesca, ubicados en Tailandia, en Khao Lak. No sé ni dónde está. En total se trataba de un par de cientos de millones en el que podríamos entrar con el diez por ciento —agregó Johansson en tono confiado, ya que después de la visita a la fisioterapeuta había

dedicado media hora a estudiar los documentos que contenía la carpeta que Gunsan le había dado a Jarnebring.

—Si yo estuviera en tu lugar, tendría mucho cuidado con ese hombre —advirtió el homónimo del maestro de los detectives de película. Lo resaltó sacudiendo la cabeza y levantando el tenedor en un gesto de advertencia.

—No me digas —dijo Johansson—. Cuéntame —añadió. Un testigo es alguien que tiene algo que contar; este hace lo mismo con un estilo muy peculiar, pensó.

Una advertencia. No porque su nuevo conocido estuviera al tanto del proyecto en el que les habían ofrecido a Johansson y a su hermano que invirtieran. Él mismo había vendido también sus intereses en Tailandia hacía unos años, poco después del tsunami, y ahora solo visitaba el país como turista en compañía de su mujer, sus hijos y nietos. Le quedaba una casa al norte de Khao Lak que compartía con la familia. Un país fantástico, un clima estupendo, igual que su gente. Sin embargo, un consejo. Staffan Nilsson, o Staffan Leander Nilsson, o Staffan Leander, como también se hacía llamar, no era el tipo de hombre con el que hacer negocios, y eso era así independientemente de todo lo demás.

—No me digas —dijo Johansson—. ¿Cuál es el problema? Descríbelo. Como te he dicho, no lo he visto nunca, ni siquiera he hablado con él por teléfono.

—Vago, incompetente y poco serio —aseguró el nuevo conocido de Johansson—. A alguien como Nilsson no se lo puede coger ni con pinzas —aclaró.

—No me digas —repitió Johansson.

A mediados de los ochenta, el director Carl Blomquist invirtió una buena cantidad de dinero que había ganado en la bolsa sueca los años anteriores, comprando la mayor parte de un complejo hotelero en la costa este de Tailandia. En la bahía de Koh Samui, una zona poco desarrollada en aquella época, virgen, hermosa de ese modo exótico que como sueco era difícil imaginar. Además, se trataba de un concepto nuevo dirigido a familias con niños. Personas de clase media, más bien jóvenes que buscaban sol y calor, paz y tranquilidad, buena comida con un ligero toque exótico, sin demasiadas especias, y algún que otro cóctel junto a la pareja, mientras los cuidadores y los monitores vigilaban a los pequeños.

—No se trataba de una panda de veinteañeros de mal vivir dedicados a robar, ni de un montón de discotecas y bares de prostitutas y cosas por el estilo que lamentablemente se

asocian todavía al turismo tailandés —dijo Carl Blomquist mientras ponía salsa HP al filete Rydberg que acababan de servirle.

—¿Cómo entró Staffan Nilsson en el proyecto? —preguntó Johansson, a la vez que examinaba con recelo el bistec con salsa de rábano picante que solo con verlo debería haber evitado.

—En realidad, mi socio y yo buscábamos coinversiones. No queríamos llevar todo el proyecto. Así que el banco nos ayudó. Fueron ellos, en aquella época yo estaba con el SE-Banken, quienes nos enviaron al joven Nilsson. Y digo joven Nilsson porque debía de ser más de veinte años más joven que mi socio y yo. Ni siquiera había cumplido los treinta, si no recuerdo mal.

»Encantador, agradable. Tenía dinero también, un par de millones que había heredado de su madre. Así que desgraciadamente nos dejamos convencer y dejamos que se subiera al barco —continuó Carl Blomquist suspirando.

—Una lástima —asintió Johansson.

—Lamentablemente, cometimos un error todavía mayor.

—¿Ah, sí? —dijo Johansson intentando no sonar demasiado interesado.

—Antes incluso de que pudiera venir, nos contó que pensaba emigrar a Tailandia, pensaba dejar Suecia para siempre. Fue el mismo año del asesinato de Palme, a principios del verano de 1986, y no era necesario votar a los moderados para pensar que Suecia se estaba yendo al traste, así que había más gente que, como él, albergaba tales intenciones. Pensaba trasladarse a Tailandia, iniciar o comprar algún negocio en el sector hotelero y de restauración. Establecerse y construir un futuro en un país nuevo. Tanto a mi socio como a mí nos cayó bastante simpático. También tuvo que ver, porque de hecho lo comprobamos, que tenía una trayectoria bastante sólida en hostelería y restauración. Llevaba trabajando en ello todos los veranos desde que iba a la escuela. Mucho antes de que empezara a estudiar económicas en la Universidad de Uppsala. Orientada especialmente a negocios hoteleros precisamente, según creo que dijo.

—Así que lo contratasteis —dijo Johansson—. Para que se encargara de todo. —Sin duda fue una pasada el control tan minucioso que le hicisteis a ese pequeño mitómano, pensó.

—Tanto mi socio como yo teníamos mucho que hacer aquí en casa, y habíamos reclutado buenos talentos locales que estaban ya en Tailandia. Todos, desde el colaborador que contratamos como director general hasta el personal de servicio. Al

mismo tiempo, pensamos que podía ser un punto a nuestro favor tener a un compatriota in situ, por así decirlo. Como una prolongación de nuestros brazos, como nuestro enlace sueco. Así que el joven Nilsson se convirtió en nuestro vicepresidente y responsable financiero.

—Pero la cagó —dijo Johansson dejando a un lado el bistec grisáceo. Tendré que apostar por un buen postre, pensó.

—Aunque tardó un tiempo, lo hizo. Era un incompetente en cuestiones de economía, como descubrimos bastante pronto.

—Robó —afirmó Johansson.

—Sí, aunque no nos sorprendió mucho. No en ese aspecto. Además, no robó más que los demás. No, fue algo mucho peor. Cuando descubrimos su falta de conocimientos financieros, por decirlo de un modo suave, lo retiramos del cargo y lo pusimos a trabajar más en la parte de hoteles y restaurantes, sobre todo en ese sector del servicio al que se dirigía nuestro tipo de clientela, las familias.

—¿Qué ocurrió entonces? —inquirió Johansson, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Al principio fue realmente bien. Organizó numerosas actividades para los niños, gimnasia acuática y excursiones, búsquedas de tesoros en barco por la isla, representaciones teatrales y cursos de danza tailandesa, todo lo habido y por haber. —Carl Blomquist sacudió la cabeza.

—¿Cuál fue el problema?

El director Carl Blomquist —el homónimo de Karl Blomkvist, el maestro de los detectives de película, si no se tenía en cuenta la ortografía— se fortaleció con un buen sorbo de vino tinto antes de revelar lo que su nuevo conocido había estado esperando todo el tiempo.

—Era solo un muchacho, joven, encantador, tenía buen aspecto. Parecía completamente normal en todos los sentidos. El yerno que toda madre quisiera tener. Cuando me enteré de que habíamos recibido quejas de los huéspedes porque había manoseado a sus hijos, es decir, a las niñas, ya que parecía no tener ningún interés por los niños, estuve a punto de caerme de la silla.

—Vaya mierda de historia —espetó Johansson—. ¿Cómo lo solucionaste?

—Como se solucionan estas cosas. Guardando silencio y llegando a un acuerdo. Por desgracia costó mucho dinero, pero no había ninguna alternativa. Contratamos incluso personal de seguridad extra para asegurarnos de que no se acercara a las instalaciones.

—Entonces ¿no estuvo en la cárcel? ¿La policía no llegó a enterarse de lo que había hecho?

—En Tailandia, en aquella época... —dijo Carl Blomquist sacudiendo la cabeza—. Temo que puedas haberlo olvidado. Una gran cantidad de hombres viejos procedentes de Europa occidental viajaban cada año al país para mantener relaciones sexuales con niñas. Sin duda, lo único raro de Nilsson era que tenía la mitad de años que todos los demás. Cielo santo, Lars. En aquella época, no sé cómo es en la actualidad y no puedo ni pensar en ello, los campesinos pobres del norte de Tailandia vendían a sus hijos. Vendían a sus propios hijos, por menos de lo que se pagaba aquí por un cachorro de perro. Luego iban a parar a burdeles y a bares de prostitutas de Bangkok y de los grandes enclaves turísticos. Eran muy pocas las que conseguían un trabajo regular como sirvientas o empleadas de hotel. Y no quiero ni pensar qué parte de todo el pastel iba a parar a los bolsillos de la policía local. La policía tailandesa no era como tú y tus colegas.

—¿Tienes idea de lo que hizo Nilsson después de que lo echaras?

—Sí, algo he oído. Había muchos suecos por allí, así que se oían bastantes cosas. En particular de Staffan Nilsson. Primero parece que compró un par de bares de prostitutas, de esos en los que hay niñas, en Phuket. Para ello debió de utilizar el dinero que ganó con nosotros. Creo que esos bares eran su fuente principal de ingresos. Parece que tenía además alguna tienda de recuerdos. En Phuket también.

—¿Mantiene sus actividades allí? —preguntó Johansson.

—Lo último que oí fue que había tenido una riña importante con sus socios tailandeses y había regresado a Suecia. Por lo que entendí, se vio más o menos obligado a hacerlo. Cielo santo, debió de ser hace más de diez años. Me llevé una gran sorpresa cuando Alf me dijo que, al parecer, seguía con proyectos en Tailandia. Creía que se había retirado hacía muchos años.

—Te estoy muy agradecido —dijo Johansson. Ha llegado el momento de ir al baño y apagar la grabadora portátil antes de que empiece a pitar en el bolsillo de la camisa, pensó.

—No ha sido nada —dijo Carl Blomquist levantando la copa—. Y supongo que esta conversación quedará entre nosotros.

—Por supuesto —afirmó Johansson—. La discreción es una cuestión de honor —añadió levantando la copa.

Jueves, 12 de agosto de 2010

Por la tarde tenía revisión con la doctora Ulrika Stenholm. Después de los habituales apretones y golpecitos en el brazo, le dio saludos en primer lugar de parte de la fisioterapeuta, que estaba muy satisfecha con él, y después del cardiólogo, que no lo estaba tanto.

—Yo tampoco estoy satisfecha, lo siento —dijo Ulrika Stenholm con gesto preocupado, ladeando su cabeza rubia—. Tus valores podrían estar mucho mejor. ¿Cómo te encuentras realmente, Lars?

—Eso no tienes que preguntármelo a mí, tú eres la doctora, no yo. Por cierto, ¿cómo estás tú?

—Bueno, como es natural, tengo curiosidad por saber cómo va lo otro también —admitió torciendo el cuello largo y delgado—. Es decir, lo de Yasmine.

—Va estupendamente —dijo Johansson—. He encontrado al que lo hizo.

—¿Qué dices? ¿No estarás bromeando?

—Con esas cosas no se bromea —aseguró Johansson.

—¿Quién es? ¿Está vivo?

—Goza de muy buena salud, si quieres saberlo —afirmó Johansson.

—Lo que estás diciendo es casi un poco chocante para mí —dijo ella.

Sí, la verdad es que pareces muy afectada, pensó Johansson. Ya no tienes curiosidad, más bien estás asustada, pensó.

—Así que ha sido muy gratificante despachar por fin este asunto —dijo Johansson de modo evasivo.

—Pero no lo entiendo. Hace veinticinco años, tus compañeros, un montón de policías, trabajaron en esto durante varios años. Sin éxito. Y veinticinco años más tarde llegas tú diciendo que has encontrado al hombre que la asesinó. Después de un mes, no hace más tiempo que te lo dije.

—En parte es mérito tuyo —aseveró Johansson—. Por lo que te doy las gracias. —Y una suerte enorme que quien acabara en tu sección del hospital no fuera el pequeño Bäckström, pensó. Si es que un grano en el culo puede sufrir un trombo en el cerebro.

—Tienes que decir quién es —dijo Ulrika Stenholm—. Esta historia es terrible.

—Aquí es donde la cosa se pone algo difícil —replicó Johansson—. Es un caso que ha prescrito, así que en el sentido puramente legal ya no puede hacerse nada. Teniendo en cuenta eso, me pregunto si será acertado que vaya por ahí diciendo cómo se llama. Además, supongo que esta conversación, que todas nuestras conversaciones sobre este tema, quedan entre nosotros.

—En ese punto puedes estar completamente tranquilo, Lars. No he dicho ni una palabra a nadie. Dios mío, es terrible. Algo se podrá hacer. Quiero decir, una persona como él... Tendrá que recibir algún castigo, ¿no?

—En tal caso será de Nuestro Señor —dijo Johansson—. En lo que a la justicia terrenal se refiere, me temo que ya lo hemos perdido.

—Pero algo se podrá hacer, digo yo.

—Lo pensaré —afirmó Johansson—. Entiendo lo que dices y pensaré en ello. — Aunque, se dijo, no debes albergar demasiadas esperanzas.

Mejor habría sido que hubieras cerrado el pico, pensó Johansson cuando iba en el coche en dirección a su casa. La pobre estaba totalmente aterrorizada, pensó.

—¿Cómo te ha ido con el doctor? —le preguntó Matilda en cuanto lo vio de nuevo en el sofá del despacho.

—La doctora —aclaró Johansson—. Es una mujer. No fue mal, gracias. Fue de maravilla. Estaba muy satisfecha conmigo.

—No me mientas —dijo Matilda—. ¿Sabes una cosa? Eres igual que un niño grande —añadió sacudiendo la cabeza.

—Un café doble bien cargado —dijo Johansson—. Con leche caliente aparte. Un sándwich pequeño de jamón también vendría bien.

—Ya te puedes olvidar de eso —dijo Matilda—. Te traeré el café. Con una condición.

—¿De qué se trata? —preguntó Johansson.

—Que te espables y empieces a cuidarte.

—Lo prometo —dijo Johansson.

Matilda es una buena chica, pensó Johansson siguiéndola con la mirada mientras iba a buscarle el café. Lo ha jodido todo tatuándose de esa manera. Aunque, por supuesto, con esa madre hay que alegrarse de que no se haya cortado también los brazos, pensó.

Tarde del jueves, 12 de agosto de 2010

Esa tarde Pia tenía reunión en el banco, y apenas había salido por la puerta cuando Johansson decidió aprovechar su libertad recién conseguida para hacer una visita improvisada a Erika Brännström.

—Calienta los motores, Max —dijo Johansson—. Voy a ir a hablar con un testigo.

—Por supuesto, jefe —dijo Max.

Max tuvo que quedarse en el coche después de que Johansson le explicara la situación. Una situación delicada y todo lo demás, y para mantener ciertas conversaciones no podía haber más de cuatro ojos. Si es que acababa habiendo conversación.

—Puede durar cinco minutos, puede durar una hora —dijo Johansson—. Quédate cerca y así podré llamarte al móvil.

—¿Cómo se llama el tipo? —inquirió Max—. Por si acaso —añadió con una leve sonrisa.

—Es una mujer —aclaró Johansson—. Una mujer de unos sesenta años. Se llama Erika Brännström y vive en el tercer piso.

—De acuerdo —dijo Max—. Si necesitas algo, llama.

Johansson hizo lo que había aprendido. El problema era que habían pasado más de veinte años desde que lo hizo la última vez. Primero se puso en cuclillas con bastante dificultad. Entreabrió con cuidado la rendija del buzón de la puerta de Erika Brännström para poder oír mejor. Hay alguien en el apartamento, pensó. Entonces oyó la radio, probablemente la emisora Lugna Favoriter, a juzgar por la música, y en una pausa entre dos canciones la oyó además tarareando el final de «Dancing Queen», de Abba.

Muy bien, pensó Johansson. Se incorporó para llamar al timbre y de repente se le nubló la vista y el suelo sobre el que estaba se convirtió en una tabla vibrante. Cayó justo

a la derecha de la puerta, rebotó hacia atrás y se quedó sentado de culo; sin embargo, en conjunto, resultó bastante mejor que la vez anterior. Además ni siquiera tuvo que llamar a la puerta. Después de diez segundos, Erika Brännström abrió, lo miró y sacudió la cabeza, bastante divertida con lo que veía a juzgar por su expresión.

—¿Piensas quedarte ahí sentado toda la tarde? —preguntó.

—Bueno, ya sabes... —dijo Johansson—. Tú también eres nortea.

—Ten cuidado al levantarte —dijo ella asiéndolo con firmeza por el brazo izquierdo sano y ayudándolo a levantarse.

—Gracias —dijo Johansson.

—¿Quieres tomar café? —preguntó ella.

—Me sentaría bien una taza —asintió Johansson.

Cinco minutos después estaban sentados en el cuarto de estar tomando café. Al principio, Erika Brännström se limitó a mirarlo en silencio. Sin hostilidad, más bien con interés y tal vez un poco preocupada. Pero no por sí misma. Al parecer, más bien por él.

—¿No has pensado en empezar a cuidarte? —preguntó sacudiendo la cabeza—. Estás aún más gordo que cuando te vi la vez anterior.

¿Dónde he oído eso antes?, pensó Johansson.

—No es tan fácil —replicó Johansson—. No es tan fácil, que lo sepas.

—Una persona tan tenaz y obstinada como tú. No irás a decirme que no eres capaz de hacerlo. Eres demasiado comodón, será eso. O puede ser también que no te importa en realidad.

—Prometo que voy a espabilar —dijo Johansson—. Ahora tengo unas dudas, si me permites.

—Entonces es mejor que las despejemos —dijo Erika Brännström—. Antes de que los vecinos se pregunten qué está pasando. Supongo que lo que te atormenta es ese pasador. El que crees que pertenecía a Yasmine.

—Sí —admitió Johansson. Podemos empezar por ahí, pensó.

—No lo encontré yo —dijo Erika—. Lo encontró Margaretha. Fue en algún momento durante el otoño, después de ese terrible verano en el que asesinaron a la pequeña Yasmine. Margaretha lo encontró debajo de su cama mientras hacíamos la limpieza general antes de la mudanza. Me lo entregó y me preguntó si podía ser de Karolina o de

Jessica. Ya sabes, mis hijas. No sé por qué lo preguntaría, ya que por entonces llevaban el pelo corto como los chicos.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no era de ellas. De hecho, no pensé hasta mucho después que podía ser de Yasmine. Después de todo no era tan raro, ya que a veces iba a jugar allí varios días a la semana. Además correteaba por la casa un poco a su aire. Jessica y Karro se portaban algo mejor. Y la que tenía que limpiar lo de todos era yo. Las llevaba un poco más derechas.

—¿A Margaretha no se le ocurrió pensarlo? Me refiero a que el pasador fuera de Yasmine.

—No —dijo Erika Brännström—. Nunca preguntó. No era necesario haber trabajado como asistente sanitaria para darse cuenta de que estaba bastante mal. Y tampoco era de extrañar, ya que estaba muy encariñada con la niña.

—Ya —dijo Johansson—. Debió de ser un shock para ella que le ocurriera algo así a la hija de sus vecinos.

—Si te he entendido bien, fue bastante peor que eso —afirmó Erika.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Johansson a pesar de que sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Que fue asesinada en casa de Margaretha —dijo Erika Brännström—. Mientras yo estaba en casa de mis padres en Härnösand con las niñas, y Margaretha veraneaba en Rindö. ¿No es eso lo que crees?

—No lo creo —dijo Johansson—. Estoy bastante seguro de que ocurrió allí. En el dormitorio de Margaretha Sagerlied. Lo he supuesto todo el tiempo.

—Eso explica algunas cosas —dijo Erika Brännström.

—¿Como qué? —preguntó Johansson.

—Respecto al inventario cuando fuimos a sacar sus enseres domésticos. La mayor parte iba a venderse, y a mí me pareció que faltaba una funda de almohada y una sábana. Tenía una docena de cada, que le había regalado su marido cuando se casaron. Del mejor hilo. Bordadas con sus iniciales, MS.

—¿Tú qué pensaste?

—La verdad es que no pensé nada. Lo último que podía pensar era que hubiera ocurrido algo en casa de Margaretha. Era totalmente impensable para mí. Y si pensé algo sería que habían desaparecido entre la ropa para lavar en algún momento durante todos

esos años. Que ella se había llevado ropa de cama al campo, o que había regalado un juego, supongo que pensaría eso.

—No preguntaste —dijo Johansson.

—No —dijo Erika—. Además, Margaretha estaba cada vez peor. Eso fue en primavera, o tal vez en invierno, en cualquier caso fue después de Año Nuevo, en 1986, cuando se vendieron la mayoría de las cosas. Yo estaba muy preocupada por ella. Por entonces ella estaba totalmente ausente. Has de saber que le tenía mucho cariño, a pesar de sus rarezas. En el fondo era un alma buena y generosa. La verdad es que mis hijas no tenían ninguna razón para quejarse. Idolatraban a la señora Margaretha.

—Sí, puedo entenderlo —dijo Johansson. Nada de mentiras esta vez, pensó.

—Bueno, bueno —dijo Erika Brännström—. Entonces, a grandes rasgos, solo queda una cosa.

—¿En qué estás pensando?

—En Staffan Leander, el sobrino del marido de Margaretha. Era hijo de la hermanastra de Johan, que era tío suyo y Margaretha su tía política. Eso es lo que era —afirmó Erika Brännström asintiendo—. Margaretha era su tía.

—Staffan Leander Nilsson —dijo Johansson—. Leander es su segundo nombre. Para ser precisos, Nilsson es su apellido.

—Bueno, bueno —dijo Erika—. Staffan Nilsson, fíjate. De todos modos, cuando se presentó me dijo que se llamaba Staffan Leander. También fue él quien me dijo que Margaretha era tía suya, porque yo no tenía ni idea de eso. Creía que todos sus parientes habían muerto.

—Cuéntame —la animó Johansson. Tal vez deberías ser policía, Lars Martin, interrogador incluso.

La primera vez que Erika Brännström vio a Staffan Leander Nilsson fue en la primavera de 1984. Había estado ayudando en una gran fiesta en casa de Margaretha y se conocieron allí. La última vez que hablaron fue medio año después, en el otoño de ese mismo año, cuando ella lo llamó para pedirle cuentas de lo que creía que les había hecho a sus hijas. Entre la primavera y el verano de 1984 se vieron como mucho en diez ocasiones. En dos de ellas, él había pasado a recoger a sus niñas. La primera vez, Margaretha y él iban a llevarlas al Skansen, y la segunda él y sus dos hijas iban a ir al parque zoológico de Kolmården.

—Era encantador, que lo sepas. Además de alegre y divertido, amable y servicial y no sé cuántas cosas más. No se parecía en nada al hombre con el que yo había estado casada.

—¿Intentó tener algo contigo?

—Al principio me lo pareció. Yo no estaba interesada lo más mínimo. Además era diez años más joven que yo, y en aquel momento estaba harta de los hombres. Pero era muy simpático con las niñas, jugaba y bromeaba con ellas. Como he dicho, no se parecía lo más mínimo al padre de las niñas.

—¿No te pareció extraño?

—Recuerdo que se lo pregunté. Entonces me contó que era hijo único, que se había criado solo con su madre. Por lo visto, no conoció a su padre. Me dijo que durante toda su infancia había querido tener hermanos pequeños. Hermanas sobre todo, para poder hacer travesuras y jugar con ellas. Eso era lo que más deseaba.

—Sí, puede sonar razonable —dijo Johansson, a pesar de que él se había criado con tres hermanos y tres hermanas y lo que más le hubiera gustado era ser hijo único.

—Sí, eso fue antes del debate público sobre la pederastia, y que a un muchacho joven tan agradable y bueno le interesaran las niñas de ese modo... La idea era casi impensable. Me refiero a que Jessica, la menor, solo tenía cinco o seis años por entonces y su hermana mayor tendría diez. Además, las primeras veces que las vio yo estuve todo el tiempo presente. Una vez estuvimos en Gröna Lund. Otra vez fuimos de excursión al Hagaparken. Yo estaba muy contenta y agradecida de haber encontrado a un chico joven y legal que las quería como a las dos hermanas pequeñas que nunca había tenido.

—¿Cuándo empezaste a sospechar que había gato encerrado? —preguntó Johansson.

—No lo sé —dijo Erika Brännström—. Más que nada fue una sensación que tuve. Había algo raro. Que un chico tan joven, guapo y agradable no tuviera novia. De hecho se lo pregunté.

—¿Y qué dijo él?

—Que había tenido varias, pero que en realidad nunca había sido nada duradero. Que las chicas de su edad le parecían completamente superficiales. Que aún no había encontrado la adecuada. La primera vez que sospeché fue cuando estuvo en Kolmården con mis hijas. Entonces comprendí que debía de haber pasado algo. Ambas estaban totalmente cambiadas. Pregunté qué había ocurrido pero ninguna quiso hablar de ello. Eso fue hacia finales del verano.

—¿Y tú qué hiciste?

—He trabajado muchos años en la asistencia sanitaria, así que hablé con un buen amigo que tenía, un compañero del hospital. Él trabajaba de pediatra. Las examinó. Además las conocía de antes, así sería más fácil para ellas en caso de que les hubiera sucedido algo. Pero no encontró nada raro. Estaba bastante seguro de que les había ocurrido algo que no les gustaba, o que al menos no entendían, pero no podía tratarse en ningún caso de una violación o algo por el estilo.

—Debió de ser un enorme alivio para ti. ¿Hablaste al respecto con algún terapeuta?

—Hablé con mi buen amigo, como he dicho. Le pregunté qué opinaba. Me disuadió de que lo hiciera. Dijo que él era más bien de la opinión de que iba a dificultar la curación. Que no creía que los adultos tuvieran que andar rebuscando en esas cosas. Al menos no en ese nivel, por así decirlo.

—Y seguiste su consejo —dijo Johansson.

—Sí —confirmó Erika—. Aunque te diré que no fue demasiado difícil. Con toda la loca que he conocido en esa parte de la atención sanitaria. Soy bastante nortea en ese aspecto.

—Lógicamente —dijo Johansson—. ¿Qué pasó con Staffan Nilsson?

—Eso fue lo más raro —dijo Erika Brännström—. No llamó durante todo un mes, antes solía llamar varias veces por semana, así que al final lo llamé yo. Le pregunté, directamente, qué se le había ocurrido hacer con mis hijas cuando estuvieron en Kolmården.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Johansson.

—Se sorprendió mucho, juró y perjuró, estoy bastante segura de que en algún momento se echó a llorar. Al menos sonaba así. No podía entender lo que le estaba diciendo. Era totalmente inocente.

»Entonces le dije que más le valía que fuera así. Que si hacía el menor intento de ponerse en contacto otra vez conmigo o con ellas, iría directamente a la policía a denunciarlo.

—¿Fue el último contacto que tuvisteis?

—Sí. Después de eso no me lo he encontrado ni he hablado con él. Ni siquiera lo he visto.

—¿Lo hablaste con Margaretha?

—No, no lo hice. Se habría muerto en el acto. Ella era aún más ingenua que yo, si

cabe.

—Creo que tu reacción fue la habitual —dijo Johansson—. A las personas normales, decentes, cuando se trata de alguien en quien han confiado, les resulta incomprensible. En especial si eres la madre o el padre.

—Te estarás preguntando si sospeché algo después de que asesinaran a Yasmine. Eso es lo más raro, y entiendo completamente que no me creas, pero la verdad es que no. Que Staffan nunca haría algo así. Que debió ser alguien que tenía las mismas tendencias que él, eso entendía yo. Pero que fuera precisamente él... Eso no se me ocurrió nunca. Lo que le había sucedido a Yasmine era espantoso. Algo distinto por completo a lo que probablemente les había ocurrido a mis hijas. El que asesinó a Yasmine debía de ser un monstruo, y el Staffan Nilsson que yo conocía no lo era. Tal vez las había engañado para que le manosearan el pene, o algo así. No violarlas y estrangularlas y todo lo demás. Simplemente era demasiado horrible para que pudiera ser así.

—Te creo —afirmó Johansson—. No eres la primera que ha pensado de ese modo. —Ni serás la última, se dijo.

—Al menos soy honesta —dijo Erika—. Simplemente no lo entendí.

—¿Y con Margaretha Sagerlied? ¿Estuviste en contacto con ella después de que vendiera la casa y se mudara al centro de la ciudad? Desde que dejaste de trabajar en su casa. Creo que fue en la primavera del 86.

—Me llamó por teléfono medio año después, en el otoño del 86. Me pidió que fuera. Nos vimos en su apartamento. Estaba en la zona de Östermalm, en Riddargatan si no recuerdo mal. Fue sorprendente, la verdad. Era una persona completamente distinta. Parecía casi confundida. Además, estaba delgada como un palo. Me contó que había tenido un cáncer. Tardé un rato en entender de qué hablaba. Que hablaba del sobrino de Johan. Estoy casi segura de que creía que se había suicidado. Luego echó una perorata sobre mis hijas y dijo que no tenía que preocuparme por ellas. Que no había nada por lo que preocuparse. Que estaba segura de que no había pasado nada. La verdad es que fue horrible.

—Ya me lo figuro —dijo Johansson—. ¿Fue lo último que supiste de ella? —Ha llegado el momento de la gran prueba de honestidad, pensó.

—Al menos mientras vivía. Luego leí en la prensa que había muerto. Me parece que fue en la primavera del 89, y solo una semana después llamó su abogado y me dijo que

en el testamento legaba mucho dinero a mis hijas. Quinientas mil coronas, medio millón. ¿Tienes idea de cuánto dinero era en ese momento?

—Sí —aseguró Johansson sonriendo—. La tengo. Alrededor de dos millones en dinero actual.

—Para mí, para nosotros, era una cantidad increíble. En el testamento decía que debía utilizarse para pagar los estudios de las niñas y ayudarlas a vivir una vida buena y digna. Era exactamente así como lo había dejado escrito.

—¿Y lo logró?

—Te lo puedo prometer —dijo Erika Brännström—. Ninguna de ellas debe ni un céntimo de sus estudios, y eso que las dos tienen licenciatura universitaria. Karro es fisioterapeuta y Jessica es licenciada en económicas. Ambas están casadas y con hijos, y tienen maridos que no se parecen en nada al padre.

»Además, sobró dinero que alcanzó para dar la entrada de los apartamentos que compraron en cuanto se fueron de casa. No es que fueran nada del otro mundo, pero aun así. Por lo menos tenían un techo propio encima de sus cabezas... ¿Cuántos jóvenes normales lo tenían?

—Me alegro de lo que me cuentas —dijo Johansson—. Es agradable oír que les ha ido tan bien. —Debió de ser un infierno para la anciana intentar purgar con dinero lo que había hecho su sobrino, pensó.

—También tengo una pregunta —dijo Erika—. ¿Es verdad eso de que se habría suicidado?

—Su madre se suicidó. En la primavera del 86, eso lo sé con certeza. Así que es verdad. Él desapareció también casi al mismo tiempo. Lo que ocurrió después está menos claro.

—¿Estás siendo honesto conmigo? —dijo Erika Brännström.

—De cualquier manera, creo que debemos tener muy clara una cosa.

—¿Cuál?

—Que el único que tiene la culpa de lo que le ocurrió a Yasmine es el que la mató. Tú no la tienes.

—Sin embargo, algo me hace pensar que debería haber llamado a la policía después de aquella excursión a Kolmården.

—Puedes estar totalmente tranquila en ese punto —dijo Johansson—. Si hubieras llamado para decir que sospechabas que era pederasta, a Staffan Nilsson no le habrían

hecho nada. Probablemente habrían creído que eras otra psicótica más. Porque supongo que no creerás que él se habría derrumbado y habría confesado.

—Eres un hombre honesto, Johansson —dijo Erika Brännström—. ¿Sabes qué?

—No —dijo Johansson—. No lo sé. —¿Qué es lo que no sé?

—Desde que te conocí, he pensado todos los días en lo que ocurrió. Si podría haber hecho algo para impedir lo que le sucedió a Yasmine. ¿Podría haberle salvado la vida? No lo creo, pero no lo sé. ¿Habría podido ayudar para que lo cogierais? No lo creo. No me cabía en la cabeza que fuera él. Que hubiera tenido lugar en casa de Margaretha. Esa idea ni se me pasaba por la cabeza.

—Yo no he dicho que fuera él quien lo hizo —dijo Johansson.

—No, claro que no. Pero eso se debe a que eres un tipo decente. Quieres ser amable conmigo. Por eso dices las cosas que dices.

—Eso es lo que tú crees —replicó Johansson.

—Sí —dijo Erika Brännström—. Sé que sabes que Staffan Leander, o Staffan Nilsson, fue el que mató a Yasmine. Además, estoy completamente segura de que tienes razón. Sin embargo, no tengo ni idea de cómo lo has descubierto. En cualquier caso, yo no lo hice. También estoy convencida de que vive y de que sabes exactamente dónde está. No se ha suicidado. Su madre sí, cuando comprendió de repente lo que era él. Sin duda, si yo hubiera tenido un hijo capaz de algo así me habría quitado la vida también. Hay otra cosa que no entiendo. Aunque al principio, cuando lo leí en el periódico, no creí que fuera cierto.

—¿Qué es? —quiso saber Johansson.

—Que al parecer es demasiado tarde para encargarse de que reciba su castigo, que pague por lo que hizo. Debido a una ley extraña que por lo visto hay que ser abogado para entender.

—Sí —dijo Johansson—. Eso es lo que hay. Si un delito ha prescrito no se puede condenar al autor.

—Entonces hay algo que quiero pedirte —dijo Erika.

—¿De qué se trata?

—Que te encargues de todos modos de que lo condenen.

—Prometo hacer todo lo que pueda —aseguró Johansson.

—Bien —dijo Erika Brännström—. Para poder mirar a los ojos a las personas honestas y decentes hay que ser también una persona honesta y decente. Para una buena

persona no resulta fácil mantener el mal apartado de ti, y a veces es tan difícil que hay que ser malo también. Luego, tal vez se pueda seguir y ser el de siempre. Como nortño que eres, debes entenderlo.

—No tengo intención de matarlo, si es a lo que te refieres —adujo Johansson.

—No, eso espero realmente, porque yo tampoco quiero que lo hagas. Pero seguramente se te ocurrirá algo para que incluso las personas decentes podamos vivir con ello.

—¿Te ha ido bien, jefe? —preguntó Max cuando iban en el coche de camino a su casa en la zona sur.

—Me ha ido estupendamente —dijo Johansson. A pesar del tema, pensó.

—Me alegro de oírlo —repuso Max—. Si quieres que haga algo, solo tienes que decírmelo.

—Te lo prometo —dijo Johansson. La salida más fácil, pensó. Dejar a Max o a alguien de la misma opinión que destruya a Staffan Leander Nilsson. Ojo por ojo, diente por diente, siguiendo hacia abajo hasta llegar a sus pequeños pies, que seguramente estaban dentro de unos zapatos bien lustrados—. Oye, Max —añadió Johansson—. ¿Qué te parece si paramos por el camino y nos comemos una hamburguesa?

—No —dijo Max—. No me parece bien.

—¿No te apetece?

—Por supuesto que sí —dijo Max—. Pero pensando que Pia podría matarme, no me parece una buena idea. Tendrás que disculparme, jefe, pero es así.

—Entonces ¿qué te parece si preparas una ensaladita al llegar a casa?

—Me parece bien —dijo Max—. Una ensaladita no tiene nada de malo.

Viernes, 13 de agosto de 2010

El viernes por la tarde, Jarnebring y Max hicieron otro intento de obtener una prueba de ADN de Staffan Nilsson. Primero lo llamaron al teléfono de su casa. No hubo respuesta. Ni siquiera un contestador. Luego lo llamaron al número de móvil que había conseguido Gunsan. Tampoco hubo respuesta, y no valía la pena dejar un mensaje.

Como ya habían salido, fueron a la casa de él para controlar la situación. Su coche estaba aparcado en el sitio habitual. Limpio, cerrado y con la alarma activada, como siempre.

Después, Jarnebring entró en el bloque donde vivía. Escuchó a hurtadillas junto a la puerta de su apartamento. Ni un ruido. Volvió a bajar a la calle. Se metió en el bloque de enfrente, donde había una buena vista del apartamento de Nilsson desde la escalera. No había ninguna luz encendida, ni tampoco el televisor, no había rastro alguno de presencia humana.

—¿No se habrá largado? —preguntó Max cuando Jarnebring volvió al coche.

—No —dijo Jarnebring—. No me da esa impresión. —Si aún estuviera en activo, si tuviera un caso del que encargarme, pensó. Un asesinato, además; y si contara con el habitual equipo para los aspectos prácticos, no tendría necesidad de estar aquí especulando.

»Nos vamos —añadió Jarnebring—. Primero podemos dar una vuelta y echar un vistazo por los bares de los alrededores, pero luego lo dejamos, a menos que ocurra algo, claro.

—Que no se ha ido, joder —espetó Johansson cuando Max, ante el sofá del despacho, lo informaba de las actividades de la tarde.

—Si tú lo dices, jefe —dijo Max.

—No es ese tipo de persona —dijo Johansson sacudiendo la cabeza—. No es de los que se quitan la vida, ya que está encantado consigo mismo. Tampoco es de los que

dejarían su coche, si es que se hubiera ido. Lo habría vendido antes de irse. Las personas que se quieren a sí mismas son también tacañas. Suele ser muy práctico para los que van a meterlos en chirona, como yo. Aunque a menudo pierdan la oportunidad.

—Eres un hombre sabio, jefe —comentó Max sonriendo.

—Sí —dijo Johansson—. Por ahora sé más que tú, pero no es culpa tuya que sea así.

—¿Por qué no lo es?

—Por todo lo que pasaste de pequeño. Toda la mierda a la que te expusieron adultos malvados cuando eras demasiado pequeño para poder defenderte. Todo eso que no es culpa tuya pero que todavía dirige tu vida. El día que lo superes serás tan sabio como yo.

—Me alegra oírlo —afirmó Max.

—Sí —dijo Johansson—. Así que en ese punto puedes estar totalmente tranquilo. Y ya que estás de pie y yo tumbado, y Pia está chateando con sus amigas en el ordenador, me pregunto si podrías ir al cuarto de baño y traerme el neceser de mis medicinas. — Para que deje de molestarme la cabeza y pueda respirar como los demás, pensó.

—Por supuesto —dijo Max.

Cuando volvió dos minutos después, Johansson ya se había dormido. Max se sentó en una silla a su lado. Oyendo sus ronquidos. Permaneció allí dos horas, más que nada para asegurarse de que su jefe seguiría allí cuando él despertara por la mañana. Después entró en su cuarto. Cerró la puerta. Se tumbó de espaldas en la cama sin quitarse siquiera los zapatos.

El jefe es un hombre bueno, pensó. Y un hombre malvado se lo está comiendo por dentro. Tengo que ayudarlo para que no muera por mí, pensó. Luego se quedó dormido. Durmió en silencio, igual que se movía cuando estaba despierto. Con los ojos entreabiertos, como hacía siempre sin saberlo siquiera.

Sábado, 14 de agosto de 2010

El sábado 20 de agosto, Bo Jarnebring hizo otro intento de hacerse con el ADN de Staffan Nilsson. Con nuevos bríos. Llegó por la mañana temprano, se metió en el bloque donde vivía Nilsson con la ayuda del código que le había facilitado su siempre fiel Gunsan, que, a diferencia de él, seguía trabajando en la policía de Estocolmo y podía arreglar esas cosas sin mayor dificultad. Una vez en la escalera le robó el *Svenska Dagbladet* que sobresalía de su buzón, para así intentar obligarlo a que saliera a dar un paseo por la mañana temprano.

Una hora después apareció Nilsson en el vestíbulo del edificio. En pijama, bata y zapatillas y, aunque Jarnebring no pudo oírlo, sí pudo ver su enfado cuando blasfemaba por la pérdida del periódico matutino.

Primero intentó birlarle el *Dagens Nyheter* al vecino, pero Jarnebring, que era un hombre muy meticuloso en lo que a los distintos modos de provocación policial se refería, se había encargado de meter todos los periódicos matutinos que sobresalían en sus respectivos buzones. Nilsson hizo varios intentos antes de rendirse al fin, entrar en el ascensor y desaparecer en su apartamento de la tercera planta.

Diez minutos después salió a la calle en zapatillas de deporte, pantalón corto y sudadera, en dirección a la tienda abierta las veinticuatro horas del barrio, donde no solo se podían comprar periódicos, tabaco y algunos productos de alimentación, sino que también se podía pedir un desayuno sencillo. Jarnebring sintió crecer la esperanza mientras se dirigía calle abajo buscando una posición mejor.

Staffan Nilsson compró el *Svenska Dagbladet*, un bollo de canela y un café. Cogió las cosas y volvió a su apartamento mientras Jarnebring maldecía en voz alta.

A falta de algo mejor le echó un vistazo al coche de Nilsson, pero seguía cerrado con llave, con la alarma activada y tan limpio como los demás días que había mirado en su interior para ver si podía encontrar algo de interés científico.

Parece que ese cabrón no pierde ni un pelo, pensó Jarnebring malhumorado mientras examinaba por la ventanilla el asiento y el reposacabezas del conductor. Vergüenza para el que se dé por vencido, pensó. Volvió a su coche, lo aparcó de modo que pudiera ver las ventanas de la cocina y la sala de estar de Nilsson, y cruzó para vigilar su puerta mientras hojeaba el periódico matutino que acababa de robar.

Un par de horas más de espera infructuosa, hasta que finalmente se rindió.

Por el camino de regreso a su casa llamó al móvil de Johansson para contarle sus tempranas tribulaciones.

—Parece que ese cabrón no pierde ni un pelo —dijo Jarnebring.

—Suele suceder si no se fuma ni se masca tabaco.

—¿No crees que va siendo hora de que llamemos a nuestros compañeros del orden público antes de que vuelva a aparcar el coche la próxima vez? Seguramente podremos detenerlo por conducción bajo los efectos del alcohol. Darle un pequeño aperitivo antes de atiborrarlo con el plato principal.

—No —replicó Johansson—. De eso nada. Además, tendrás que disculparme porque voy a desayunar.

Domingo, 15 de agosto de 2010

—El compañero del jefe y yo hemos pensado volver a vigilar a ese pederasta —dijo Max—. Para ver si podemos arreglar lo del ADN.

—Me parece bien —aceptó Johansson—. Suerte.

—¿No vas a acompañarnos, jefe?

—No —dijo Johansson sacudiendo la cabeza—. Tengo intención de quedarme aquí tumbado en el sofá mirando la caja tonta. Es decir, la televisión —aclaró, porque no estaba seguro de cuántas expresiones del argot de décadas pasadas podría haber adquirido un hombre joven como Max durante su corta vida—. Pensaba ver una vieja peli de los ochenta que tengo en DVD. —Peli, eso lo entenderá, pensó.

—¿De qué va?

—Es bastante interesante, la verdad —aseguró Johansson—. Se trata de una historia real en la que Jarnebring y yo estuvimos involucrados cuando trabajábamos en investigación en la década de los setenta. Un verdadero lío, la verdad. Un ministro de Justicia que andaba con putas. Aunque la película es buena.

—Pues que pases una tarde tranquila, jefe —dijo Max.

—Tú también —dijo Johansson—. Saludos a Bo y buena suerte.

—Gracias —dijo Max.

Aunque no era una película mala, Johansson se quedó dormido a la mitad, probablemente debido a que ahora se dormía del modo más incomprensible. Al margen de lo que ocurriera a su alrededor. Se despertó cuando Max, inclinado sobre él, le tocó suavemente en el hombro sano.

—Ya está —anunció Max.

—¿Qué? —dijo Johansson incorporándose en el sofá—. ¿Qué es lo que está?

—Lo del ADN, lo he arreglado —aseguró Max tendiéndole una bolsa de plástico para

congelar de las de dos litros, con algo que parecía un pañuelo de papel ensangrentado.

—¿Qué coño te has inventado? —inquirió Johansson cogiendo la bolsa de plástico con el pañuelo.

—Bo es inocente —dijo Max.

—¿Inocente de qué? —dijo Johansson.

—Le surgieron impedimentos —aclaró Max—. Tuvo que ayudar a su hija con algo.

—Ya —dijo Johansson.

—Así que yo me di una vuelta por mi cuenta —dijo Max.

—Así que eso hiciste... —comentó Johansson.

—Fue igual que cuando estuviste tú, jefe —dijo Max—. Primero salió y fue directamente al restaurante y se sentó a cenar. Aunque esta vez no llamó por teléfono. Pidió una pizza y una botella de vino tinto. Una botella entera, que se bebió.

—¿Y luego?

—Luego fue a cambiar el coche de sitio, mañana es lunes. Lo único que no entiendo es por qué no lo estacionó en el lado correcto desde el principio. Aunque eso es problema suyo, no mío. De todos modos lo seguí. En cuanto salió me puse detrás, así que tuvo que atropellarme.

—¿Tuvo que atropellarte? —¿Qué coño dice este muchacho?, pensó Johansson.

—Sí, me atropelló al dar marcha atrás, no fue nada. Nada que haya que lamentar. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, abrió la puerta para preguntar qué había pasado —dijo Max.

—¿Y qué hiciste?

—Me acerqué y lo saqué del coche. Le pregunté qué coño estaba haciendo. Le dije que iba borracho y que no debería conducir. Entonces empezó a armar jaleo, así que le di un manotazo en la nariz. Luego cogí un pañuelo que llevaba en el bolsillo y le limpié la sangre. Le dije que debía tener mucho cuidado si iba conduciendo borracho por ahí. Que podía matar a alguien si no se comportaba.

—¿Tú le diste un manotazo? ¿Le diste un manotazo en la nariz?

Esto no puede ser verdad, pensó Johansson.

—Con la mano abierta —aclaró Max levantando una mano derecha que era mayor incluso que la del mejor amigo de Johansson—. La mano abierta en toda la nariz... Él me había atropellado antes.

—¿En toda la nariz? —El muchacho ya se había visto en estas lides con anterioridad.

Conoce la diferencia entre golpear con una mano abierta y un puño cerrado, pensó.

—Es el mejor sitio si quieres que alguien empiece a sangrar sin que tengas que machacarlo —dijo Max encogiéndose de hombros—. Si le hubiera dado en la mandíbula o en las cejas podría haber muerto. Le podría haber roto el cráneo sin que empezara a sangrar siquiera.

—¿No hiciste nada más? —preguntó Johansson. Además es considerado, pensó.

—No —dijo Max—. Simplemente me fui de allí.

—Espero de verdad que esté vivo —dijo Johansson.

—Claro que lo está —afirmó Max—. Nadie ha muerto de una simple hemorragia nasal.

—No —convino Johansson—. ¿Así que no viste ninguna otra opción?

—No —respondió Max—. No podía entrar en el restaurante a pegarle. Un montón de testigos y demás. Espero de verdad que no estés enfadado conmigo, jefe.

—No —dijo Johansson—. Por desgracia, es tan grave la cosa que ni siquiera lo estoy. Siempre que sea como dices. —Y conozco al menos a dos personas que te adoptarían enseguida, pensó.

—Puedes estar completamente tranquilo, jefe —dijo Max—. No miento. Solo mienten las malas personas. Yo nunca he tenido que mentir.

No, pensó Johansson. ¿Por qué ibas a tener que hacerlo?

—Una pregunta —dijo Johansson—. ¿Vas siempre por ahí con pañuelos de papel en el bolsillo?

—Siempre —afirmó Max—. Por si tengo que limpiarme la nariz o algo así. ¿Alguna otra pregunta, jefe?

—No —dijo Johansson—. Puede que haya una cosa que debería decir.

—¿Qué es?

—Gracias, Max —dijo Johansson con una inclinación de cabeza—. Te lo agradezco. Y la próxima vez que vayas a resolverme algún problema, te agradecería que antes me pidieras permiso.

—Por supuesto —dijo Max.

Tengo que llamar a Bo, pensó Johansson, que de pronto se sintió inexplicablemente eufórico, como si alguien le hubiera quitado la cinta que solía oprimirle el pecho, la que

hacía que a veces casi no pudiera respirar. Tampoco le dolía la cabeza. Simplemente, liberado. Al fin, pensó.

Lunes, 16 de agosto de 2010

Johansson se había decidido ya la noche anterior, antes de dormirse. Tendrán que ser los servicios secretos los que arreglen los aspectos de tipo práctico, pensó. Se podía opinar lo que se quisiera sobre la policía secreta, pero ellos sí sabían cerrar el pico. Si enviaba el pañuelo ensangrentado de Max a alguno de sus contactos habituales en la policía judicial, probablemente podría leer los resultados en la prensa casi al mismo tiempo en que salían del laboratorio. No se atrevía ni a pensar en las consecuencias, y tampoco tenía necesidad de hacerlo, ya que eran evidentes desde el principio.

Tengo que hablar con Lisa, pensó Johansson. Lisa Mattei, su colaboradora más joven y capacitada durante los últimos diez años que trabajó en la policía. Que lo siguió desde la policía de seguridad a la judicial central. Que volvió a los servicios secretos cuando él se jubiló. Que en la actualidad trabajaba de superintendente de policía en el grupo del director general, a pesar de tener solo treinta y cinco años.

El lunes por la mañana, Johansson anuló la visita a la fisioterapeuta y llamó a Lisa Mattei.

—Soy Johansson —dijo en cuanto ella respondió.

—Lars —dijo Lisa Mattei—. Me alegra saber de ti. Según las últimas novedades de la sala de descanso, estás cada vez mejor.

—Estoy bien —dijo Johansson. Lars, pensó. ¿Qué pasó con lo de «jefe»? ¿Hemos empezado a ser íntimos amigos de repente?

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí —dijo Johansson—. Además, creo que eres prácticamente la única que puede hacerlo. Y corre prisa.

—Puedo verte dentro de una hora —propuso Mattei—. ¿Cuánto tiempo crees que necesitaremos?

—Un cuarto de hora —dijo Johansson. La pequeña Lisa se ha hecho mayor, pensó Johansson al colgar el auricular.

Una rubia lozana y en buena forma física, bien vestida, pulcra, atractiva. En resumen, Lisa Mattei, pensó Johansson cuando ella entró en su despacho. Además, por lo visto estaba embarazada, a juzgar por su vientre redondeado. Ahora sí que se había hecho mayor de verdad, pensó.

—Lars —dijo Lisa—. Qué alegría me da verte. ¿Puedo darte un abrazo? —preguntó.

—Claro —aceptó Johansson inclinándose hacia delante para que a ella le resultara más fácil ponerle el brazo en la espalda—. ¿Sabes qué va a ser? —dijo Johansson mirando su abultado vientre en cuanto estuvo sentado.

—Una niña. No podía resistir y lo he averiguado —dijo.

—¿El padre es policía también?

—No, en absoluto. Es experto en cinematografía. Trabaja en la universidad.

—Me alegro de oírlo —aseguró Johansson.

—¿Qué puedo hacer por ti, Lars?

—Necesitaría un resultado de una prueba de ADN. Es una historia delicada. Si acertamos, no quiero que haya filtraciones.

—¿Qué tipo de asunto es?

—Un crimen sexual de una niña de nueve años, sin aclarar desde hace más de veinticinco años, ya prescrito.

—¿Yasmine Ermegan? —Lisa Mattei lo miró.

—Sí —confirmó Johansson.

—¿Nos lo has resuelto?

—Sí —dijo Johansson—. Estoy bastante seguro de que lo he encontrado. Además está vivo.

—Siento curiosidad —dijo Mattei—. ¿Qué hizo que te interesaras por el asesinato de Yasmine? No se trataba de ningún caso antiguo tuyo.

—Necesitaba algo con lo que entretenerme cuando estaba en el hospital.

—Eres el mismo de siempre, Lars —constató Lisa Mattei.

—Más o menos —repuso Johansson—. Honestamente, he estado mejor otras veces. Aquí tienes su ADN, y además un pasador que creo pertenecía a la víctima —agregó dejando las dos bolsas de plástico encima del escritorio.

—Sangre —dijo Mattei levantando la bolsa con el pañuelo de papel.

—Sí —dijo Johansson—. A veces hay que actuar. Ya te contaré —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Y el pasador era de Yasmine?

—Sí —confirmó Johansson—. No porque crea que puede aportar algo, pero es una cuestión formal que, en cualquier caso, merece la pena intentar. Yo también tengo una pregunta. ¿Se podría considerar un asunto de los servicios secretos?

—Si hay coincidencia sí, definitivamente. Supongo que sabes quién es el padre de Yasmine.

—Sí —dijo Johansson—. O sea... ¿en las circunstancias actuales?

—*What are friends for* —dijo Mattei sonriendo—. Además, yo trabajo ahí —añadió.

—Lláname —pidió Johansson levantándose—. Y cuídate —agregó mirándole la barriga.

—Cuídate tú también, Lars —dijo Mattei.

Después del almuerzo, a Johansson se le ocurrió una idea. Hizo una rápida reflexión. Decidió incumplir una de sus premisas. Llamó a uno de sus antiguos contactos en la policía de Solna y empezó haciendo una pregunta directa.

—Al habla Toivonen —dijo el comisario Toivonen, del departamento judicial de la policía de Solna.

—Soy Johansson.

—Joder, qué sorpresa —exclamó Toivonen—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo Johansson—. ¿Sigues siendo igual de bueno para mantener el pico cerrado?

—Mejor todavía —aseguró Toivonen—. Te vas cansando cada vez más de hablar. Apenas puedo hablar ya conmigo mismo —añadió—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Puedes comprobar si recibisteis alguna denuncia anoche? Frösunda. El aparcamiento que está en la plaza. Diez de la noche. Lesiones.

—Un segundo —dijo Toivonen.

Tuvo que esperar casi cinco minutos, pero obtuvo la información.

—Disculpa la tardanza —dijo Toivonen—. El jodido ordenador —explicó—. He tenido que tomarlo directamente del colega que lleva el caso. A ver qué te parece esto...

Robo con lesiones. El denunciante, que por cierto se llama Staffan Nilsson y nació en el sesenta, fue asaltado anoche poco antes de las diez cuando iba a su casa a dormir. Estuvo cenando en algún restaurante del barrio.

—¿Robo con lesiones?

—Sí —confirmó Toivonen—. Los autores, que según el denunciante eran por lo menos dos, posiblemente tres, de los comunes a juzgar por la descripción, se llevaron su Rolex de oro y acero, un fajo de doce mil coronas en billetes sujeto con un clip de oro, la cadena también de oro que llevaba en el cuello y un sello de oro blanco que llevaba en la mano izquierda. Valor total aproximado cincuenta mil coronas. Dar vueltas por ahí de ese modo es toda una provocación al delito. O puede que simplemente tenga un buen seguro.

—¿Testigos? —Esto cada vez se pone mejor, pensó Johansson.

—Nadie que presenciara lo que ocurrió. Una pareja de ancianos que estaba dando un paseo nocturno vio al denunciante poco después. En ese momento estaba sentado en la acera sangrando por la nariz. Llamaron al 112. La primera patrulla llegó cinco minutos después.

—¿Cámaras de vigilancia?

—Nada, no donde ocurrió.

—¿Cómo está el denunciante?

—Anoche mismo salió del hospital después de que lo curaran. Fractura de nariz. Nada del otro mundo. ¿Lo conoces tal vez?

—¿A quién?

—Al denunciante.

—¿Qué denunciante? —dijo Johansson.

—Comprendo —contestó Toivonen—. Cuídate.

¿Y ahora qué hago con esto?, pensó Johansson.

Noche del lunes, 16 de agosto de 2010

Por la noche Lars Martin Johansson, de sesenta y siete años, mantuvo una conversación de más de una hora con Maxim Makárov, de veintitrés. Una conversación personal en la que Max habló de acontecimientos de su vida de los que era casi insoportable hablar. Johansson consiguió que lo hiciera, aunque si fue acertado o erróneo por su parte era algo de lo que nunca tendría respuesta. Todo comenzó de modo inocente, más que nada como un intento de crear un poco de simple contacto humano. Incluso de tomarse las cosas serias un poco a broma.

Johansson pidió a Max que le hiciera té. No corres riesgo pidiéndole a un ruso que te prepare un té, ya sea hombre o mujer. Te hará un té de esos que le gustaban a Johansson, no esa especie de aguachirle inglesa. Té ruso. Luego se sentaron en el despacho y Johansson le contó que, al parecer, a Staffan Nilsson no solo le habían golpeado la nariz hasta sangrar y se la habían limpiado posteriormente de un modo que no debió ayudar mucho a mejorar su autoestima. También le habían robado, le habían quitado el clip de billetes, dinero, reloj, la cadena de oro del cuello y el anillo del dedo meñique izquierdo.

—Miente —afirmó Max—. No llevaba ninguna cadena de oro. Recuerdo que sí llevaba anillo y reloj.

—Te creo —dijo Johansson—. Además, no coincides para nada con su descripción de los autores del delito. Dos, posiblemente tres autores, ninguno especialmente parecido a ti si lo he entendido bien. —A estas horas, además, ya habría presentado un aviso a su compañía de seguros, pensó.

—No fue fácil —dijo Max—. Me cuesta contenerme con la gente como él.

—Me alegro de que no lo mataras —dijo Johansson.

—Por el jefe, escapó con vida por el jefe.

Ahora parece estar completamente ausente, pensó Johansson.

—Háblame de ese orfanato en el que estabas —dijo Johansson—. A veces puede ser

útil aliviar la presión. Además, no saldrá de esta habitación.

—De acuerdo —aceptó Max.

Corre el año 1993. Maksim Makárov tiene seis años y acaba de perder su punto de apoyo en la vida. Su abuela ha muerto y se queda solo, sin parientes que puedan proporcionarle comida y una cama donde dormir. Ninguna mano adulta a la que intentar agarrarse para obtener consuelo. Solo queda el orfanato, que es el único hogar para él y para todos los que son como él.

San Petersburgo, la antigua ciudad de piedra junto a la desembocadura del río Neva en el golfo de Finlandia, cinco millones de personas apretujadas en una tercera parte de la superficie de Estocolmo. Comisarios políticos del Estado soviético y su orden relativo, ahora pasto de los depredadores capitalistas y sus disputas, a grandes rasgos los mismos lobos con diferente piel.

Toda esa gente normal y corriente que sufre, sueldos y pensiones que se pagan más bien tarde o simplemente no llegan. La abundancia repentina de toda clase de bienes que solo unos pocos pueden permitirse. El incremento constante de los precios del pan, las patatas y todo lo demás con lo que al menos puedes llenarte el estómago. La delincuencia que aumenta sin cesar con la fuerza de un vendaval. El nuevo subproletariado que ha convertido calles y plazas de la ciudad en su hogar. Ya no hay furgones policiales que lleguen puntualmente cada mañana y cada noche, que los metan a empujones hasta llenar el furgón y luego los lleven a las cárceles llenas de borrachos de la república popular. Donde les den agua, sopa aguada, pan, un cubo en el que poder vomitar, orinar y defecar.

Eso no existe ya. El Estado del bienestar soviético ha dejado de existir, la libre iniciativa ha tomado el relevo.

Esto afecta a todos los que son como Max, todos los niños solos que carecen de manos adultas que puedan conducirlos por la vida. En su lugar solo queda el orfanato, que al menos ofrece tres comidas al día, un techo sobre sus cabezas, palizas en cualquier momento de la jornada para los que no se comportan o simplemente se han orinado encima. Además de la esperanza de ser adoptado. Tener unos padres nuevos que te lleven lejos de allí, a una vida nueva en el reino celestial del capitalismo, lejos de los problemas de San Petersburgo.

—Crecí en Grazhdanka —dijo Max—. No era precisamente como Östermalm. Donde

viven los ricachones, donde Evert tiene el despacho —aclaró.

—¿Está en los suburbios? —preguntó Johansson, que andaba mal orientado a pesar de haber visitado San Petersburgo tanto antes como después de la caída del comunismo.

—Casi no hay suburbios en esa ciudad —dijo Max sacudiendo la cabeza—. No es como aquí. San Petersburgo es una ciudad de piedra, Grazhdanka es un barrio marginal. En la casa donde vivía con mis abuelos teníamos el retrete en el patio. Hubo un tiempo en que teníamos un orfanato casi en cada manzana. Ahora ha mejorado. Lo peor ha pasado. No creo que el personal de los orfanatos pueda vender ya a los niños. Creo que fue Putin el que le puso fin.

La venta de niños seguía las reglas que se aplican a la venta de la mayoría de los bienes. El precio se establecía por la oferta y la demanda, y los clientes, como es natural, tenían las preferencias que cabía esperar cuando se trataba de niños. Cuanto más pequeños mejor, por supuesto sanos, buenos, tan guapos como fuera posible. Las niñas estaban más solicitadas que los niños.

—Así que no eras ninguna ganga —constató Johansson con una sonrisa irónica.

—Imagínatelo —dijo Max riendo también—. Tenía el mismo aspecto que hoy en día, a pesar de que por entonces no era más grande que un naipe.

—Y al final no hubo negocio —dijo Johansson.

—En realidad, una vez llegó un finlandés gordo y viejo que empezó a tocarme y apretarme —contó Max—. Su mujer estaba más gorda todavía. Así que me levanté y le di un cabezazo. Imagínate la paliza que me dieron luego. Tuve que dormir boca abajo el resto de la semana.

El orfanato donde Max vivió cuatro años era un antiguo hospital en desuso que apenas se había renovado y se había transformado en un orfanato el año antes de llegar él. Con capacidad para trescientos niños y una veintena de empleados, casi todos mujeres. Los niños se clasificaban según los mismos criterios que se aplicaban al contenido de un mueble cualquiera. Lactantes y niños pequeños en la parte inferior, niños entre seis y doce años en la planta siguiente, y según se iba subiendo se separaba a niñas y niños y se los enviaba a cada lado del largo pasillo. Los mayores estaban en la última planta, y cuando cumplían quince años les llegaba el momento de trasladarse a otro centro.

—Cuando te salían pelos en el pito, o vello púbico a las chicas, claro, te ibas a la

planta superior. Si mi madre hubiera esperado un año más, yo también habría ido a parar allí. Una vez que llegabas allí, estabas perdido.

—Me lo imagino —afirmó Johansson.

—Tenía unos cuantos amigos mayores en aquella planta. Todos los que conocí ya están muertos. Alcohol, disolventes de pintura, productos de limpieza, drogas, delitos. Ibas directamente del orfanato a la calle. Uno de mis mejores amigos, que era cuatro años mayor que yo, se bebió una botella de alcohol de quemar que había pasado clandestinamente. Murió en el orfanato esa misma noche. Trece años.

—¿No recibíais ningún tipo de formación? Supongo que habría alguna escuela.

—Claro que sí —dijo Max—. Estaba en el bloque de al lado. Había que aprender a leer, escribir y contar y, más que nada, había asignaturas prácticas. Básicamente te ponían a trabajar en el taller. De hecho, estuve clavando palés todo un año. El último año que pasé allí. Antes de eso fregué botellas vacías y pelé patatas. Eso era lo que le interesaba al personal, todo lo que hiciéramos los niños y de lo que ellos pudieran sacar tajada. Que aprendiéramos a leer no era nada con lo que pudieran ganar dinero.

—¿Sacar tajada? —preguntó Johansson.

—Llenarse los bolsillos —aclaró Max—. Trabajábamos para muchos clientes. Restaurantes, talleres pequeños, tiendas, empresas constructoras. Podía llegar un camión y volcar su carga de escombros en el patio. Entonces salíamos nosotros y empezábamos a sacar clavos, a clasificar y apilar la madera. Le quitábamos la argamasa a los ladrillos viejos. Allí estábamos nosotros, un montón de niños rusos. Era igual que en la película esa de los siete enanitos. Aunque me parece que ellos trabajaban en una mina.

—Sí —dijo Johansson suspirando. ¿Qué podía decir?, pensó. ¿Que él también solía sentarse en el patio de su casa a hacer astillas, mucho antes de empezar la escuela, mientras Elna, su madre, le daba chocolate con nata batida y brioches de canela recién sacados del horno?

—Ganarse el sustento está muy bien —prosiguió Max como si pudiera leer los pensamientos de Johansson—. Pero en realidad éramos esclavos del personal. Si no podían ganarse un dinerillo extra vendiéndonos a los ricachones occidentales, no había otra que trabajar. Eso de que había que aprender a leer y escribir era solo una tapadera para sus chanchullos.

—No tuvo que ser fácil —dijo Johansson. Tengo que decir algo, pensó. Que yo solía

sentarme al lado de la chimenea de la cocina a hacer astillas. Que incluso he plantado patatas y he recolectado heno cuando era niño.

—Seguramente hubo casos peores, otros que lo pasaron peor aún, quiero decir —dijo Max encogiéndose de hombros—. Pero lo que te he contado no es lo más grave. Había cosas aún peores —agregó Max.

—Cuéntamelas —le pidió Johansson.

—No estoy seguro de que quieras oírlas, jefe —dijo Max.

—Ya se verá —dijo Johansson.

—Vale. —Max se encogió de hombros—. Tenía una amiga especial, una chica varios años mayor que yo. Llegamos al orfanato más o menos a la vez. Ella llegó solo algunos meses antes. Ya nos conocíamos. Vivíamos en el mismo barrio. Era como una hermana mayor, se llamaba Nadiesta. Nadiesta Nazarova.

Tal vez no sea muy conveniente, pensó Johansson al ver la expresión de los ojos de Max.

—Háblame de Nadiesta —dijo por fin—. Si es que puedes.

Noche del lunes, 16 de agosto de 2010

Nadiesta Nazarova era tres años mayor que Max. Vivía en un bloque de su misma barriada, al otro lado del patio. Compartía patio interior con él y con otros cientos de niños, más o menos de la misma edad, que se criaban en ese barrio. No estaba claro quién era su padre, los hombres que había conocido eran los novios de su madre. No todos buenos. Su madre había muerto un par de meses antes que la abuela de Max.

—¿De qué murió la madre de Nadia? —preguntó Johansson.

—Se cayó de un andamio, borracha como una cuba. Murió en el acto.

—¿Y qué coño hacía en un andamio? —inquirió Johansson.

—Estaba trabajando —aclaró Max sonriendo—. Era albañil. Estaba limpiando la fachada. Hablamos de Rusia, jefe.

—Ya, entiendo.

Cuando Max fue a parar al orfanato a los seis años de edad, Nadia, de nueve, ya estaba allí.

—Se convirtió en mi hermana mayor —dijo Max. Y asintió, más que nada para sí, casi ajeno a Johansson, que estaba tendido en el sofá—. Fuimos a parar a la misma sección, en salas diferentes, claro, yo era chico y ella chica, pero nos veíamos casi todo el tiempo. Por las noches, cuando todos dormían, solía entrar a escondidas para abrazarme —explicó—. Me contaba cuentos en susurros, me decía cosas al oído hasta que me quedaba dormido.

—¿Qué ocurrió después? —dijo Johansson, aunque ya se imaginaba con todo detalle lo que había ocurrido. Incluso podía visualizarlo.

—Nadia era muy bonita —dijo Max—. A pesar de tener nueve años había un montón de gente que la quería adoptar.

—Pero se quedó contigo —comentó Johansson. Joder, pensó.

—Naturalmente, había prometido que iba a cuidar de mí hasta que fuéramos mayores y pudiéramos escapar de allí y mudarnos a una casa propia, y solo nosotros sabríamos dónde estaba. Nos casaríamos y tendríamos niños a los que abrazaríamos y besaríamos sin cesar. Una vez hubo una pareja sueca que quería llevársela a toda costa, y la verdad es que parecían completamente normales. Él era una especie de empresario, su mujer era profesora, vivían en Västerås. De eso estoy casi seguro. Västerås —repitió Max—. De todos los lugares posibles, Västerås, Suecia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Johansson.

—Yo estaba completamente seguro de que era el fin. Se acabó, pensé. Pero entonces Nadia fingió un ataque de histeria, se puso como loca, se tiró al suelo, intentó sacarle los ojos a la tipa de Västerås. El personal se la llevó a rastras y la encerraron en el despacho. Los de Västerås se llevaron a otro niño en su lugar, un pobre diablo que no decía ni pío. Así que todo bien. Imagínate lo contento que me puse.

»Después le salió vello entre las piernas —siguió Max—. Entonces se acabó todo, se acabó de verdad.

Nadia entró en la pubertad antes de cumplir los doce años. Le creció el pecho y empezaron a salirle pelos en el pubis. Tuvo que ir al médico de la institución a hacerse la primera exploración ginecológica, igual que todas las demás. Y, al igual que las demás aspirantes a mujer que le parecían lo suficientemente atractivas, tuvo que mantener con él sus primeras experiencias sexuales.

—Se la tiró —dijo Max, con la mirada perdida—. Se follaba a todas las chicas del orfanato en cuanto tenían un poco de pelo en el coño. Todos los niños lo sabían. Y ninguno de los adultos que trabajaban allí tenía ni idea. Al menos eso dijeron cuando apareció la policía. Nadia perdió la cabeza por completo. Parecía que yo ya no existía. No quería hablar conmigo. Ni siquiera me miraba. Andaba por ahí como una zombi.

—¿Por qué fue la policía?

—Nadia murió aquella noche —explicó Max—. La última vez que él se la tiró. Siempre lo hacía en su consultorio, y antes la había obligado a beber un montón de aguardiente. Para que no gritara mientras lo hacía. Él debió de beberse un litro. De vodka —añadió Max—. El combustible que impulsa siempre hacia delante a la madre Rusia. Luego se quedó dormido. Estaba inconsciente. Había atado a Nadia a ese sillón en el que

tienen que sentarse las chicas cuando les hacen la exploración. Ella se había dormido también, o tal vez se había desmayado. No lo sé, la verdad.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Johansson. ¿Es que nunca puedes mantener la boca cerrada?, pensó al momento de decirlo.

—Fui yo el que la encontró —dijo Max. Se levantó de golpe, con el rostro enjuto y huesudo blanco como el papel, sin expresión—. Disculpa, jefe —agregó, apretándose un puño cerrado contra la boca y saliendo del despacho.

»Bueno —dijo Max al volver, diez minutos después—. ¿Dónde estábamos?

—Habías dicho que fuiste tú el que la encontró —repuso Johansson.

—Sí —dijo Max—. Subí a orinar a medianoche, el retrete estaba al lado de la oficina del doctor. No sé cómo, pero de pronto lo entendí todo. La puerta estaba cerrada con llave, así que cogí el extintor de incendios que había en la pared y lo lancé contra la puerta.

Con nueve años, pensó Johansson.

—Nadia ya estaba muerta —prosiguió Max—. En ese momento no me di cuenta, por eso la zarandeeé para intentar despertarla. Al parecer se había ahogado con su propio vómito. El doctor estaba tumbado en el suelo durmiendo, totalmente ido. Cogí el extintor y se lo tiré a la cabeza. Solo tuve tiempo de darle un golpe antes de que llegara el personal corriendo y me empujaran al suelo. Luego llegó la policía.

—¿Qué ocurrió después?

—Tuvo que dejar el trabajo. Eso fue más o menos lo que ocurrió. Si quieres saberlo, se llamaba Aleksandr Konstantinov. Trabajaba de médico en varios orfanatos. La primera vez que estuve en Suecia, en un reformatorio especial, me escapé. Cogí el barco a Finlandia y el transbordador a San Petersburgo. Tenía intención de acabar de una vez por todas, de darle un último saludo de parte de Nadia y de la mía.

—¿Qué edad tenías entonces? —preguntó Johansson.

—Dieciséis —dijo Max—. Aunque estaba ya como ahora, así que no había problema.

—¿Lo lograste?

—No —respondió Max—. Averigüé todo lo que pude sobre él, pero había muerto un año antes. Estaba borracho, se cayó al Neva y se ahogó. Fue sin duda el segundo dolor más grande en mi vida.

—Comprendo —afirmó Johansson. Después de Nadia, pensó.

—No —dijo Max—. Con todos mis respetos, jefe, pero eres una buena persona. Una

buena persona como tú no entiende ni jota de cosas así. Nunca las comprenderás, por lo que debes estar contento. Según he oído decir a Evert, en la época en que eras el jefe de la policía eras todo un crack metiendo asesinos en el trullo. Eso no cuenta. Yo me refiero a algo totalmente distinto. Cuando me pediste que revisara aquellos certificados del registro de automóviles en busca de ese pederasta, Staffan Nilsson, el que asesinó a esa niña, casi empecé a creer en Dios —añadió.

—¿Por qué? —inquirió Johansson.

—En primer lugar nació en 1960, el mismo año que el doctor Konstantinov. En segundo lugar, también eran iguales físicamente. Encontré una foto de Nilsson en internet, no era una foto reciente, pero eran parecidos físicamente. Bien podrían haber sido hermanos. Y además, eso es lo que son los tipos como Konstantinov y Nilsson. Los hombres adultos que se follan a niñas hasta matarlas son hermanos.

»Justo antes de golpearle en la nariz creí realmente que había un Dios. Un Dios que me había dado a Staffan Nilsson en vez de a aquel Aleksandr Konstantinov que, por desgracia, tuvo tiempo de ahogarse antes de que yo lo pillara.

—Me alegro de que no lo mataras —dijo Johansson.

—Por respeto a ti, jefe —dijo Max—. En el momento en que iba a hacerlo, pensé que en realidad te pertenecía a ti, jefe. Fuiste tú quien lo encontró, así que te pertenece a ti, no a mí. Eso no lo puedo cambiar.

Martes, 17 de agosto de 2010

—Tienes visita, jefe —dijo Matilda mirando a Johansson, que se había tumbado en el sofá para digerir su almuerzo tranquilamente.

—Jarnebring —dijo Johansson. ¿Por qué no puede llamar antes?, pensó irritado.

—*Niet* —dijo Matilda con cierto énfasis—. No hay lobos a la vista. El pequeño Max está en su cuarto con los videojuegos. Tu amigo estará en su guarida devorando a algún pobre desgraciado con el que se haya tropezado casualmente en el centro. Esta es mucho mejor, la verdad.

—¿En qué sentido?

—Es una chica. Joven y guapa. Sí, al menos bastante joven.

—¿Tan guapa como tú? —preguntó Johansson, que de repente se sintió más animado.

—Tal vez —respondió Matilda—. Digamos que es de otro tipo.

Lisa Mattei, pensó Johansson, que ahora estaba completamente tranquilo. Tranquilo y un poco ausente, como solía quedarse por esas diminutas pastillas blancas que seguramente tomaba con demasiada frecuencia.

—Lisa Mattei —confirmó Matilda—. Dice que te conoce, jefe. Dice que sabes de qué se trata. Espero que no moleste.

—Siéntate, Lisa —dijo Johansson cuando esta entró, señalándole el sillón más cercano al sofá—. ¿Puedo invitarte a algo?

—Una taza de té estaría bien —dijo Lisa dirigiéndose a Matilda.

—Y yo tomaré un expreso doble, sin leche. También puedes cerrar la puerta al salir —dijo Johansson haciendo un amplio gesto en dirección a la zona de la cocina.

—¿Cómo te encuentras, Lars? —dijo Lisa Mattei sentándose y cruzando las piernas con recato. El borde de la falda azul justo por debajo de la rodilla—. Pareces estar aún más espabilado que cuando te vi ayer —agregó.

—Estoy de primera —dijo Johansson. Y no vas a volver a llamarme «jefe» nunca

porque ya te has hecho una chica mayor, pensó.

—Una habitación muy agradable —comentó Mattei mirando impresionada las estanterías llenas de libros.

—Olvídate de eso ahora, Mattei —dijo Johansson—. Ve al grano.

—Sí —dijo Lisa Mattei mirándolo con semblante serio—. Por primera vez desde que te conocí, hará ya más de diez años, esperaba de verdad que se demostrara que estabas equivocado. Que incluso tú, por una vez, podías estar equivocado.

—Pero no fue así —replicó Johansson. ¿Por quién me tomas?, pensó.

—No —dijo Lisa Mattei—. Fue una estupidez mía. El ADN de la sangre del pañuelo de papel que me diste coincide con el ADN del esperma del asesino de Yasmine. Según nuestros técnicos, el porcentaje de probabilidades de que proceda de otra persona es inferior a uno entre mil millones. Además obtuvieron también restos de ADN del pasador del pelo. Fragmentos milimétricos de piel que había en la parte interna del pasador.

—¿Y? —dijo Johansson.

—Yasmine Ermegan —confirmó Mattei, y al momento de decirlo se llevó el brazo derecho al vientre redondeado, como en un gesto protector.

Martes, 17 de agosto de 2010

—Tengo algunas preguntas, como comprenderás —dijo Lisa Mattei—. Supongo que no tendrás inconveniente, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Johansson—. Pregunta.

—La primera es de parte del técnico que llevó a cabo la prueba de ADN. La sangre del pañuelo de papel. Supuso que se trataba de sangre de la nariz, lo que no es muy normal en estas circunstancias.

Vaya por Dios, pensó Johansson.

—¿Por qué lo supuso?

—Pelos de la nariz en la sangre, tres para ser exactos. El resultado de limpiar bruscamente la nariz sangrante de alguien, todo según la opinión de nuestro técnico, así que yo también sentí curiosidad.

—Nada grave —aseguró Johansson encogiéndose de hombros—. Una cuestión de urgencia, uno de mis colaboradores que se impacientó un poco. No estaba la cosa como para pedirle que le metiera un hisopo en la boca, como comprenderás.

—Hay otros modos —dijo Lisa Mattei—. Sin que haya que despertar sospechas.

—No fuma ni bebe, tiene colector de basuras en la casa. Se asegura de cerrar bien la puerta de su apartamento, y el coche, además de ponerle la alarma, lo tiene cerrado con llave e impoluto. Cuando ha estado en el restaurante bebiendo algo no ha descuidado su vaso. Jarnebring se ha pasado una semana intentándolo, sin lograr nada.

—Podías haberme llamado —le reprochó Lisa Mattei sonriendo ligeramente.

—Por supuesto —dijo Johansson—. Podía haber llamado a un montón de ex colegas que conozco de cuando estaba en activo. Los muchachos de la unidad de traslados lo habrían arreglado en un cuarto de hora con toda seguridad, independientemente de cuánta sangre hubiera requerido. Opté por no hacerlo. No tienes que preocuparte. Ese cabrón está vivo y goza de buena salud. Está bastante más espabilado que yo, por si

quieres saberlo. Goza de excelente salud y bienestar, a pesar de lo que le hizo a aquella niña hace veinticinco años. Así que no te preocupes por él.

—No me preocupa lo más mínimo —confesó Mattei—. Supongo que lo sabrás casi todo sobre él.

—Sé lo habitual —dijo Johansson—. Con las limitaciones naturales que conlleva el hecho de que ahora estoy jubilado, que evito hablar con ex colegas que son incapaces de cerrar el pico, y que además he tenido un derrame cerebral no hace mucho.

—¿Puedes decirme quién es? —dijo Mattei—. Me facilitaría mucho las cosas, como comprenderás.

—La respuesta es no; no en la situación actual. Vuelve dentro de una semana, cuando haya tenido tiempo de pensar.

—¿Carece de antecedentes penales?

—Sí, al menos en Suecia. ¿Sigue siendo pederasta? Estoy seguro de ello. ¿Ha hecho algo más? Seguramente, pero es probable que nada de ello esté relacionado con Yasmine. No esperaréis tú y tus colegas que haya dado con un asesino en serie, desconocido hasta el momento, y os lo sirva en bandeja.

—He puesto su ADN en nuestra web internacional —dijo Mattei—. Por si te interesa, y esta información es exclusivamente para ti. Lo he hecho antes de venir.

—Entonces solo es cuestión de cruzar los dedos y esperar que se resuelva de ese modo —dijo Johansson—. Id a buscarlo a esos sitios habituales donde suelen mantener relaciones sexuales los tipos como él. Tailandia, Filipinas, México, América Central, Rusia, Países Bálticos, Balcanes Occidentales. Si yo fuera tú, empezaría por Tailandia. Sin embargo, creo que podemos olvidarnos de Suecia y de nuestros vecinos nórdicos más cercanos. No puedo recordar ningún caso sin resolver de asesinato sexual de niñas que coincida con este. Tampoco hay desapariciones ni delitos graves de pederastia.

—Estoy completamente de acuerdo contigo en ese punto —afirmó Lisa Mattei sonriendo—. Precisamente lo pude comprobar ayer. Otra pregunta. ¿Cómo lo describirías en el aspecto social?

—Sueco, de mediana edad, soltero, sin hijos, ni triunfador ni fracasado, se gana la vida con varios negocios en el sector inmobiliario. Su aspecto es completamente normal, si quieres saberlo. Agradable incluso, para ser más preciso. No es el típico asesino, como Anders Eklund, por así decirlo.

—Entiendo perfectamente —dijo Lisa Mattei con un suspiro elocuente.

—Yo también —repuso Johansson—. Si esto se filtrara, y teniendo en cuenta al padre de Yasmine y lo que sabemos de él, puedo asegurar que tienes en tus manos un problema de consecuencias políticas insospechadas.

—No te preocupes por eso —dijo Lisa Mattei—. Ya he informado del asunto a nuestro director general.

—¿Y qué ha dicho?

—Me dijo que te diera saludos y desea que te recuperes. Que si pensabas volver solo tenías que haberlo llamado. Que pensaba como tú del asunto. Que a Joseph Simon se lo puede considerar un adversario tan formidable que nuestro asesino merece que se encarguen de él los servicios secretos suecos.

»Una última pregunta —añadió Lisa Mattei levantándose y mirando las cajas de cartón que había en el suelo del despacho.

—De acuerdo —dijo Johansson. Una última pregunta antes de que me tome otra pastilla para el dolor de cabeza, pensó.

—¿Cuánto tiempo haría falta para que yo y mis colaboradores diéramos con él?

—En cualquier caso, más de una semana —respondió Johansson—. Así que puedes ahorrarte las molestias.

—Lo tomaré como una promesa —dijo Mattei—. Que llamarás dentro de una semana para decir quién es.

—Suponiendo que a tus colegas y a ti no se os ocurra vigilarme —dijo Johansson sonriendo.

—Nunca se me pasaría por la cabeza vigilar a alguien que es capaz de ver a la vuelta de la esquina —afirmó Lisa Mattei—. Si a alguno de mis colegas se le ocurriera una idea tan absurda, prometo impedirlo inmediatamente.

—Cuídate, Lisa —dijo Johansson mirándole el abultado vientre. Me pregunto si llegaré a ver a su hija, pensó de pronto.

—Cuídate tú también, Lars —dijo Lisa Mattei. Repentinamente sería—. Piensa que pronto tendrás que ir de bautizo.

Luego se inclinó sobre él y le dio un abrazo.

Vete, pensó él sintiendo un nudo en la garganta. Vete antes de que me eche a llorar.

V

*Y no tendrás piedad: vida por vida, ojo por ojo,
diente por diente, mano por mano y pie por pie.*

Deuteronomio 19, 21

Día 44, miércoles, 18 de agosto de 2010

Ha llegado el momento de hacer algo, pensó Johansson cuando despertó por la mañana. Había llegado el momento de ponerse en contacto con Staffan Nilsson. De hacerle una proposición que no pudiera rechazar.

En el sentido práctico, habría resultado mucho más fácil matarlo sencillamente, claro, luego limpiar las huellas y seguir adelante. Tenía todos los conocimientos y recursos necesarios, y no carecía precisamente de manos dispuestas a hacerlo. Era tanto una idea inconcebible como una acción imposible, aunque se encresparan los ánimos a su alrededor y hasta en su fuero interno. Era algo que podía descartarse con suma facilidad si hacía falta, ya que en su mundo no había ningún fin que justificara esos medios.

Tampoco tenía intención de exponerlo a los medios de comunicación y a los linchamientos y burlas habituales. Menos todavía de ponerse en contacto con el padre de Yasmine y dejar que él se hiciera cargo de todo en su calidad de familiar más cercano, con el respaldo que podían aportarle además los mandamientos del Antiguo Testamento acerca de la justicia.

Al mismo tiempo, excluía la posibilidad de olvidarlo simplemente y seguir adelante. Una cosa, y bastante mala, era que el odio venciera siempre, pero victorias tan fáciles como esta no podían permitirse nunca. Esta vez no, ya que ahora la máxima responsabilidad era suya, y si iba a seguir viviendo debía hacerlo en paz consigo mismo y con su propia conciencia.

Solo queda hacer entrar en razón a ese cabrón y que se dé cuenta de qué es lo que le conviene, pensó Lars Martin Johansson.

Después de desayunar telefoneó a su hermano mayor para pedirle ayuda con algunos detalles de tipo práctico. Últimamente, la preocupación de Evert por su salud requería cada vez más tiempo, y tardó más de cinco minutos en poder llegar al asunto.

—Iba a pedirte ayuda —dijo Johansson—. Me estoy planteando engañar a un hijo de puta.

—Entonces te has dirigido al hombre adecuado —gruñó Evert—. ¿De cuánto dinero hablamos?

—No se trata de dinero —replicó Johansson. Es mucho peor. Y tú sigues siendo el mismo de siempre, pensó.

—¿No quieres decir de qué se trata?

—No, tal vez más adelante. Cuando haya terminado todo. —Si sale como espero, pensó.

—Necesitaría que me prestaras tu oficina —continuó Johansson—. Para aparentar credibilidad —explicó. Para evitar que le dé mala espina y huya, pensó.

—No tienes ni que preguntármelo —dijo Evert—. Es tu oficina también. Llévate a Mats, nuestro contable.

—Gracias, hermano —dijo Johansson.

Luego llamó a Mats. Mats Eriksson tenía la mitad de años que Evert, era economista y director gerente del grupo de empresas en el que Mats respondía de los detalles prácticos, el hermano mayor de Johansson de lo que producía beneficios en general, y Johansson estaba en el consejo de administración en representación de sí mismo y del resto de la familia.

—Se trata de una oferta para invertir en un proyecto inmobiliario en Tailandia. Hotel, apartamentos, casas, instalaciones de servicio, todas esas cosas. Te mando por mensajero la descripción del proyecto y tú organizas una reunión a cuenta de Johansson Holding AB con la empresa que ha diseñado los planos.

—¿Cómo se llama?

—Leander Thai Invest AB. El responsable se llama Staffan Nilsson y es con quien quiero reunirme.

—Staffan Nilsson —dijo Mats—. Espera un momento, ¿estamos hablando de Staffan Leander Nilsson?

—Sí —confirmó Johansson—. Y es importante que hable con él.

—¿Evert está al tanto de esto?

—Sí —dijo Johansson—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque sé quién es Staffan Nilsson —dijo Mats Eriksson.

—Yo también lo sé —aseveró Johansson—. ¿Crees que soy imbécil? Quiero tener un motivo creíble para conocerlo. ¿Podrás encargarte de ello?

—Ahora lo entiendo —dijo Mats—. ¿Quieres que esté yo?

—Por supuesto. Pero no quiero que digas ni una palabra de mí, en especial de mis antecedentes. Solo debes decirle que uno de los dueños quiere estar presente.

—Consultaré la agenda —repuso Mats—. Ya entiendo.

—No hace falta —dijo Johansson—. Quiero verlo mañana por la mañana, o pasado mañana como mucho. Quiero que estés tú, y no tienes que preocuparte de mis horarios. Puedo cualquiera de los dos días.

—Lo arreglaré —aseguró Mats Eriksson—. Te llamaré en cuanto esté preparado.

—Una cosa más —dijo Johansson, que acababa de tener una idea—. Es importante que organicemos nosotros la reunión. En nuestra oficina. Nada de almuerzo ni tonterías de esas. También quiero que venga solo.

—No creo que haya ningún problema —comentó Mats Eriksson—. Staffan Nilsson es de los que llevan la oficina en el bolsillo y no creo que tenga muchos colaboradores. Nunca invitaría a comer a un tipo como él, así que no debes preocuparte. Con café y agua mineral es más que suficiente.

—Gracias —dijo Johansson. Un tanto engreído, pensó.

Eriksson le devolvió la llamada una hora después.

—Está arreglado. Reunión aquí el viernes a las trece cero cero. Si a ti te va bien.

—Sí —dijo Johansson—. Nos vemos pasado mañana. —*Back on the road, again*, pensó, y de repente el dolor de cabeza se había esfumado.

Luego metió los coloridos folletos de Staffan Nilsson en un sobre y llamó a Max.

—¿Puedo hacer algo por ti, jefe? —dijo Max.

—Quería pedirte que cogieras estos papeles y los llevaras a la oficina de Evert aquí en Estocolmo. Está en Karlavägen...

—Sé donde está —aseguró Max—. En Östermalm, donde viven todos los ricachones.

Jueves, 19 de agosto de 2010

Al despertar por la mañana, la opresión del pecho era soportable y no le dolía la cabeza. Cuando se inclinó para lavarse la cara, se dio cuenta también de que iba siendo hora de que se afeitara. Tienes un aspecto de pena, pensó haciéndose muecas en el espejo del cuarto de baño, pero ahora no tenía fuerzas.

Cuando se sentó en la cocina a desayunar, Matilda le hizo la misma observación, obviamente.

—Creo que deberías dejarte barba, jefe —opinó Matilda.

—Un disfraz —dijo Johansson, a quien se le acababa de ocurrir una idea que tal vez no fuera solo una excusa ante sí mismo por su propio hastío y por el deterioro de su cuerpo.

—¿Un disfraz?

—Una misión secreta —aclaró Johansson—. Ya que pronto voy a participar en una misión secreta, he pensado cambiar de aspecto. —No está mal la idea, pensó. Teniendo en cuenta las veces que había aparecido en televisión antes de jubilarse. En vista de que Staffan Nilsson parecía estar siempre a la defensiva y debía de ser especialmente precavido con gente como Johansson. Y habida cuenta de su historia pasada, por supuesto, ya que él y Jarnebring, en la época en que trabajaban en la judicial de Estocolmo, se habían disfrazado tanto de taxistas como de trabajadores de la vía pública o de vendedores de salchichas.

—En tal caso yo puedo solucionarlo —dijo Matilda—. Puedo encargarme de que ni siquiera tu mejor amigo te reconozca, jefe. Todo lo que se necesita es un par de gafas de sol, ropa adecuada y un montón de gomina en el pelo.

—Nada de tatuajes —dijo Johansson. Más vale que se lo advierta, por si acaso, pensó.

—Ni el más mínimo aro en la oreja —prometió Matilda sonriendo—. No te preocupes, jefe.

Debió de ser hace cuarenta años, pensó Johansson. Entonces hizo de vendedor de salchichas en la puerta del estadio de hielo de Johanneshov, donde él y Jarnebring estaban buscando a un conocido exhibicionista que, al parecer, combinaba su interés por el hockey con una fuerte pulsión interna de menearse la polla.

Jarnebring estaba descartado para el papel de vendedor de salchichas. Ya entonces tenía un aspecto tan aterrador que nadie se atrevería siquiera a acercarse al puesto de salchichas, y menos aún a pedirle que le pusiera un poco más de mostaza y ketchup.

Johansson no tuvo ningún problema.

—¿Puede ponerme un poco más de mostaza? —dijo el exhibicionista un momento antes de que Jarnebring apareciera por atrás y lo agarrara del pescuezo.

—¿Dónde la quieres? —preguntó Jarnebring.

Le pusieron las esposas y llamaron a una patrulla para que llevaran al detenido a comisaría, mientras ellos pasaban el resto de la tarde viendo cómo el Brynäs ganaba al Djurgården abajo en la pista.

Recuerdos, pensó Johansson. Siempre quedaban algunos recuerdos, pensó.

—Hola, ¿jefe? —dijo Matilda—. Hola, aquí la Tierra llamando...

—Perdona —dijo Johansson—. Solo estaba recordando.

Más tarde fueron a la fisioterapeuta. No era sitio para pensar ni para recordar más. Solo esfuerzo físico, rutinas nuevas y obligatorias y el recuerdo amargo de una vida perdida. Después fueron a dar un paseo con Max. Ninguno de ellos dijo nada mientras paseaban, ya que no necesitaban hacerlo. Más tranquilo ahora, pensó respirando profundamente al caminar.

Y después almorzó. Reservó las dos copas de vino tinto para la cena que iba a compartir con Pia. Y con Max, por supuesto, que ahora se movía como un muchacho por la casa, aunque con aspecto distinto al de los muchachos normales, al resto de las personas en general, deslizándose en completo silencio.

Mientras estaba tendido en el sofá del despacho pensando cómo hacerle a Staffan Nilsson una oferta que no pudiera rechazar, sonó el teléfono. Una llamada inesperada de contenido sorprendente.

—Hola, jefe —dijo el comisario Hermansson de la judicial de Estocolmo—. Espero no molestarte.

—No —dijo Johansson.

—¿Estás bien, jefe?

—Voy tirando —aseguró Johansson. Ve al grano, jodido lameculos, pensó.

—Han surgido algunas complicaciones —dijo Hermansson—. Me temo que tendré que pasar a llevarme los documentos de la investigación sobre Yasmine que te presté, jefe.

—¿Por qué? —preguntó Johansson. Si casi acabo de recibirla. Debe de haber ocurrido algo, pensó Johansson. Algo que no solo tenía que ver con que Hermansson quisiera satisfacer por sí mismo su curiosidad y la de su yerno.

Una historia complicada, según Hermansson. Había llamado al jefe de investigaciones de la Dirección Nacional de la Policía. Al parecer, se había puesto en contacto con él un conocido grupo de investigadores de delitos de la Northwestern University de Chicago, Estados Unidos. Tenían intención de hacer un importante estudio internacional comparativo acerca de agresiones sexuales graves contra niños, y en relación con ello necesitaban, entre otras cosas, acceder al expediente de la investigación policial del asesinato de Yasmine Ermegan.

—Aparentemente es parte de ese proyecto de la ONU sobre el tráfico sexual —explicó el comisario Hermansson—. Ya me entiendes, cuando se venden mujeres como esclavas sexuales, e incluso niños.

—Sí, te entiendo —dijo Johansson—. ¿Qué tiene que ver eso con Yasmine?

—El asunto, según parece, es que han obtenido recursos adicionales y van a ampliar el proyecto a fin de incluir a todos los pederastas que hayan asesinado a niños. Ese estudio se llevará a cabo tanto en Estados Unidos como en Europa.

Fíjate, pensó Johansson, que no solo había aprendido a odiar las casualidades, sino también otras misteriosas coincidencias.

—Así que si no te importa pensaba pasarme por allí y retirar nuestras cajas de la investigación —dijo Hermansson—. No quisiera causarte ninguna molestia, así que lo mejor será que me lleve a mi yerno y simplemente nos pasemos por allí.

Muy considerado por tu parte, pensó Johansson.

—Esta tarde estoy ocupado —comentó Johansson—. Tendrá que ser mañana.

—Vale, me parece estupendo —afirmó Hermansson sin poder ocultar su alivio por algún motivo.

—Lláname mañana a primera hora —dijo Johansson.

En cuanto colgó el auricular, se dio cuenta perfectamente de lo que ocurría. Estás empezando a perder agudeza, pensó. ¿Cómo la había descrito su mejor amigo? Una mujer joven, rubia y atractiva. Una mujer joven, rubia y atractiva que solo tenía diecinueve años aquel verano de hacía veinticinco años en que Yasmine Ermegan fue violada y asesinada.

Tarde del jueves, 19 de agosto de 2010

La dirección de ella figuraba en la guía telefónica, así que no había resultado nada difícil conseguirla. Además Matilda estaba allí todavía, así que le pidió que hiciera una llamada de prueba para evitar contratiempos.

—Está en casa —confirmó Matilda—. Suena como mi hermana cuando va a acostar a los niños antes de ponerse a ver la tele.

—Max, vamos a salir a dar una vuelta tú y yo —dijo Johansson haciéndole una señal con la cabeza a Max, que estaba de pie apoyado en el marco de la ventana con actitud reservada y su sempiterna bebida energética en la mano.

Un asentimiento por respuesta y salió sin más.

—¿Qué le voy a decir a Pia? —preguntó Matilda mirando hacia la cocina por alguna razón.

—La cena tendrá que esperar —dijo Johansson—. Volveré dentro de un par de horas. Y por cierto —agregó mirando a Matilda—, podrías quedarte a cenar, así Pia y tú podríais beber un poco de vino hasta que volvamos Max y yo.

—Esperar a los chicos —observó Matilda en tono mordaz—. ¿Dónde he oído eso antes? Faltaría más, jefe.

—Naturalmente —dijo Johansson—. Esperar a los chicos. —Esperar a los chicos, pensó. Esa acción obvia y simple que había esclavizado a las mujeres occidentales desde la Edad de Piedra, pero como él se había criado en una granja en el norte de Ångermanland durante los años cuarenta y cincuenta, nunca había llegado a entender de qué hablaban todas esas viejas burguesas. Seguramente Elna tampoco, pensó. Su amada madre, que estaba ocupada todo el tiempo y no necesitó nunca dedicar ni un solo minuto a esperar a nadie. Y menos aún a todos los hombres que estaban siempre a su alrededor.

El hospital Karolinska se inauguró en 1940, pero las viviendas para el personal médico

no se construyeron hasta comienzos de los cincuenta. Tres grandes chalets para los jefes de servicio y profesores que preferían estar cerca del trabajo, una decena de casas adosadas para los médicos residentes que aún no habían llegado a la meta final en ese tramo profesional de sus vidas. Todo según el modelo inglés, una obra sólida de ladrillo, frondosos jardines y zonas verdes y un entorno de paz y tranquilidad entre el cementerio de Solna, al norte, y el gran hospital al sur.

Naturalmente, ella vivía en una de las casas adosadas. Acorde con sus necesidades de tiempo y seguramente también con su economía y con todo lo demás que solía dirigir la vida de las personas como ella, pensó Johansson.

—Puedes estar totalmente tranquilo —aseguró sonriendo a Max—. Solo voy a ver a una mujer.

—*Watch your back, boss* —dijo Max sonriendo también.

—Johansson —dijo Ulrika Stenholm al abrir la puerta, con evidente sorpresa—. ¿Qué haces aquí? No suelo recibir pacientes en casa —agregó.

—No estoy aquí como paciente —explicó Johansson—. Podemos entrar en tu casa o sentarnos a hablar en mi coche —añadió mirando hacia el Audi negro en el que estaba Max, inmóvil tras los oscuros cristales tintados.

—Entra —dijo ella—. Todavía no he acostado a los niños —explicó—. ¿Ha ocurrido algo?

—No me lo preguntes a mí —respondió Johansson—. Tú lo sabes mejor.

Cinco minutos más tarde había sentado a sus dos hijos en la cocina. Tendrían unos cinco o seis años a juzgar por su aspecto y eran igual de rubios que su madre. Tuvo que sobornarlos con helados y juegos de ordenador hasta que al fin logró que se quedaran callados.

Estanterías hasta el techo, alfombras raídas, litografías de Peter Dahl en las paredes, un sofá, un sillón con reposapiés, una mesita de centro, un gran piano de cola y un equipo de música que ocupaba la mitad de la habitación. Caro cuando se compró, sin duda hacía bastantes años, muy probablemente herencia de los padres. A excepción de Peter Dahl, por supuesto, pensó Johansson. A juzgar por los motivos, no eran el tipo de cuadros que ponía en sus paredes un eclesiástico de la generación anterior.

—¿Ha ocurrido algo? —dijo Ulrika Stenholm cuando se sentaron en el sofá uno enfrente del otro—. ¿Quieres tomar algo? —añadió—. ¿Tal vez una taza de café? —

Preocupada, pensó Johansson, hasta tal punto que ni siquiera tiene tiempo de torcer el cuello pálido y esbelto.

—No —dijo Johansson—. No quiero nada. Lo que quiero es que me hables de tu relación con el padre de Yasmine. Propongo que empieces por aquel fin de semana de hace veinticinco años en que asesinaron a su hija mientras vosotros estabais en el archipiélago follando como locos.

En cuanto lo dijo, la llama blanca que le ardía en la cabeza fue apagándose, y de pronto pudo respirar bien. En el mismo instante en que Ulrika se llevaba las manos a la cara y rompía a llorar.

Típico, pensó Johansson. Precisamente la reacción de la que los tipos como él no sabían defenderse.

—Lo siento —dijo Ulrika Stenholm—. Lo siento, pero te aseguro que nunca pensé que ibas a encontrarlo. Me refiero al que mató a Yasmine.

—Cuenta —ordenó Johansson—. Y deja de moquear —agregó ofreciéndole una servilleta de papel que se había metido en el bolsillo antes de salir de casa, con la misma precaución que su chico para todo privado.

Ulrika Stenholm terminó el bachillerato en 1984, en el instituto Nya Elementar, en Bromma. Tenía dieciocho años y unas calificaciones excelentes, por lo que no le resultó difícil entrar en la facultad de Medicina del instituto Karolinska de Estocolmo. Después del primer año tuvo un trabajo de verano en un laboratorio médico privado que era propiedad de Joseph Ermegan y su tío. El mismo Joseph Ermegan que pronto cambiaría su nombre por el de Joseph Simon y se iría a vivir a Estados Unidos porque habían asesinado a su hija.

Había sido su profesor de química médica durante el curso. Lo adoraba, igual que el resto de sus compañeras de estudios. Después de acabar el curso, él le preguntó si estaba interesada en un trabajo de verano. Obviamente aceptó y al segundo día de estar en su nuevo lugar de trabajo ya se acostó con él.

—Fue mi gran amor —confesó Ulrika Stenholm mientras se secaba las lágrimas—. Mi único amor en realidad —agregó.

—¿Qué ocurrió después?

Después cayó un rayo en su vida, partiéndola en pedazos tan pequeños que ni siquiera

podían recogerse, disipando cualquier idea de llegar a convivir de algún modo en el futuro con el hombre con el que había estado, ese gran amor que abarcaba todo lo que ella pensaba que iba a ser su vida. Además, tenía un novio con el que acababa de irse a vivir. Un compañero de clase dos años mayor que ella, que también estudiaba medicina y hacía el servicio militar durante el verano, como todos los aspirantes a médico de aquella época. Por si acaso. Por si sucedía lo peor y llegaban los rusos. Las compañeras de los candidatos a médico quedaban completamente al margen.

—Es el padre de mis hijos —dijo girando el cuello largo y delgado y señalando con la cabeza en dirección a la puerta cerrada de la cocina, donde estaban los niños—. Nos casamos tres años después. Pero tardé quince años en quedarme embarazada. Tres años después estábamos divorciados. Simplemente no podía fingir más.

—¿A qué se dedica? —preguntó Johansson, a pesar de que ya se lo había dicho.

—Es jefe de servicio en Huddinge —dijo Ulrika Stenholm—. Doctor en medicina interna. Ha vuelto a casarse. Tiene dos niños con su nueva mujer. Tenemos la custodia compartida —añadió.

—Continúa —dijo Johansson.

Su gran amor se había derrumbado. Se negaba incluso a hablar con ella. Le colgó de golpe el teléfono cuando finalmente se atrevió a llamarlo. A ella, que un día tras otro se atormentaba pensando en lo que no habría ocurrido si ella y el padre de Yasmine no se hubieran ido al campo aquel fin de semana, cuando sucedió lo que iba a cambiar toda su vida.

—Si no... si no nos hubiéramos ido, ella estaría viva —afirmó Ulrika Stenholm empezando a sollozar otra vez.

—¿Qué tonterías son esas? —dijo Johansson, que no había previsto ni ese tipo de reproches ni esos razonamientos hipotéticos. Además, seguía cabreado con ella—. Cálmate. Si no te hubieras ido con él, sin duda habría encontrado otra con la que irse —agregó.

Durante al menos diez años, todos los días se había sentido culpable pensando en lo que le había sucedido a Yasmine. Tampoco tenía a quién decírselo. No podía decírselo a su novio. Ni a su padre, que se habría indignado por las mismas razones que habrían destrozado a su prometido. Ni a su madre, que no tardaría en contárselo a su padre. Ni siquiera a su hermana mayor, que acababa de irse de casa y había roto relaciones con los

padres inmediatamente después de decirles que vivía con otra mujer. Del mismo modo en que debían vivir marido y mujer, según decía su padre el pastor, pero no cuando se trataba de su propia hija mayor, que había elegido por marido a otra mujer y con ello había hecho imposible que siguieran manteniendo relaciones.

—Al cabo de diez años dejé de pensar todos los días en ello —dijo Ulrika Stenholm sonándose la nariz con la servilleta de papel que le había dado Johansson—. Con el tiempo solo me acordaba de vez en cuando. Luego tuve a los niños. Entonces pensé que la vida debía ser así. Al menos mi marido estaba contento, y con Joseph no volví a hablar ni siquiera por teléfono desde aquel verano en que ocurrió todo.

—¿Y tu padre?

—Cuando mi padre me contó lo de esa confesión, hace apenas un año, fue como si toda mi vida diera un vuelco. Precisamente cuando al fin había logrado estar en paz. No entendí nada. Por un momento llegué a pensar incluso que intentaba castigarme, que había sabido todo el tiempo lo que yo había hecho y se mantuvo callado durante todos esos años. Y que ahora, cuando iba a morir, quería castigarme diciéndome que sabía quién era el que había matado a Yasmine. Pero no podía revelarlo al haber tenido conocimiento de ello mediante confesión.

—¿Y era así? —preguntó Johansson—. ¿Lo sabía? ¿Quería castigarte?

—No —dijo Ulrika Stenholm negando con la cabeza—. No era así. Está totalmente descartado. No era propio de mi padre. Él no podía hacer algo así. De haber sabido lo que ocurrió entre el padre de Yasmine y yo me lo habría dicho, sería lo primero que hubiera hecho. Solo fue otra de las terribles casualidades que han ocurrido en mi vida. Mi padre no sospechaba siquiera por lo que yo había pasado. Soportaba su dolor igual que yo, pero ninguno de los dos lo sabíamos.

—¿Qué pensaste al verme la primera vez? —dijo Johansson. Te creo, pensó. La casualidad les había afectado a los dos. No era la única vez que ocurría algo así.

—Al principio fue solo un impulso —reveló Ulrika Stenholm—. Había oído todas esas historias que mi hermana contaba sobre ti. No porque las creyera, Anna ha sido siempre una romántica sin remedio y yo había intentado librarme de esa faceta de mi personalidad. Pero cuando de pronto te vi allí... No sé, fue como si mi padre me hablara desde el otro mundo. Parecía decirme que Nuestro Señor actúa de un modo que los humanos no entendemos. Ha vuelto a ocurrir, pensé. Primero yo, luego mi padre. Y de repente apareces tú.

—Te entiendo —dijo Johansson.

—Nunca te he mentido —aseguró Ulrika negando con la cabeza—. No tenía la menor idea de que se tratara de Margaretha Sagerlied. Ni siquiera sabía que vivía en la misma calle que Joseph, a pesar de que yo había estado allí la misma tarde de la desaparición de Yasmine, antes de irnos al campo. Después del trabajo, llegué a su casa en un taxi que él había pedido. Luego nos fuimos directamente al campo en su coche. Ha sido ahora cuando me he dado cuenta de que ese pasador era de Yasmine. No tenía ni idea de que lo llevara puesto la noche que la asesinaron. No lo habría encontrado nunca si no hubiera sido por ti.

—No me digas —dijo Johansson. Te creo, pensó.

—Te lo prometo —afirmó Ulrika—. Es la pura verdad.

—¿Cuándo llamaste a tu antiguo novio, a Joseph Simon? —preguntó Johansson.

—El mismo día que me contaste que sabías quién había asesinado a Yasmine. Fue la primera vez que hablé con él después de veinticinco años.

—Cometiste una estupidez —le reprochó Johansson—. Una auténtica estupidez. Tendrías que haber hablado conmigo.

—Lo siento —dijo Ulrika Stenholm—. Lo siento mucho, no lo sabía.

—Llámalo otra vez —ordenó Johansson—. Dile que venga a hablar conmigo lo antes posible. Yo no estoy en condiciones de viajar —añadió. Una persona como Joseph Simon debe de tener incluso avión privado, pensó.

—¿De verdad? —dijo Ulrika—. ¿Me prometes que vas a hablar con él?

—El próximo lunes —dijo Johansson—. Si puede estar aquí el lunes, te prometo que iré a verlo.

En cuanto volvió a sentarse en el coche, llamó a Mattei. Desde su móvil al de ella, y como Mattei era Mattei, contestó inmediatamente después del primer tono.

—Necesito verte. Cuanto antes mejor —dijo Johansson—. Tenemos un problema.

—En tal caso puedes pasarte por el trabajo —dijo Mattei—. Todavía estoy aquí.

Noche del jueves, 19 de agosto de 2010

Pronto solo faltará el águila bicéfala encima de la puerta de entrada, pensó Lars Martin Johansson al entrar en el cuartel general de la Dirección Nacional de la Policía de Kungsholmen, en Estocolmo. La gran entrada de mármol, los guardias de seguridad armados en la cabina de cristal blindado, las cerraduras de las puertas revestidas de acero mate. El guardia que le hablaba por el altavoz de la ventanilla, el mismo guardia que debía de estar allí ya en sus tiempos.

—Ya los he llamado —dijo—. Bajarán a buscarte, jefe. Espero que estés bien, por cierto.

—De primera —dijo Johansson señalando con el pulgar hacia atrás, al Audi negro que estaba frente a la entrada—. Son mi coche y mi chófer, así que no tienes que preocuparte —añadió Johansson.

El guardia contestó poniendo la mano alrededor del micrófono, subió la ventanilla que había encima del mostrador y se dirigió directamente a Johansson.

—Entendido, jefe —dijo—. En esta casa todos sabemos que el jefe sigue trabajando todavía en lo suyo.

Cinco minutos después estaba sentado frente al escritorio de Lisa Mattei. En la actualidad casi tan grande como el que él había dejado tres años atrás.

—¿No deberíais estar durmiendo tú y la niña a estas horas? —comentó Johansson mirando el vientre redondeado.

—Ella y yo tenemos el mismo horario —aseguró Mattei sonriendo—. En este momento está jugando al fútbol en el vientre de su madre. Dentro de una hora nos iremos a dormir.

—Como te he comentado por teléfono, me temo que tenemos un problema —dijo Johansson—. Lamentablemente, resulta que lo he provocado yo.

Luego le contó toda la historia. Desde el momento en que Ulrika Stenholm le contó a él la suya. Sin omitir nada excepto el nombre del asesino de Yasmine. Le dio incluso el nombre de su informante, aunque no se lo había dado ni a su mejor amigo. Todo, desde la conversación con Ulrika Stenholm hasta la llamada telefónica del comisario Hermansson hacía solo unas horas.

—Así que ahora quieren mis papeles —concluyó Johansson.

—De ningún modo —dijo Lisa Mattei—. Ya pueden olvidarse de eso.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Johansson.

—Yo me encargo —dijo Mattei—. No te preocupes, Lars. Te llamaré en cuanto esté arreglado.

—El guardia creía que trabajabas en los servicios secretos —dijo Johansson cuando entró en el coche.

—No me extraña —dijo Max encogiéndose de hombros—. Mi padre tenía el mismo aspecto que yo y mi abuelo siempre decía que había trabajado en el KGB.

—¿Haciendo qué? —quiso saber Johansson.

—Era asesino profesional —dijo Max—. Mi abuelo decía que trabajaba de asesino profesional.

—¿Y a ti qué te parecía? —preguntó Johansson. ¿Qué se puede contestar a algo así?, pensó.

—Me parecía emocionante —confesó Max—. Aunque la verdad es que era muy pequeño.

Pia y Matilda estaban sentadas en la cocina cuando entraron él y Max. Bebiendo vino blanco, tal como él había dicho y como tenían que hacer las chicas, sin tener en cuenta las diferencias de edad y de ingresos, pensó Johansson.

—Creía que habías dicho dos horas, al menos es lo que me ha dicho Tilda —constató Pia mirando el reloj de cocina con gesto elocuente.

—Apenas tres —dijo Johansson consciente de su culpa, y miró su reloj de pulsera para asegurarse.

—Bienvenido a casa —repuso Pia—. Vas a cenar una ensalada tibia con muslos de pollo asados, aguacate, alubias, tomate y cebolla morada. Si he de creer a Tilda, has sido también un buen chico y has reservado el vino tinto del almuerzo.

—Te amo —dijo Johansson. ¿Qué es eso de buen chico?, pensó. Solo Elna me

llamaba así.

—Pero no vayas a acabar con tu vida —le pidió Pia.

—No —dijo Johansson negando con la cabeza. ¿Qué vida? Ya no tengo vida. Tengo que hablar con ella, pensó.

Después de cenar se llevó el café al despacho para tomárselo con tranquilidad, mientras Pia, Max y Matilda se quedaban sentados en la cocina para charlar un rato y beber vino. Cuando acababa de sentarse en el sofá y estaba reclinándose, sonó el teléfono.

—¿Estás despierto, Lars? —preguntó Lisa Mattei.

—Completamente —dijo Johansson.

—He hablado con el DG —dijo Mattei—. Él ha hablado con el JPN, que ha hablado con el JPP —agregó Mattei—. Estamos totalmente de acuerdo. Los papeles de la investigación se quedarán en tu casa si te parece bien, y había pensado que pasen a recogerlos mañana a primera hora.

Se ha hecho mayor, pensó Johansson. La pequeña Lisa ha llamado al director general, que ha llamado al jefe de la policía nacional, que ha llamado al jefe de la provincial de Estocolmo, y todos han hecho exactamente lo que ella les ha dicho que hagan.

—Sin ningún problema —dijo Johansson—. Que vengan mañana por la mañana. ¿Qué te parece si le ponemos Elna de nombre? Por mi madre. Me refiero a la futbolista. Tu pequeña futbolista que salta en el vientre de su madre.

—Elina es, de hecho, uno de mis nombres favoritos —aseguró Mattei.

—¿Y qué dice tu hombre? —inquirió Johansson.

—Ingrid —dijo Mattei—. Por Ingrid Bergman.

—Cásate conmigo entonces —dijo Johansson. ¿Por qué he dicho eso?, pensó.

Un cuarto de hora después dormía profundamente. A pesar de las voces alegres que salían de la cocina. A pesar de Hipnos, que fue a ofrecerle la cápsula verdiblanca en ese estadio entre el sopor y el sueño. Has llegado tarde, muchacho, *sorry for you*, pensó Johansson. Luego simplemente cerró los ojos y se durmió por sí mismo. Sin soñar, sin ayuda de esto o de lo otro. Solo se quedó dormido y no despertó hasta la mañana siguiente, cuando Max, que estaba de pie al lado de la cama, le tocó en el hombro izquierdo con cuidado.

—Hay un par de pájaros que quieren verte, jefe —informó Max—. Un tío y una chica.

—¿Quiénes son?

—No es que se parezcan ni mucho menos a mi padre, pero me parece que trabajan en el mismo tipo de sitio —dijo Max—. Pero en Suecia, claro.

Viernes, 20 de agosto de 2010

Dos colaboradores discretos de la policía secreta, un hombre de cincuenta años y una mujer diez años menor. No conocía a ninguno de su época como jefe de operaciones, pero era evidente que ellos sabían quién era él, o quién había sido, para ser más exactos.

—Veníamos a llevarnos un par de cajas de cartón —dijo el hombre.

—Desde luego —dijo Johansson—. Esperad aquí mientras voy a decirle a Max que os las traiga.

Luego se llevó a Max al despacho.

—¿No te has olvidado nada, jefe? —preguntó de repente Max por alguna razón mirando las tres cajas de cartón que estaban en el suelo.

—No —dijo Johansson. La noche anterior había sacado todos los papeles con sus anotaciones y reflexiones. Por último extrajo el certificado del registro de automóviles que demostraba que Staffan Nilsson era propietario de un Golf rojo, y lo puso todo en una carpeta que metió en su caja fuerte.

—Está bien —dijo Max.

Al cabo de media hora sonó el teléfono. Era Hermansson.

—¿Qué ocurre? —dijo Hermansson.

—Eso no me lo preguntes a mí —respondió Johansson en un tono que sonaba más molesto de lo que pretendía.

—Acaban de llamar de la oficina del jefe de la policía para decir que los informes sobre el caso de Yasmine tienen que quedarse en tu casa.

—Sí —confirmó Johansson—. ¿Y qué tiene eso de raro?

—No sé, a mí me parece muy misterioso —dijo Hermansson expectante.

—No tiene nada de misterioso —aseveró Johansson—. No he terminado aún con la investigación, es así de sencillo.

—Entonces me equivoco al pensar que lo has encontrado ya —dijo Hermansson.

—¿Que he encontrado a quién? —inquirió Johansson.

—Al asesino de Yasmine —respondió Hermansson—. Creía que confiábamos el uno en el otro, jefe.

—Por supuesto que sí —dijo Johansson—. Sin embargo, hay ciertas cosas que resulta mejor no saber.

—Con todos mis respetos. Tendrás que disculparme, jefe, pero esta vez no es así.

—Eso es porque no sabes de qué hablas, Hermansson. Con todos mis respetos hacia ti también —aseguró Johansson, y colgó.

Primero estuvo en la fisioterapeuta y en cuanto volvió a casa cerró la puerta de su despacho. Llamó a Mats Eriksson y le dio unas breves instrucciones. Ni una palabra sobre el pasado de Johansson si Nilsson le preguntaba algo. Johansson tenía negocios, era socio de la empresa, hermano del propietario, estaba en el consejo de administración. Era rico y excéntrico y podía agregar todo lo demás que les hace la boca agua a tipos como Staffan Nilsson hasta que le cayera por la barbilla. Eso era todo, ni más ni menos. Además Mats tenía que prepararse toda la carga verbal, hacer las preguntas que se hacen en esas circunstancias. Las clásicas preguntas de banquero.

—Yo estaré más que nada en silencio —dijo Johansson—. Para no decir ninguna tontería —añadió. O simplemente para no levantarme y matarlo, pensó.

—La verdad es que siento un poco de curiosidad —confesó Mats Eriksson—. Debí de hacer algo espantoso.

—Sí —dijo Johansson.

—¿De qué se trata?

—Es algo tan sumamente espantoso que no creo que quieras saberlo —replicó Johansson.

Luego almorzó. Además de las pastillas habituales, se tomó una de las blancas diminutas, y consideró incluso la posibilidad de tomarse otra más, para estar seguro de que mantendría la suficiente distancia respecto al hombre que había asesinado a Yasmine y que pronto iba a estar sentado en la misma habitación que él. Pero se abstuvo, ya que corría el riesgo de parecer totalmente ausente, incluso de quedarse dormido.

—¿Estás preparado, jefe? —preguntó Matilda—. ¿Preparado para la gran

transformación?

—Siempre preparado —dijo Johansson. Lo peor es lo animada que parece estar, pensó.

Matilda encontró todo lo que necesitaba en el armario de Johansson. Un par de pantalones rojos que le compró Pia aquella vez que quería llevárselo a toda costa a jugar al golf un fin de semana en Falsterbo. Aunque él no había sostenido nunca un palo de golf, ni pensaba hacerlo. Una chaqueta azul con un misterioso emblema en el bolsillo delantero que ya estaba ahí cuando la vieron colgada en la tienda. También regalo de su mujer. Una camisa amplia de hilo blanco, un pañuelo de seda alrededor del cuello, zapatos de golf marrones con unas borlas de cuero, a juego con los pantalones rojos.

¿Cómo coño puede ir un hombre normal por ahí con este atuendo?, pensó Johansson cuando se miró en el espejo quince minutos después.

—El hábito hace al monje —sentenció Matilda, complacida con lo que veía.

Luego acabó la obra engominándole el pelo. Su pelo, que normalmente era indomable y gris, ahora parecía un casco brillante que llevaba echado hacia atrás. Bastante más oscuro, además. De repente tenía una expresión completamente distinta.

—Al estilo pijo del barrio de Stureplan, el clásico peinado chuleta de cerdo —sentenció Matilda.

—¿Hemos terminado? —preguntó Johansson.

—Enseguida —dijo Matilda.

Quedaban dos detalles. Primero, le frotó las mejillas con un perfume para hombre que olía muy fuerte. Finalmente le puso un par de gafas de sol sin montura con cristales de espejo.

—Impresionante —dijo Johansson cuando se vio en el espejo. Ese no soy yo, pensó.

—Un empresario mayor aficionado a las niñas —dijo Matilda—. Si quieres puedo ponerme un top pequeño y acompañarte.

—Eres muy amable, Matilda, pero creo que con que me pidas un taxi será suficiente —aseguró Johansson. Pinochet, pensó Johansson al entrar en el taxi. Pinochet al final, cuando le habían quitado el uniforme, pensó.

Llegó a la reunión con diez minutos de retraso, deliberadamente. Cuando entró cojeando

con la muleta, tanto Mats Eriksson como Staffan Nilsson ya estaban en su lugar en la sala de reuniones.

—Lamento llegar tarde —gruñó Johansson—. El tráfico del centro. Es indescriptible, joder. Siéntate, siéntate —dijo haciendo una indicación con su brazo sano cuando Staffan Nilsson se levantó para saludarlo.

—Te veo cada día mejor, Lars —dijo Mats Eriksson en tono inocente.

—Gracias —dijo Johansson.

Se sentó a la cabecera de la larga mesa. Sacó la agenda y un bolígrafo. Asintió detrás de las oscuras gafas de espejo.

—Me alegro de que hayas tenido tiempo de reunirte con nosotros, Staffan —dijo Johansson. No tenía dolor de cabeza ni opresión en el pecho. A la distancia suficiente de su presa. Sentía incluso el dedo índice derecho, como siempre.

Una presa agradable y pulcra, pensó Johansson. El perfil más simpático del mal. Chaqueta azul, como la suya, corbata y camisa blanca bien planchada, pantalón gris, zapatos del mismo tipo que los suyos. Bien peinado y bien afeitado. Afables ojos azules, dientes blancos. La nariz recta sin nada de inflamación ni morados, a pesar del golpe que le había propinado su chico para todo hacía apenas una semana.

—Gracias —dijo Staffan Nilsson—. Estoy encantado de haber venido y de poder conoceros. Será estupendo poder presentaros nuestro proyecto —agregó abriendo la pantalla de su ordenador portátil.

—Qué bien —dijo Mats Eriksson. Se recostó en la silla y juntó los dedos formando un arco—. Estamos deseando que comiences con tu presentación, Staffan.

Staffan Nilsson les mostró imágenes de su paraíso tailandés. El que iba a ser una realidad dentro de tres años, pero que por el momento solo existía en forma de cálculos financieros y animaciones hechas con ordenador por el arquitecto de las instalaciones turísticas que iban a construirse. Por supuesto, todo sobre un fondo con fotos del entorno natural, la larga playa blanca y amarilla, el cielo azul, las islas de alrededor. Las altas montañas detrás.

—Sin caer en la exageración, podría afirmar que la parte sur de la costa tailandesa es uno de los lugares de mayor belleza natural del planeta —afirmó Staffan Nilsson sonriendo y mirando amablemente a Johansson.

Les llevó media hora. Mats Eriksson formuló todas las preguntas de banquero que podían esperarse sobre financiación, liquidez, futura rentabilidad. Obviamente sobre todos los riesgos que podía haber en el transcurso del proceso y, en tal caso, cómo tenían previsto abordarlos. Johansson se limitó a gruñir en algunas ocasiones, más que nada se quedó allí sentado mirándolo, estudiando su lenguaje corporal, la expresión de su rostro, intentando adivinar qué pensaba, mientras se escudaba tras sus gafas oscuras de cristales de espejo y su aspecto excéntrico en general. Cree en lo que dice, pensó Johansson. Es la persona que representa en este momento, pensó. Ya no necesita interpretar más papeles. Solo tiene que conectarse y desconectarse a sí mismo, porque toda su vida de adulto se la ha pasado fingiendo.

En virtud de ello, Staffan Nilsson hizo una presentación intachable. Bien expuesta, sencilla, simpática. Podrías haber sido todo lo rico que quisieras, pensó Johansson. Si hubieras sido normal, pensó. De no haber sido por tus tendencias. De no ser porque lo único que te interesa en la vida es mantener relaciones sexuales con niñas.

—¿Tú qué dices, Mats? —preguntó Johansson—. ¿No es el momento de que nos lo pensemos en serio? De sentarnos para hacer cálculos. Y fijar la fecha para una nueva reunión.

—Sin duda es un proyecto interesante —coincidió Mats Eriksson—. Pero, como tú dices, necesitamos tiempo para hacer cálculos.

—El jueves por la tarde. O el viernes por la mañana —dijo Johansson mientras consultaba su agenda—. Luego estaré fuera —agregó—. Voy a cazar alces con mi hermano.

—El jueves no puedo —dijo Staffan Nilsson—. Pero el viernes por la mañana me vendría bien.

—Entonces nos veremos aquí —manifestó Johansson—. El viernes a las nueve cero cero. —Después de la reunión vas a estar ocupado el resto de tu vida, pensó.

En cuanto llegó a su casa llamó a Mats Eriksson.

—Bueno —dijo Johansson—. ¿Qué impresión te ha dado Staffan Nilsson?

—Una sorpresa positiva —respondió Mats Eriksson—. Después de todo lo que he oído de él estos años, quiero decir que ha sido una sorpresa muy positiva. Además, su proyecto no me parece tan malo.

—¿Así que te estás planteando empezar a construir hoteles en Tailandia?

—La verdad es que no tengo la menor intención de hacerlo.

—¿Por qué no? —bromeó Johansson—. ¿No te parece lo bastante bueno?

—Evert me mataría —aseguró Mats Eriksson—. ¿Y tú no vas a decirme aún por qué estás tan interesado en Staffan Nilsson?

—No —dijo Johansson.

—¿Por qué?

—Probablemente lo matarías —dijo Johansson.

Ulrika Stenholm llamó a Johansson por la noche. Estaba agobiada, a juzgar por su voz.

—He hablado con Joseph —dijo—. Tiene mucho interés en conocerte. Propone que os veáis en el Grand Hotell el lunes antes de mediodía. Calcula que estará en Estocolmo sobre las ocho de la mañana.

—Está bien —dijo Johansson.

En cuanto colgó, lo llamó Mattei.

—¿Va todo bien, Lars?

—Voy tirando —dijo Johansson—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Staffan Nilsson —dijo Mattei—. Nuestro asesino actualmente prescrito. Sobrino del marido de Margaretha Sagerlied. Así no tendrás que molestarte en llamarme dentro de unos días —agregó.

—Te felicito —manifestó Johansson—. Has trabajado con mucha rapidez.

—No ha resultado nada difícil después de lo que me contaste —confesó Mattei—. Supongo que sabrás que hay una antigua denuncia archivada en su contra. Pornografía infantil.

—Lo sé —dijo Johansson—. ¿Qué me hace pensar que tú y tus colegas escucháis además el teléfono de Ulrika Stenholm? Desde que te di su número.

—Perdona —dijo Mattei—. No he escuchado nada.

—No quiero ponerte en evidencia, Lisa. Sé tan bien como tú que no solemos comentar ese tipo de informaciones, pero el lunes por la mañana, como seguramente sabrás, voy a ver a Joseph Simon en el Grand Hotell de Estocolmo. Por supuesto, tengo previsto enviarlo a casa con las manos vacías.

—No me esperaba otra cosa —aseguró Lisa.

—Así que no tienes que darte prisa para poner bajo vigilancia a Nilsson —dijo

Johansson—. Se las arreglará durante un tiempo más. Ni tampoco es preciso que nos escuches a Simon y a mí. Hay que ser cuidadoso con el dinero, no malgastar recursos sin necesidad, y prometo que me cuidaré.

—Como ya te he dicho, no se me ocurriría nunca pincharte el teléfono, jefe —dijo Mattei.

—Me alegra oírlo —afirmó Johansson. Por fin lo ha dicho, pensó. Jefe.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana, jefe? —preguntó Max—. He oído que Pia se va de viaje a una conferencia.

—Tranquilidad y descanso —dijo Johansson—. Necesito pensar —agregó.

—Avisa si puedo ayudarte en algo, jefe —dijo Max.

—Puedes llamar a Jarnebring y preguntarle si quiere almorzar con nosotros mañana —dijo Johansson—. Aquí, en casa —añadió—. Así podremos hablar sin que nos molesten.

*Del sábado, 21 de agosto,
al domingo, 22 de agosto de 2010*

Johansson almorzó en casa el sábado, con Jarnebring y Max. Le llevaron la comida a domicilio del restaurante de su barrio, y como Pia estaba a una distancia segura, se permitió alguna que otra licencia para sí mismo y sus invitados. Mientras comían, Johansson les contó los últimos acontecimientos y que había conocido a Staffan Nilsson. Sin embargo no dijo nada de la reunión que tenía prevista con Joseph Simon. Eso podía esperar.

—¿Cómo es Nilsson? —preguntó Jarnebring.

—Si no supiera lo de Yasmine, me habría parecido un hombre bueno y agradable. Y no es que haya saldado su deuda precisamente. Así que parece que ha aprendido a manejar ese aspecto.

—Menos mal que no me llevaste a mí —dijo Jarnebring—. Habría matado a ese cabrón.

—Ya —convino Johansson—. Por eso no te llevé.

—Por lo menos Max le ha roto la napia a ese hijo de puta —comentó Jarnebring dándole unas palmaditas en el hombro a su compañero de mesa—. La vida es justa, ¿no?

—Por eso Max tuvo que quedarse en casa también.

—¿Qué has pensado hacer? —preguntó Jarnebring.

—A mi entender, hay cuatro opciones —respondió Johansson pensativo dando un mordisco a la sabrosa salchicha italiana que su restaurador favorito había elegido como entrante junto a unas cuantas anchoas, aceitunas y corazones de alcachofa marinados.

—¿Cuáles son? —quiso saber Jarnebring.

—La primera, naturalmente, es dejar las cosas como están. Un delito que ha prescrito —dijo Johansson encogiéndose de hombros—. En cualquier caso no hay ningún impedimento formal para que apretemos las mandíbulas y sigamos con nuestras vidas.

—Pero ¿no irás a rendirte ahora, Lars? —protestó Jarnebring—. ¿Lo dices en serio?

—No —respondió Johansson—. Según mis principios, hay ciertas cosas que no se pueden pasar por alto. Esta es una de ellas. Además, no creo que funcionara, aunque no tengo ninguna duda de que los tres que estamos aquí mantendríamos la boca cerrada.

—Totalmente de acuerdo contigo —coincidió Jarnebring—. Tarde o temprano, alguno de nuestros antiguos colegas se dará cuenta de cómo están las cosas. Se habla ya bastante de ello en los pasillos, como comprenderás. El hombre que es capaz de ver a la vuelta de la esquina ha encontrado al asesino de Yasmine. Y se niega a compartirlo, gilipollices por el estilo.

—La segunda opción es ir directamente a los medios de comunicación y hacerlo público. No resultaría nada complicado, y al menos sería más rápido que dejar que Hermansson o algún otro colega como él averigüe quién lo ha hecho. —Les llevaría un buen tiempo, pensó Johansson.

—No lo iba a tener fácil —afirmó Jarnebring.

—No —dijo Johansson—. Algunas de nuestras bandas criminales cuelgan fotos de pederastas comunes en sus páginas web, y en el caso de Nilsson, resulta que hay muchos que quieren intervenir y compensar las deficiencias de nuestra justicia terrenal.

Johansson suspiró y tomó un sorbo de vino con gesto reflexivo. Se metió en la boca una aceituna y un par de anchoas para poder pensar mejor.

—Teniendo en cuenta eso, tal vez sea más fácil matar a ese cabrón directamente —planteó Jarnebring.

—Esa es la tercera opción —dijo Johansson—. Espero de verdad que no estés pensando en ninguno de los que estamos aquí sentados.

Jarnebring no dijo nada, solo se encogió de hombros e intercambió una mirada con Max, que parecía estar pensando en otra cosa.

—Has dicho que eran cuatro —dijo Jarnebring—. ¿Cuál es la cuarta?

—Hablar con él —contestó Johansson—. Hablar con Nilsson. Decirle cómo están las cosas. Proponerle que acepte su castigo. El castigo por lo que le hizo a Yasmine sería la cadena perpetua. Estoy bastante seguro de ello, completamente seguro desde que lo conocí y pude estudiarlo de cerca. Su caso no requiere ningún tipo de cuidado psiquiátrico.

—Ya, te entiendo —manifestó Jarnebring encogiéndose de hombros—. El problema

sin duda es que actualmente ni siquiera corre el riesgo de que le den un tirón de orejas por haberla asesinado.

—Ya llegaremos a eso —dijo Johansson—. A cómo conseguir cadena perpetua para él.

—Eso espero —espetó Jarnebring.

—Cadena perpetua —repitió Johansson—. Probablemente lo dejarían salir después de veinte años y sería capaz de aceptarlo.

—¿Cadena perpetua por qué? —dijo Jarnebring—. El problema no es que esté haciendo cualquier otra porquería extraña, sino que se está bajando pornografía infantil de la red. ¿Qué podría caerle por eso? Seis meses y unas palmaditas en el hombro, como mucho.

—Estoy bastante seguro de que ha tenido relaciones con varias niñas de la edad de Yasmine durante todos estos años. Si pudiera lograr que lo admitiera estaríamos hablando de varios años de cárcel. Lo peor que puede pasar, si no se le ocurre otra salida. Mira al chiflado ese de Thomas Quick, el peor asesino en serie de la historia criminal escandinava. Creo que está cumpliendo actualmente su vigésimo año. Gracias a sus propias fantasías y con la ayuda de unos cuantos colegas más locos aún. Por cierto, ¿no estuvo involucrado también Bäckström en esa historia?

—Seguramente —dijo Jarnebring—. Sí, te entiendo —agregó—. También he pensado en lo del suicidio de la madre de Nilsson. Eso no ha prescrito todavía, en caso de que hubiera sido asesinato. Y no creo que lo fuera. Ella se quitó la vida por la sencilla razón de que descubrió lo que había hecho su hijo con Yasmine. Y creo que tampoco ha asumido su responsabilidad en el suicidio...

—Lamentablemente es así —dijo Johansson asintiendo—. Parece que puede vivir tanto con lo uno como con lo otro.

—¿Qué te hace suponer que podría cambiar su postura respecto a eso?

—Lo que pretendo realmente es ser capaz de lograr que entienda qué es lo que más le conviene, darle la posibilidad de que lo internen en una de esas instituciones donde meten a los que son como él. Darle la posibilidad de sobrevivir cumpliendo el castigo que debería haber cumplido. —Johansson asintió para darle énfasis a lo que acababa de decir.

—¿Y si no lo entiende? —inquirió Jarnebring.

—Entonces quedan las tres primeras opciones. Pero en cualquier caso habrá tenido la

oportunidad de elegir; es más de lo que tuvo Yasmine.

—Si quieres que haga algo solo tienes que decirlo, jefe —terció Max asintiendo—. Según mis principios, hay muchos de esos que han agotado su derecho a vivir.

—Sí, te entiendo —aseguró Johansson—. Puedes creerme o no, pero cuando te digo que no lo hagas pienso realmente en ti.

El domingo por la tarde, Johansson se dedicó a lo que en su tierra natal se llamaba limpiar antes de morir, es decir, que la persona aún no fallecida ponía en orden sus cosas cuando recibía la cuenta de su existencia terrenal. Que él o ella, por poner un ejemplo, retiraba a tiempo todo lo que pudiera perjudicar la imagen de un pariente querido y cercano.

Como no se le ocurrió nada que valiera la pena buscar, se dedicó a escribirle a Pia, su mujer, una carta personal que iba a añadirse a su testamento. Se trataba básicamente de la idea de que tenerlo todo en orden a su alrededor era un modo de preservar la vida. Igual que los seguros de vida que la gente como él firmaba todo el tiempo, a pesar de que, mientras había motivos para tenerlos, ni siquiera sufría una caída.

Una forma de no perder el tiempo. A pesar del dolor de cabeza que no cesaba y de la opresión en el pecho que le dificultaba la respiración. A pesar de las diminutas pastillas blancas que se tomaba, cuando la evasión y la ausencia eran las únicas posibilidades que le quedaban.

Me pregunto si iré al cielo, pensó Johansson de repente cuando estaba tendido en el sofá en el que ahora pasaba la mayor parte del tiempo. Debería, pensó. Nunca había ocasionado grandes problemas, ni siquiera cuando trabajaba en los servicios secretos, al menos no recordaba nada. En un sentido meramente profesional, había dedicado la mayor parte de su vida a tratar de proteger y ayudar a otras personas que, en ocasiones, sufrían los horrores más incomprensibles.

—¡Max! —llamó Johansson.

—Sí, jefe —contestó Max, que al momento estaba en la puerta del despacho.

Es increíble, pensó Johansson. Basta con decir su nombre y ya está ahí. Ni siquiera necesito sentarme y frotar una vieja lámpara, pensó.

—¿Crees en Dios, Max? —le preguntó Johansson.

—No creo que haya ningún dios —dijo Max negando con la cabeza.

—¿Y por qué no lo crees?

—Si hubiera existido algún dios no me habría dejado estar en aquel orfanato de Grazhdanka —dijo Max—. Era solo un niño. No le había hecho daño a nadie.

Lunes, 23 de agosto de 2010

El lunes por la mañana a las nueve Johansson se reunió con Joseph Simon en su suite del Grand Hotell de Estocolmo. Simon lo había llamado una hora antes cuando iba en su coche desde el aeropuerto de Bromma al hotel, en el centro.

—Soy Joseph Simon —dijo—. El padre de Yasmine. Estoy en Estocolmo. Podemos vernos en cuanto puedas. Estaré en el Grand Hotell, pero si quieres que nos veamos en otro sitio no hay problema.

—Nos veremos en el Grand dentro de una hora —dijo Johansson—. A las nueve.

—Perfecto —repuso Simon—. ¿Quieres que te envíe un coche para que te recoja?

—No —respondió Johansson—. Tengo chófer privado.

Habla sueco perfectamente, pensó. Apenas tiene acento a pesar de los años que han pasado, lo cual le evitaba a él un problema práctico, ya que su inglés dejaba bastante que desear.

—Max —dijo Johansson.

—Sí, jefe —contestó Max al segundo.

—Nos vamos —anunció Johansson—. Vas a venir conmigo a ver al padre de Yasmine. —Por si acaso, pensó, y Jarnebring quedaba excluido por razones históricas.

De constitución, como Jarnebring, pensó Johansson cuando estaban saludándose. En todo lo demás, una persona completamente distinta a su mejor amigo. En el aspecto físico, más parecido al sha de Irán, pensó, a pesar de que solo lo había visto en fotos.

Rodeado del séquito habitual, que personas como él seguramente llevaban incluso en viajes privados. Cuatro hombres y una mujer. Su abogado, su secretaria y tres asistentes personales, de los cuales dos eran guardaespaldas a juzgar por su aspecto y por las miradas que intercambiaron al ver a Max.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo Joseph Simon señalando con un gesto

cortés la butaca que estaba más cerca de la suya.

—Sí —asintió Johansson—. Yo también sabía que teníamos que conocernos. Sin embargo, preferiría que habláramos en privado.

—Por supuesto —aceptó Simon, y solo tuvo que hacerle una leve indicación con la cabeza a su secretaria para que los acompañantes abandonaran la habitación.

Incluso Max entendió el mensaje y los siguió.

—Bien —dijo Joseph Simon—. Una amiga me ha dicho que has encontrado al hombre que asesinó a mi hija, a Yasmine.

—Sí —dijo Johansson—. Por eso le pedí que hiciera lo posible para que nos viéramos.

—No te lo tomes a mal, pero bastantes personas que se han puesto en contacto conmigo afirmando saber quién era el hombre que asesinó a mi hija. Gente que quería sacarme dinero, los locos de siempre. Por desgracia nunca era cierto, pero me ha ocasionado tanto sufrimiento personal como problemas prácticos.

—Lo sé —afirmó Johansson—. Sé de qué tipo de personas hablas, pero a ese respecto puedes estar tranquilo. Realmente lo he encontrado.

—Sé perfectamente quién eres —dijo Joseph Simon sonriendo—. Pero ¿cómo puedes estar tan seguro de ello? Han transcurrido ya veinticinco años desde que ocurrió.

—Tomé su ADN y lo comparé con el del autor del crimen —explicó Johansson—. La posibilidad de que sea de otra persona es inferior a uno entre mil millones. Más que nada para asegurarme de que era él. Para descartar cualquier posibilidad de error.

—Entonces ¿ya habías descubierto que era él? ¿Sin ninguna prueba de ADN?

—Sí —aseguró Johansson—. Si hubiera participado en la investigación cuando ocurrió, estoy bastante seguro de que habría logrado que lo condenaran, incluso sin la prueba de ADN. Además, cuando asesinaron a tu hija no disponíamos de esas técnicas.

—Es lo mismo que nos pasa a nosotros —dijo Simon—. Es decir, los que nos dedicamos a mi profesión. Hay médicos buenos y los hay malos. Hay algunos que son tan malos que nunca debieron ejercer como tales.

—Sí —dijo Johansson—. Tú y tu mujer tuvisteis mala suerte. Fue una investigación muy mal llevada, y mis colegas no fueron capaces de daros la justicia que teníais derecho a exigirnos. Esa es otra de las razones por las que estoy aquí.

—Dame su nombre —pidió Joseph Simon.

—Lo lamento —dijo Johansson negando con la cabeza—. Dado que sé quién eres, no veo ninguna posibilidad de hacerlo.

—¿Por qué?

—No puedo siquiera imaginar el sufrimiento que habrás padecido. Sería muy pretencioso por mi parte. Pero déjame decirte esto. Si fuera tú y me hubiera ocurrido lo que a ti, si nuestros papeles se invirtieran, no me atrevería a confiar en mí mismo.

—Te preocupa que lo mate —dijo Simon.

—Sí.

—Así que no hay nada que pueda darte a cambio.

—Nada —dijo Johansson—. Sin embargo, pensaba proponerte algo.

—¿De qué se trata?

—Imagínate que lo hubiéramos encontrado hace veinticinco años...

—Sí, ¿y qué?

—Entonces lo habrían condenado a cadena perpetua y habría estado encerrado por lo menos diecisiete o dieciocho años antes de que lo soltaran. Ya lo he conocido en persona, por si quieres saberlo —dijo Johansson—. Sin que él tuviera la menor idea de quién soy ni de lo que sé de él. Pronto voy a volver a verlo. Entonces voy a proponerle precisamente esto. Que reciba su castigo.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Simon—. El asesinato de mi hija ya ha prescrito. ¿Quieres decir que ha hecho algo más?

—No puedo hablar de eso —repuso Johansson—. Pensaba proponerle algo que no pudiera rechazar.

—¿Y si lo hace? ¿Qué vas a hacer si lo rechaza?

—Teniendo en cuenta las alternativas, confío en que acepte mi propuesta —dijo Johansson.

—¿Y si no lo hace? —repitió Joseph Simon.

—Entonces sabrás su nombre —afirmó Johansson—. Si se niega a asumir su responsabilidad te lo daré.

—¿Cuándo?

—El miércoles de la próxima semana a las doce como mucho —respondió Johansson—. No tienes que preocuparte de los detalles prácticos, porque ya me he encargado yo. Dame solo tu número de teléfono y prometo llamarte en cuanto lo sepa.

—Te creo —dijo Joseph Simon—. Te daré mi número. Acepto tu propuesta. Que tenga el mismo castigo que debió tener por asesinar a mi hija. Dentro de nueve días —agregó.

—Entiendo perfectamente que pienses que es mucho tiempo —dijo Johansson—. Lamentablemente es el tiempo que necesito.

—Veinticinco años es mucho tiempo —replicó Joseph Simon—. Nueve días no es nada. No tengo inconveniente en esperar nueve días más.

—De acuerdo —dijo Johansson levantándose.

—Si puedo hacer algo por ti solo tienes que decirlo. Estoy dispuesto a hacer por ti todo lo que esté en mi mano —dijo Joseph Simon y, al decirlo, por alguna razón, miró de reojo la muleta que llevaba Johansson debajo del brazo derecho.

—La gente como yo somos los que en realidad estamos en deuda contigo, así que no tienes ni que pensar en ello.

Menos mal que no soy como mi hermano mayor, porque entonces Joseph Simon ya se habría quedado sin un céntimo, pensó Johansson cuando iba en el coche de regreso a casa.

*Del martes, 24 de agosto,
al jueves, 26 de agosto de 2010*

Martes, miércoles, jueves, las rutinas habituales, la opresión en el pecho y el dolor de cabeza, el brazo derecho que colgaba, el dedo índice de la mano derecha flácido, y que seguramente seguiría así hasta que diera el último suspiro, a pesar de las promesas de la fisioterapeuta. Además de los preparativos para la reunión final, todos esos detalles prácticos que tenía que organizar antes de que llegara la hora de enfrentarse a Staffan Nilsson y a lo que le había hecho a la pequeña Yasmine.

—El viernes me toca meterme de nuevo en el camerino —dijo Johansson a Matilda.

—¿Seguimos hablando del mismo personaje? ¿No hay que reforzarlo con una rubia con falda de cuero negro muy corta y un minúsculo top rojo?

—Muy amable de tu parte, Matilda —respondió Johansson—. Aprecio de verdad tu ofrecimiento, pero creo que me las arreglaré perfectamente con un poco de gomina en el pelo y esas gafas de sol oscuras. Si pudiera llevar además alguno de mis trajes habituales, lo agradecería.

—No creo que haya ningún problema —aseguró Matilda—. Al menos ahora ya no, cuando él ya te ha echado el ojo. No creo que ni siquiera se dé cuenta. En cierto modo ya has creado el personaje.

—Excelente —dijo Johansson.

—¿Y lo de sacarle los ojos?

—Esa parte creo que podré resolverla por mí mismo —dijo Johansson—. Sin embargo, hay un pequeño detalle con el que pensaba pedirte que me ayudaras. Si pudieras encargarte de hacer una ampliación de esta foto —agregó entregándole la foto de Yasmine que había sacado del material de investigación.

—Era realmente bonita, sí, muy guapa —comentó Matilda—. Está también en internet, creo que se trata de la misma foto. ¿Está bien en formato A-4?

—Perfecto —aceptó Johansson.

El jueves por la mañana llamó su cuñado para preguntar si había algo más que pudiera hacer por él.

—No hemos hablado en varios días e interpreto tu silencio como que has recibido los datos que buscabas de Margaretha Sagerlied y de sus parientes.

—Estoy muy satisfecho —dijo Johansson—. Así que me gustaría pagarte la factura. —Eso era lo que querías oír, pensó.

—Precisamente estuve escuchándola anoche, a Margaretha Sagerlied, me refiero. Incluso encontré un viejo LP en el que canta *Tosca*, con Sigurd Björling, que hace de Scarpia, un barítono fenomenal, pero Sagerlied tampoco es mala. Una buena voz la de esa mujer. Además, parece que el papel le encajaba bien —dijo Alf, que era amante de la ópera.

—Tienes un montón de discos de ella —observó Johansson, que de repente tuvo una idea. Un detalle, es cierto, pero vale la pena intentarlo, pensó.

—Alguno que otro siempre se tiene —asintió el cuñado con su modestia habitual.

—¿Podrías prestarme algunos discos en los que cante la Sagerlied? Sería interesante escucharlos —dijo Johansson.

—Por supuesto —dijo Alf sin poder ocultar su asombro—. Por supuesto que sí. ¿Quieres alguno en especial?

—Alguno en el que aparezca ella en la carátula —especificó Johansson—. Me importa un bledo cuál. —Esas cosas suenan todas igual, pensó.

—En tal caso, te sugiero *Tosca* —dijo Alf—. En la carátula hay una foto muy vistosa de Margaretha Sagerlied. Además, puede ser muy apropiada teniendo en cuenta tu actividad anterior.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Johansson.

—Scarpia es un policía —aclaró Alf—. Nada agradable por cierto, te lo puedo asegurar, pero Sigurd Björling hace una interpretación brillante de él.

—Excelente —dijo Johansson—. Envíamelo por mensajería y anótalo en mi factura. Te lo agradezco mucho, Alf. —Un policía nada agradable, pensó.

Por la tarde llamó a Mats Eriksson y le dijo que no tenía que acompañarlo a la reunión con Staffan Nilsson. Que no hacía falta que avisara a Nilsson, pero que procurara no

andar por allí cerca cuando él llegara a la oficina. Además, le dijo que tenía previsto reunirse con él en el despacho de su hermano. Mats Eriksson no puso ninguna objeción.

—No hay ningún problema —afirmó Mats—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Ese tocadiscos, el viejo tocadiscos de Evert, ¿está en su despacho todavía?

—Por supuesto —dijo Mats—. Así que puedes ponernos a mí y a los demás colaboradores todos esos viejos clásicos de los cincuenta y sesenta cuando organicemos una fiesta aquí en la empresa, «Corina, Corina», «Tell Laura I love her», «Red sails in the sunset», ya sabes.

Bueno, bueno, pensó Lars Martin Johansson en la mañana de viernes, cuando él y Max llegaron al despacho de Evert para terminar los últimos preparativos antes de que Staffan Nilsson, que no sabía absolutamente nada, se presentara dispuesto a ganarse un buen pellizco a costa de un paleta de Norrland tan ricachón como ingenuo.

Viernes, 27 de agosto de 2010

Se encargó en persona de los últimos preparativos. La funda del disco con la foto de Margaretha Sagerlied estaba bien a la vista en el centro del gran escritorio de su hermano. La silla en la que iba a sentarse Nilsson mientras hablaba con él y en la que iba a comprender qué era lo que más le convenía, o eso esperaba, la había puesto con mucho cuidado en el ángulo correcto al tercer intento. Max, su fiel colaborador, estaba sentado en la habitación contigua al otro lado de la puerta cerrada. Por si acaso, por si Staffan Nilsson empezaba a crear problemas y había que darle otro puñetazo en la nariz.

Quedan cinco minutos, pensó Johansson mirando el reloj. Luego puso el disco antiguo cuya intérprete principal era la tía de Staffan Nilsson. Espero salir mejor parado que mi colega Scarpia, pensó Johansson, que la noche anterior había leído el argumento en la contraportada del disco.

Un hombre extremadamente peligroso, pensó Johansson cinco minutos más tarde, cuando unos discretos golpes en la puerta anunciaron que había llegado su visitante.

—Está aquí el director Nilsson —dijo Gerd, la secretaria de Evert.

—Siéntate, siéntate —dijo Johansson agitando la muleta delante de Nilsson y señalándole la silla donde debía sentarse—. Ya puedes apagar el tocadiscos, Gerd —le dijo—. Y cierra la puerta al salir —añadió.

—Esa mujer tiene una voz fantástica —dijo Johansson mirando la carátula del disco.

Y tú ya estás olisqueando el señuelo, pensó.

—Me alegra que te guste, Lars —dijo Nilsson—. Es especialmente agradable para mí, ya que era mi tía.

—¿Qué me dices? —exclamó Johansson—. ¿Tu tía? ¿Vive aún?

—Lamentablemente no —respondió Staffan Nilsson sacudiendo la cabeza con gesto de pesar—. Murió a finales de los ochenta.

Sí, tú debes saberlo bien, pensó Johansson.

—Un cuadro muy bonito —dijo Nilsson mirando el gran paisaje que estaba colgado en la pared detrás del escritorio.

—Es un Osslund —aclaró Johansson—. *Comienzo de la primavera en Ådalen*, pintado en 1910. Una vista desde nuestra granja familiar. Según las historias que se cuentan en la familia, el artista habría instalado su caballete fuera de la granja. Mi abuelo se lo compró directamente a él. Por cien coronas, según decían.

—Yo tuve la satisfacción de poseer un Leander Engström cuando era más joven —dijo Staffan Nilsson—. Representaba asimismo uno de esos paisajes norteos. Aparecía también un cazador.

—Bueno, bueno —dijo Johansson. Ya me lo figuro, pensó mientras se inclinaba hacia delante y se bajaba las gafas—. El arte y la música son loables, pero ha llegado el momento de que hablemos un poco de negocios —continuó—. A Mats le ha surgido un imprevisto, por cierto, pero no vamos a permitir que ese tipo de detalles sean un inconveniente.

—No, espero que no —respondió Staffan Nilsson sonriendo.

Sigues sin sospechar nada, pensó Johansson. Solo estás ahí relamiéndote.

—Una pregunta, por curiosidad —dijo Johansson—. ¿Cuánto dinero quieres de mí y de mi hermano? ¿Veinte millones, cincuenta millones?

—Eso suelo dejar que lo decidan mis inversores —dijo Nilsson sonriendo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Johansson—. He pensado ofrecerte algo que tendrá más valor para ti que todo el dinero del mundo.

—Ahora siento auténtica curiosidad, Lars —dijo Nilsson sonriendo todavía más.

—Pensaba ofrecerte la oportunidad de sobrevivir —aclaró Johansson—. Al menos unos quince o veinte años, a condición de que aceptes tu castigo y lo cumplas en una institución penitenciaria sueca. Prometo también hacer lo posible para que estés con los que tienen las mismas tendencias que tú, para que no te maten los demás reclusos.

Sigue sin entender, pensó Johansson. Tiene el mismo aspecto que cualquier persona que acaba de oír algo que se niega a entender.

—No comprendo —dijo Staffan Nilsson—. ¿Se trata de una broma tal vez?

Giro nervioso de la cabeza en dirección a la puerta cerrada de la habitación donde estaban, el miedo que empezaba a notársele en los ojos.

—Por desgracia, no —respondió Johansson, enseñándole la foto de Yasmine Ermegan.

El rostro igual de pálido que el de Max cuando le contó lo de Nadia un segundo antes de que tuviera que salir corriendo al cuarto de baño, y si Staffan Nilsson vomitaba en la valiosa alfombra de Evert, lo peor que podía pasar era que Gerd tuviera que limpiarla. Como confesión resultará suficiente, y en el peor de los casos tendré que comprarle una alfombra nueva a mi hermano, pensó Johansson.

—No tengo ni idea de qué hablas —dijo Staffan Nilsson. Apartó la foto que acababa de darle. La trampa, que lo había pillado. El temor, que se apoderaba de la expresión de sus ojos. La cabeza, que giraba de un lado a otro; los mismos ojos, que ahora buscaban una salida.

—Hablo de la pequeña Yasmine —repuso Johansson—. Tenía nueve años cuando la violaste y la asfixiaste con una almohada en el dormitorio de tu tía en su casa de Äppelviken. Fue, además, la noche del viernes 14 de junio de 1985. Estabas allí para cuidar de la casa y regar las flores de tu tía mientras estaba en el campo, y de repente llamó Yasmine a la puerta y te pidió que le prestaras el teléfono para llamar a sus padres. Ya la conocías. Debías de haberla visto varias veces cuando fuiste a visitar a tu tía. Seguramente lo recordarás.

—No puedo creer lo que oigo —protestó Staffan levantándose de un salto—. No hay ni una palabra de verdad. ¿Quién te ha contado una historia tan grotesca?

—La he descubierto yo mismo —dijo Johansson—. También he podido comparar recientemente tu ADN con el semen que se obtuvo del cuerpo de Yasmine, así que la cuestión de si eres culpable o inocente no tenemos ni que discutirla.

—Evidentemente he sido víctima de un loco, de algún detective chiflado, lo que estás diciendo es punible. Es una calumnia grave, y no voy a dudar un momento...

—Cierra la boca y siéntate antes de que te mate —ordenó Johansson dirigiéndole una mirada que no admitía lugar a dudas—. También puedes olvidarte de escapar por esa puerta, porque está cerrada con llave. Si quieres llamar a la policía no voy a impedírtelo, pero no te lo recomiendo, por tu propio bien. Si no quieres salir en los periódicos esta misma tarde, por supuesto. Si sirve para tranquilizarte, no has caído en manos de ningún detective chiflado. Ahora estoy jubilado, pero he sido policía toda mi vida. Antes de retirarme era jefe de la policía judicial nacional y, por si te sirve de consuelo, he conocido por desgracia cientos de tipos como tú a lo largo de los años.

—Ni una palabra, ni la más mínima palabra de lo que dices es verdad —afirmó

Staffan Nilsson. La voz evidentemente alterada, forzada, ronca, como si tuviera dificultad para respirar. La mirada que recorría la habitación, rozándolo todo excepto a Johansson.

—Comprendo que estés aterrado —dijo Johansson—. Yo tampoco me sentiría muy bien si hubiera violado y asesinado a la hija de Joseph Simon. Si hay alguien que te haya perturbado el sueño durante estos años debe de haber sido él. El padre de Yasmine, sus cien mil millones, sabiendo además lo que van a hacerte él y sus colaboradores el día que te encuentren.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando —replicó Staffan Nilsson, aunque la expresión de sus ojos delataba lo contrario.

—No mientas —dijo Johansson—. Además, quiero que mantengas la boca cerrada dos minutos y escuches mi propuesta. Y que la escuches con atención. No vas a volver a tener una oportunidad así en tu vida. Es una propuesta que no puedes permitirte el lujo de rechazar.

Espero que no se cague encima, pensó Johansson. Ahora colgaba desmadejado de la silla en la que estaba sentado, con la cabeza ladeada, y de pronto parecía totalmente ausente.

—Vi al padre de Yasmine hace unos días —aclaró Johansson—. Quería que te vendiera a él. Me negué, así que aún no sabe quién eres. Le expliqué que quería hablar contigo antes y darte la oportunidad de que aceptaras tu castigo. Que fueras a la policía a aclarar las cosas. Que les hablaras de todas las niñas con las que has estado, todas a las que has violado o drogado antes de tener contacto sexual con ellas. Todas a las que simplemente has pagado para acostarte con ellas. Estoy completamente convencido de que va a ser suficiente para una pena de prisión de dos cifras. Por lo demás, basta con que digas que mataste a tu madre. Sería más práctico, porque ese asesinato no ha prescrito, a diferencia del de Yasmine.

—¡Yo no maté a mi madre! Esto es una locura.

—Yo tampoco creo que mataras a tu madre. Incluso estoy bastante seguro de que se suicidó, tan pronto como supo lo que le habías hecho a Yasmine. Igual que estoy convencido de que un tribunal te declararía culpable si les contaras a mis colegas, por ejemplo, que ella te amenazó con denunciarte a la policía, y que en esa tesitura optaste por envenenarla haciéndole ingerir gran cantidad de somníferos y alcohol. Que fuiste tú el que asesinó a Yasmine, porque van a averiguarlo enseguida, y que tu madre te

amenazó con contarlo. Un relato así despejaría cualquier duda respecto a tus motivos, naturalmente. Aparte del dinero que ibas a heredar.

Ahora al menos me está escuchando, pensó Johansson, a pesar de que se tenía que agarrar a los brazos de la silla para poder estar derecho. A pesar de continuar con la cabeza colgando y de que su mirada seguía siendo vacilante e inquieta.

—En resumen —continuó Johansson—. O haces lo que te digo, y en tal caso quiero una respuesta lo antes posible, a más tardar el miércoles de la próxima semana a las doce, o, de lo contrario, si no lo haces o no me llamas, le diré al padre de Yasmine quién eres. Tendrá tu nombre y número de identidad, tu dirección, una copia de tu pasaporte y tu carnet de conducir, tu número de pasaporte, la matrícula de tu coche, el nombre de todos tus amigos y conocidos, sabrá exactamente todo lo que piensas, sientes y haces. Después, es solo cuestión de tiempo hasta que te encuentre y, además, con él no habrá un sitio en la tierra donde puedas esconderte, así de sencillo. Prefiero no pensar lo que hará contigo cuando te encuentre.

—Esas acusaciones son terribles —dijo Staffan Nilsson levantándose—. Hasta tal punto que pueden llevar al suicidio a una persona inocente como yo.

—¿Qué tiene eso que ver contigo? —repuso Johansson—. En primer lugar, eres culpable y he decidido ignorar el hecho de que tu delito ha prescrito. Además, te quieres demasiado a ti mismo como para quitarte la vida. De todos modos, si me equivocara en ese punto creo que podría soportar vivir con ese dolor. Soy contrario a la pena de muerte, que lo sepas. Es por eso por lo que te doy la oportunidad de sobrevivir y cumplir tu condena a la vez. Joseph Simon, el padre de Yasmine, no opina como yo. Tiene una visión sobre ese asunto más al estilo del Antiguo Testamento. Ojo por ojo y diente por diente, por si no sabes a qué me refiero. Así que llámame por teléfono, tienes mi número en el contestador de tu casa. Tampoco tienes que pensar en los detalles prácticos. Puedo llevarte yo mismo a la policía. Incluso buscarte un buen abogado.

—Olvidate de eso —replicó Staffan Nilsson. Con el odio en la mirada ahora, ya que la rabia había vencido al miedo por un momento—. Y si le dices una sola palabra a alguien de estas acusaciones demenciales, voy a demandarte y te sacaré hasta el último céntimo que tengas.

—Tonterías —espetó Johansson—. Supongamos que me denuncias por difamación, supongamos que ganaras y recibieras un par de miles de coronas por daños y perjuicios,

porque, créeme, no vas a recibir más. Antes de que le diera tiempo al tribunal a dictar sentencia, ya estarías muerto. Además, eso es calderilla para mí y mi hermano.

»¿Sabes qué? —prosiguió Johansson con esa mirada inquisidora que él y su mejor amigo solían reservar para las ocasiones más duras—. Eres realmente la peor persona que he conocido en mi vida. Sin embargo, voy a hacerte un último favor.

»Voy a darte la oportunidad de que me llames y me digas que piensas asumir la responsabilidad de lo que has hecho. Llámame, Nilsson. Y ya que te has puesto de pie, te sugiero que te marches antes de que me arrepienta y te tire por la ventana.

—Si quieres puedo hacerlo yo, jefe —dijo Max, que de repente estaba en la habitación. A pesar de que Johansson le había dicho que se mantuviera al margen. Las manos grandes que se abrían y se cerraban, los ojos igual que los de un lobo mirando a su presa ya desgarrada. El rostro tan pálido y tenso como cuando contó lo de Nadiesta, su hermana mayor en esa vida que los demás habían decidido para él. Violada, drogada, asfixiada al tragarse su propio vómito en el orfanato del que ambos planeaban huir para mudarse a una casa que nadie más conociera, tener hijos a los que abrazar y besar todo el día.

—Déjalo ir —dijo Johansson—. Seguro que nos llamará.

Tan pronto como salió a la calle, Staffan Nilsson paró un taxi, se montó y se marchó. Bueno, bueno, pensó Johansson, a pesar del dolor de cabeza y la constante opresión en el pecho, había al menos una persona que se sentía peor que él. Por buenas razones, pensó, y llamó al teléfono móvil de Lisa Mattei.

—Acabo de hablar con Staffan Nilsson —dijo Johansson.

—Ya lo sé —contestó Lisa Mattei—. Va en un taxi, al parecer en dirección a su casa, por si quieres saberlo.

—Me alegro de oírlo —aseveró Johansson. Esta chica puede llegar todo lo lejos que quiera, pensó.

—Me parece que no es el tipo de persona que se suicida —dijo Mattei.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo Johansson—. Posiblemente se le ocurra la peor idea de todas: intentar huir.

—Me resulta difícil imaginar dónde podría esconderse —afirmó Mattei—. Pero, claro, en estos momentos no debe razonar especialmente bien. Por eso he decidido que vamos a vigilarlo. Si se le ocurriera hacer algo así, lo peor que podría pasar es que yo tuviera

que hablar con él. No puedo detenerlo contra su voluntad, como comprenderás, y aquí tampoco están por la labor de proteger su identidad, por decirlo de algún modo.

—Probablemente haya una forma de solucionar eso —sugirió Johansson—: meterlo entre rejas para que tenga tiempo de reflexionar.

Entonces le habló de la denuncia que Nilsson había presentado ante la policía de Västerort y la solicitud de compensación por daños y perjuicios que con toda probabilidad habría llegado ya a su compañía de seguros. Un intento de fraude grave que seguramente era en lo último que pensaba ahora, a pesar de que acababa de ver a Max.

—Si no entra en razón, vale la pena probar —dijo Mattei—. Prometo tenerlo en cuenta. En el mejor de los casos, puede que se quede encerrado algún mes por lo menos.

—Claro. Así podrá leer en los periódicos de la cárcel lo que le hizo a Yasmine. Así le daremos la oportunidad de que piense tranquilamente en cómo enfrentarse a eso cuando volvamos a echarlo a la calle.

—Lars, Lars... Haré como que no he oído lo último.

—Pero va a ser así —dijo Johansson—, si ese cabrón no acepta su castigo. Yo me ocuparé personalmente de ello si nadie más se encarga. Le he dado una oportunidad. Si no la aprovecha, allá él. Y no creo que sea tan sumamente estúpido.

—Espero que tengas razón —dijo Mattei—. Y, por cierto, que te vaya bien la caza.

Así que también sabes eso, pensó Johansson al acabar la conversación. Una mujer fantástica, pensó. Le miente sin ningún tipo de problema y del modo más convincente al hombre que, además de doblarle la edad, ha sido su jefe y mentor durante más de diez años.

*Del viernes, 27 de agosto,
al domingo, 29 de agosto de 2010*

El viernes por la tarde, Johansson se despidió cariñosamente de su mujer. Con toda la ternura que le permitían las circunstancias y los medicamentos que tomaba para la hipertensión. La abrazó y la besó en la boca y en la mejilla, por si acaso.

—Promete que vas a cuidarte —dijo Pia.

—Lo prometo —le aseguró Johansson. Pronto estaré en la granja familiar y allí no puede pasarme nada malo, pensó.

Max y él fueron luego en coche al aeropuerto de Bromma, entraron directamente en la pista y subieron al avión privado que su hermano Evert compartía con un par de compañeros tan ricos como él.

Aterrizaron en Kramfors una hora después y fueron directamente al helicóptero que estaba esperando. Tres horas después de que saliera de su apartamento al sur de la capital, ya estaba en la granja, en casa de sus padres.

—Bienvenido a casa, Lars —dijo Evert. Salió del porche ataviado con unos pantalones verdes de tela gruesa y una camisa a cuadros de franela, y le dio un abrazo bestial que, curiosamente, le alivió la presión del pecho.

—Gracias —dijo Lars Martin Johansson. Al fin en casa, pensó.

—Ahora vamos a estar juntos y a pasarlo bien. Y a matar algún que otro alce, por supuesto. He pensado que tú, yo y Max nos quedemos aquí en casa de nuestros padres, para que los muchachos se queden en la cabaña de los cazadores y la ensucien todo lo que quieran.

—¿Cuándo vienen?

—El domingo —dijo Evert—. Y tendremos excursión y cena de caza. Hasta entonces pasaremos el rato por nuestra cuenta.

—Espero que no hagas tú la comida.

—¿Estás loco? —dijo Evert pasándole el brazo alrededor de los hombros—. He contratado los servicios de un par de mujeres del pueblo. Ya están preparando la cena. No te faltarán arenques ni aguardiente ni carne ni patatas, así que puedes estar tranquilo.

Evert cumplió su promesa. Johansson también. Se abstuvo del tercer chupito, ya que de repente la imagen de Pia se le apareció delante. Solo bebió dos copas de vino tinto con el lomo de cerdo relleno de ciruelas y ni siquiera probó la tarta de manzana del final. Se conformó con una taza de café y unas gotitas de coñac.

—Estás empezando a preocuparme un poco, Lars —comentó Evert guiñándole un ojo.

—¿Por qué? —preguntó Johansson.

—Te has vuelto todo un abstemio —dijo Evert—. Apenas unas gotas de coñac —añadió mirando la copa que tenía Johansson en la mano.

—Voy aprendiendo —dijo Johansson—. Además, quiero acostarme temprano.

Luego se aseó un poco y, finalmente, se acostó. Se durmió sin la menor ayuda de su aliado griego, y a la mañana siguiente lo despertaron los primeros rayos de sol que se filtraban entre los bordes de la persiana y el marco de la ventana.

Entonces salió al patio, puso los pies descalzos en la hierba y se quedó allí, mientras contemplaba cómo el pálido sol que salía por el este iba disipando la niebla de la mañana abajo en el valle.

Osslund debía de haber plantado su caballete aquí, pensó Johansson, e independientemente de que fuera primavera o casi principios de otoño, como ahora, no había un lugar más bello en la tierra.

Luego volvió a entrar en la casa, cogió sus pastillas, se metió en la ducha, se vistió, respiró como antes, al fin la mente clara. Por fin en casa, así de sencillo era, probablemente, pensó.

Después de un desayuno en condiciones fueron al coto de caza de Evert para probar el rifle para cazar alces que le había adaptado el herrero y que Max ya había probado. Después de unos veinte disparos no tuvo ningún problema con el gatillo nuevo. Accionar el cerrojo y mantener con firmeza el agarre del salvamanos y de la culata, eso podía hacerlo aún.

—Ahora te reconozco, Lars —dijo Evert asintiendo con la cabeza. Incluso a Max le resultaba difícil ocultar su asombro, a pesar de que no conocía a nadie que disparara mejor que él.

El domingo por la mañana estuvo con los compañeros de Evert en la cabaña de los cazadores, que prácticamente estaba en medio del bosque y del coto de caza. Todo fue como de costumbre, las mismas caras, las mismas historias, las mismas risas, la misma comida y tanto aguardiente como siempre. Johansson se permitió incluso un tercer chupito, y no se acordó para nada de su mujer cuando levantaba el vaso para brindar con los demás.

—Qué bien vivimos los ricos, joder —resopló Evert tres horas más tarde, mientras tomaba una copa frente al fuego—. «No más ternura anhelante de sucios pechos de hollín, / fuera, preocupaciones, de este hogar en la nieve, / con carne, fuego, aguardiente nos consolamos aquí...» Salud, muchachos —dijo Evert poniéndose en pie sobre unas piernas no muy estables.

—Me voy a casa a acostar a mi hermano —anunció Johansson, que era sin duda el más sobrio del grupo, pese a estar a mil kilómetros de su mujer. A excepción de Max, naturalmente, que no había bebido ni una gota en toda la tarde.

—¿Así que no quieres pelea? —dijo Evert.

—Lo dejaremos para mañana —replicó Johansson. En casa de verdad, y al parecer se le había tenido que descacharrar la cabeza para darse cuenta de lo que había dejado atrás hacía cincuenta años.

Lunes, 30 de agosto de 2010

El primer puesto de caza de la mañana se encontraba a solo unos cientos de metros de la granja en la que se crió. Al lado de una extensa zona de talado que se deslizaba suavemente hacia el río que pasaba un par de kilómetros más abajo. Allí era donde se solía empezar. Si a Johansson no le fallaba la memoria, la caza del alce siempre se iniciaba con una batida por el valle y las lomas que se elevaban al pie de la granja.

—¿Qué coño habéis hecho con mi torre? —dijo Johansson mirando la torre de madera donde se había apostado los últimos veinte años.

Habían sustituido los peldaños de madera por una escalera del mismo material con barandillas de cuero a los lados. Una verdadera instalación deportiva, pensó Johansson. El puesto que su padre le dejó en herencia cuando se vio demasiado viejo. Porque a su padre le parecía que él era mucho mejor cazador que sus hermanos.

—Fue Evert quien me envió aquí —explicó Max.

—¿Cuándo?

—El mismo día que saliste del hospital, jefe.

—Muy precavido por su parte —dijo Johansson. Estará empezando a sentirse culpable por todo lo que me hizo cuando era pequeño, pensó.

Sin el menor problema, pensó Johansson una vez que se subió y se sentó en el amplio tablón.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó a Max cuando este ya estaba a mitad de camino de la torre.

—Iba a sentarme a tu lado, jefe —dijo Max.

—Ya puedes olvidarte de eso —replicó Johansson—. Si prometes cerrar la boca y quedarte quieto, posiblemente puedas sentarte debajo de la torre. De lo contrario ya puedes marcharte.

—Evert me ha dicho que...

—Olvidalo —interrumpió Johansson—. Olvídate de Evert. Ahora vamos a estar bien. Vamos a cazar.

—De acuerdo, jefe —aceptó Max encogiéndose de hombros y haciendo lo que le había dicho.

No puede haber nada en la tierra más hermoso que esto, pensó Lars Martin Johansson. Respiró el aire limpio de la mañana, la nitidez del final del verano le acariciaba las mejillas y el mentón. Nada puede ser mejor que esto, pensó en el mismo instante en que alguien le apretaba el pecho. Con tal fuerza que ni siquiera podía tomar aire. Alguien que era mucho más fuerte que Max, que estaba sentado un par de metros más abajo, y él no conocía a nadie que fuera más fuerte que Max.

Esta vez no hay propina, pensó Lars Martin Johansson, y eso fue lo último que pensó.

VI

Y no tendrás piedad...

Deuteronomio 19, 21

El lunes, 20 de septiembre, tres semanas después de la muerte de Lars Martin Johansson, el director general y jefe de la policía de seguridad decidió retirarle la vigilancia a Staffan Nilsson. En su opinión, la situación había cambiado mucho a raíz de la muerte de Johansson. En el mejor de los casos, a excepción de los servicios secretos, Johansson era el único que sabía que Staffan Nilsson había matado a la hija de Joseph Simon hacía más de veinticinco años. Además parecía que Nilsson había vuelto en general a su vida anterior, y si quería solicitar que protegieran su identidad solo tenía que hacerlo, siguiendo el procedimiento habitual.

—¿O qué te parece a ti, Lisa? —dijo el director general—. Corrígeme si me equivoco, pero me da la impresión de que tenemos cuestiones más importantes en las que gastar nuestro dinero.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, jefe —repuso Lisa Mattei, poniendo el brazo alrededor de su vientre redondeado en un gesto protector. Pobre Lars, pensó.

El viernes 1 de octubre doblaron las campanas de la iglesia de María Magdalena en la zona sur de Estocolmo por un cazador vagabundo, procedente de Ådalen, en el norte de Ångermanland, que había finalizado su viaje terrenal hacía poco más de un mes.

Un mes de dolor para Pia, su mujer, y un par de días antes, cuando logró contenerlo un instante por primera vez, fue gracias a la rabia que sin duda llevaba acumulando desde hacía mucho tiempo.

Maldito Lars, pensó. ¿Por qué no me escuchaste nunca? ¿Por qué no hiciste por una vez lo que te decía?

Después de la misa, los asistentes al funeral se reunieron en el antiguo restaurante del barrio de Johansson para comer un bufet tardío y reconstituyente. La gran familia

Johansson al completo, todos los antiguos compañeros de la policía de Estocolmo, la judicial nacional y los servicios secretos, toda la vieja guardia que obviamente acudió con Jarnebring a la cabeza.

Poco a poco se fue transformando en una reunión bastante animada. La palabra «difunto» estaba siempre presente y Lars Martin Johansson no era un cadáver que se pudiera enterrar en silencio. Había demasiadas buenas historias que debían ser contadas una vez más.

Incluso Pia tuvo que reírse, a pesar de que ahora vivía sola en un apartamento demasiado grande que ya había decidido vender, por ser solo un recuerdo de una vida distinta y mejor. El mismo día que enterró a su marido, después de otra noche sin dormir en la que todas las preguntas sin respuesta le daban vueltas en la cabeza. No sé si debo llorar o reír, pensó mientras iba caminando por el pasillo de la iglesia hacia el banco de la parte delantera. Con Anna Holt y Matilda a su lado.

Primero lloró una vez más, y no sabía cuántas veces lo había hecho ya. Luego se rió. Por primera vez; el entierro había terminado, su vida continuaba, una vida distinta a la de antes, pero no pedía nada más.

—Esto es una putada —dijo indignado Evert, el hermano mayor, que estaba de pie en la barra rodeado de los mejores amigos de su hermano y de su chico para todo. Con los ojos enrojecidos por el llanto por primera vez en su vida, aunque pronto cumpliría los ochenta años y ni por un momento se le ocurriría pensar que él también iba a morir. Hoy no, ni mañana tampoco, pero tarde o temprano, como todos los demás antes que él. Excepto Evert, por supuesto, que ni pensaba en ello. Y menos aún desde que su chico para todo había vuelto a su casa—. Es una putada que no pudiera comer ni beber como la gente normal —continuó Evert—. Que no pudiera moverse. A menos que se tratara de ir a cazar, por supuesto, porque entonces sí que podía ser rápido. Y era solo un muchacho, porque ¿qué son sesenta y siete años? Evert, nuestro padre, tenía noventa y tres, Elna, mi madre, noventa y seis, y yo tengo setenta y siete y nunca me he sentido mejor.

—Creo que estaba muy jodido —comentó Jarnebring—. Cuando dejó de trabajar, hace tres años, parece que lo decidió. Que si ya no podía ser policía le daba igual como estuviera.

—El jefe era un hombre bueno —dijo Max—. Un hombre bueno que se sentía mal. Al final se sentía muy mal. —Porque un hombre malvado lo devoraba por dentro, pensó.

—No me digáis —dijo Evert asintiendo—. Lars siempre fue muy suyo, entiendo lo

que decís, pero no tenía ni idea de que la cosa fuera tan grave. Tenía la caza y el bosque. Y la granja. Aún somos copropietarios, él y yo. Aunque ahora será su hijo, el pequeño Lars, el que se haga cargo de su parte.

—No creerás que fue casualidad que estirara la pata el primer día de cacería —dijo Jarnebring.

—Probablemente no —admitió Evert sacudiendo sus anchos hombros—. Cuídate, hermanito —agregó alzando la mirada hacia el cielo gris de octubre que tenían sobre sus cabezas. Levantó la copa y la vació por completo—. Salud, Lars —dijo.

—Salud, Lars —repitió Jarnebring. ¿Qué coño estoy haciendo?, pensó.

—*Nasdrovia!* Paz, jefe —dijo Max. Yo me encargaré de que el jefe tenga paz, pensó.

Poco antes de la medianoche, el mismo día del entierro, una patrulla de la policía de Västerort encontró un coche abandonado en las islas del lago Mälaren. Estaba en un aparcamiento en la carretera principal entre la isla de Färing y Estocolmo. Un Renault gris de gama media, cuidado y pulcro, no era el coche de un caco, pero aun así decidieron hacer un control de rutina. En el maletero se encontró el cadáver de un hombre que había sufrido graves lesiones, metido en una bolsa grande de deporte azul, y a continuación se siguió el procedimiento habitual.

Por la mañana ya se había identificado el cadáver. Un hombre de alrededor de cincuenta años, propietario del coche, y cuando los técnicos de la policía de Solna entraron en su vivienda en Frösunda, pudieron asegurar que lo habían asesinado allí. Gran cantidad de sangre en el pasillo, en la cocina, la sala de estar y el cuarto de baño. Destrozado más allá de lo humanamente comprensible, y dado que debió de estar consciente casi todo el tiempo, resultaba muy extraño que ninguno de sus vecinos lo hubiera oído.

El comisario Peter Niemi, que era jefe de la policía científica de Solna, llamó al colega Evert Bäckström. Bäckström sonaba sorprendentemente espabilado cuando contestó.

—Tengo un cadáver para ti, Bäckström —dijo Niemi—. Se llama Staffan Nilsson, nacido en 1960. Corredor de fincas, vivía solo, en Frösunda, no tenía mujer ni hijos. Los compañeros lo encontraron en el maletero de su coche, que estaba estacionado en la carretera de la isla de Färing. Estoy en su apartamento en estos momentos, esto parece un matadero, así que tuvo que ocurrir aquí.

—No me digas —dijo Bäckström. No está mal para empezar el día, pensó—. ¿Qué

aspecto tiene?

—Honestamente, no creo que haya visto nada peor —respondió Niemi—. Ojo por ojo, diente por diente, por decirlo así. Aunque, según el forense, parece que el autor del delito ha invertido el orden para mantener con vida al pobre desgraciado todo el tiempo posible.

Vivía solo, toma ya, pensó Bäckström. Suena como un típico asesinato de maricón, pensó. Esos chupapollas podían ser unos auténticos sádicos cuando se empleaban unos con otros.

—Un típico asesinato de maricón —afirmó Bäckström unas horas más tarde cuando se reunió por primera vez con su grupo de investigación. No eran ningunas lumbreras precisamente, pero ya que era él quien dirigía y distribuía el trabajo, la cosa seguramente iría bien.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó un listillo que les habían prestado de seguridad ciudadana y que, a juzgar por la longitud de su pelo, probablemente albergaba inclinaciones radicales.

—Le encontré un antiguo delito de pederastia. En el que reconoce que es marica —explicó Bäckström—. Además, he encontrado a un antiguo novio que parece de lo más prometedor. —¿Cómo coño puede ser policía alguien así?, pensó.

—¿Por qué parece tan prometedor? Me refiero al novio —preguntó el agente de pelo largo, que evidentemente no pensaba rendirse.

—Es árabe —dijo Bäckström, con todo el peso en la voz que correspondía, como es natural, a una de las mayores leyendas del Cuerpo—. Se llama Ali Hussein. —Seguramente será amigo tuyo, pensó.

A principios de diciembre, dos meses después del entierro de Johansson, Max, el chico para todo de Evert, se despidió para irse a vivir a Estados Unidos. Había encontrado otro trabajo, su nuevo jefe ya le había tramitado el permiso de residencia, y también iba a tener la oportunidad de estudiar además de trabajar. Max se mostró muy reservado respecto a cuál iba a ser su nuevo trabajo, pero ya que parecía satisfecho y contento, Evert no tenía ninguna razón para investigar el asunto. Cuando Evert se despidió de él en el aeropuerto, le entregó una importante gratificación, le dio un fuerte abrazo de los de antes y ya no hubo lugar para mostrar más sentimientos entre dos hombres de verdad.

—Está bien que salgas y te muevas un poco, Max —dijo Evert Johansson—. Que veas

cosas nuevas y no andes todo el tiempo por la granja conmigo y mi mujer. Si te arrepientes, sabes que en mi casa siempre serás bienvenido.

El viernes de la misma semana que Maksim Makárov cogió el avión de Sundsvall a Estocolmo para luego ir a Nueva York (no estaba nada claro dónde acabaría aterrizando), Anna Holt, como jefa de policía de Västerort, retiró el equipo de investigación que trabajaba en el asesinato de Staffan Nilsson.

El comisario Evert Bäckström había dado con varios Ali Hussein, pero como no parecía haber encontrado al Ali correcto, el asunto fue perdiendo fuerza.

—Ya sabes cómo son estas cosas, Anna —dijo Bäckström cuando rendía cuentas del caso a su jefa—. Antes o después aparece el hijo de puta y entonces ya es tuyo.

Investigación sin resultados, pensó Holt mientras firmaba los informes rutinarios que le había pasado Bäckström. Además tenía cosas más importantes en que pensar, ya que el fin de semana iba a ser madrina por primera vez en su vida. Madrina de la hija de dos meses de Lisa Mattei, a la que iban a bautizar con el nombre de Anna Linda Elina. Anna Linda Elina Mattei: Anna por Anna Holt, Linda por la madre de Lisa, y Elina en recuerdo de alguien cuyo nombre la madre de la niña no quería revelar.

Johansson había adjuntado a su testamento una carta personal a Pia, su mujer. Tres breves líneas que, a juzgar por la rúbrica, fueron escritas en algún momento después del 11 de julio de ese año. «Deja de lloriquear, pequeña. Búscate otro hombre. Cuídate.» Firmado «Lars». Pia siguió su consejo e inició una nueva relación poco después de fin de año. Nadie con quien pensara casarse, ni siquiera irse a vivir con él, pero la vida continuaba y alguna vez tenía que empezar ella también.

Algunas semanas después, a finales de enero, Ulrika Stenholm se fue a vivir a Estados Unidos. Se casó en el mayor de los secretos con un hombre dieciséis años mayor que ella del que esperaba un hijo. Una niña, una hija deseada que ella y su nuevo marido pensaban bautizar con el nombre de Yasmine. En el séptimo mes de embarazo sufrió un aborto y la hija murió en la ambulancia de camino al hospital.

Los jueces y sus verdugos. Ojo por ojo, diente por diente.

Leif GW Persson (Estocolmo, 1945) está considerado el gran nombre de la novela negra nórdica. Es popularísimo en su país, donde cosecha los elogios de lectores y crítica por sus vibrantes tramas, sus excelentes personajes y su calidad literaria. De él se han traducido al castellano *Entre la promesa del verano y el frío del invierno*, *Otro tiempo, otra vida* y *En caída libre, como en un sueño* (que conforman la trilogía «El declive del Estado del bienestar») y las dos entregas protagonizadas por el comisario Evert Bäckström: *Linda, como en el asesinato de Linda* y *Quien mate al dragón*.

El detective moribundo, protagonizada por Lars Martin Johansson, uno de los personajes más queridos de los lectores de Persson, lleva vendidos casi medio millón de ejemplares solo en Suecia. Recibió el premio a la mejor novela de la Asociación de Escritores Suecos de Novela Negra en 2010, el premio Llave de Cristal a la mejor novela negra publicada en los países nórdicos en 2010, y sendos premios a la mejor novela otorgados por la Asociación de Escritores Daneses de Novela Negra y por la Asociación de Escritores Finlandeses de Novela Negra en 2012. Es el reconocimiento a lo que todo el mundo considera una obra maestra del género y el mejor libro de este autor hasta la fecha.

Título original: *Den döende detektiven*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© 2010, Leif GW Persson

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency, Estocolmo

© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Francisca Jiménez Pozuelo, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de cubierta: © Melanie Lemahieu

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5169-3

Composición digital: El Taller Editorial

www.megustaleer.com

Índice

El detective moribundo

Parte I

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Parte II

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

Capítulo 33

Parte III

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Parte IV

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86

Parte V

Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97

Parte VI

Biografía

Créditos

Índice

El detective moribundo	2
Parte I	3
Capítulo 1	4
Capítulo 2	8
Capítulo 3	10
Capítulo 4	12
Capítulo 5	15
Capítulo 6	18
Capítulo 7	20
Capítulo 8	24
Capítulo 9	28
Capítulo 10	36
Parte II	40
Capítulo 11	41
Capítulo 12	44
Capítulo 13	47
Capítulo 14	54
Capítulo 15	55
Capítulo 16	59
Capítulo 17	61
Capítulo 18	63
Capítulo 19	66
Capítulo 20	71
Capítulo 21	74
Capítulo 22	76
Capítulo 23	78
Capítulo 24	81
Capítulo 25	85
Capítulo 26	90
Capítulo 27	95
Capítulo 28	98
Capítulo 29	101
Capítulo 30	105

Capítulo 31	112
Capítulo 32	115
Capítulo 33	119
Parte III	123
Capítulo 34	124
Capítulo 35	129
Capítulo 36	132
Capítulo 37	134
Capítulo 38	138
Capítulo 39	142
Capítulo 40	148
Capítulo 41	151
Capítulo 42	157
Capítulo 43	160
Capítulo 44	165
Capítulo 45	166
Capítulo 46	168
Capítulo 47	171
Capítulo 48	175
Capítulo 49	179
Capítulo 50	182
Capítulo 51	190
Capítulo 52	195
Capítulo 53	197
Capítulo 54	201
Capítulo 55	209
Capítulo 56	214
Capítulo 57	220
Capítulo 58	222
Capítulo 59	225
Capítulo 60	230
Capítulo 61	233
Capítulo 62	235
Parte IV	241
Capítulo 63	242

Capítulo 64	244
Capítulo 65	247
Capítulo 66	251
Capítulo 67	254
Capítulo 68	257
Capítulo 69	260
Capítulo 70	264
Capítulo 71	271
Capítulo 72	275
Capítulo 73	280
Capítulo 74	286
Capítulo 75	291
Capítulo 76	294
Capítulo 77	301
Capítulo 78	304
Capítulo 79	314
Capítulo 80	316
Capítulo 81	318
Capítulo 82	322
Capítulo 83	326
Capítulo 84	331
Capítulo 85	335
Capítulo 86	337
Parte V	340
Capítulo 87	341
Capítulo 88	344
Capítulo 89	348
Capítulo 90	354
Capítulo 91	358
Capítulo 92	365
Capítulo 93	370
Capítulo 94	374
Capítulo 95	377
Capítulo 96	384
Capítulo 97	387

Parte VI	389
Biografía	395
Créditos	396